

¡A LOS LEONES!

LA X NOVELA DE MARCO DIDO FALCO



LINDSEY DAVIS





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Parece que por fin la vida del investigador Marco Didio Falco va a entrar en una época de desahogo económico e incluso de prosperidad, pues se ha puesto al servicio del emperador Vespasiano como agente tributario con amplios poderes y un sueldo nada desdeñable.

Sin embargo, la muerte de una gran estrella del mundo del espectáculo da un vuelco a todos sus planes y pone al descubierto el sórdido mundo de las envidias y las rivalidades entre los entrenadores y los agentes de gladiadores. Cuando también un aclamado gladiador aparezca muerto, Falco no tendrá más remedio que iniciar una investigación que le obligará a emprender un viaje a África acompañado de su esposa Helena y de su pequeña hija Julia.

L≡**LIBROS**

Lindsey Davis

¡A los leones!

La X novela de Marco Didio Falco

La décima novela de Falco está dedicada con el afecto y la gratitud de la autora a todos los lectores que han hecho posible la continuidad de esta Serie.

AMIGOS

Marco Didio Falco: Director de Falco y Socio, auditores del censo.

Anácrites: Socio temporal de Falco, un protegido.

Madre: Protectora permanente de Anácrites.

Helena Justina: Socia permanente de Falco.

Julia Junila: Hija recién nacida de Falco y Helena.

Padre (Gémino): Ex socio de la madre y necesitado de su protección.

Maya: Hermana menor de Falco, que busca su oportunidad.

Famia: Marido de Maya, que busca una copa.

D. Camilo Vero: Senador, padre de Helena, que busca a su hijo.

Claudia Rufina: Heredera frustrada en el amor.

Camilo Eliano: Aspirante frustrado en cuanto al dinero.

Lenia: que aspira a separarse de su marido.

Esmaracto: que aspira a vivir del dinero de su mujer.

Rodan y Asiaco: Dos gorriones que reciben palizas con

regularidad y que normalmente están medio muertos.

Talía: Una exótica directora de circo.

ROMANOS

Vespasiano Augusto: Emperador y censor, que construye el Anfiteatro Flavio.

Antonia Caenis: Amante y compañera del emperador.

Claudio Laeta: Administrador principal de palacio, un solitario.

Rutilio Gálico: Enviado especial a la Tripolitania.

Romano: Un desconocido.

Pomponio Urtica: Un pretor que nunca hizo nada ilegal.

Rúmex: Una celebridad en las pintadas callejeras.

Buxo: Un cuidador de animales.

Un anciano cuidador de gansos:
Que cuida de las aves todo el día.

TRIPOLITANOS

Saturnino: Un entrenador de gladiadores.

Eufrasia: Su esposa, muy silenciosa.

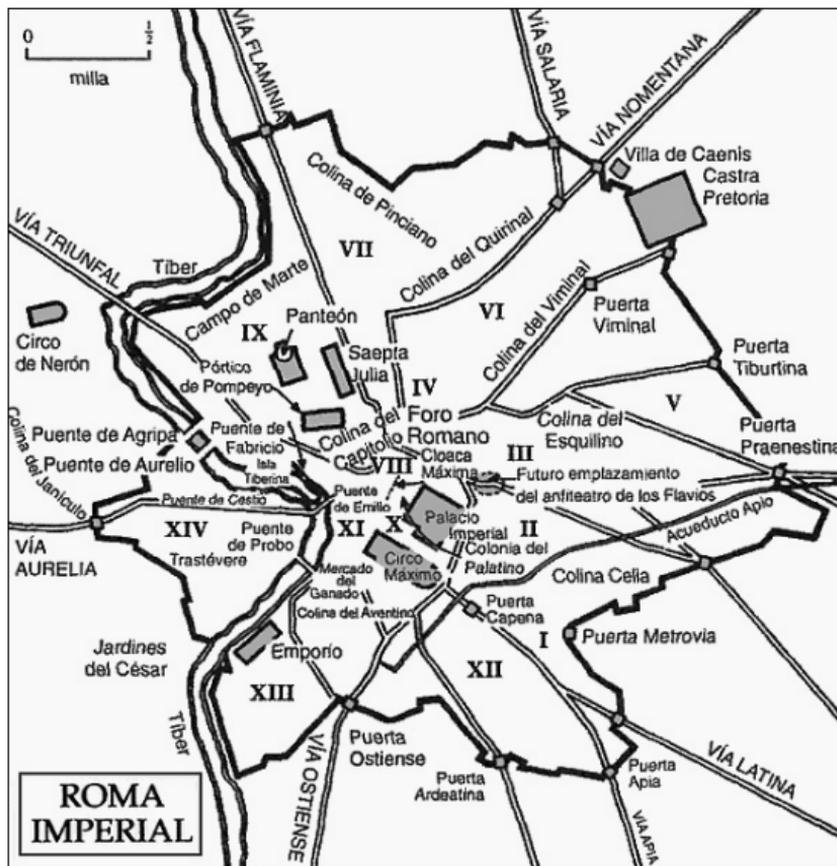
Calíopo: Un empresario de Oea.

Artemisa: Su esposa, que no dirá nada si no es en presencia de su marido.

Idíbal: Un bestiario bestial.

Varios animales y algunos invitados especiales.

MAPAS



Jurisdicciones de las Cohortes de los Vigiles en Roma:

- Primera Cohorte: Sectores VII y VIII (Via Lata, Foro Romano)
- Segunda Cohorte: Sectores III y V (Isis y Serapis, Esquilino)
- Tercera Cohorte: Sectores IV y VI (templo de la Paz, Alta Semita)
- Cuarta Cohorte: Sectores XII y XIII (Piscina Pública, Aventino)
- Quinta Cohorte: Sectores I y II (Puerta Capena, Celio)
- Sexta Cohorte: Sectores X y XI (Palatino, Circo Máximo)
- Séptima Cohorte: Sectores IX y XIV (Circo Flaminio, Trastévere)



Tripolitania y Cirenaica

PRIMERA PARTE

ROMA

De diciembre del 73 a marzo del 74 d. C.

I

Mi socio y yo estábamos firmemente decididos a hacernos ricos hasta que nos hablaron del cadáver.

En honor a la verdad, hay que decir que la muerte campaba por sus respetos en aquellos lugares. Anácrites y yo habíamos estado trabajando entre los proveedores de animales salvajes y los gladiadores del circo durante los Juegos romanos. Cada vez que salíamos con nuestras tablillas de notas para reconocer la zona, nos pasábamos el día rodeados de esos seres cuyo destino era morir en un futuro cercano, del que sólo lograrían escapar si conseguían matar ellos primero. El premio principal del vencedor en muchos casos era la vida, algo ya raro habitualmente.

Con todo, entre los barracones de los gladiadores y las jaulas de los grandes felinos, la muerte era una cosa trivial. Nuestras víctimas eran los onondos hombres de negocios, cuyos asuntos financieros investigábamos concienzudamente como parte de nuestro nuevo trabajo, y éstos buscaban gozar de una vida larga y próspera, pese a que la descripción normal de su negocio podía resumirse en «carne de matadero». El producto con el que comerciaban se medía en dosis de muerte; y su éxito dependía de si esas dosis satisfacían a la multitud en cuanto a la cantidad de sangre derramada, y en su capacidad de idear maneras más elaboradas de derramarla.

Sabíamos que allí tenía que haber mucho dinero en juego. Los proveedores y los preparadores eran hombres libres, requisito incuestionable para poder dedicarse al comercio, por sórdido que fuera, y por eso se habían presentado, con el resto de la sociedad romana, en el gran censo, instituido por el emperador con motivo de su ascensión al trono, cuyo objetivo era no sólo contar cabezas sino, principalmente, que declararan sus bienes. Cuando Vespasiano llegó a ostentar el poder de un imperio en bancarrota después del caos que había supuesto el reinado de Nerón, declaró públicamente que necesitaría cuatrocientos millones de sestercios para recomponer el mundo romano. Como carecía de fortuna personal, se dispuso a recaudar fondos de la forma que le pareció más atractiva a un hombre de clase media, como era él. Se nombró censor a sí mismo e hizo lo propio con su hijo Tito; luego nos obligó a todos los demás a rendir cuentas sobre nosotros y sobre nuestras posesiones para, a continuación, cargarnos con onerosos impuestos sobre las segundas, lo cual era el objetivo

principal de aquel ejercicio.

Los más maliciosos pensaréis que no pocos cabezas de familia se sintieron excitados ante aquel reto, y que más de cuatro estúpidos intentaron reducir sus bienes cuando declararon el valor de sus propiedades. Sólo los que pudieron permitirse el lujo de hacerse con asesores financieros extremadamente listos consiguieron evadir parte de sus impuestos, pero como el gran censo tenía por objeto recaudar cuatrocientos millones, era inútil urdir una mentira. El listón era demasiado alto: la evasión sería combatida por un emperador que contaba con recaudadores de impuestos en su reciente pedigrí familiar.

La maquinaria para la extorsión venía de antiguo. Tradicionalmente, el censo se basaba en una primera máxima de la administración fiscal, consistente en que los censores tenían derecho a decir, «no nos creemos ni una palabra de cuanto nos estás contando» y, por consiguiente, hacían sus valoraciones, con lo que la víctima se veía obligada a pagar de acuerdo con ellas. No había apelación posible.

Se dirá que eso no es cierto, que los hombres libres siempre tenían el derecho de reclamar al emperador. Pero tampoco cabe olvidar que uno de los privilegios de ser emperador era poder envolverse augustamente en su túnica púrpura y decirles que se largaran con viento fresco.

Cuando el emperador y su hijo actuaban como censores, siempre era una pérdida de tiempo decirles que se controlasen a sí mismos. Pero primero tenían que hacer las valoraciones más difíciles y para eso necesitaban ayuda. A fin de evitar que Vespasiano y Tito se vieran obligados a medir personalmente las lindes de las fincas, a interrogar a los sudorosos banqueros del Foro o a meditar sobre los libros de contabilidad con un ábaco en las manos (dado que a la vez intentaban gobernar como podían el arruinado imperio), decidieron emplearnos a mi socio y a mí. Los censores necesitaban identificar los casos en los que meter mano. Ningún emperador deseaba que lo acusaran de crueldad. Eran otros quienes tenían que descubrir las mentiras que pudieran ser valoradas de nuevo sin levantar protestas, por eso Falco y Asociado fueron contratados (a sugerencia mía y en base a unos honorarios muy atractivos) para investigar las declaraciones fraudulentas.

Esperábamos que eso nos proporcionase una vida cómoda dedicada a examinar pulcras sumas en pergaminos de la mejor calidad en los lujosos estudios de los ricos, pero no tuvimos esa suerte. La realidad fue que a mí se me consideraba un tipo duro y, como informante que era, probablemente se creía que mis orígenes eran un tanto turbios. Así, Vespasiano y Tito me contrariaron al decidir que querían el máximo rendimiento del contrato con Falco y Asociado (la identidad concreta de mi socio no se había revelado por buenas razones). Nos ordenaron olvidar la vida fácil e investigar las economías dudosas.

De ahí lo del circo. Se creía que los entrenadores y los proveedores mentían

descaradamente, y eso no había quien lo pusiera en duda; lo mismo que hace todo el mundo. Sin embargo, sus maneras de evadir habían llamado la atención de nuestros amos imperiales y era eso lo que estábamos investigando en aquella mañana aparentemente ordinaria cuando, de repente, fuimos invitados de manera inesperada a examinar un cadáver.

II

Trabajar para los censores había sido idea mía. Una conversación casual con el senador Camilo Vero unas semanas antes me alertó sobre el hecho de que se iba a llevar a cabo una investigación en las declaraciones de patrimonio. Enseguida me di cuenta de que aquello podría organizarse de una manera adecuada, con un equipo de auditores que examinaran los casos sospechosos, categoría a la que Camilo Vero no pertenecía, pues no figuraba más que como un pobre bobalicon con cara de simple, capaz de ponerse a malas con un asesor y que no podía permitirse el lujo de pagar a un contable benévolo que lo sacara del apuro.

Proponerme como encargado de esas investigaciones no resultó fácil. Siempre hay multitud de cerebros prodigiosos, ataviados con sus mejores togas, prestos a correr a palacio a sugerir iniciativas capaces de salvar el imperio. Los funcionarios de la corte solían rechazarlas porque, por maravillosas que fueran, Vespasiano no quería ni oír hablar de ellas porque era un hombre realista. Se decía que cuando un ingeniero le contó que las nuevas columnas del reconstruido templo de Augusto podrían subirse al Capitolio por medios mecánicos sin un gran desembolso de dinero, Vespasiano rechazó el proyecto y prefirió pagar a las clases bajas o más menesterosas para que hicieran el trabajo y ganaran así el dinero con que pagarse la comida. Estaba claro que el viejo sabía evitar una revuelta.

Con todo, acudí al Palatino con mi propuesta. Me pasé media mañana sentado en un salón lleno de caras esperanzadas, pero enseguida me cansé. Por ese camino no iba bien. Tenía que moverme deprisa si quería hacer dinero con el censo. No era plan hacer cola durante meses si el censo iba a durar sólo un año.

En palacio había otro problema: a la sazón mi socio era ya empleado de la corte. No era yo partidario de que Anácrates se asociara conmigo, pero, después de ocho largos años como informador en solitario, cedí a las presiones de todas las personas próximas a mí y acepté que necesitaba un colega. Durante unas semanas trabajé con mi amigo del alma, Petronio Longo, al que habían suspendido temporalmente de su trabajo en los vigiles o guardias nocturnos. Me gustaría decir que la asociación fue un éxito, aunque, en realidad, su manera de enfocar el caso fue rotundamente opuesta a la mía en casi todo. Y cuando Petro decidió poner en orden su vida privada y que lo readmitiera su tribuno, fue un alivio para los dos.

Pero eso me dejaba con muy pocas opciones. Nadie quería ser informante. Tampoco había muchos hombres con las cualidades imprescindibles para ello, como la astucia y la tenacidad, o unos pies sanos para patearse la ciudad, o buenos contactos que te pasen información, sobre todo una información que, legalmente, sea imposible de obtener. Entre los más cualificados, sólo unos pocos, y de éstos muchos menos que quisieran mi compañía, sobre todo en aquellos momentos, en que Petronio iba pregonando por el Aventino que yo era un cerdo quisquilloso con el que era imposible compartir una oficina.

Anácrites nunca había sido mi amigo del alma. Yo lo detestaba porque era el jefe del Servicio Secreto de la corte y yo un investigador de pacotilla que sólo tenía clientes particulares. Cuando empecé a trabajar para Vespasiano, mi desprecio por él aumentó muchos enteros al constatar de primera mano que el tipo era un incompetente vulgar y mentiroso. (A todos los informadores nos suelen acusar de lo mismo, pero eso son calumnias). Cuando, en el transcurso de una misión en Nabatea, Anácrites intentó que me mataran, dejé de fingir que lo toleraba.

El destino me echó una mano cuando un asesino a sueldo agredió a Anácrites. No fui yo. Yo hubiera hecho el trabajo de una manera perfecta. Eso él lo sabía. Pero cuando lo encontraron inconsciente con un agujero en el cráneo, acabé convenciendo a mi madre de que lo cuidara. Su vida corrió peligro unos días, pero mi madre lo trajo de vuelta a esta orilla del Leteo a base de determinación férrea y caldos vegetales. Después de salvarlo, cuando regresé a casa tras un viaje que hice a la Bética descubrí que el vínculo que se había creado entre ellos era tan fuerte como si mi madre hubiese adoptado a un pato huérfano. El respeto de Anácrites por mi madre sólo era un poco menos repulsivo que la reverencia que ella le profesaba.

Que trabajáramos juntos, creedlo, fue idea de mi madre. Así seguiríamos hasta que yo encontrara a otro. En cualquier caso, Anácrites estaba de baja por enfermedad en su antiguo trabajo; y, precisamente por eso, yo no podía presentarme en palacio diciendo que era mi socio. El palacio ya le pagaba una pensión por no hacer nada a causa de la terrible herida sufrida en la cabeza y sus superiores no debían saber que trabajaba extraoficialmente.

Una de tantas complicaciones adicionales que dan color a la vida.

Hablando con propiedad, yo ya tenía socio (en este caso una socia) que compartía mis problemas y se reía de mis chapuzas. Me ayudaba en la contabilidad, a resolver algún que otro enigma y a veces incluso a realizar interrogatorios. Mi socia era mi adorada Helena, con la que vivía. Si nadie la tomaba en serio como socia en mi trabajo se debía en parte a que las mujeres en Roma no tienen identidad legal. Helena es hija de un senador. Muchos creían que tarde o temprano me dejaría. Incluso después de tres años de estrecha amistad, de haber viajado juntos por el extranjero y haberme dado una hija, la gente

todavía pensaba que Helena Justina se cansaría de mí y volvería a su antigua vida. Su ilustre padre era el mismo Camilo Vero que me dio la idea de trabajar para los censores; a su noble madre, Julia Justa, le encantaría poder mandar un palanquín que llevase a su hija de regreso a casa.

Vivíamos como realquilados en un lúgubre apartamento de un primer piso, en la zona más pobre del Aventino. Teníamos que bañar a la niña en los baños públicos y que nos cocieran el pan en la pastelería. Nuestra perra nos traía a veces varias ratas como regalo, que supusimos que había cazado muy cerca de casa. Por todas esas razones, yo necesitaba un trabajo honrado, con unos ingresos saneados. El senador estaría encantado de que su comentario fortuito me hubiera hecho pensar en ello. Estaría aún más orgulloso si supiera que, al final, había sido Helena la que consiguió ese trabajo para mí.

—Marco, ¿te gustaría que papá le pidiera a Vespasiano que te propusiera trabajar con los censores?

—No —respondí.

—Lo imaginaba.

—¿Me estás llamando testarudo?

—Te gusta hacer las cosas a tu aire —respondió Helena sin alterarse. Cuando fingía ser justa podía resultar de lo más insultante.

Era una chica alta, con una expresión seria y una mirada que abrasaba. La gente que creía que me había unido a un saco de huesos con lana de cordero en vez de seso todavía estaba sorprendida de mi elección, pero cuando conocí a Helena Justina supuse que me quedaría junto a ella todo el tiempo que ella me dejase. Era pulcra, mordaz, inteligente, maravillosamente imprevisible. Todavía no me hacía a la idea de la suerte que había tenido con que ella se fijase en mí, y mucho menos que viviera en mi apartamento, que fuera la madre de mi hija y que se hubiera hecho cargo de mi desorganizada vida.

Aquel ser espléndido y cariñoso sabía que podía conseguir de mí lo que quisiera y que a mí me gustaba permitirse.

—Pues bien, Marco, querido, si no vas a volver a palacio esta tarde, podrías ayudarme en una gestión que tengo que hacer en el otro extremo de la ciudad.

—Por supuesto —acepté con generosidad. Haría cualquier cosa que me pusiera fuera del alcance de Anácrites.

La gestión de Helena requirió que alquiláramos una silla de mano para cubrir una distancia que no sabía si podría pagar con las pocas monedas que llevaba en la bolsa. Primero fuimos al almacén que mi padre, subastador, tenía cerca del mercado. Nos había permitido habilitar la trastienda para guardar cosas que habíamos adquirido en nuestros viajes, esperando allí a que tuviéramos una casa decente donde trasladarlas. Yo había construido un tabique para mantener a papá alejado de nuestra parte del almacén porque era de ese tipo de comerciantes que vendería nuestros preciados tesoros por menos de lo que habíamos pagado por

ellos y aún pensaría que nos hacía un favor.

En la visita de ese día, yo era sólo un invitado de piedra. Helena no me había explicado nada. Recogimos varios fardos cuyo contenido, obviamente, no era asunto mío, los cargamos en un asno y luego bordeamos el Foro y nos dirigimos al monte Esquilino.

Seguimos en dirección norte durante siglos. Miré a través del pingajo de las cortinas de nuestro palanquín y vi que estábamos fuera de las viejas murallas serbias, en dirección al campamento de los pretorianos. No hice comentario alguno. Cuando la gente quiere guardar secretos, le permito que se salga con la suya.

—Sí, tengo un amante entre los pretorianos —dijo Helena. Probablemente bromeaba. Su idea de una historia turbulenta era yo: un amante sensible, un protector leal, un sofisticado contador de historias y un aspirante a poeta. A cualquier pretoriano que quisiera convencerla de lo contrario, yo le daría una patada en el culo.

Rodeamos el campamento y llegamos a la vía Nomentana. Poco después nos detuvimos y Helena saltó del palanquín. La seguí, sorprendido, porque esperaba encontrarla ante un brasero en cualquier mercado de fuera de temporada. En cambio, nos habíamos detenido ante una gran villa, detrás de la Puerta Nomentana. Era una residencia lujosa, lo cual resultaba raro. Nadie con dinero suficiente para comprar una casa decente elegiría vivir tan lejos del centro, fuera de los límites de la ciudad y mucho menos tan a tiro de piedra de los pretorianos. Sus ocupantes debían de quedarse sordos con los gritos de aquellos bastardos, borrachos el día de cobro, y los incesantes toques de trompeta y los ejercicios de instrucción podían volver loco a cualquiera.

La casa no estaba en la ciudad ni en el campo. No estaba en la cima de una colina con buenas vistas ni a orillas del río. Y, sin embargo, nos hallábamos ante unas altas tapias que, por lo general, eran señal de que encerraban comodidades y lujos que normalmente poseían las personas que no querían que el público supiera lo que tenían. Por si nos quedaba alguna duda, la gran puerta principal, con su delfín como aldaba y los bien cuidados setos de laurel recortados anunciaban que las personas que vivían allí se consideraban de categoría, lo cual no siempre significaba que lo fueran.

Seguí sin abrir la boca y se me permitió ayudar a descargar los bultos, mientras mi amada cruzaba la imponente puerta y desaparecía tras ella. Finalmente, me hizo pasar un taciturno esclavo vestido con una túnica blanca sujeta con un cinturón. Recorrí un pasillo blanco y llegué a un atrio donde esperé a que me necesitasen. Me habían catalogado de acompañante con la misión de aguardar a Helena cuanto fuese preciso. Aparte de que yo nunca la abandonaba entre desconocidos, no iba a volver a casa sin ella. Quería saber dónde estábamos y qué ocurría allí. Cuando me dejaron solo, enseguida seguí el impulso de mis

pies inquietos y me dispuse a explorar.

Era bonito, os prometo que lo era. Por una vez, el dinero y el buen gusto se habían combinado bien. En todas direcciones, pasillos luminosos llevaban a graciosas habitaciones pintadas con unos frescos decorosos y algo anticuados. (En la casa reinaba tal silencio que con todo descaro abrí las puertas y miré en su interior). Las escenas eran vistas urbanas de perspectivas arquitectónicas o grutas con una idílica vida bucólica. Las salas estaban amuebladas con mullidos sofás, escabeles, mesas bajas y elegantes candelabros de bronce. Entre las estatuas se encontraba un par de bustos de la vieja, espectral y hermosa familia imperial Julia Claudia y una cabeza sonriente de Vespasiano, probablemente anterior a su subida al trono.

Deduje que la casa se había construido en mi época: eso significaba dinero nuevo. La ausencia de pinturas con escenas de batallas, trofeos o símbolos fálicos, y la abundancia de sillas para mujeres me hizo pensar que podía pertenecer a una viuda adinerada. Los objetos y el mobiliario eran caros, aunque estaban elegidos más por su funcionalidad que por su valor puramente decorativo. El propietario o propietaria tenía dinero, buen gusto y actitud práctica.

Era una casa tranquila, sin niños, sin animales domésticos. No había braseros a pesar del frío invernal. Al parecer, estaba casi deshabitada. Aquel día, no ocurría gran cosa allí.

Entonces oí un leve murmullo de voces femeninas y seguí los sonidos hasta llegar a una columnata de pilares de piedra gris que rodeaba un peristilo tan recogido que los rosales que trepaban por las paredes aún conservaban algunas flores, pese a estar en diciembre. Cuatro laureles algo polvorientos se alzaban en las cuatro esquinas y en el centro desgranaba su canción de agua una fuente de piedra.

Al salir al jardín me encontré con Helena Justina y otra mujer. Supe quién era; la había visto antes. Se trataba de una liberta, una ex secretaria de palacio y, sin embargo, en aquellos momentos era posiblemente la mujer más influyente del imperio. Me enderecé. Si los rumores acerca de cómo utilizaba su influencia eran ciertos, era probable que en aquella aislada villa hubiera más poder escondido que en ninguna otra casa particular de Roma.

III

Hablaban y reían en voz baja. Eran dos mujeres de noble porte, civilizadas y desinhibidas, que desafiaban el frío mientras trataban de cómo funcionaba el mundo. Helena tenía el aire animado que daba a entender que se lo estaba pasando de maravilla. Eso no era frecuente en ella ya que solía ser insociable menos con las personas a las que conocía bien.

Su acompañante le doblaba en edad. Se trataba de una mujer madura con una expresión algo tensa. Se llamaba Antonia Caenis. Es cierto que era una liberta, pero una liberta de gran estatus: había trabajado para la madre del emperador Claudio, lo cual le había proporcionado largas e íntimas relaciones con la vieja y desacreditada familia imperial. En esos momentos aún poseía vínculos más íntimos con la nueva: había sido amante de Vespasiano durante mucho tiempo. Todo el mundo había creído que, al llegar a emperador, Vespasiano la alojaría en algún lugar discreto, pero se la llevó a palacio. A su edad, eso apenas era un escándalo. Era probable que aquella villa fuese de la propia Caenis, y si todavía iba por allí, debía de ser para realizar transacciones extraoficiales.

Yo había oído rumores de que esas cosas ocurrían. A Vespasiano le gustaba dar la imagen de intransigente, de que no permitía maquinaciones entre bastidores y, sin embargo, debía de alegrarle que alguien en quien confiaba se ocupase de negocios discretos mientras él se mantenía a distancia y aparentemente sin ensuciarse las manos.

Las dos mujeres estaban sentadas sobre cojines en un banco de piedra bajo con patas de garras de león. Cuando me acerqué, ambas se volvieron y callaron. Intuí que mi interrupción las había molestado. Yo era un hombre. Lo que estuvieran discutiendo debía de estar fuera de mi esfera.

Eso no significaba que se tratase de algo frívolo.

—¿Así que has entrado? —me preguntó Helena, poniéndome nervioso.

—Me preguntaba qué me estaría perdiendo.

Antonia Caenis inclinó la cabeza y me saludó sin que nadie nos hubiera presentado.

—Didio Falco —dijo.

Tenía buena memoria. En cierta ocasión le cedí el paso en palacio, un día en que yo había ido a visitar a Vespasiano, pero de eso hacía mucho tiempo y nunca

habíamos sido formalmente presentados. Había oído decir que era inteligente y que tenía una memoria extraordinaria. Parecía que a mí me tenía bien catalogado, pero ¿en qué casillero?

—Antonia Caenis.

Yo estaba de pie, la postura tradicional para el elemento servil en presencia de los grandes. Las damas disfrutaban tratándome como a un bárbaro. Le guiñé el ojo a Helena y se ruborizó un poco, temiendo que le hiciera lo mismo a Caenis. Supuse que la dama de Vespasiano habría sabido cómo llevarlo, pero yo era un simple invitado en su casa. Además, era una mujer con unos privilegios palaciegos desconocidos. Antes de arriesgarme a molestarla, quise saber de cuánto poder gozaba.

—Me has hecho el mejor de los regalos —dijo Caenis. Aquello era una novedad para mí. Tal como me lo habían contado hacía unos meses en Hispania, Helena Justina estaba proponiendo la venta particular de una tela bética teñida de púrpura, considerada perfecta para los uniformes imperiales. Se suponía que debíamos regalarla, pero nuestra intención era la de hacer una transacción comercial. Para ser hija de un senador, resultaba sorprendente la habilidad que Helena tenía para los negocios. Si en aquellos momentos había decidido renunciar a cobrar, debía tener muy buena razón para ello. Aquel día, allí, se negociaba otra cosa, no me costó adivinarlo.

—Tengo entendido que en la actualidad le hacen innumerables regalos — comenté con osadía.

—Eso es más bien una ironía —replicó Caenis, imperturbable. Tenía un habla culta y palaciega, pero con una permanente sequedad en el tono. Imaginé lo mucho que Vespasiano y ella se habrían reído de las instituciones, probablemente la mujer aún se reiría.

—La gente dice que puede usted influir en el emperador.

—Eso sería una manera inadecuada de ver las cosas.

—No veo por qué —protestó Helena Justina—. Los hombres de poder siempre tienen un pequeño círculo de amigos íntimos que les aconsejan. ¿Por qué no incluir también en ese círculo a las mujeres en las que confían?

—Yo soy libre de decir lo que pienso, por supuesto —sonrió la amante del emperador.

—Las mujeres sinceras son una joya —repliqué. Helena y yo habíamos intercambiado unos puntos de vista sobre el grado de cocción de la col que aún me ponían los pelos de punta.

—Me alegra que pienses así comentó Helena.

—Vespasiano siempre valora las opiniones sensatas —replicó Caenis, hablando como si fuera el cronista oficial de la corte, pero me pareció que detrás de sus palabras se escondía una sátira doméstica muy parecida a la nuestra.

—Con tal cantidad de trabajo para reconstruir el imperio —sugerí—,

Vespasiano debe de estar contento por tener a alguien que le ayude.

—Está encantado de poder contar con Tito —replicó Caenis con la mayor serenidad. Sabía esquivar una cuestión espinosa—. Y estoy segura de que también espera mucho de Domiciano.

El hijo mayor de Vespasiano era casi coemperador y aunque el más joven había metido la pata varias veces, todavía desempeñaba cargos oficiales. Yo tenía una profunda enemistad con Domiciano y callé. Sólo oír su nombre me sacaba de quicio. Finalmente, Antonia Caenis me indicó con una seña que me sentara.

En los tres años que llevaba Vespasiano de emperador, los rumores populares propalaban que esa dama se lo estaba pasando muy bien. Se comentaba que era ella quien asignaba los más altos cargos entre los tribunos y los sacerdotes, a cambio de dinero. Se compraban favores, se fijaban acuerdos y se decía que Vespasiano alentaba aquel tráfico de influencias porque no sólo enriquecían y daban poder a su concubina sino porque además le reportaban amigos agradecidos. Me pregunté cómo se repartirían las ganancias. ¿Se las dividían a partes iguales? ¿En un porcentaje variable? ¿Tenía Caenis deducciones por gastos y deterioros?

—No estoy en posición de venderte favores, Falco —declaró, como si me hubiese leído el pensamiento. Durante toda la vida, la gente debía de haber adulado por su proximidad a la corte a aquella mujer de ojos oscuros y despiertos. En la demente y desconfiada turbulencia de la familia Claudia, habían muerto demasiados mecenas y amigos suyos. La mujer había pasado demasiados años de su vida perdida en una dolorosa incertidumbre. Si en aquella villa había algo que vender, la transacción se llevaría a cabo con una atención escrupulosa, la misma que se prestaría a su valor.

—No estoy en condiciones de vender —repliqué con franqueza.

—Pues yo, ni siquiera puedo hacerte promesas.

No la creí.

Helena se inclinó para hablar y la estola azul que llevaba se le cayó del hombro y el dobladillo se enganchó con una de las pulseras que utilizaba para ocultar la picadura de un escorpión. La desenredó con un ademán de impaciencia. Lucía una elegante falda blanca, y vi que también se había puesto una antigua gargantilla de ágatas que ya tenía antes de conocerme, en un intento subconsciente de desempeñar de nuevo el papel de hija de senador. Aquella utilización de su rango para ejercer el poder era poco probable que funcionase.

—Marco Didio es demasiado orgulloso para pagar por unos privilegios. —Me encantaba Helena cuando hablaba con tanta vehemencia, sobre todo de mí—. Él no se lo dirá, pero está dolido y decepcionado..., y, aparte de eso, después Vespasiano le ha ofrecido directamente un ascenso.

Caenis escuchaba con aire ofendido, como si las quejas fueran un acto de

mala educación. Era muy probable que le hubiesen contado la historia de que yo había ido a palacio a reclamar mi recompensa. Vespasiano me había prometido un ascenso social, pero yo lo había pedido una noche en que él estaba fuera de Roma y era Domiciano el encargado de atender las peticiones. Con excesiva confianza en mí mismo, presenté descaradamente las mías al príncipejo y pagué las consecuencias. Yo tenía pruebas contra Domiciano en una grave acusación y él lo sabía. Nunca emprendió abiertamente ninguna acción contra mí, pero esa noche se vengó, denegándome la petición.

Domiciano era un malcriado. Era también peligroso y supuse que Caenis era lo bastante astuta para verlo. Que fuera a alterar la paz familiar diciéndolo era otra cuestión, pero, si estaba dispuesta a criticarlo, ¿hablaría en mi favor?

Caenis debía de saber lo que queríamos. Helena había concertado una cita para acudir a su casa, y como ex secretaria de la corte, Caenis habría obtenido instrucciones sobre cómo atender a los suplicantes.

No respondió nada y siguió fingiendo que no intervenía en asuntos de Estado.

—Esa decepción nunca ha hecho desfallecer a Marco en su servicio al imperio —siguió diciendo Helena, sin amargura aunque su expresión era hosca—. Entre sus trabajos se cuentan varios viajes llenos de peligros a las provincias y usted ya debe de estar al corriente de lo que consiguió en Bretaña, Germania, Nabatea e Hispania. Ahora quiere ofrecer sus servicios al censo, como acabo de comentarle...

Recibí estas palabras con un asentimiento frío y evasivo.

—Es una idea que se me ocurrió con Camilo Vero —expliqué—. Naturalmente, el padre de Helena es un buen amigo del emperador.

Caenis captó elegantemente aquella insinuación.

—¿Camilo es tu mecenas? —El mecenazgo era el tejido de la sociedad romana (en la que la urdimbre era el soborno)—. ¿Eso quiere decir que el senador ha hablado en tu nombre con el emperador?

—No fui criado para ser pupilo de nadie.

—Papá apoya incondicionalmente a Marco Didio —intervino Helena.

—Estoy segura de ello.

—Me parece —prosiguió Helena, cada vez más molesta— que Marco ha hecho por el imperio todo lo que debía sin recibir a cambio ningún reconocimiento oficial.

—Y tú, ¿qué opinas, Marco Didio? —preguntó Caenis, haciendo caso omiso de la ira de Helena.

—Me gustaría trabajar para el censo. Supone un buen desafío y no niego que pueda ser muy lucrativo.

—No sabía que Vespasiano te hubiera pagado cifras astronómicas.

—Nunca lo ha hecho —sonreí—. Pero esto será diferente. No trabajaré a sueldo, quiero un porcentaje de cuanto recupere para el Estado.

—Vespasiano nunca estará de acuerdo con eso. —La dama era testaruda.

—Piense en ello. —Yo también podía ser duro.

—Pero ¿de qué cantidades estamos hablando?

—Si hay tanta gente que intenta defraudar al fisco como yo pienso, las sumas que habrá que deducir de los culpables serán enormes. El único límite será mi fuerza personal.

—Pero tienes un socio, ¿verdad? —Así que ya lo sabía.

—Todavía no lo he probado, pero tengo confianza en él.

—¿Quién es?

—Un espía sin trabajo del que mi madre se ha apiadado.

—Claro. —Supuse que Antonia Caenis había descubierto que se trataba de Anácritos. Seguro que lo conocía. Tal vez lo detestaba tanto como yo o tal vez lo consideraba un sirviente y aliado de Vespasiano. La miré fijamente. De pronto sonrió. Fue una sonrisa sincera, inteligente y sorprendentemente llena de carácter. No daba a entender que fuera una mujer anciana que estuviera dispuesta a renunciar a su puesto en este mundo. Vislumbré lo que Vespasiano debía de haber visto siempre en ella. Sin lugar a dudas, estaba a la altura del innegable calibre del emperador.

—Tu propuesta parece atractiva, Marco Didio. Si se presenta la oportunidad, la discutiré con Vespasiano.

—Apuesto a que tiene una tablilla de notas con la lista de cuestiones que discutirán a una hora determinada del día.

—Tu idea de nuestra rutina diaria es muy peculiar.

Esbocé una ligera sonrisa.

—No. Sólo pienso que usted tiene tanto poder sobre Vespasiano como Helena lo tiene sobre mí.

Ambas se echaron a reír. Se reían de mí y yo lo toleraba. Era un hombre feliz. Sabía que Antonia Caenis me proporcionaría el trabajo que quería y albergaba grandes esperanzas de que hiciera algo más.

—Es de suponer —dijo, sin abandonar su franqueza— que quieres explicarme por qué no conseguiste ese ascenso.

—Es de suponer que usted ya lo sabe, señora. Domiciano creyó que los informadores somos personajes sórdidos y que ninguno es merecedor del ascenso a un rango superior.

—¿Y tiene razón?

—Los informantes son mucho menos sórdidos que las anticuadas gárgolas con éticas viscosas que pueblan las listas del rango superior.

—Sin lugar a dudas —dijo Caenis con una levisima sugerencia de reprobación— el emperador tendrá presentes tus críticas cuando repase esas listas.

—Espero que sí.

—Tal vez tus comentarios indiquen que no quieres estar en las listas de las gárgolas anticuadas, Marco Didio.

—No puedo permitirme sentirme superior.

—Y en cambio, ¿sí puedes correr el riesgo de ser sincero?

—Es uno de los dones que espero que me ayuden a sacar dinero de los cabrones que engañan al censo.

Se puso muy seria.

—Si tuviera que escribir un informe de este encuentro, debería cambiar esa frase por «recuperación de rentas públicas».

—¿Va a haber un informe de este encuentro? —le preguntó Helena en voz baja.

—Sólo en mi mente. —Se había puesto aún más seria.

—Entonces, ¿no hay ninguna garantía de que las recompensas prometidas a Marco Didio sean reconocidas en una fecha próxima? —Helena Justina nunca perdía de vista su objetivo principal.

—No te preocupes. —Me incliné hacia adelante bruscamente—. Podría estar anotado en veinte pergaminos y, sin embargo, si perdiese la concesión, todos ellos desaparecerían de los archivos a manos de escribas incompetentes. Si Antonia Caenis está dispuesta a apoyarme, su palabra basta.

Antonia Caenis estaba muy acostumbrada a ser importunada a cambio de favores.

—Yo sólo puedo hacer recomendaciones. Todas las cuestiones de Estado se resuelven a juicio de Vespasiano.

¡Seguro que sí! Vespasiano llevaba escuchándola desde que era una niña y él sólo un joven senador cuya familia luchaba por salir de la pobreza.

—Ahí lo tienes —dije a Helena con una sonrisa—. No hay mejor garantía que ésa.

En aquellos momentos, pensaba que realmente era así.

IV

Dos días después fui llamado a palacio. No vi ni a Vespasiano ni a Tito. Un administrador amable llamado Claudio Laeta fingió ser el responsable de que me dieran el empleo. Conocía a Laeta. Sólo era responsable del caos y de las desgracias.

—Creo que no tengo el nombre de tu nuevo socio —me dijo mientras ojeaba con torpeza unos rollos de pergamino para evitar mi mirada.

—Qué casualidad más inusual. Le mandaré una nota con su nombre y su historial. —Laeta comprendió que yo no tenía intenciones de hacerlo.

Con una actitud complaciente, señal inequívoca de que el emperador había intercedido (y mucho) en mi favor, me dio el empleo solicitado. Acordamos el porcentaje de los beneficios. Los números debían de ser el punto flaco de Laeta. Sobre dibujo artístico y diplomacia untuosa lo sabía todo, pero no podía distinguir un presupuesto hinchado del que no lo era. Me marché de allí satisfecho de mí mismo.

El primer sujeto que teníamos que investigar era Calíopo, un lanista algo famoso de Tripolitania, que entrenaba y promocionaba gladiadores, sobre todo de los que se enfrentaban a animales salvajes. Cuando Calíopo mostró su lista de personal, yo no conocí a nadie. No poseía luchadores de categoría. Ninguna mujer se entregaba a su mediocre equipo y en su oficina no había trofeos, pero yo sabía el nombre de su león. Se llamaba Leónidas.

El león compartía nombre con un gran general espartano; pero no por eso lo congraciaba con romanos como yo, educados en la humillante tesitura de cuidarnos de los griegos no fuera a ser que nos contagiásemos de sus sucias costumbres de llevar barba y hablar de filosofía. Pero yo amaba a ese león incluso antes de conocerlo. Leónidas era un devorador de hombres experimentado. En los próximos Juegos iba a ejecutar a un repulsivo psicópata sexual llamado Turio. Turio se había pasado muchos años violando a mujeres, despedazándolas luego y tirando los restos a los acueductos. Yo fui quien lo descubrió y lo llevó a los tribunales. Lo primero que hicimos Anácrites y yo al conocer a Calíopo fue pedirle que nos llevara a ver las jaulas y, una vez allí, me fui directo hacia el león.

Me dirigí a Leónidas como si fuera un colega de confianza y le expliqué concienzudamente el grado de fiereza salvaje que esperaba sacara ese día.

—Siento mucho que no podamos liquidar el asunto durante las Saturnales, pero es ésta una fiesta de gran alborozo popular y los sacerdotes achacan que acabar con criminales durante ellas desluciría el acontecimiento. De ese modo, el hijo de puta tendrá más tiempo de consumirse en la cárcel antes de que des cuenta de él. Despedázalo lo más despacio que puedas, Leo. Prolóngale la agonía.

—Es inútil, Falco. —Buxo, el cuidador, había estado escuchando—. Los leones son asesinos amables y educados. Un zarpazo y acaban contigo.

—Si tengo algún día un problema con la ley, pediré que me echen a los grandes felinos.

Leónidas todavía era joven. Estaba en buena forma y los ojos le brillaban, aunque le olía el aliento debido a que comía carne ensangrentada. No le daban demasiada, lo mantenían hambriento para que hiciera su trabajo con eficiencia. Yacía en el rincón más alejado en la semioscuridad de la jaula. Las fuertes sacudidas de su cola eran una presuntuosa amenaza y nos miraba con unos ojos claros llenos de desconfianza.

—Lo que admiro de ti, Falco —comentó Anácrites, que me seguía con furtivos pies—, es la atención personal que prestas a los detalles más nimios.

Esto era mejor que oír a Petronio Longo quejarse constantemente de que yo me entretenía en trivialidades, pero el significado era el mismo: mi nuevo socio, igual que el antiguo, me decía que perdía el tiempo.

—Leónidas —dije, preguntándome qué posibilidades había de convencer al león para que devorase a mi nuevo socio— es absolutamente competente. Costó mucho dinero, ¿verdad, Buxo?

—Por supuesto —asintió el cuidador. Hacía caso omiso de Anácrites y prefería tratar conmigo—. Lo difícil es capturarlos vivos. He estado en África y lo he visto. Utilizan un niño como cebo. Conseguir que las fieras den un salto y caigan en el foso requiere no poca astucia. Luego hay que sacarlas sin hacerles daño mientras rugen enloquecidas e intentan despedazar a todo bicho viviente que se les acerque. Calípo tiene un agente que a veces nos ofrece cachorros, pero, para eso, ha tenido que cazar y matar primero a la madre. Y entonces es cuando se presenta el problema de criarlos hasta que alcancen un tamaño adecuado para los Juegos.

—No es de extrañar que el proverbio diga que el primer requisito para ser un buen político consiste en conocer un buen sitio de donde traer tigres —comenté con una sonrisa.

—No tenemos tigres —se justificó Buxo con seriedad, pues no había comprendido la indirecta. Los chistes sobre senadores sobornando a gente con espectáculos sangrientos no entraban en su calva mollera—. Los tigres vienen de Asia y, precisamente por eso, a Roma llegan tan pocos. Sólo tenemos contactos con el norte de África, Falco. Conseguimos leones y leopardos. Calípo es natural

de Oea.

—Exacto. El suyo es un negocio familiar. Y el agente de Calíopo, ¿cría los cachorros allí?

—Es absurdo gastar dinero en mandarlos antes de que tengan el tamaño adecuado. A fin de cuentas, todo esto es un juego.

—Eso qué quiere decir, ¿Calíopo tiene unas instalaciones como éstas en Tripolitania?

—Efectivamente. —Ese establecimiento de Oea era el que Calíopo había jurado a los censores que estaba a nombre de su hermano. Furtivamente, Anácrites tomó notas en una tablilla, comprendiendo por fin el objetivo de mis preguntas. Las fieras podían ser todo lo valiosas que quisieran, pero era la tierra, en Italia o en las provincias, lo que nos interesaba. Sospechábamos que aquel «hermano» de Calíopo en Oea era una ficción.

Ese primer día realizamos una buena investigación. Recogimos los documentos de las instalaciones y los añadimos a la pila de pergaminos sobre los duros luchadores de Calíopo. Luego, con todos los papeles, caminamos pesadamente hasta nuestra nueva oficina.

Aquel gallinero era otro punto de desacuerdo. Durante toda mi carrera había trabajado como informador desde un horroroso apartamento en la plaza de la Fuente, en lo alto del Aventino. Los demandantes subían penosamente los seis tramos de escalera y me sacaban de la cama para que escuchara sus calamidades. Los que tenían todas las de perder se desalentaban ante la subida y a aquellos tipos malos que querían disuadirme de mis investigaciones con el argumento de una paliza, los podía oír antes de que llegaran.

Cuando llegó el momento de necesitar una vivienda más espaciosa, Helena y yo nos mudamos al otro lado de la calle y conservamos ese ático para utilizarlo como oficina. Cuando la mujer de Petronio lo echó de casa por mujeriego, le dejé que se instalase allí y aunque ya no éramos socios, seguía viviendo en la oficina. Anácrites insistía en que necesitábamos un sitio donde guardar los rollos de pergamino que acumulábamos para nuestro trabajo del censo, un sitio en el que no estuviera Petronio mirándonos hecho una furia, desaprobando cuanto hiciéramos. Lo que no necesitábamos, como yo me hartaba de repetir hasta la saciedad, era instalarnos entre los gorriones de la Saepta Julia.

Anácrites lo dispuso todo sin consultarme. Ese era el tipo de socio que mi madre me había buscado.

La Saepta es un amplio recinto cerca del Panteón y del salón de la Elección que por aquellos días, antes de las reformas, albergaba bajo las arcadas del interior un buen número de informadores. Los que allí se ocultaban eran los más marrulleros y los más sucios, chinches políticas, antiguos rastros de Nerón, sin tacto ni gusto ni principios morales. Eran la gloria de nuestra profesión. Yo no quería saber nada de ellos, pero Anácrites me arrastró a sus asquerosas

viviendas.

Los otros animales salvajes, los de baja estofa que vivían en la Saepta Julia eran orfebres y joyeros, una pandilla sin demasiada cohesión formada en torno a un grupo de subastadores y anticuarios. Uno de ellos era mi padre, del que solía mantenerme a prudencial distancia.

—Bienvenidos a la civilización —gritó entusiasmado mi padre, irrumpiendo en el lugar cinco minutos después de nuestra llegada.

—Piérdete, papá.

—No esperaba menos de ti, hijo.

Mi padre era un tipo cuadrado y fornido, con unos indómitos rizos grises y lo que, incluso entre mujeres de experiencia, pasaba por una sonrisa encantadora. Tenía fama de ser un comerciante astuto; eso significaba que siempre mentiría antes que decir la verdad. Había vendido más vasijas atenienses falsas que ningún otro subastador de Italia. Un alfarero las hacía especialmente para él.

La gente decía que yo me parecía a mi padre, pero si captaban mi reacción, sólo lo decían una vez.

Supe por qué era feliz. Cada vez que yo estaba enfrascado en un trabajo difícil, me interrumpía con urgentes demandas para que fuera a su almacén y lo ayudara a mover de sitio algún mueble pesado. Con mi ayuda, podía despedir a dos porteadores y al chico que preparaba la infusión de agua de borrajas. Y lo que era aún peor, mi padre trazaría inmediata amistad con todo sospechoso que yo quisiera mantener a distancia y luego divulgaría los pormenores de mi investigación por toda la ciudad.

—¡Esto hay que celebrarlo! —gritó, y salió corriendo en busca de bebidas.

—Cuéntaselo a mi madre tú mismo, Anácrites —le gruñí. Se puso más pálido que la cera. Debía de haber supuesto que mi madre no le hablaba a mi padre desde el día en que éste se fugó con una pelirroja y la dejó con todos los hijos por criar. La idea de que yo trabajase en las proximidades de mi padre la incitaría a buscar a alguien a quien colgar de los talones en el garabato para la carne ahumada. Al trasladarse a esta oficina, Anácrites se arriesgaba a que se le terminase el chollo de habitar en casa de mi madre, sacrificando cenas exquisitas y también correría el peligro de sufrir una herida mucho peor de la que recibió, y tras la cual mi madre le salvó la vida—. Espero que vuelas más que corras, Anácrites.

—Eres todo corazón, Falco. ¿Por qué no me das las gracias por haber encontrado este magnífico alojamiento?

—He visto pocilgas para cerdos mucho más grandes.

En el primer piso había un cuartucho que llevaba dos años abandonado después de que muriera dentro el inquilino anterior. Cuando le hicimos una oferta al propietario, éste no pudo dar crédito a su suerte. Cada vez que nos movíamos, tropezábamos uno con otro. La puerta no cerraba, los ratones se resistían a

cedernos el habitáculo, no había sitio para mear, así de claro, y en la tienda de comestibles más cercana que estaba al otro lado del recinto, vendían unos panecillos mohosos que provocaban náuseas.

Me instalé en un pequeño mostrador de madera desde el que podía contemplar la gente que pasaba por la calle. Anácrates lo hizo en un taburete de la oscura parte trasera. Su discreta túnica color ostra y su cabello negro untado de aceite se confundían con las sombras, por lo que sólo se veía su pálida cara. Se le veía preocupado, apoyando la cabeza en el muro como si quisiera ocultar la gran cicatriz de su herida. La memoria y la lógica le jugaban malas pasadas. De todas formas, parecía haber mejorado al hacernos socios. Daba la peculiar impresión de que esperaba con ganas su nueva vida activa.

—No le digas a papá lo que estamos haciendo para el censo porque, si no, a la hora de cenar todo el mundo sabrá la noticia.

—¿Y qué puedo contarle, Falco? —Como espía, siempre había carecido de iniciativa.

—Que realizamos una verificación interna de cuentas.

—¡Claro! Eso hace que la gente pierda el interés rápidamente. ¿Y qué debemos decirles a los sospechosos?

—Tenemos que obrar con cautela. No permitiremos que conozcan nuestros poderes draconianos.

—No. Responderían ofreciéndonos sobornos.

—Los cuales no podemos aceptar porque somos personas respetables —dije.

—No. A menos que los sobornos sean realmente atractivos —replicó Anácrates con gazmoñería.

—Como espero que, con un poco de suerte, sean —cloquéé.

—¡Ya estoy aquí! —Papá reapareció con un ánfora—. Le he dicho al bodeguero que más tarde pasaríais a pagarle.

—Oh, gracias. —Papá se hizo sitio a mi lado y, con un gesto expectante, pidió que procediera a las presentaciones que antes había dejado de lado—. Anácrates, éste es mi padre, el mentiroso avaro Didio Favonio, también conocido por Gémino. Tuvo que cambiar de nombre porque muchas personas furibundas iban tras él un día sí y otro también.

Era evidente que mi nuevo socio pensaba que le había presentado a un personaje fascinante, un divertido y buscado excéntrico de la Saepta. En realidad, ya se conocían desde que todos estuvimos implicados en la búsqueda de objetos en un caso de alta traición. Ninguno de los dos parecía recordarlo.

—Tú eres el inquilino —exclamó mi padre. A Anácrates le complació aquella fama local.

Mientras mi padre servía el vino en unas tazas de metal, vi que nos observaba atentamente. Le dejé que mirase. Para él, esos juegos eran divertidos. Para mí, no.

—¡Así que de nuevo sois Falco y Asociado!

Forcé una sonrisa de cumplido. Anácrites sorbió por la nariz. No quería ser sólo «y Asociado», pero yo había insistido en la continuidad. Al fin y al cabo, lo que yo quería de veras era encontrar otro socio lo antes posible.

—¿Ya os habéis instalado? —Mi padre estaba encantado de ver que habíamos creado una atmósfera distinta en aquel cuchitril.

—Se está un poco apretado, pero, como esperamos pasarnos el día en la calle, no tiene mucha importancia. —Anácrites parecía dispuesto a enojarme entablando conversación con mi padre—. Al menos, el precio es razonable. Llevaba tiempo sin alquilar.

Papá asintió. Le gustaban las habladurías.

—Lo tenía alquilado el viejo Potino hasta que se cortó el cuello, naturalmente.

—Si trabajaba aquí, comprendo que se suicidase —dije.

Anácrites miró la Villa Potino nervioso, por si aún quedaban manchas de sangre. Impenitente, mi padre me guiñó el ojo.

Entonces mi socio tuvo un sobresalto.

—Las verificaciones internas de cuentas no son una buena tapadera —se quejó enfadado—. Nadie se lo creerá, Falco. Se supone que los interventores internos examinan los errores de la burocracia de palacio. Nunca se mezclan con el público... —Comprendió que yo lo había impresionado. Me encantó verlo enfurecido.

—Era sólo una prueba —dije, y sonreí con presunción.

—¿Qué es todo esto? —preguntó mi padre, que no soportaba quedarse fuera de onda.

—¡Es confidencial! —respondí con contundencia.

V

Al día siguiente, después de haber estudiado lo que Calíopo decía poseer, regresamos a sus barracas de entrenamiento para desmontar su operación.

El hombre no tenía aspecto de dedicarse al comercio de la muerte y la crueldad. Era un tipo alto, delgado, pulcro, de cabello moreno rizado, orejas grandes, las ventanas de las narices abiertas y un bronceado suficiente como para pensar que era de otras latitudes, aunque bien adaptado a la ciudad. Se decía que era un emigrante del sur de Cartago, pero si cerrabas los ojos, podías pensar que había nacido en Suburra. Su latín era coloquial, su acento propio del Circo Máximo, refinado gracias a unas clases de oratoria. Llevaba túnica blanca y lucía los suficientes anillos en los dedos como para dar a entender que era un poco pretencioso. Un tipo despierto, que se había hecho rico gracias al trabajo duro y que se comportaba con modales decorosos. Un hombre de esos a los que Roma suele odiar.

Tenía la edad justa que indicaba que había llegado a la cumbre pese a haber partido de cero. Era probable que en ese recorrido se hubiera dedicado a todo tipo de prácticas comerciales. Nos recibió personalmente, lo cual significaba que sólo podía permitirse tener un pequeño grupo de esclavos, cuyos quehaceres no podían dejar para atenderlos. Como yo ya había visto los horarios de sus hombres, sabía que no se trataba de eso. Calíopo quería controlar personalmente todo lo que se nos dijera a Anácritos y a mí. Parecía amable e indiferente. Nosotros sabíamos cómo tratarlo.

Su establecimiento estaba formado por una pequeña palestra en la que entrenaban sus hombres y un jardín zoológico, si queríamos llamarlo así. Debido a los animales, los ediles lo habían obligado a establecerse fuera de Roma, en la vía Portuense, camino del río. Al menos, para nosotros, era la zona buena de la ciudad aunque, en todos los demás aspectos, era una verdadera molestia. Para no tener que pasar el duro barrio del Trastévere, tuvimos que convencer a un barquero de que nos cruzara el río desde el mercado hasta la Puerta Portuense. Desde allí nos quedaba una corta distancia, pasando frente al santuario de los dioses sirios, lo cual nos puso de un humor raro y, después, frente al santuario de Hércules.

Nuestra primera visita fue breve. El día anterior conocimos a nuestro sujeto, vimos el león encerrado en una jaula de madera poco segura y cogimos algunos

documentos para saber a qué atenernos. Hoy las cosas serían distintas.

Se suponía que Anácrites tendría el privilegio de dirigir la entrevista inicial. Mi propio estudio de los informes me decía que Calíopo poseía once gladiadores. Eran «bestiarios» del rango profesional. Con eso quiero decir que no eran simplemente criminales de los que se arrojaban al cuadrilátero por parejas para que se mataran entre sí durante las sesiones de precalentamiento de la mañana, en las que el último superviviente era liquidado por un ayudante. Se trataba de once luchadores debidamente entrenados y luchadores armados contra animales. Los profesionales de ese tipo ofrecían un buen espectáculo, y se intentaba que volvieran con vida al túnel después de cada asalto. Tenían que luchar de nuevo, y esperaban que un día la multitud los vitoreara y pidiera a gritos que se les concediera una gran recompensa y tal vez la libertad.

—Muchos de ellos no sobreviven, ¿verdad? —pregunté a Calíopo para que se tranquilizara.

—Bastantes más de los que usted cree, sobre todo entre los bestiarios. Nos es indispensable tener supervivientes. La ambición de dinero y fama es lo que les hace apuntarse a esta actividad. Para los chicos jóvenes de familias pobres, tal vez represente la única oportunidad de triunfar en la vida.

—Como usted sabe, todo el mundo piensa que los combates están decididos de antemano.

—Yo también lo pienso —dijo Calíopo en tono evasivo.

Probablemente también sabía lo que todos los romanos honorables murmuraban cuando el presidente de los Juegos agitaba su sucio pañuelo blanco para intervenir en la acción: que el árbitro era ciego.

Una de las razones por las que los gladiadores de este lanista eran considerados especímenes débiles era porque se especializaba en cacerías bufas, aquella parte de los Juegos conocida por *venatio*. Era propietario de varios animales salvajes a los que soltaba en la arena en escenarios preparados. Luego sus hombres los perseguían a caballo o a pie, matando el menor número posible pero complaciendo a la multitud. A veces, las fieras se enfrentaban las unas a las otras, en combinaciones impensables: elefantes contra toros o panteras contra leones. A veces era un hombre y un animal los que se enfrentaban entre sí. Sin embargo, los bestiarios eran poco más que cazadores expertos, y comparados con los tracios, los mirmillones y los reciaros, cuya misión era morir en la arena, poco era el aprecio que les dispensaba el público.

—Perdemos al hombre que hace varios trabajos, Falco. Las cacerías tienen que parecer peligrosas.

Eso no se correspondía con los acontecimientos que yo había presenciado, en los que unos animales renuentes tenían que ser atraídos a su destino golpeando corazas o agitando hierros candentes.

—Así que le gusta que sus cuadrúpedos sean feroces, ¿no? Y los consigue en

Tripolitania, ¿verdad?

—Básicamente sí. Mis agentes recorren todo el norte de África: Numidia, Cirenaica, incluso Egipto.

—Encontrar esos animales, alojarlos y alimentarlos debe costar mucho dinero.

Caliopo me miró con severidad.

—¿Adónde quiere ir a parar con todo esto, Falco?

Habíamos decidido que Anácrites hiciera las primeras preguntas, pero a mí me encantó empezar de ese modo porque Caliopo se puso nervioso antes de comenzar los interrogatorios formales. Y por lo que a Anácrites se refería, le ocurrió lo mismo. Había llegado la hora de ser sinceros.

—Los censores nos han pedido a mí y a mi socio que realicemos un control de lo que llamamos estilo de vida.

—Un ¿qué?

—Bueno, usted ya me entiende. Se preguntan cómo es posible que posea esa hermosa villa en Sorrento si dice que su negocio sólo le acarrea pérdidas.

—¡Tengo declarada esa villa! —protestó Caliopo. Desde luego, aquí empecé el primer error. Las propiedades en la bahía de Nápoles cuestan un riñón. Las villas en los acantilados con espléndidas vistas al mar azul y la isla de Capri son la meta de los millonarios, ya sean familias consulares, funcionarios imperiales del departamento de peticiones o los chantajistas más afortunados.

—Muy conveniente —lo tranquilicé—. Como es natural, Vespasiano y Tito están seguros de que no es usted uno de esos hijos de puta que alegan modestamente que trabajan en un negocio que tiene enormes gastos generales, mientras al mismo tiempo tienen caballos de pura raza y se desplazan en carruajes con ruedas rápidas y adornos dorados. Por cierto, ¿qué vehículo tiene? —pregunté con inocencia.

—Tengo un carro estilo familiar tirado por una mula y una silla de mano para uso personal de mi mujer —respondió Caliopo. Era obvio que había decidido venderse rápidamente su cuádriga de carreras y sus cuatro briosos caballos españoles.

—De lo más frugal. Pero ya sabe usted lo que causa verdadera excitación entre la burocracia. Los carruajes grandes, ya se lo he dicho. Apuestas muy altas, túnicas centelleantes, cómplices chismosos, noches de juerga con chicas que ofrecen servicios inusuales. —El lanista se sonrojó—. Nada de lo que puedan acusarlo, ya veo: desnudos de mármol del Pentélico, amantes de esas que hablan cinco lenguas, lucen zafiros tallados y a las que se aloja en discretos áticos de la calle del Azafrán.

Se aclaró la garganta nervioso. Apunté que debíamos localizar a la amante. Un trabajo para Anácrites, tal vez. Quizá la mujer sólo hablase dos o tres dialectos, uno de ellos una mera lista de la compra en griego, pero seguramente

había conseguido de su amante un pequeño apartamento « en el que albergar a mi mamá », y el nombre del estúpido de Caliope debía de constar en los documentos de compra.

¡Cuántos enredos teníamos que desentrañar en nuestro noble trabajo! ¡Por todos los dioses, qué mentirosos eran mis conciudadanos!, pensé complacido.

Caliope todavía no nos había ofrecido nada para que lo dejáramos en paz. Aquello, como Falco y Asociado, nos convenía. Aún no éramos unos interventores formales. Lo que queríamos era arrestarlo, mala suerte para él. Queríamos empezar con un porcentaje de aciertos alto y cobrar lo que nos correspondiese del tesoro para demostrar a Vespasiano y a Tito que merecía la pena habernos dado el empleo.

Con eso también alertaríamos a la población de que la investigación que nosotros hiciéramos era un peligro, con lo que la gente que constaba en nuestra lista tal vez quisiera llegar a un acuerdo de antemano con las autoridades.

—¿Así que también posee once gladiadores? —intervino por fin Anácrites—. ¿Puedo preguntarle cómo los adquirió? ¿Los compró?

Una extraña expresión de ansiedad cruzó la cara de Caliope mientras veía que esa pregunta precedería a la de sonsacarle de dónde había sacado el dinero para esa compra.

—Algunos, sí.

—¿Son esclavos? —prosiguió Anácrites.

—Algunos, sí.

—¿Se los han vendido sus dueños?

—Sí.

—¿En qué circunstancias?

—Por lo general son tipos problemáticos que han ofendido a sus dueños o que éstos pensaban que era mejor convertirlos en dinero.

—¿Pagó mucho por ellos?

—Con frecuencia, no; pero la gente siempre espera que sea así.

—¿También ha adquirido prisioneros bárbaros? ¿Ha tenido que pagar por ellos?

—Sí. Originariamente son propiedad del Estado.

—¿Pueden comprarse siempre?

—En tiempos de guerra.

—Ese mercado podría acabarse si nuestro nuevo emperador instaure un glorioso periodo de paz... ¿De dónde los sacará entonces?

—Siempre hay hombres.

—¿Eligen ellos mismos este género de vida?

—Hay mucha gente que anda desesperada por dinero.

—¿Les paga mucho?

—No les pago nada. Sólo los alimento.

—¿Y eso basta?

—Si antes no comían, claro está que sí. Los hombres libres que se apuntan voluntarios cobran una paga inicial.

—¿De cuánto?

—De dos mil sestercios.

Anácrites arqueó las cejas.

—¡Eso no es mucho más de lo que el emperador paga a los poetas por declamar una oda en un recital! ¿Les resulta razonable venderse por esa cifra?

—Muchos de ellos nunca han visto tanto dinero junto.

—Pero no es una cifra muy alta a cambio de la esclavitud y la muerte. Y cuando se alistán, ¿tienen que firmar un contrato?

—Asumen un compromiso.

—¿Por cuánto tiempo?

—Para siempre. A menos que ganen la espada de oro y sean liberados. Pero cuando ya han alcanzado el éxito, incluso los que ganan los premios más grandes se sienten incómodos y vuelven a alistarse.

—¿En las mismas condiciones?

—No. La paga de ingreso es seis veces mayor.

—¿Doce mil?

—Y como es natural, esperan cosechar más premios. Se consideran unos ganadores natos.

—Bueno, pero eso no dura siempre.

—No. —Calíopo sonrió en silencio.

Anácrites se enderezó con aire pensativo. Su estilo de interrogatorio era distendido y tomaba abundantes notas. En apariencia se encontraba tranquilo, como si se limitase a familiarizarse con la escena que lo rodeaba. No era eso precisamente lo que yo esperaba. Sin embargo, para haber llegado a jefe del Servicio Secreto, tenía que haber sido bueno.

Llegamos a la conclusión de que Calíopo había sido aconsejado por su asesor para que cooperase siempre que fuera posible, pero también le había advertido que no tomase la iniciativa en ningún momento. A partir de la intervención de Anácrites sus pausas eran cada vez más largas.

—Sé lo que piensa —farfulló—. Se pregunta cómo puedo permitirme esos gastos cuando les he dicho a los censores que la mayor parte de mis negocios son a largo plazo y no dan beneficios inmediatos.

—Se refiere al entrenamiento de los gladiadores —apuntó Anácrites.

—Sí, se necesitan años.

—Y durante todo ese tiempo ¿tiene que darles techo y comida?

—Sí, y preparadores, médicos, armeros...

—Y luego pueden morir en su primera salida.

—Desde luego, señores. Mi empresa es muy arriesgada.

—Nunca he conocido a un hombre de negocios que no lo dijera —interrumpí yo, y al mismo tiempo me incliné hacia delante.

Anácrites se echó a reír, más de Calíopo que de mí y su confianza seguía aumentando. Íbamos a ser tipos amables, dando a entender que no importaba nada de lo que dijese el sospechoso. Ninguna sacudida brusca con la cabeza ni una palabra más alta que otra. Sólo sonrisas, amabilidades, comprensión con todos sus problemas..., y luego escribir un informe que mandara a la víctima al Hades de una patada.

—¿De dónde proceden sus ingresos principales?

—Me pagan por abastecer hombres y animales para la *venatio*. Además, si organizamos una pelea de verdad, algo de dinero como premio.

—Yo creía que era el gladiador vencedor el que se quedaba con él.

—El lanista recibe un porcentaje.

—Mucho mayor que el del gladiador, por supuesto. Pero ¿lo bastante cuantioso como para tener una villa con vistas a la bahía de Nápoles? Bueno, sin duda alguna, eso representa muchos años de trabajo. —Calíopo quería hablar; pero lo teníamos acorralado; yo seguí—: Dado que ha acumulado su capital a lo largo de los años, nos preguntamos si cuando preparó sus cuentas para el censo, habría otras propiedades, fuera de Roma, quizá, o fincas que haga tanto tiempo que las posee que se le hayan olvidado y que fueron sin querer omitidas en su declaración de bienes.

Lo dije en un tono por el que él dedujera que nosotros sabíamos algo. Calíopo intentó tragar saliva.

—Examinaré de nuevo los pergaminos, no sea que...

Falco y Asociado asentimos con un movimiento de cabeza y nos preparamos para oír su confesión cuando le diéramos un aplazamiento inesperado.

Un esclavo sudoroso y despeinado, con barro en las botas, entró corriendo en la habitación. Durante unos instantes clavó avergonzado la vista en el suelo, reacio a hablar con Calíopo en nuestra presencia. Con cortesía, Anácrites y yo juntamos las cabezas, fingiendo discutir nuestro siguiente movimiento cuando, en realidad, lo que hacíamos era escuchar lo que decían.

Por los murmullos que oíamos entendimos que había ocurrido algo terrible, y que se pedía a Calíopo que se presentara inmediatamente en el recinto destinado a los animales. Soltó una airada maldición y luego se puso en pie de un salto. Nos miró unos instantes sin saber qué decir.

—Tenemos un muerto —dijo, lacónico. Era obvio que sentía esa pérdida. Supuse que debía de ser costosa—. Tengo que salir a investigar. Vengan si quieren.

Anácrites que, después del accidente, palidecía con facilidad, decidió quedarse en la oficina. Incluso un mal espía sabe cuándo hay que aprovechar la oportunidad para efectuar un registro. Entonces Calíopo me dijo que el muerto

era Leónidas, su león.

VI

El recinto de los animales era un edificio bajo y largo. Por un lado se dividía en jaulas grandes del tamaño de un cubículo para esclavos. De ellas procedían extraños ruidos y crujidos y, de repente, se oyó un grave rugido de algún otro animal grande, posiblemente un oso. Frente a las jaulas habrían corrales más pequeños con barrotes bajos. Casi todos estaban vacíos. En un extremo, cuatro avestruces enjaulados nos miraban curiosos mientras Buxo, el cuidador, intentaba sin éxito contener su curiosidad ofreciéndoles una ración de pienso. Eran más altos que él y tenían ganas de hacer ruido, como buitres torciendo el cuello cuando alguien es atropellado por un vehículo.

Leónidas yacía en su jaula, cerca del lugar donde lo habíamos visto el día anterior, pero en ese momento tenía la cabeza hacia el otro lado y no me miraba.

—Necesitamos más luz.

Calípo, en tono lacónico, pidió más antorchas.

—No encendamos demasiadas para que las fieras no se alteren.

—¿Podemos entrar? —Puse una mano en un barroto de la jaula. Era más fuerte de lo que podía pensarse por su aspecto mordisqueado. Era de madera con refuerzos de metal. La puerta se cerraba con una cadena corta y un candado. Al parecer, las llaves estaban en la oficina. Calípo gritó a un esclavo que fuera a buscarlas, lo que Buxo aprovechó para abandonar su tarea de niñera y se unió a nosotros, seguido por aquellos pájaros de patas largas.

—Claro que puede entrar. No le hará nada. Está muerto. —Con la cabeza señaló unos despojos de animal donde revoloteaban las moscas que estaban en la jaula—. Ni siquiera ha probado la ración de la mañana.

—¿Le dieron esa carne por la mañana?

—Sólo un tentempié para aguantar hasta la noche. —Parecía una cabra entera—. Lo llamé y ya estaba tumbado de ese modo. Pensé que dormía. Pobre animal, ya debía de estar muerto.

—Entonces, usted se fue creyendo que el león dormía, ¿no?

—Exacto. Más tarde, cuando regresé a traerles grano a esos pájaros bobos de ahí, todavía no se había movido. Tenía el cuerpo cubierto de moscas y ni siquiera meneaba la cola. Incluso lo toqué con un bastón. Entonces me dije que estaba muerto.

Las antorchas y las llaves llegaron a la vez. Calípo se hizo con ellas y buscó

la llave que abriera aquella jaula, eligiendo entre las muchas que había en un aro de hierro. Sacudió la cabeza.

—Cuando los sacas de su hábitat natural, estos animales son muy vulnerables. Ahora comprenderá, Falco, por qué me opongo a ciertas cosas. Las personas como usted... —Se refería a las personas que investigaban su honestidad financiera—. Las personas como usted no comprenden lo delicado que es este negocio. Los animales se mueren de un día para otro y nunca sabemos por qué.

—Veo que lo tenía en las mejores condiciones posibles. —Entré en la jaula con cuidado. Como todas las jaulas, era un lugar sórdido, con un lecho de paja grueso, un gran recipiente para el agua y los restos de la cabra, aunque Buxo ya los recogía para darlos como merienda a otros animales, apartando a los avestruces que todavía lo seguían. Cerró la jaula a sus espaldas para que no entrasen.

Me asaltó el amargo pensamiento de que Leónidas correría la misma suerte que la cabra que le habían dado como desayuno. Tan pronto como se desvaneciera el interés que suscitaba, sería ofrecido a algún congénere canibal.

Visto de cerca era mucho más grande de lo que yo creía. Su pelaje era marrón y su greñuda melena de color negro. Las fuertes patas traseras las tenía recogidas debajo del cuerpo y las garras delanteras extendidas como una esfinge. Su gruesa cola se enrollaba como la de un gato doméstico, con la espiguilla pulcramente alineada con su cuerpo. La majestuosa cabeza estaba situada con el hocico en tierra al fondo de la jaula. El olor a león muerto todavía no había suplantado los olores que había ido acumulando en la jaula mientras estaba vivo. Eran muy intensos.

Buxo se ofreció a abrirle la boca para que yo viera los dientes. Como estaba mucho más cerca de lo que siempre había deseado estarlo de un león vivo, accedí por cortesía. Las experiencias nuevas siempre me interesaban. Calíopo se quedó mirándolo, con el ceño fruncido por la pérdida al tiempo que debía calcular ya cuánto dinero necesitaría para reponer el león. El cuidador se acercó al animal tumbado. Le oí murmurar un comentario cariñoso medio irónico. Cogió la enmarañada melena con las dos manos y tiró fuerte de ella para volver el animal hacia nosotros.

Entonces soltó un grito de auténtico asco. Calíopo y yo tardamos unos segundos en reaccionar y luego nos acercamos a mirar. Olimos el fuerte vómito del león. Vimos sangre en la paja y en la piel del animal. Pero advertimos algo más: del pecho del gran animal sobresalía la empuñadura astillada de una lanza rota.

—¡Alguien lo ha matado! —gritó Buxo, enfurecido—. ¡Algún hijo de puta ha matado a Leónidas!

VII

—Tienes que prometérmelo, Falco —suplicó Anácritos cuando volví a la oficina del lanista—. Tienes que prometerme que lo ocurrido no te desviará de nuestro interés principal.

—Métete en tus cosas.

—Eso es precisamente lo que hago. Ahora mismo, mis cosas son las mismas que las tuyas: ganar unos sestercios descubriendo hijos de puta que defraudan al fisco. No tenemos tiempo para preocuparnos de muertes misteriosas de leones de circo.

Pero aquel animal no era sólo una fiera de circo. Era Leónidas, el león que iba a comerse a Turio.

—Leónidas ejecutaba criminales. Era el verdugo oficial del imperio, Anácritos. Ese león era tan empleado del Estado como tú y como yo.

—Si haces poner una placa con su nombre en la que conste la gratitud del emperador y recoges fondos para que se le haga un funeral, no haré ninguna objeción —dijo mi socio, que era un tipo de moral amarga y curiosa.

Le dije que hiciera lo que quisiera siempre y cuando me dejase en paz. Era capaz de terminar nuestra auditoría del lugar con una mano atada a la espalda antes de que Anácritos tuviera tiempo de recordar cómo se escribía la fecha del informe en griego administrativo. Mientras se ocupaba de mi parte del trabajo, también descubriría quién había matado a Leónidas.

Anácritos nunca supo dejar que un hombre acalorado se tranquilizase.

—Lo que ha ocurrido, ¿no es asunto de su dueño?

Lo era. Y yo sabía lo que el dueño tenía pensado hacer al respecto: nada.

Cuando vio la herida y el trozo de asta de la lanza, Calíopo se puso de un color bilioso, luego pareció que lamentaba que lo hubiesen invitado a mirar el cuerpo yerto y frío. Vi que fruncía el ceño a Buxo, ordenándole obviamente que callara. El lanista me aseguró que en la muerte del león no había nada siniestro y que enseguida descubriría lo ocurrido hablando con sus esclavos. Para un informador experimentado no había duda de que lo que Calíopo hacía era apartarme. Intentaba encontrar alguna excusa.

Pero no había contado con mi decisión, claro.

Le dije a Anácritos que se le veía cansado y necesitaba un descanso. En realidad, tenía el mismo aspecto de siempre, pero necesitaba cuidar de él para

animarme a mí. Dejarlo en la oficina del lanista intentando reconciliar cifras no era la mejor cura para un hombre con dolor de cabeza, pero lo hice así y salí a la zona de tierra batida en la que cinco o seis gladiadores llevaban practicando toda la mañana. Era un rectángulo de feo aspecto en el centro del complejo, con las jaulas a un lado, pegadas, inoportunamente, al comedor de los gladiadores. En el extremo opuesto, detrás de una columnata fría e impersonal estaban los barracones con los luchadores y un almacén de equipamiento con la oficina en el primer piso. La oficina tenía su propio balcón, desde el cual Calíopo podía contemplar los entrenamientos de sus hombres, y una escalera exterior. Una tosca estatua de Mercurio situada en el extremo del patio tenía como función inspirar a los hombres que se entrenaban. Hasta a él se le veía deprimido.

Los enervantes ruidos metálicos de los ejercicios con espadas y los gritos agresivos de los luchadores habían callado por fin. Los bestiarios formaban un enjambre de curiosos a la entrada del recinto de los animales. Al acercarme a ellos, en silencio, distinguí los rugidos y los resoplidos de las fieras.

Los bestiarios no eran individuos de fuerte musculatura, aunque sí eran lo bastante fuertes para hacerte daño si los mirabas más tiempo del que ellos toleraban. Todos llevaban taparrabos y algunos lucían unas tiras de cuero atadas a sus fornidos brazos. Para que todo fuese más real, dos de ellos llevaban cascos, aunque de formas mucho más planas que los utilizados por los gladiadores en el circo. Estos hombres, más delgados y de movimientos más rápidos, se veían más jóvenes e inteligentes que los profesionales. Enseguida descubrí que eso no significaba que fueran a tolerar mansamente mis preguntas.

—¿Habéis notado algo sospechoso anoche o esta misma mañana?

—No.

—Me llamo Falco.

—Lárgate, Falco.

Se marcharon todos y reanudaron sus ejercicios, unos haciendo saltos mortales y otros enfrentándose con las espadas desenvainadas. Meterse en medio era peligroso y el fragor impedía hacer preguntas. No me apetecía chillar. Imité burlonamente el saludo militar y me marché. Alguien les había ordenado no hablar. Me pregunté por qué.

Fuera de la puerta principal del complejo había un pequeño estadio. Cuatro más del grupo medían su longitud con jabalinas. Anácrites y yo los habíamos visto al llegar. Salí y vi que seguían trabajando, al parecer ajenos al destino que había corrido Leónidas. El más cercano, un muchacho joven, musculoso y moreno, con el torso desnudo, las piernas fuertes y los ojos vivarachos realizó un magnífico lanzamiento. Aplaudí, lo llamé con la mano y, cuando se acercó, le conté que el león había muerto. Sus compañeros se reunieron con nosotros, con mejor humor y con más ganas de cooperar que los que estaban en la palestra. Volví a preguntarles si habían visto u oído algo.

El primer individuo dijo llamarse Idíbal y me contó que evitaban el contacto cercano con los animales.

—Si llegamos a conocerlos, nos resulta muy difícil correr tras ellos en la *venatio* de los Juegos.

—He advertido que Buxo, el cuidador, trataba a Leónidas como a un amigo, como a un animal doméstico diría yo.

—Buxo podía permitirse el lujo de encariñarse con él. Leónidas siempre volvía a casa.

—Lo mandaban de vuelta sano y salvo —dijo otro, empleando el mismo término que los gladiadores para referirse al aplazamiento de la ejecución.

—¡Sí! Leónidas era diferente —dije, e intercambiaron una sonrisa—. Aquí ocurre algo que yo desconozco —comenté.

Después de unos segundos de mirarme con aire avergonzado, Idíbal añadió:

—Calíopo lo compró por equivocación. Se lo vendieron como recién importado, recién traído del norte de África, pero tan pronto como el dinero cambió de manos alguien le dijo a Calíopo que Leónidas había recibido una preparación especial. Eso lo inutilizaba para la *venatio* en el circo. Calíopo se puso hecho un basilisco e intentó pasárselo a Saturnino, que se dedica al mismo negocio, pero Saturnino se había enterado a tiempo de lo que ocurría y no se lo compró.

—¿Una preparación especial? ¿Comer hombres, quieres decir? ¿Por qué se enfureció Calíopo? Un león con una preparación especial, ¿tiene menos valor?

—Calíopo tiene que darle techo y comida, pero sólo recibe un pago del Estado cada vez que se echa contra los criminales.

—¿Y no es mucho dinero?

—Usted ya conoce al gobierno.

—¡Claro! —A mí también me pagaba el gobierno e intentaban darme el salario mínimo.

—Para la caza que organiza —explicó Idíbal—, Calíopo presenta una factura basada en los espectáculos que puede ofrecer en esa ocasión. Entra en competencia con otros lanistas y el resultado depende de quien prometa el mejor espectáculo. Con un león adulto como atracción principal, su ofrecimiento para la *venatio* era muy interesante. —Noté que Idíbal hablaba con un tranquilo aire de autoridad—. A la gente le gusta mucho vernos correr tras un felino decente y no es frecuente que Calíopo tenga uno.

—¿Tiene un mal agente?

—¿Para capturar las bestias?

Idíbal asintió y luego calló, como si pensase que ya había hablado demasiado.

—¿Tenéis algo que ver con la adquisición? —le pregunté.

Los otros lo pinchaban para molestarlo. Tal vez pensaban que su forma de hablar se asemejaba a la de un experto.

—No, yo sólo soy uno de los chicos que los lancea —sonrió—. Vamos tras los animales que nos dan, sean lo que sean.

—Supongo que nadie se ha permitido hacer prácticas con Leónidas —comenté mirando a todo el grupo.

—Oh, no —respondieron con ese tipo de seguridad que casi nunca encierra la verdad.

No pensé seriamente en que se hubieran arriesgado a molestar a Calíopo haciendo daño al león. Aun en el caso de que Leónidas sólo reportase beneficios oficiales, un verdugo en cautividad siempre era mejor que uno muerto, al menos hasta que el lanista hubiese recuperado el precio pagado por él. Y de todas formas, para Calíopo debía de suponer un prestigio ser el dueño del animal que acababa con los criminales más famosos. El castigo de Turio, el asesino en serie de los acueductos, había atraído mucho interés público y Calíopo parecía realmente triste por la pérdida de Leónidas. Precisamente por eso me preocupaba tanto que fingiera que su muerte no había sido nada excepcional.

No pude averiguar nada más de aquellos gladiadores porque se presentó el propio Calíopo, seguramente a advertirles que no soltaran prenda, tal como había hecho con sus compañeros de la palestra. Antes que tener una confrontación con él, lo saludé con la cabeza y me alejé llevándome, en un descuido, una de las jabalinas de entrenamiento.

Regresé deprisa a la jaula, donde aún se encontraba el cuerpo muerto del felino. Como la puerta seguía abierta, entré. Agrandé la herida del pecho con mi cuchillo y conseguí extraerle el trozo de lanza. Luego la comparé con la que había cogido hacía unos instantes y comprobé que no eran iguales. La que había matado al león tenía la punta más larga y estrecha, unida al asta con una cantidad de alambre diferente. Yo no era un experto, pero vi que estaba claramente forjada en yunque distinto y con un martillo de diferente estilo.

En aquel instante llegó Buxo.

—¿Tiene Calíopo un armero particular?

—No puede permitírselo.

—Entonces, ¿de dónde saca las lanzas?

—Cada semana las compra en una tienda distinta, en la que las venda más baratas.

¿Por qué siempre me tocaban casos en los que había implicados tipos de poca monta?

—Dime una cosa, Buxo. ¿Tenía enemigos Leónidas?

El cuidador, que era un esclavo, con la habitual palidez enfermiza de los esclavos, me miró sorprendido. Llevaba una sucia túnica marrón y unas burdas sandalias que le estaban grandes. En sus hinchados pies se veían arañazos de la paja en la que se pasaba los días metido. Las pulgas y las moscas, de las que en el lugar donde trabajaba las había de todo tipo, se habían ensañado con sus brazos

y piernas. Pese a lo delgado y maltrecho que se le veía, tenía una expresión de cautela y grandes bolsas bajo los ojos. Su mirada era más abierta de lo que cabía esperar. Probablemente, eso significaba que Caliope había elegido a Buxo para que me soltara todas las mentiras que su amo quería colarme.

—¿Enemigos? Bueno, supongo que los hombres a los que tenía que comerse no le tenían demasiada simpatía.

—Pero están encarcelados, luego es imposible que Turio haya tenido una noche libre para llegarse hasta aquí y matarlo. —Me pregunté si el propio Buxo no estaría implicado en el asesinato. Esta muerte, como casi todos los homicidios, podía tener una causa doméstica. Sin embargo, su afecto por el felino y su ira al descubrir que estaba muerto parecían verdaderos—. ¿Fuiste el último que vio a Leónidas con vida?

—Anoche le llené la pila de agua. Estaba un poco rezongón, pero nada más.

—¿Se movía?

—Sí. Se levantó y caminó un buen rato. Como todos los felinos no soporta, no soportaba, estar enjaulado. Recorren la jaula muy a menudo. No me gusta verlos de ese modo. Se vuelven como locos, lo mismo que nos ocurriría a usted o a mí.

—Anoche, ¿entraste en la jaula?

—No. No me apetecía ir a por la llave, le eché agua con un cazo por entre los barrotes y le di las buenas noches.

—¿Respondió?

—Sí, con un rugido. Tenía hambre.

—¿Y no le diste de comer?

—Le racionamos la comida.

—¿Por qué? todavía no le tocaba salir al circo. ¿Cuál es la razón de ese ayuno?

—Los leones no tienen que comer carne todos los días. La disfrutan más cuando tienen verdadero apetito.

—¿Dices las mismas cosas que mi novia! Muy bien. Le diste un par de cazos de agua y luego, ¿qué? ¿Te acostaste cerca?

—Dormí en la barraca de al lado.

—¿Cuál es la rutina nocturna? ¿Cómo se vigila el recinto de los animales?

—Las jaulas están cerradas de día y de noche. A menudo viene público a ver los animales.

—¿Todo tipo de público?

—No corremos riesgos.

—¿Había desconocidos anoche?

—Yo no vi ninguno. De noche la gente no viene hasta aquí.

Volví a centrarme en la cuestión de la seguridad.

—Supongo que las llaves se guardarán en la oficina. Y cuando hay que limpiar y alimentar a los animales ¿tienes permiso para cogerlas?

—Claro que sí. —Ya sabía yo que el puesto de cuidador conllevaba una cierta confianza.

—¿También por la noche?

—De noche, el jardín zoológico está cerrado. Es el propio jefe el que controla que sea así. Las llaves se guardan en la oficina y Calíopo la cierra antes de irse a casa. Tiene una casa en la ciudad, claro...

—Sí, ya lo sé. —Y varias más. Precisamente por eso Calíopo había tenido el honor de recibir nuestra visita—. Supongo que por la noche cerráis muy temprano y que Calíopo va a los baños antes de cenar. Un hombre de su posición debe de asistir a cenas elegantes con cierta frecuencia.

—Supongo. —Se notaba que el esclavo sabía muy poco de la vida social de los hombres libres.

—¿Es exigente su esposa?

—Artemisa tiene que aceptarlo tal como es.

—¿Tiene amigas?

—No lo sé —dijo Buxo, aunque era obvio que mentía—. De todas formas, siempre se va temprano. Se cansa mucho entrenando a esos hombres. Necesita descanso.

—Bueno, eso te deja abandonado a tus propios recursos. —Buxo no dijo nada al ver que yo cambiaba de enfoque y supuso que había empezado a ser crítico con él—. Pero ¿qué ocurriría si un animal se pusiera enfermo de noche o hubiese un incendio? ¿Tendrías que ir a Roma corriendo para pedirle las llaves a tu amo? En caso de emergencia, si no puedes entrar en el recinto, Calíopo lo perdería todo.

—Hay un acuerdo entre nosotros —admitió tras una pausa.

—¿Cuál es?

—Eso a usted no le importa.

No le di importancia. Seguramente había un duplicado de la llave colgando de un clavo en un sitio muy visible. Ya averiguaría los detalles cuando supiese que eso era importante. Si mis suposiciones eran ciertas, cualquier ladrón competente encontraría ese clavo y esa llave.

—Así, pues, ¿anoche todo fue bien?

—Sí.

—¿No hubo animales enfermos que necesitasen cuidados veterinarios? ¿Ninguna alarma?

—No, Falco. Todo estuvo tranquilo.

—Anoche, ¿no estuviste con una chica, con una compañera de juego?

—¿De qué me está acusando? —preguntó sobresaltado.

—Sólo hablo del derecho del hombre a tener compañía. ¿La tenías?

—No.

Probablemente mentía de nuevo, en esta ocasión para protegerse a si mismo.

Advirtió que yo iba a por él, pero era un esclavo. Era difícil que Calíopo permitiera cualquier tipo de relación, por lo que resultaba comprensible que Buxo quisiera mantener en secreto sus costumbres. Ya averiguaría más detalles si lo necesitaba. El juego acababa de empezar y era muy pronto para ponerse duro en el interrogatorio.

Suspiré. Con un muerto en el suelo siempre sentía lo mismo y, aunque en este caso era un león, eso no cambiaba las cosas. La misma terrible depresión al ver una vida malgastada por un móvil apenas creíble y seguramente un personaje malvado que creía que nadie lo descubriría. La misma indignación y la misma ira. Y luego las mismas preguntas que formular: ¿Quién fue el último que lo vio con vida? ¿Cómo pasó la última noche? ¿Quiénes eran sus acompañantes? ¿Qué fue lo último que comió? En realidad, ¿quién fue el último al que se comió?

—¿Eras tú el único que trataba con el león?

—Leónidas y yo éramos como hermanos.

—¿Ah, sí? —Cuando uno investigaba un asesinato, esta declaración solía resultar una solemne mentira.

—Estaba acostumbrado a mí y yo me había acostumbrado a él. Nunca le di la espalda.

De hecho, el cuidador seguía frente al león, mirándolo. Con los ojos clavados en el animal como si éste todavía pudiera saltar y hacerle daño, Buxo se agachó a mirar la jabalina que yo había cogido a hurtadillas y había dejado junto al arma homicida. Buxo podía haber fingido no haberlas visto, pero me dio la sensación de que quería saber quién había asesinado a su poderoso compañero.

—Falco —dijo en voz baja mientras señalaba el asta—. ¿Dónde está el hierro que lo mató?

—¿Lo has buscado, Buxo?

—Sí, no lo he visto por ninguna parte.

—El hombre que lo hizo probablemente se llevó lo que quedaba. ¿Crees que pudo ser uno de los bestiaros?

—Fue alguien capacitado para luchar —respondió Buxo—. Leónidas no hubiera dejado que cualquiera le hiciera cosquillas en la tripa con un arma.

—¿Alguno de los chicos ha demostrado un interés especial por Leónidas?

—Idíbal y yo hablamos del animal.

—¿Qué quería saber? —pregunté, arqueando las cejas.

—Nada en concreto, sólo hablamos. Sabe mucho de este negocio.

—¿Y cómo es eso, Buxo?

—No sé, pero le interesa.

—¿Te dijo algo sospechoso?

—No, hablamos porque añora su tierra, en el norte de África.

—¿Es de Oea, como Calíopo?

—No, de Sabrata. No habla de su vida pasada. Ninguno de los dos lo hace.

—Muy bien. —Aquella conversación no conducía a ninguna parte—. Tenemos que averiguar qué pasó anoche, Buxo. Empecemos por descubrir si Leónidas fue matado en su jaula.

—Casi seguro. —El cuidador se había sorprendido—. Ya lo ha visto esta mañana. Estaba cerrada.

—El truco más viejo del mundo —reí—. «El cadáver estaba en una habitación cerrada, nadie pudo entrar allí». Normalmente sirve para hacer creer que se trata de un suicidio, pero que nadie me diga que el león se suicidó.

—Imposible —bromeó tristemente el cuidador—. Leónidas vivía bien. Yo cazaba para él y le hablaba todo el día. Y cada tres meses, le poníamos lazos en la melena, lo rociábamos con polvo de oro auténtico para que estuviera hermoso y lo dejábamos suelto para que matase a criminales.

—Entonces, ¿no estaba deprimido?

—¡Claro que lo estaba! —espetó el cuidador con un brusco cambio de humor—. No paraba de caminar dentro de la jaula, Falco. Cada vez más. Le hubiera gustado correr libre en África, perseguir gacelas, estar con las leonas. Si no les queda otro remedio, los leones se adaptan a la soledad, pero les gusta fornicar.

—Leónidas sufría y tú le querías. ¿Fuiste tú quien lo libró de su dolor? —pregunté con severidad.

—No. —La voz de Buxo sonaba con un deje de abatimiento—. El león sólo estaba inquieto. He visto casos peores. Voy a echar de menos a ese animal. Nunca deseé perderlo.

—Muy bien. Eso nos vuelve a situar en el misterio. De todas maneras, una jaula cerrada no es lo mismo que una habitación cerrada: es accesible. ¿Podieron haberle clavado la lanza desde el otro lado de los barrotes?

—Difícilmente —respondió Buxo, sacudiendo la cabeza.

Me situé fuera de la jaula e intenté arrojar la lanza larga.

—Es cierto, hay muy poco espacio. —Apenas podía echar el brazo hacia atrás. Era un lanzamiento corto y difícil—. A través de los barrotes sólo podría hacerlo alguien que tuviese una gran pericia. Los bestiarios son buenos, pero no cazan en espacios cerrados. Quizá sólo lo pincharon.

—Leónidas habría esquivado la lanza, Falco. Y habría rugido. Yo estaba en la barraca contigua, lo habría oído.

—Tienes razón, pero, de todas formas, lo mató una lanza. Desde una distancia corta y con poco espacio para maniobrar. —Me arrodillé junto al cuerpo exangüe para examinarlo de nuevo y no hallé más heridas en el cuerpo. Estaba claro que el león había muerto de un solo golpe certero, con el arma en la mano, sin lanzarla, capaz de empalar al animal justo de frente. Era algo extremadamente profesional y la situación debió de ser peligrosísima. La lanza tenía que ser muy grande y, para soportar la embestida del león, el que lo mató tenía fuerza y coraje. Entonces supuse que Leónidas cayó inmediatamente, en el

sitio mismo donde lo encontraron.

—Tal vez lo mataron cerca de la parte delantera de la jaula, la lanza se rompió y él llegó arrastrándose hasta el fondo. —Buxo no tenía mi experiencia imaginando procesos. Además, tenía la costumbre de contradecirse, propia de los esclavos... A menos que lo hiciera a propósito para confundirme.

—Hemos dicho que no pudieron matarlo a través de los barrotes. —Aun así, para descartar esa posibilidad, llevé a Buxo a la parte delantera de la jaula y examinamos la paja—. Mira, no hay sangre. Tú no lo has movido de sitio. Si seguía vivo y se arrastró hasta el fondo, hubiese sangrado. —Llevé al cuidador junto al león. Agarré al felino por sus grandes patas delanteras y lo moví hacia un lado para examinar la paja que quedaba debajo de su estómago. Buxo me ayudó—. Hay algo de sangre, pero no la suficiente.

—Y esto, ¿qué significa, Falco?

—Que no lo mataron a través de los barrotes y que dudo mucho que alguien entrara en la jaula. Habría sido demasiado arriesgado y, además, no hay sitio desde donde arrojar la jabalina.

—Entonces, ¿qué le ocurrió al león?

—Lo mataron en otro sitio y luego metieron el cuerpo en la jaula.

VIII

—Si Leónidas fue llevado a otro lugar, busquemos pistas de lo que ocurrió.

—¡Nadie pudo sacarlo de aquí, Falco!

—No importa, buscaremos de todos modos.

Buxo se mostró repentinamente nervioso, como si hubiera recordado que Caliope quería que me confundiese. Necesitaba registrar aquel lugar enseguida, antes de que llegara un esclavo con una escoba y ya fuera por azar o a propósito, barriera todas las pistas.

Fuera, en la zona de ejercicios, los gladiadores habían levantado tanto polvo que no había posibilidad alguna de que quedaran huellas de la noche pasada. Me pregunté si aquello sería deliberado, pero los luchadores tenían que entrenar y siempre lo hacían en aquel sitio. Habían vuelto a sus ejercicios y armaban un buen escándalo, saltando a mi alrededor al tiempo que proferían horribles chillidos mientras yo me agachaba y buscaba huellas de león en el suelo. Su agresividad me ponía tenso. Aunque sólo estaban haciendo prácticas, eran tan grandes y se movían tan deprisa que, de haber chocado, me hubieran hecho daño. En una ocasión, uno de los sparrings cayó tan cerca de mí que tuve que echarme a un lado. No prestaban atención alguna a lo que yo hacía. Aquello, en sí mismo, era extraño. La gente solía ser mucho más curiosa.

—No encontraremos huellas ni manchas de sangre. Hemos llegado demasiado tarde. —Me puse de pie. Había llegado el momento de cambiar de nuevo de táctica—. Buxo, si hubieses tenido que llevar a Leónidas al circo, ¿cómo lo habrías hecho? Supongo que a los felinos no se les saca de la cadena como si fueran perros.

—Tenemos jaulas de viaje —respondió el esclavo con aire evasivo.

—¿Dónde se guardan?

Buxo controló su renuencia y me llevó a la parte de atrás de las barracas, donde había una serie de almacenes. Me contempló impasible mientras yo echaba un vistazo a todos ellos. En su interior había balas de paja, herramientas, cubos, largas pértigas para controlar desde lejos a animales furiosos, figuras de paja para distraer a las fieras en el circo y, finalmente, en una choza abierta por los lados había tres o cuatro jaulas con ruedas, lo bastante grandes para transportar un tigre o un leopardo de un sitio a otro.

—¿Cómo metéis a los animales ahí dentro?

—Es un poco complicado.

—Pero tú tendrás mucha práctica, ¿no?

Buxo se revolvió en su burda túnica: estaba avergonzado, aunque complacido de que hubiera alabado su habilidad.

Examiné atentamente la jaula más cercana. En ella no había nada sospechoso. Empecé a alejarme y, de pronto, me asaltó una intuición.

Vacías, las jaulas con ruedas eran fáciles de mover. Conseguí arrastrar con una sola mano la que había estado examinando. Buxo me miraba, enfurecido. No dijo nada ni intentó detenerme, pero tampoco me echó una mano. Tal vez sabía, o adivinaba, lo que iba a encontrar. En la jaula siguiente estaba la pista. Me arrodillé en su interior y encontré rastros de sangre.

Me levanté de un salto y tiré de la segunda jaula hasta sacarla a la luz.

—Alguien ha intentado ocultar esto de una manera muy torpe: sacando otra jaula y dejando al fondo de todo la de las manchas de sangre.

—¿De veras? —preguntó Buxo.

—¡Es patético! —Le mostré la sangre—. ¿La habías visto antes?

—Tal vez sí. Es una mancha vieja.

—Esta mancha no es tan vieja, amigo. Y parece incluso que alguien haya querido limpiarla, un inútil de esos a los que mi madre no quiere ver restregando el suelo de su cocina. —El agua había sido absorbida por la madera del suelo de la jaula, pero las salpicaduras de sangre originales se veían como manchas más oscuras y concentradas—. O no ha hecho un gran esfuerzo o no tenía tiempo de hacer un buen trabajo.

—¿Cree que a Leónidas se lo llevaron en esta jaula, Falco?

—Apuesto a que sí.

—Eso es terrible.

Lo taladré con una mirada penetrante. Parecía muy triste, aunque yo no sabía si era dolor por la pérdida de su querido felino o lo había incomodado mi descubrimiento y el cariz que había tomado el interrogatorio.

—Se lo llevaron y luego lo trajeron de vuelta ya muerto, Buxo. Lo que me extraña es que alguien pudiera sacarlo de la jaula sin que tú oyeras el jaleo.

—Es un misterio —apuntó con tristeza el cuidador.

Seguí inquiriéndolo con la mirada.

—Seguro que cuando volvió con el arma clavada no hizo ruido, pero, quienquiera que trajese el cuerpo, tenía que estar muerto de miedo. No entiendo cómo pudieron devolverlo sin hacer ruido.

—Yo tampoco lo entiendo —convino Buxo. Una mentira descarada.

—Me parece que ni siquiera lo intentas. —Fingió no advertir mi tono de voz, peligroso y grave.

Dejé la jaula de ruedas donde estaba. En aquel engañoso establecimiento, cualquiera la pondría de nuevo en su sitio. En aquel momento, algo me llamó la

atención en la pared exterior del cobertizo. Levanté lo que parecía una gavilla de paja. Lo que me había sorprendido eran los haces entretrojados que tenían una forma concreta.

—Es un hombre de paja, o lo que queda de él.

La burda forma estaba destrozada. Las cuerdas de la parte superior de las piernas seguían en su sitio pero lo que formaba los hombros había sido arrancado con la cabeza y un brazo. También le faltaba la mitad de la paja del cuerpo, que estaba desparramada por el suelo. Al cogerlo, se deshizo por completo.

—Pobre hombre. Se lo han cargado. Los utilizáis como señuelo, ¿verdad?

—Sí, en el cuadrilátero —dijo Buxo, que seguía fingiendo una terrible pena.

—Los lanzáis para atraer la atención de las fieras y hacer que se vuelvan como locas, ¿no?

—Sí, Falco.

Alguna criatura enloquecida destrozó el maniquí que yo tenía en las manos.

—¿Y qué hace aquí esta reliquia?

—Debe de ser uno viejo —respondió Buxo intentando encontrar la expresión inocente que yo no veía en él.

Miré a mi alrededor. Todo estaba limpio y recogido. Era un patio con los objetos ordenados, contados e inventariados de forma rutinaria. Cualquier cosa que se rompiera sería sustituida o reparada. Los hombres de paja se guardaban colgados de clavos en el techo, en la misma cabaña que las pértigas de seguridad. Todos los señuelos habían sido reparados hasta cobrar una forma razonable.

Me puse las dos mitades de la desmembrada figura bajo el brazo, y con un ademán remarqué la importancia de haber confiscado una prueba.

—La pasada noche hubo dos momentos en los que se debió hacer mucho ruido en la jaula de Leónidas: cuando se lo llevaron y cuando lo devolvieron. Tú afirmas que no oíste nada de nada. Dime, Buxo, ¿dónde estuviste anoche?

—En la cama. Estaba en la cama —repitió—. Estaba aquí y no oí nada.

Yo era un buen ciudadano romano. Aunque me desafiara con todo el ardor del mundo, no pegaría a otro ciudadano por muy esclavo que fuera.

IX

Cuando volvimos a la zona principal, Buxo se concentró a toda prisa en su trabajo mientras yo echaba un último vistazo a las jaulas. Se escuchó en los cuatro avestruces, que se acurrucaron a su alrededor al tiempo que levantaban las patas con la delicadeza exagerada de todas las aves de corral.

—Cuidado, Falco. Saben dar buenas patadas.

Dar patadas no era su único talento. Uno de ellos se encaprichó con el cuello de mi túnica y asomaba la cabeza sobre mi hombro para darle un picotazo. El cuidador no hizo nada por controlar a aquellos pestilentes pájaros, por lo que abandoné mis pesquisas en las jaulas, que era, seguramente, lo que quería.

Regresé a la oficina con los restos del hombre de paja bajo el brazo. Anácrites hablaba con Calíopo. Ambos miraron mi trofeo y yo dejé los trozos en un taburete sin decir nada.

—Mire, Calíopo, a su león anoche lo sacaron de paseo y no precisamente porque el veterinario le hubiese recomendado un poco de aire fresco.

—¡Eso es imposible! —aseguró el lanista. Cuando le conté lo que había encontrado en una de las jaulas portátiles, se limitó a fruncir el ceño.

—¿No ordenó usted la excursión?

—Claro que no, Falco. No sea ridículo.

—¿Y no le preocupa que alguien haya convertido a Leónidas en su juguete y lo haya sacado de noche sin permiso?

—Claro que sí.

—¿Y tiene alguna idea acerca de quién pudo hacerlo?

—En absoluto.

—Tuvo que ser alguien que se sintiera seguro con el león.

—Algún ladrón insensato.

—Pero lo bastante cuidadoso como para devolverlo.

—Un demente —gimió Calíopo, disimulando su verdadero sentimiento con una fingida aflicción—. ¡Es incomprensible!

—Que usted sepa, ¿había ocurrido antes algo parecido?

—Por supuesto que no. Y no volverá a suceder.

—Claro que no, Leónidas ya está muerto —intervino Anácrites. Su sentido del humor era infantil.

Intenté olvidarme de mi compañero, lo cual era siempre lo mejor que podía

hacerse con él salvo cuando alquiló a unos matones y fue visto escribiendo mi nombre en un pergamino. En esa ocasión sí que lo vigilé muy de cerca.

—Buxo no se ha mostrado nada cooperativo, Calioipo. Quería que me diera algunas ideas sobre cómo pudieron matar al león y luego devolverlo a su jaula sin que nadie lo notara.

—Hablaré con Buxo —dijo Calioipo, incómodo—. Deje este asunto en mis manos, por favor, Falco. No comprendo por qué tiene que meterse en esto. —A sus espaldas Anácrites asintió enérgicamente con la cabeza.

Le lancé la mirada propia de un peligroso interventor.

—Siempre nos interesamos por cualquier cosa inusual que ocurra mientras investigamos el estilo de vida de una persona.

—Tanto si parece relevante como si no —añadió Anácrites, contento de infundir miedo en nuestro entrevistado. Al fin y al cabo, era un buen funcionario.

Calioipo nos echó una asquerosa mirada y se marchó a toda prisa.

Me senté, me quedé callado y empecé a tomar notas sobre la muerte de Leónidas. Puse la tablilla de lado para que Anácrites tuviera que adivinar mis garabatos.

Había trabajado solo demasiado tiempo. Había sido un hombre que había mantenido su consejo con enfermizo sigilo. Cuando empezamos a trabajar juntos hizo un gran esfuerzo para adaptarse al compañerismo, pero vio que le resultaba insostenible compartir una gestión con alguien que se negaba a hablar con él.

—¿Tienes intenciones de seguir adelante con la investigación para los censores, Falco? —Era como hacer los deberes del colegio con un hermanito nervioso—. ¿O vas a renunciar a hacer el trabajo por el que nos pagan a cambio de este estúpido interludio circense?

—Podría hacer ambas cosas.

No levanté los ojos de la tablilla. Cuando terminé las notas que realmente quería tomar, le engañé haciendo complicados dibujos. Tracé tres grupos de gladiadores en combate y unos lanistas que gesticulaban para animarlos en sus esfuerzos. Mi rato de reflexión había terminado. Respiré hondo como si hubiera llegado a una conclusión. Luego aplasté los garabatos con el extremo plano de la pluma, lo cual fue una pena porque tenían cierto mérito artístico.

Después me volví hacia una pila de pergaminos que ya teníamos que haber examinado y me pasé toda la tarde desenrollándolos y enrollándolos sin tomar ninguna nota. Anácrites logró dejar de preguntarme qué hacía. Yo, sin ni siquiera intentarlo, logré guardármelo para mí.

En realidad, examinaba los documentos y las listas de precios de los animales importados por Calioipo. Antes ya habíamos visto lo que había pagado por cada uno de ellos y las cuentas generales de las instalaciones. Todo ello tenía como objetivo averiguar su fortuna personal. En esos momentos quería adquirir un conocimiento más general del funcionamiento de aquel negocio. De dónde

venían las fieras. En qué cantidades y en qué condiciones. Y qué podía significar para Calíopo comprar un león con un pedigrí inadecuado para la *venatio* y que luego lo hubieran matado misteriosamente.

Casi todos los animales procedían de Oea, su ciudad natal, en la provincia de Tripolitania. Se los mandaba un transportista habitual, que posiblemente era su primo. Todos los envíos procedían del jardín de animales de esa ciudad, sobre el cual Anácris y yo teníamos nuestras dudas y que, presumiblemente, pertenecía al «hermano» de Calíopo, el «hermano» cuya existencia pensábamos que era falsa. Lo cierto era que no habíamos encontrado cartas de él diciendo: «¿Cómo son las mujeres en Roma?» o «la semana pasada mamá tuvo otra recaída» y mucho menos «mándame dinero», frase muy habitual en todas las familias. Si ese tipo existía, era muy poco fraternal por su parte no causar molestias.

Había registradas otras adquisiciones. Calíopo había comprado un oso, cinco leopardos y un rinoceronte (que murió enseguida) de la colección particular de un senador que se había arruinado. Idíbal tenía razón: raramente adquiría grandes felinos, aunque durante dos años había compartido con otro lanista de nombre Saturnino una gran partida de animales adquirida a una finca de proveedores de animales para el circo. Por su parte, Calíopo también había hecho una extraña adquisición de cocodrilos, llegados directamente de Egipto, pero habían sufrido mucho durante el viaje y su rendimiento en el circo dejó mucho que desear, porque la gente sólo consideraba realmente espectaculares los animales exóticos del Nilo si procedían directamente de los estanques de Cleopatra. También había aceptado una serpiente pitón, capturada en el mercado por los vigiles.

Después de una larga búsqueda, encontré los papeles de Leónidas. Calíopo lo había comprado el año anterior, a través de un intermediario de Puteoli llamado Cotis. El documento original estaba mezclado con otros cientos, clasificados alfabéticamente con mucho cuidado por el contable de Calíopo, que había aprendido tanta caligrafía que sus letras resultaban ilegibles. Por suerte, sus números eran mucho más toscos y fáciles de leer. Lo que enseguida me intrigó fue lo que parecía ser una nota posterior, añadida al documento original con una mano menos cultivada que escribía con más manchas de tinta. Después de «adquirido a Cotis», alguien había añadido «en nombre del hijo de puta de Saturnino».

Bien. Cualquiera que fuese la ascendencia de Saturnino, aquel día era la tercera vez que encontraba referencias suyas. Primero Buxo me había hablado de él, contándome que, cuando Calíopo descubrió que, por equivocación, había comprado una fiera devoradora de hombres, intentó vender a Leónidas a otro lanista llamado Saturnino. Ahora resultaba que éste había sido el vendedor, de donde se deduce que, seguramente, Calíopo quería volver a revenderlo al hombre que lo había engañado. A todo esto siguió un período de tiempo, un año exactamente, durante el cual habían trabajado como socios y, dada mi

experiencia con las sociedades, era fácil adivinar que había terminado con una desagradable ruptura o una encendida discusión.

Rivalidad, ¿no?

X

A la hora de terminar, conseguí librarme de Anácrites. Caminamos juntos por el pórtico de los barracones y enfilamos la vía hacia la ciudad. Lo perdí con la simple excusa de que había olvidado la pluma. Mientras él se disponía a cruzar el Tiber solo, yo perdía el tiempo en el templo de Hércules, intentando sacarle algún chisme a un sacerdote algo bebido. No sabía quiénes eran sus vecinos. Ni siquiera había oído los rugidos constantes de los leones que estaban a un centenar de metros del templo, y si alguno de los bestiarios iba alguna vez al santuario a hacer ofrendas a los dioses para conseguir un trato favorable, esos tipos perdían el tiempo. A ese charlatán sólo le interesaba escudriñar las vísceras si éstas llegaban en un plato con tocino y apio regadas con un buen chorro de vino.

Salí del templo. Anácrites había desaparecido. Cuando regresé al establecimiento de Calíopo, los campos de entrenamiento estaban vacíos. A los gladiadores también les gustaba cenar.

Entré con aire inocente y luego, al ver que no había nadie, me aposté entre las sombras bajo la tosca pero oportuna estatua de Mercurio. Envuelto en mi manto para protegerme del frío, me dispuse a esperar. Con las pocas horas de luz invernal, ya había anochecido. Oía los murmullos de los gladiadores que cenaban en el refectorio. De vez en cuando, entraba o salía un esclavo con un cubo de agua. Alguien salió de la habitación que se hallaba bajo la oficina.

¿Quién era?

Resultaron ser dos personas, una de ellas se parecía a Idíbal, el robusto jovencuelo con el que había hablado por la mañana, el que se había mostrado más abierto de todos los luchadores. Caminaba detrás de una mujer con clase, en el sentido económico y elegante del término. Bueno, ésa era otra cuestión que a todos los gladiadores les gustaba.

Como había anochecido ya no pude identificar su rostro aunque vislumbré un destello de joyas sobre su generoso pecho. Por una buena razón se ocultaba tras un velo: las mujeres ricas tenían fama de frecuentar las escuelas de gladiadores, pero todos seguíamos fingiendo que era un escándalo que lo hiciesen. Se movía con un suave contoneo y su porte era el de una de esas grandes y poderosas diosas griegas que llevaban en la cabeza ciudades amuralladas en vez de lazos y diademas. Aunque ninguno hablaba, daba la impresión de que Idíbal y su acompañante habían tenido un intercambio de palabras fuertes antes de salir y

que, por parte de ella, como mínimo, todavía le quedaba mucho que decir.

Fue entonces cuando Calíopo salió de su oficina, situada en el piso de arriba. Miró desde el balcón sin decir nada, pero la mujer lo vio y se alejó del establecimiento con un señorío y dignidad, una mentira soberbia si había ido allí para un ilícito encuentro con el joven y fornido gladiador. Vi que junto a la puerta principal la esperaba un esclavo.

No había ningún lanista que alentase aquellos asuntos. Bueno, al menos abiertamente. Los pragmáticos sabían muy bien que los regalos de las mujeres ricas estimulaban a los luchadores, pero no decían nada. Además, a las damas pudientes les encantaba un poco ir de incógnito. Fueran allí cuales fuesen las normas oficiales, Idíbal (si es que era él), sin saludar a su amo, agachó la cabeza y se dirigió al refectorio donde sus compañeros cenaban animadamente.

Calíopo lo observó con los brazos apoyados en la baranda. Bajó las escaleras, cruzó el patio y se dirigió a la zona de los animales caminando a buen paso. Advertí que llevaba un manto doblado sobre el hombro. Para el propietario del establecimiento había llegado el momento de volver a casa. Mejor para mí. Pensaba que tendría que quedarme allí toda la noche pasando frío.

Permaneció dentro unos instantes y salió con Buxo y un par de esclavos más. Calíopo despidió a estos dos, que echaron a correr hacia los barracones con la esperanza de que los gladiadores les hubieran dejado algún bocado. Calíopo cerró el jardín zoológico y luego, acompañado de Buxo, volvió a la oficina, que también estaba cerrada. El lanista se colgó un voluminoso llavero en el cinturón y, en vez de marcharse por la entrada principal, como yo esperaba, me dio un desagradable susto: Buxo y él caminaban hacia mí.

Al verlo, me escondí detrás de la peana y esperé lo que creí que iba a ser un descubrimiento inevitable. A mis espaldas había una columnata, por delante la hilera de barracas donde dormían los bestiaros, pero si retrocedía para ponerme a cubierto me verían. Escapar a aquel encuentro era imposible. Tan pronto como llegasen a mi altura, yo sería como una virgen en manos de un melonero. Me dispuse a salir y dar cualquier excusa razonable que explicase por qué seguía allí todavía. Sin embargo, el lento paso que llevaban me hizo cambiar de opinión. Me aplasté contra la rugosa peana y contuve el aliento.

Llegaron junto a mí, sólo nos separaba la estatua. En esto que oigo unos pasos apagados: botas de cuero sobre madera, no sobre tierra batida; además, un sonido metálico y un pequeño ruido sordo. Dos pasos más. Para mi asombro, oigo que Calíopo y Buxo se alejan. Cuando los latidos de mi corazón se normalizaron, me atreví a asomar la cabeza. Estaban de espaldas a mí y se dirigían hacia el pórtico. Entonces divisé un gran carruaje que los esperaba fuera, en la vía Portuense. Calíopo se despidió y se marchó. Buxo regresó silbando hacia el comedor.

Me quedé quieto hasta que recobré la serenidad. Me arrastré alrededor de la estatua hasta ponerme de pie frente al Mercurio de ojos serenos, con sus

sandalias aladas y su inoportuna desnudez estando como estábamos en el mes de diciembre. Me miró desde lo alto, intentando fingir que no se sentía como un idiota mostrando sus vergüenzas a los gorriones del lugar y una corona de laurel y flores en su sombrero de viaje. Ante la estatua, un par de escalones de madera daban acceso al dios a todo el que quisiera renovar sus laureles.

Bajé los escalones en silencio. Le pedí disculpas entre susurros y como yo sospechaba, algún depravado le había clavado un clavo en la cabeza, detrás de la oreja izquierda. Qué manera de tratar a un hombre, y mucho más siendo un mensajero de los dioses. Del clavo colgaba una sola llave. La dejé allí. Acababa de descubrir dónde estaba la copia de la llave para casos de emergencia, aunque, probablemente, eso lo sabía toda Roma.

Hice lo mismo que Calíopo: marcharme a casa, pero, a diferencia de él, mis ganancias eran módicas. No tenía un carro que me pasara a recoger. Regresé caminando: para los informadores es una manera ideal de pensar.

Sobre todo en nuestras compañeras y en nuestras cenas.

XI

Mi apartamento estaba lleno de gente. La mayoría venía a molestarte, pero es deber del buen romano estar en casa, accesible a aquellos que acudan a halagarle a uno. Naturalmente, quería que mi hija creciera en el aprecio de las costumbres sociales que regían en nuestra gran urbe desde los tiempos de la República. De todos modos, como Julia Junila apenas había cumplido siete meses, su único interés por el momento era aplicar su dominio del ganeo en salir al rellano a toda la velocidad que podía y lanzarse a la calle, tres metros más abajo. Logré agarrarla en el mismo instante en que llegaba al borde, me dejé encantar por su súbita y radiante sonrisa de reconocimiento y entré otra vez en el piso para decir al resto de los presentes que ya podían marcharse.

Como de costumbre, no sirvió de nada.

Mi hermana Maya, que estaba en buenas relaciones con Helena, había venido de visita. Cuando entré en el apartamento, ella emitió un sonoro gruñido, agarró la capa y pasó ante mí, camino de la puerta, con un gesto que indicaba bien a las claras que mi llegada había estropeado la atmósfera de felicidad que reinaba allí. Maya tenía familia y, por tanto, también debía de tener cosas que hacer. A mí me caía muy bien y ella, normalmente, sabía fingir que me toleraba. Al venir hacia mí tuve ocasión de observar que detrás de ella iba una figura menuda y hosca, envuelta en cinco capas de una larga túnica de lana, que me miraba como la propia Medusa lo haría a quienes pasaban cerca de ella, antes de convertirlos en piedra. Era nuestra madre. Imaginé que estaría acompañada por Anácrates.

Helena, cuyo rostro aún dejaba entrever un momento anterior de pánico al darse cuenta de que Julia había vuelto a escaparse, vio que yo había llegado a tiempo de rescatar a nuestra pequeña. Recuperada del susto, hizo un cortante comentario acerca de Catón el Viejo, que siempre volvía a su casa procedente del Senado a tiempo de asistir al baño de su hijo. Me felicité de haber optado por una mujer capaz de criticarme con alusiones literarias en vez de haber escogido alguna tonta de pechos grandes pero sin el menor sentido de las curiosidades históricas. A continuación, comenté que si alguna vez me hacían senador, me aseguraría de seguir el brillante ejemplo de Catón pero que, mientras continuara en la zona más dura de la vía Sacra, tendría que dedicar el tiempo a ganarme la vida.

—Hablando de ganar... —intervino mi madre—, me alegro de verte trabajar con Anácrites. Es la persona más indicada para meterte en cintura.

—Nadie se puede comparar con él en talento, madre. —Mi socio era un mal bicho, pero no quise pasarme la cena discutiendo. Anácrites siempre había sido un mal bicho y ahora también estaba creando mal ambiente en mi vida doméstica. De hecho, vi que ocupaba mi asiento favorito. No sería por mucho tiempo, me prometí—. ¿Qué haces aquí, socio? Das la impresión de un bebé mocososo que llevara todo el día al cuidado de su tía y tuviera que esperar a que volviera su madre para llevárselo de vuelta a casa...

—Te perdí de vista no sé dónde, Falco.

—Exacto; has dejado que te diera esquinazo —repliqué con una sonrisa. Anácrites se molestó al verme bromear sobre aquello.

—Todos nos estábamos preguntando dónde te habrías metido —dijo mamá con una sonrisa—. Anácrites nos dijo que prácticamente ya habías terminado el trabajo.

Era evidente que mi madre pensaba que me había quitado de encima a Anácrites para emplear mi tiempo y mi dinero en alguna taberna, aunque tenía el tacto suficiente para no decirlo delante de Helena. De hecho, Helena era perfectamente capaz de llegar a la misma conclusión y exigir un juramento ante el altar de Zeus en Olimpia (sí, con el viaje de ida y vuelta a Grecia incluido) para cambiar de idea.

—Si Anácrites dijo eso, estoy seguro de que así lo cree sinceramente. —Con la niña en brazos todavía, agité la mano libre—. Pero había un detalle que quería investigar.

—¡Oh! —Anácrites, siempre pendiente de si yo le ocultaba algún secreto, inició una protesta, indignado—. ¿De qué se trata, Falco?

Eché una ojeada a mi alrededor, me toqué la nariz tamborileando con las yemas de los dedos y musité:

—Cuestión de Estado. Mañana te lo contaré.

Anácrites sabía que me proponía olvidarme de cumplirlo.

—Aquí no es preciso que guardes ningún secreto —masculló mi madre con aire de suficiencia.

Respondí que eso sería yo quien lo decidiera y ella me amenazó con la tabla de cortar.

La razón de que mi madre tuviera aquel utensilio de cocina (que conseguí esquivar) en las manos era que consideraba a Helena Justina demasiado noble para preparar unas coles. No me interpretéis mal: a mi madre, Helena le caía muy bien. Pero si ella estaba allí, ella se ocuparía de cortar las verduras.

Anácrites, en calidad de inquilino de mi madre, supuso obviamente que aquello significaba que se quedaban a cenar con nosotros. Yo dejé que siguiera haciéndose ilusiones.

Ahora que había vuelto a casa, a lo que presuntamente era mi lugar como cabeza de familia, mi madre se apresuró a terminar el trabajo y se preparó para marcharse. Me cogió la niña de los brazos con aire de arrancar a la pequeña de las zarpas de un pájaro de mal agüero, le dio un beso de despedida y la entregó a Helena para que estuviese mejor atendida. Le habíamos propuesto que se quedara a cenar, pero, como de costumbre, prefirió dejarnos a solas por razones románticas (aunque, por supuesto, el hecho de hacerlo tan evidentemente echaba por tierra cuanto de romántico pudiera tener el momento). Tomé por el codo a Anácrites y, sin que lo tomara como un gesto de rudeza, lo insté a que se incorporase del asiento.

—Gracias por escoltar a mi madre hasta su casa, socio.

—No hay problema —musitó él a duras penas—. Bien, ¿has seguido investigando por tu cuenta el asunto del león?

—Ni se me ha pasado por la cabeza —mentí.

Tan pronto como despedí a mi madre, cerré bruscamente la puerta del apartamento. Helena, más tolerante que mi madre, esperó a que yo viera el momento oportuno para contarle dónde había estado. Me permitió reafirmar mi autoridad y me dejó asaltarla con intenciones libidinosas durante unos momentos, hacerle cosquillas a Julia hasta que la pequeña se puso histérica y, finalmente, buscar algún bocado con que entretener el hambre hasta que estuvo listo un plato más sustancioso.

Anácrites se había cuidado de dar su opinión a Helena sobre nuestros progresos en el trabajo del censo, a la que había añadido una particular descripción de mi actuación con Leónidas. Aproveché el momento para contarle la parte que no había querido contar a mi socio.

—El asunto huele mal. Está muy claro que el lanista intenta evitar que yo meta la nariz en...

Helena me interrumpió con una risilla picarona.

—¡Anácrites no sabe que ése es el mejor modo de asegurarse de que te intereses por algo!

—Tú me conoces.

—A fondo.

Con un encogimiento de hombros, apartó de mi alcance un cuenco de frutos secos para evitar que me atiborrara antes de la cena. Después, también ella picó unas avellanas. Me encantaba observar cómo aquella muchacha tan remilgada en tantas cosas dejaba traslucir su buen apetito. Mientras Helena se preguntaba qué pasaría por mi cabeza, sus grandes ojos negros se clavaron en los míos con aire sereno, al tiempo que se alisaba la falda sobre las rodillas con gesto preciso y dedos firmes; después abrió un pistacho.

—¿Te parezco demasiado testarudo en este asunto, querida? —Alargué la mano hacia el cuenco, pero ella se volvió en redondo en su taburete y me

impidió llegar a los frutos secos—. Hay un león que ha sido robado de su jaula, al parecer sin que emitiera un rugido. O, si lo hubo, sin que nadie lo oyera, aunque su cuidador y un puñado de gladiadores dormían a apenas unos pasos. Al león lo han matado en otra parte, no sé por qué, y después ha sido devuelto a su jaula y encerrado.

—¿Para que pareciera que no había salido de ella?

—Eso parece. ¿No te pica la curiosidad esta historia?

—Desde luego que sí, Marco.

—El cuidador miente. Probablemente alguien se lo ha ordenado.

—Eso también resulta extraño.

—Y los gladiadores mantienen la boca cerrada.

Helena me observó con sus grandes ojos. Su mirada me decía que estaba tan interesada por el misterio en sí como por captar qué significaba para mí.

—Veo que el asunto te inquieta, querido.

—Sí, detesto los secretos.

—¿Y? —Helena sabía que había algo más.

—Bueno, quizás estoy demasiado excitado...

—¿Tú? —dijo ella, burlona—. ¿Cómo es eso, Marco?

—Me pregunto si es mera coincidencia que esto haya sucedido en el momento en que estoy haciendo indagaciones en el lugar.

—¿Qué podría haber detrás? —inquirió Helena con interés.

—Ese león muerto era el escogido para ejecutar a Turio. Y como fui yo quien le echó el guante... —Le conté lo que de verdad sospechaba; era algo que nunca podría mencionar a Anácrates—. Me pregunto si alguien me la tendrá jurada...

Helena podría haberse burlado de mí, o haberse reído de mis sospechas, y no se lo habría reprochado. En lugar de eso, me escuchó con calma y, como esperaba, no hizo el menor intento de tranquilizarme ni de seguirme la corriente. Se limitó a declarar que era un idiota y, cuando reflexioné sobre ello, le di la razón.

—¿Y ahora podemos cenar ya?

—Todavía no —respondió ella con firmeza—. En primer lugar, vas a ser un buen romano como Catón el Viejo y vas a asistir al baño de tu hija.

XII

No disponíamos de agua corriente en la casa. Como la mayoría de romanos, ocupábamos un piso en un edificio cuya fuente más cercana estaba en la otra calle, al doblar la esquina. Para nuestras abluciones diarias acudíamos a los baños públicos. Había muchos, eran lugares para relacionarse y, en muchos casos, eran gratuitos. En las partes más lujosas del Aventino había grandes mansiones aisladas con sus propias termas privadas, pero en nuestro barrio, una zona humilde, teníamos un largo trayecto con la estrigila y el frasco de los ungüentos. Nuestra calle tenía por nombre Plaza de la Fuente, pero sólo se trataba de una broma burocrática.

En la acera de enfrente, en el enorme bloque lúgubre en el que residí en otra época, estaba la lavandería de Lenia, que poseía un pozo bastante irregular. Su agua poco clara solía ser accesible en invierno y en las hogueras del patio trasero había siempre calderos llenos. Como se suponía que yo estaba ayudando a Lenia a arreglar el divorcio, me sentía autorizado a usar el agua caliente que quedaba cuando la lavandería cerraba sus puertas por la noche. Lenia ya llevaba un año casada y apenas había pasado una quincena de convivencia con su marido, por lo cual, de acuerdo con las costumbres locales, ya era hora de quitarse de encima a semejante pelma.

Lenia estaba casada con Esmaracto, el casero más apestoso, codicioso y despiadado de todo el Aventino. Su unión, que todos sus amigos habían reprobado desde el momento en que Lenia la anunciara, se fundamentaba en la mutua esperanza de los contrayentes de quedarse con las propiedades del otro. La noche de bodas acabó con el lecho nupcial en llamas, el marido en la cárcel acusado de provocar el incendio, Lenia en un estado de histeria incontenible y todos los demás asistentes, ebrios hasta la inconsciencia. Había sido una ocasión memorable, según insistían en recordar los invitados a la boda cuando, tiempo después, veían a la desgraciada pareja. Pero ésta nunca agradecía tales comentarios.

Su curioso comienzo debería haber proporcionado años de historias nostálgicas que contar en las fiestas Saturnales, alrededor del fuego. Bien, tal vez no alrededor del fuego, precisamente, ya que Esmaracto había quedado bastante atemorizado por su aventura en la cama en llamas; en torno a una mesa animada, con los pábilos de las lámparas bien cuidados y cortados, tal vez. Pero

desde la noche en que los vigiles los habían rescatado, la pareja había descendido a un infierno del cual nadie podía salvarlos. Esmaracto había vuelto de la cárcel con un humor de perros; Lenia fingió que no tenía idea de por qué estaba tan violento y desagradable; él la acusó de prender fuego a la cama deliberadamente con el propósito de meter mano en una gran herencia si lo mataba; ella replicó que ojalá lo hubiera hecho, incluso sin herencia de por medio. Esmaracto hizo algún débil intento por reclamar derechos sobre la lavandería (el único comercio que se había olvidado de adquirir en nuestro distrito); luego, robó todo lo que pudo allí y huyó a su propio apartamento mugriento. Ahora, la pareja estaba en proceso de divorcio. Llevaban ya doce meses hablando del tema sin el menor progreso, pero estas cosas eran típicas del Aventino.

Encontramos a Lenia en su oficina, donde el moho, estimulado por el vapor de la lavandería, recubría los muros de una pátina siniestra. Cuando nos oyó, se dirigió a la puerta tambaleándose. Parecía apagada, lo cual significaba que aún no estaba lo bastante bebida como para afrontar el resto de la jornada o que había empujado tanto el codo que se había intoxicado. Cuando asomó a la entrada del negocio sus cabellos, de un tono rojo inusual, producto de violentas sustancias desconocidas para la mayor parte de los vendedores de cosméticos, pendían en mechones revueltos a ambos lados de su cara pálida, de ojos lacrimógenos.

Mientras Helena pasaba delante de mi para acercarse a los lavaderos llenos de agua todavía tibia, me interpose en el camino de Lenia con un comentario que le impidió ir tras mi compañera.

—Hola, Lenia. He visto que tu fogoso amante ronda por aquí...

—Falco, cuando baje ese cabronazo, sal a su paso y obligalo a hablar de mi pensión.

—Llámame cuando lo oigas llegar y haré otro intento de razonar con él.

—¿Razonar? ¡No me hagas reír, Falco! Límitate a echarle un lazo al cuello y a tirar fuerte de él; yo sostendré el acuerdo para que lo firme. Cuando lo haya hecho, puedes acabar de estrangularlo.

Lenia hablaba en serio.

Esmaracto debía de estar cobrando alquileres a sus indefensos inquilinos. Así lo indicaban los gritos airados que se oían escaleras arriba y también el hecho de que las dos estrellas en decadencia de su equipo de matones, Rodan y Asiaco, estaban tumbados en el pórtico de entrada de la lavandería con un pellejo de vino al lado. Esmaracto dirigía lo que llamaba una escuela de gladiadores y aquellos dos ejemplares borrachos como cubas formaban parte de ella. El hombre los llevaba consigo como protección personal. Me refiero a que así protegía al resto de la gente de lo que pudiera ocurrírsele hacer a aquel par de idiotas si los dejaba actuar por su cuenta. No era preciso arrastrar a Rodan y a Asiaco hasta el sexto piso de aquellos edificios de apartamentos en alquiler, porque Esmaracto era perfectamente capaz de forzar a sus deudores a vaciar los bolsillos cuando los

encontraba. Pero a mi no me asustaba; ni él, ni sus matones.

Bañar a Julia me correspondía a mí (de ahí las alusiones a Catón el Viejo y la hora avanzada a la que me había escabullido de casa).

—Quiero que crezca conociendo a su padre —dijo Helena.

—¿Para asegurarte de que sabrá con quién debe ser desagradable y desafiante?

—Sí, y para que sepa que todo es culpa tuya. No quiero que nunca digas: «su madre la educó y la estropeó».

—Es una niña brillante. Seguro que sabe estropearse sola.

Tardé, al menos, el doble en bañar a la niña de lo que tardó Helena en lavar sus pequeñas túnicas en otro de los calderos. Helena desapareció, quizá para consolar a Lenia, aunque esperé a que volviera a casa a preparar la cena. Me dejó allí para que una vez más intentara inútilmente interesar a Julia en el barco que había tallado para ella, pero la pequeña dedicaba toda su atención a su juguete favorito, el rallador de queso. Teníamos que bajar con él si queríamos ahorrarnos gritos y lloros. La niña había perfeccionado el arte de chapotear con él en el agua sin propósito aparente, pero con gran habilidad para dejar empapado a su padre.

El rallador de queso tenía una historia curiosa. Lo había cogido del almacén de mi padre pensando que era un objeto normal y corriente, producto de una liquidación de mobiliario. Cuando, un buen día, mi padre lo vio en nuestra casa, me confió que procedía de una tumba etrusca. Como de costumbre, no quedó claro si el ladrón de tumbas había sido él mismo o no. Mi padre calculaba que el objeto tenía quinientos años de antigüedad, más o menos. A pesar de ello, funcionaba perfectamente.

Cuando terminé de secar y de vestir a Julia, me sequé yo. Me encontraba cansadísimo, pero estaba claro que no iba a tener un momento de calma, pues, cuando tuve a la inquieta chiquilla bajo mi capa y recogí todos sus accesorios, encontré a Helena Justina, mi supuestamente refinada prometida, apoyada en uno de los pilares del pórtico exterior; donde se arreglaba la estola en torno a los hombros y se arriesgaba a sufrir un grave asalto, pues hablaba con Rodan y Asiaco.

La repulsiva pareja se movía con cierta agitación. Eran tipos mal alimentados y enfermizos, a quienes la mezquindad de Esmaracto mantenía a dieta, con raciones escasas. Esmaracto era su amo desde hacía años. Los dos eran esclavos, por supuesto, un par de pálidos sacos con faldas cortas de cuero y brazos envueltos en sucios vendajes para darles aspecto de hombres duros. Esmaracto aún fingía que los entrenaba en su destartalado local, pero éste no era más que una tapadera y su dueño no se atrevía nunca a sacarlos a la arena, sobre todo porque ambos eran combatientes demasiado sucios para el gusto del público.

En las paredes del local en concreto no había mensajes garabateados por

muchachas refinadas ansiosas de amor; ni por damas cargadas de oro que detuvieran su palanquín en la esquina disimuladamente, y se colaran en el interior con regalos para el luchador del mes. Así pues, Rodan y Asiaco debían de haberse sobresaltado cuando les dirigió la palabra Helena Justina, conocida en el barrio como la distinguida pareja de Didio Falco, la chica que había descendido dos peldaños en el rango social para vivir conmigo. La mayoría de los vecinos de la zona pobre del Aventino todavía se preguntaban dónde habría comprado yo el potente bebedizo con el que la había hechizado. A veces, en plena noche, me despertaba bañado en sudor y yo mismo me lo preguntaba.

—¿Cómo anda el mundo de los gladiadores? —acababa de inquirir Helena con la misma calma que si hablara con un amigo pretoriano de su padre y se interesara por los progresos de su último caso judicial en la basilica Julia.

Los abotargados veteranos del circo tardaron unos minutos en interpretar la culta disertación de Helena, pero mucho menos en componer una respuesta:

—Apesta.

—Sí, apesta de mala manera.

Para tratarse de ellos, era una contestación muy elaborada.

—¡Ah! —replicó Helena, prudente. El hecho de que no pareciera tenerles miedo los ponía nerviosos. Y a mí, también—. Vosotros trabajáis para Esmaracto, ¿verdad?

Helena aún no podía verme acechando en las sombras, angustiado y sin saber cómo protegerla si la repugnante pareja se incorporaba y se ponía en acción. Aquellos dos tipos eran problemáticos. Siempre lo habían sido. En el pasado me habían zarandeado varias veces para hacerme pagar el alquiler; y entonces era más joven y no estaba impedido de responder adecuadamente, como sucedía en esta ocasión, en que tenía a la pequeña en brazos.

—Nos trata peor que a perros —refunfuñó Rodan. Este era el de la nariz rota. Un inquilino le había estrellado un mazo en la cara cuando Rodan intentaba evitar que huyera al amparo de la noche. Probablemente, cualquier inquilino desesperado que entreviese una manera de escapar de Esmaracto lucharía a brazo partido por conseguirlo.

—Pobres...

—Pero sigue siendo mejor eso que ser informador —se mofó Asiaco, el más tosco, el de la piel picada de viruelas.

—Casi cualquier profesión lo es —Helena sonrió.

—¿Y qué haces tú viviendo con uno de ellos?

A los dos hombres los roía la curiosidad.

—Falco me contó cuatro fábulas; y a sabéis cómo habla. Me hace reír.

—¡Sí, es un payaso!

—Me gusta cuidar de él. Además, ahora tenemos una hija.

—Todos pensábamos que andaba tras tu dinero.

—Sí, supongo que es eso. —Quizás Helena ya había adivinado que yo estaba escuchando. Era terrible cuando bromeaba—. Hablando de dinero, supongo que Esmaracto espera sacar algo del nuevo proyecto del emperador, ¿no?

—¿De ese lugar nuevo?

—Sí, del circo que construyen al final del Foro, donde Nerón tenía su lago. Anfiteatro Flavio lo llaman. ¿No proporcionará buenas oportunidades, cuando se abra? Imagino que se celebrará una gran ceremonia de apertura; probablemente durará semanas, con exhibiciones regulares de gladiadores... y animales, supongo.

—Sería un auténtico espectáculo —replicó Asiaco, tratando de impresionarla.

—Y muy provechoso para la gente de vuestro oficio.

—Bueno, Esmaracto piensa que lo contratarán, ¡pero anda listo si se lo cree! —dijo Asiaco con una risa burlona—. Allí querrán actuaciones de categoría. Además, los grandes agentes tendrán todos los contratos listos mucho antes.

—¿Ya están moviéndose?

—Desde luego.

—¿Habrá mucha competencia?

—Y seguro que van a cuchillo.

—¿Quiénes son los grandes agentes?

—Saturnino, Hanno... Pero Esmaracto, no. ¡No tiene ninguna posibilidad!

—De todos modos, debería haber mucho beneficio a repartir... ¿O pensáis que las cosas pueden ponerse feas?

—Es probable —asintió Rodan.

—¿Eso es una mera suposición, o estás seguro de lo que dices?

—Lo sabemos de buena tinta.

Helena fingió asombro ante las confidencias que escuchaba.

—¿Han empezado ya los problemas?

—Ya lo creo —dijo Rodan, ufano como un celta bebedor de cerveza—. Entre los lanistas de luchadores no los hay apenas. El suministro de hombres es un negocio que no conlleva muchas dificultades, aunque hay que entrenarlos, por supuesto. —No se olvidó de añadir cómo él y su repulsivo compañero fueron expertos con talento, y no meros brutos—. Pero corre la voz de que habrá una gran *venatio* con tantos felinos como puedan conseguir los organizadores, y prometen miles. Eso ha hecho que los importadores se pongan en acción inmediatamente.

Helena siguió:

—Será un edificio maravilloso, así que supongo que lo inaugurarán con el debido boato. ¿Y los importadores temen no poder cubrir la demanda?

—Mejor, cada uno teme que los otros sí puedan y él quede fuera del negocio. ¡Todos quieren sacar un buen bocado! —Rodan soltó una ronca carcajada y rodó por el suelo, encantado con su agudeza—. Un buen bocado, ¡ja, ja...!

Asiaco dio muestras de una superior inteligencia y arreó un codazo a su compañero en una muestra de desagrado ante una broma tan tonta. Los dos quedaron aún más repantigados en el pavimento mientras Helena, cortés, retrocedía un paso para dejarles más espacio.

—¿Y en qué andan metidos los importadores en este momento? —preguntó, fingiendo que no hacían más que chismorrear—. ¿Habéis oído alguna historia?

—¡Uf!, hay muchas —le aseguró Asiaco, lo cual significaba que no había oído nada concreto.

—Se denigran unos a otros —apuntó Rodan.

—Es que hacen jugadas sucias —añadió Asiaco.

—¿Cómo robarse animales unos a otros, por ejemplo? —les preguntó Helena en tono inocente.

—Apuesto a que lo harían si se les ocurriese —sentenció Rodan—. La mayoría son demasiado duros de mollera como para tener tal idea. Además, nadie querría vérselas con un león rugiente, ¿verdad?

—Hoy Falco ha visto algo muy raro —decidió confesar Helena—. Cree que puede haber habido algún truco sucio con un león.

—Ese Falco es un idiota.

Decidí que era momento de moverme y dejarme ver; antes de que Helena escuchase algo más de lo que una hija de senador bien educada no debe saber.

XIII

Helena me quitó de los brazos a la niña con gesto recatado mientras los dos matones se incorporaban entre risas estentóreas.

—Hola, Falco. Cuidado, Esmaracto te busca.

Los dos habían recuperado cierta animación tan pronto hice acto de presencia para buscarme problemas.

—Olvidalo —repliqué y dirigí una mirada severa a Helena para que mantuviera la compostura—. Esmaracto ha dejado de acosarme. Me prometió que pasaría un año sin pagarle el alquiler cuando le salvé la vida en el incendio de la boda.

—Ponte al día —soltó Rodan con una voz que más parecía un gorjeo—. La boda fue hace un año, y Esmaracto ha comprobado que ya le debes los dos últimos meses.

Emití un suspiro.

Helena me dirigió una mirada con la que me daba a entender que discutiríamos en casa de qué parte de nuestro apretado presupuesto sacaríamos el dinero. Como el alquiler en cuestión era el de mi antiguo apartamento, que en aquel momento ocupaba mi desacreditado amigo Petronio, Helena suponía que él debería contribuir a pagarlo. Pero la vida de Petronio estaba tan liada, en aquellos momentos, que yo prefería no molestarlo. Hice un guiño a Helena, que ella interpretó correctamente, y luego la animé a que se adelantara y empezase a preparar las sartenes para hacer la cena.

—No frías el pescado. Ya me encargaré yo de eso —le ordené, afirmando mis derechos de cocinero.

—Entonces, no te quedes mucho rato de chismorro; tengo hambre —replicó ella, como si el retraso en la cena fuera culpa mía exclusivamente.

La observé mientras cruzaba la calzada; tenía una figura que hacía babear a los dos gladiadores y caminaba con más confianza de la que debería haber mostrado. A continuación vi la silueta retozona de *Nix*, nuestra perra, que salía de entre las sombras al pie de la escalera y acompañaba a Helena a casa.

No tenía la menor intención de presionar a Rodan y a Asiaco para sossacarles más información, pero había prometido hablar con Esmaracto respecto al divorcio de Lenia, así que aproveché que el casero bajaba (y era

evidente que bajaba, ya que su descenso iba seguido de insultos y gritos de desprecio cada vez más sonoros por parte de los inquilinos) y que sus guardaespaldas ocultaban el pellejo de vino para evitar que el amo lo reventara y se incorporaron a la comitiva arrastrando los pies.

Lancé un grito a Esmaracto. Como esperaba, la satisfacción de anunciarme que el periodo de alquiler gratis había concluido lo llevó a apresurarse escaleras abajo.

Tras salvar los peldaños de dos zancadas con una bota de vino ceñida a la cintura, se tambaleó torpemente al llegar al nivel del suelo.

—Ándate con cuidado con eso —le advertí con tono desabrido—. Esos escalones están deshaciéndose y el casero tendrá que vérselas con una buena reclamación por daños y perjuicios si alguien se rompe el cuello.

—Espero que ese alguien seas tú, Falco. Pagaría con gusto la indemnización.

—Me alegra comprobar que las relaciones entre nosotros son tan amistosas como siempre. Por cierto, me sorprende que no hayas vuelto a reclamarme el alquiler. Eres muy amable al haber ampliado el plazo de gratuidad...

Fuera de sí ante mi desvergüenza, a Esmaracto se le subió al rostro un tono púrpura horrible y se llevó la mano a un grueso collar de oro que acostumbraba a llevar. El casero siempre había sido dado a despreciar a sus inquilinos luciendo grandes piezas de joyería de dudoso gusto.

—Ese desgraciado de los vigiles que has colocado en mi apartamento del sexto, Falco... Quiero que se vaya. No permito subarriendos.

—No, claro. Eso sólo lo permites cuando el inquilino se va de vacaciones y tú mismo cueles en su casa a unos sucios realquilados y cobras el doble. Deja en paz a Petronio. Es un miembro de la familia. Sólo se quedará un corto tiempo mientras resuelve unos asuntos con su esposa. Y, ya que hablamos de mujeres, quiero hablarte de Lenia.

—No te metas en eso.

—Llega a un acuerdo con ella. No podéis seguir así. Los dos necesitáis vuestra libertad. Ese lío en el que os habéis metido precisa ser resuelto y la única manera es afrontar la situación.

—Yo ya he dejado claras mis condiciones.

—Tus condiciones son inaceptables. Lenia te ha dicho lo que quiere. Me atrevo a confesar que ella también ha sido demasiado exigente. Me ofrezco para un arbitraje. Intentemos alcanzar un compromiso sensato.

—Que te jodan, Falco.

—¡Siempre tan refinado! Esmaracto, esta terquedad es lo que originó la guerra de Troya dando pie a una década de desgracias. Piensa bien lo que te propongo.

—Me niego. Sólo pensaré en eso el día que te pueda borrar de la lista de mis inquilinos.

Le dirigi una mirada penetrante.

—¡Bien, en eso coincidimos! —Rodan y Asiaco empezaban a aburrirse e hicieron su habitual ofrecimiento a Esmaracto para aplastarme como a la masa pasada por el rodillo y convertirme en una tarta humana. Antes de que el amo decidiera cuál de sus perros de presa me sujetaba y cuál me saltaba encima, salí a la calle con tiempo suficiente para echar a correr hacia mi casa, pero no antes de preguntar a Esmaracto, como si tal cosa—: Ese Calíopo, el lanista, ¿es colega tuyo?

—No he oído hablar de él en mi vida —refunfuñó Esmaracto. En calidad de informador, igualaba sus repulsivas cualidades de casero; era arisco como un gato.

—Rodan y Asiaco estaban comentándome acerca de los entresijos de tu negocio. Supongo que ese nuevo y colosal anfiteatro anuncia una época de prosperidad a los organizadores de la *venatio*. Calíopo es uno de ellos. Me sorprende que un hombre de mundo como tú no lo conozca. ¿Y qué me dices de Saturnino?

—No lo conozco y, si supiera quién es, tampoco te lo diría.

—Generoso como siempre. —Por lo menos, aquello le hizo mostrarse preocupado de que su insolencia, de alguna manera sutil, me hubiera abierto los ojos—. ¿De modo que no sabías que los proveedores del circo están impacientes con la perspectiva de hacer fortuna cuando se inaugure oficialmente el nuevo recinto?

Esmaracto se limitó a lanzarme una mirada aviesa; yo sonreí y me despedí con un gesto. Llegué a casa a tiempo de quitarle de las manos a Helena la sartén del pescado antes de que los boquerones se pegaran.

Mi compañera esperaba que la reprendiese por hablar con tipos peligrosos, pero a mí me disgustan las discusiones a menos que tenga buenas razones para llevar la voz cantante y salir victorioso, de modo que evitamos el tema. Dimos buena cuenta de los pescaditos, ninguno de los cuales era mayor que una pestaña aunque todos tenían raspa; también había una col blanca pequeña y unos cuantos panecillos.

—Tan pronto empiecen a pagarme el trabajo del censo, vamos a permitirnos tomar unos buenos filetes de atún.

—La col es buena, Marco.

—Si te gusta, sí.

—Recuerdo que el cocinero de mi abuela la preparaba con un pellizco de *silphium*.

—El *silphium* ya es cosa del pasado, de los viejos tiempos de cuando las chicas iban vírgenes al matrimonio y todos creían que el sol era el carro de fuego de los dioses.

—Sí, hoy todo el mundo se queja de que el *silphium* que se puede comprar no

es *silphium* ni es nada comparado con lo que era. —Helena Justina tenía un apetito insaciable por saber, aunque normalmente respondía a sus propias preguntas rebuscando en la biblioteca de su padre. La miré de reojo. Daba la impresión de hacerse la inocente respecto a algo—. ¿Hay alguna razón para eso, Marco?

—No soy ningún experto. El *silphium* siempre fue privilegio de los ricos.

—Es una hierba, importada en forma de polvo, ¿verdad? —dijo Helena, casi para sí—. Viene de África, ¿no?

—Ya no. —Me apoyé en los codos y la miré—. ¿A qué viene ese interés por el *silphium*? —Helena parecía decidida a no soltar prenda, pero la conocía lo suficiente como para deducir que aquello era algo más que una demostración de conocimientos generales. Me exprimí el cerebro para conjeturar qué era y luego declaré—: El *silphium*, conocido como Aliento de Cabra Pestilente por quienes no pueden permitirselo...

—¡Eso te lo inventas tú!

—Según recuerdo, es cierto que tiene un olor intenso. El *silphium* venía de la Cirenaica, sus habitantes protegían celosamente su monopolio...

—¿Se puede ver en las monedas de Cirene cuando te cuelan una en el mercado?

—Tiene el aspecto de un puñado de cebolletas.

—A los griegos siempre les encantó, ¿verdad?

—Sí. Y nosotros, los romanos, nos permitimos imitarlos, y a que tenía que ver con nuestro estómago, que siempre se impone a nuestro orgullo nacional. Era una sustancia de sabor fuerte, pero los agricultores de la zona donde crecía, mal aconsejados, dejaron que su ganado pastase en exceso en esas tierras, hasta que la preciada cosecha desapareció. Es probable que ellos causasen gran contrariedad a las ciudades que se ocupaban del monopolio del *silphium*. Cirene hoy es una ciudad muerta. El último brote del que se tiene noticia se lo enviaron a Nerón. Puedes imaginar lo que hizo con él.

—¿Hizo lo que pienso? —Helena abrió los ojos como platos.

—Se lo comió. ¿Y bien? ¿Qué pensabas? ¿Imaginabas alguna obscenidad imperial con esa hierba tan preciada?

—Claro que no. Sigue.

—¿Qué puedo añadir? No aparecieron nuevos brotes. Cirene entró en pleno declive. Los cocineros de Roma se lamentaron. Ahora importamos de Oriente una clase de *silphium* inferior y los paladares exquisitos de los banquetes se lamentan de la Edad de Oro perdida, cuando las hierbas pestilentesapestaban de verdad.

Helena reflexionó sobre lo que acababa de decirle y filtró por su cuenta mis exageraciones.

—Supongo que si alguien redescubriera la especia cirenaica haría una fortuna.

—El hombre que lo encontrase se le consideraría el salvador de la civilización.

—¿De veras, Marco?

Helena parecía entusiasmada. El corazón me dio un vuelco.

—Querida, supongo que no estarás sugiriendo que debería fletar un barco y viajar al norte de África con una azada y un morral, ¿verdad? Prefiero mil veces acosar a los evasores de impuestos, aunque sea como socio de Anácriles. En cualquier caso, el censo es mucho más seguro.

—Cariño, tú sigues apretando las tuercas a los defraudadores. —Helena estaba preocupada, decididamente preocupada; me había tolerado que levantara el plato de la col y me bebiera la salsa de cilantro—. Mis padres han tenido carta del joven Quinto, ya era hora. Y yo, también.

Volví a dejar el plato en la mesa de la manera más discreta posible. Quinto Camilo Justino era el menor de los hermanos de Helena y, en aquellos momentos, se hallaba en paradero desconocido junto a una heredera de la Bética con la que su hermano mayor se había comprometido para casarse. Justino, que en una época había gozado del interés personal del emperador y a quien se prometía una carrera política espectacular, era ahora un simple y malogrado vástago senatorial sin dinero (era presumible que la heredera hubiese sido privada de sus privilegios por sus decepcionados abuelos tan pronto éstos llegaron a Roma para una boda que no se celebraría nunca).

Seguía sin estar claro si el hermano favorito de Helena había huido con Claudia Rufina por verdadero amor. En caso contrario, se había metido en una buena. Tan pronto como los dos jóvenes se esfumaron y tras reflexionar sobre lo sucedido, todos caímos en la cuenta de que ella lo adoraba; a diferencia de Eliano, su pesado y aburrido prometido, Justino era un muchacho atractivo, de expresión traviesa y modales agradables. Yo tenía mis dudas sobre cuáles eran sus verdaderos sentimientos respecto a Claudia.

Con todo, incluso si le correspondía en su devoción, se había dejado arrastrar a una situación complicada. Había renunciado a toda esperanza de entrar en el Senado, había ofendido a sus padres, y se había lanzado a lo que, probablemente, se convertiría en una disputa de por vida con su hermano, cuya reacción vindicativa nadie podría criticar. En cuanto a mí, yo había sido tiempo atrás su seguidor más fiel, pero incluso mi entusiasmo se atemperó paulatinamente. Y lo había hecho por la mejor de las razones: cuando Justino se fugó con la novia rica de su hermano, todo el mundo me culpó a mí.

—¿Y qué tal está el errante Quinto? —inquirí de su hermana—. ¿O, mejor, debería preguntar dónde está...?

Helena me dirigió una mirada tranquilizadora. Siempre había querido mucho

a Quinto. Me dio la impresión de que la vena aventurera que la había llevado a vivir conmigo también la hacía responder al desconcertante comportamiento de su hermano menos escandalizada de lo que debería mostrarse. Helena lo perdonaría. Supongo que su hermano siempre había estado seguro de que lo haría.

—Según parece, Quinto se ha marchado a África, querido. Se le ha ocurrido la idea de emprender la búsqueda del *silphium*.

Si encontraba la hierba, el joven haría tanto dinero que, sin duda, podría rehabilitarse. De hecho, se haría tan rico que le daría igual lo que pensarán de él los ciudadanos del imperio, incluido el propio emperador. Con todo, si bien tenía la buena instrucción de todo hijo de senador y parecía inteligente, nunca había visto el menor indicio de que Quinto tuviera el menor conocimiento de las plantas.

—Mi hermano pregunta... —dijo Helena, que en aquel momento tenía la mirada fija en el plato con una expresión contenida que me llevó a pensar que estaba a punto de echarse a reír—: Pregunta si tú, con tus antecedentes familiares de hortelanos y tus profundos conocimientos hortícolas, podrías enviarle una descripción de lo que anda buscando.

XIV

—Ha sucedido algo, pero no estoy seguro de si contártelo o no —dijo Anácrites a la mañana siguiente.

—¡Como a ti te parezca!

A Petronio Longo también le encantaba guardarse las cosas para sí, aunque al menos solía guardar silencio hasta que yo advertía los síntomas y le obligaba a soltar lo que fuera. ¿Por qué ninguno de mis socios podía ser sincero y abierto como yo?

Aquel día Anácrites y yo llegamos al establecimiento de Calípo casi a la misma hora y, un momento después, ocupamos nuestros puestos y nos dedicamos a revisar los pergaminos del lanista como eficientes inspectores de hacienda. No me habría sido difícil habituarme a una vida como aquella. Saber que cada discordancia que descubriáramos en las cuentas significaría más *aureae* para reconstruir el Estado me hacía sonreír de felicidad, como ciudadano y como patriota. Y saber que me llevaba un porcentaje de cada moneda de oro obtenida también me arrancaba una gran sonrisa.

Anácrites optó por callar. Los secretos eran una sucia herencia de sus tiempos de espía. Continué trabajando hasta que resultó evidente que mi socio escogía interpretar el papel de doncella tímida. Molesto, me levanté de mi asiento en silencio y abandoné el despacho. Tan pronto como nuestros beneficios alcanzaran una cifra razonable, encadenaría a mi socio, lo embadurnaría con mermelada de ciruela de mi madre y lo dejaría en una terraza bien calentada por el sol cerca de un hormiguero. La duda estaba en si lograría soportar a Anácrites hasta el verano.

Respiré despacio para controlar mi rabia y me dirigí al local donde se guardaban las fieras. Varios esclavos retiraban los excrementos de las jaulas pero, al verme, dieron por supuesto que tenía derecho a entrar. Procuré no estorbarlos en su trabajo, me abrí paso a codazos entre los avestruces de cuello largo, que mostraban una necia curiosidad, y me dispuse a realizar un inventario completo de los animales. En un establo, un toro de ojos adormilados babeaba con aire pensativo; bajo un rótulo en el que se leía URO. Luego venía el nombre, Ruta, pero yo, que había luchado en cierta ocasión con un uro salvaje en la ribera de un río en los límites del mundo civilizado, me di cuenta de que el animal era

apenas un rumiante domesticado. Aun así, Ruta era de un buen tamaño. Lo mismo cabía decir del oso, Borago, encadenado por una pata a un poste que el astuto animal estaba royendo con el propósito de liberarse. Aquellas dos fieras podrían enfrentarse a un elefante y librar una pelea encarnizada.

Ayudé a un hombre a descargar una bala de paja. El hombre la extendió por el establo del oso cuidando de mantenerse lejos del alcance de la zarpa y del hocico del plantigrado; después, agitó las puntas de la horca por un hueco a ras de suelo entre los barrotes, por el cual se alimentaba a la fiera. El objeto estaba haciéndose pedazos después de la que debía de haber sido una vida muy violenta.

—¿Qué ha sido del comedero?

—En una época tuvimos un cocodrilo... —respondió, como si aquello lo explicara todo.

—Por tu tono de voz se diría que no te caía bien.

—Lo aborrecía. Como todos. Gracias a los dioses, su cuidador era Lauro. El pobre Lauro desapareció, se esfumó sin dejar rastro, y supusimos que había terminado en las fauces del saurio.

—Si el cocodrilo acabó con Lauro, ¿quién acabó con el animal?

—Idíbal y los demás, en la *venatio* de los Juegos de Augusto.

Inició una sonrisa maliciosa.

—¿Idíbal es el que sabe cómo manejar la lanza?

—Perdón, ¿cómo dices, Marco?

—Lo siento, era una broma. ¿No le anda detrás ninguna mujer caprichosa?

—No sabría decirte. —Parecía sincero, pero las mentiras siempre lo parecen. El esclavo dio la impresión de pensárselo mejor, con una expresión bastante acerba, y añadió en un tono de voz evasivo—: ¿Quién sabe algo del misterioso Idíbal?

Dejé pasar el comentario, pero tomé buena nota de lo que había dicho.

En esta ocasión había unos braseros encendidos para mantener calientes a los animales; la calefacción hacía casi insoportables los olores. Me sentí incómodo por el hedor, el calor, los gruñidos y los esporádicos ruidos de pisadas que se arrastraban por el suelo. Advertí, al fondo del edificio, una puerta abierta que no había explorado nunca. Nadie me detuvo cuando avancé hacia ella y me asomé. Observé un corral cuya pequeñez resultaba sospechosa, con un rótulo que decía RINOCERONTE y una zona enlosada con los bordes húmedos en la que se leía LEON MARINO. Los dos estaban vacíos. Un águila de aspecto triste se atusaba las plumas en una percha. Y también había un león de melena negra que emitía unos rugidos aterradores.

Por alguna razón, muerto Leónidas, lo último que esperaba ver allí era otro gran felino. Estaba enjaulado, gracias a Júpiter. Aguanté allí donde estaba, pero al mismo tiempo me arrepentí de la demostración de valentía. La fiera medía más de dos pasos de longitud y los músculos de su lomo, largo y recto, se tensaban y

destensaban sin esfuerzo en su constante ir y venir. No lograba imaginar cómo pudieron capturarlo. Parecía más joven que Leónidas y mucho más incómodo con su encierro. Un cartel que colgaba entre los barrotes decía que se llamaba Draco. Cuando me vio, saltó hacia adelante y, con un enorme rugido, me hizo saber lo que me haría si tuviera ocasión para ello. Cuando me detuve frente a él, se agitó con rabia, buscando la manera de liberarse y atacar.

Retrocedí hasta salir de la estancia. El rugido del león había atraído la atención de los esclavos, de quien se escaparon silbidos de admiración al observar cómo me había hecho palidecer.

—Draco parece una fiera terrible.

—Es nuevo. Acaban de desembarcarlo de Cartago. Aparecerá en la próxima cacería.

—Algo me dice que todavía no le habéis dado de comer. De hecho, parece tan hambriento como si no lo hubieran alimentado desde que salió de África.

Todos los esclavos sonrieron. Apunté que esperaba que la jaula resistiese.

—Bueno, más tarde vamos a trasladarlo. Normalmente, los tenemos aquí.

—¿Por qué tenéis aislado a éste? ¿Es el chico malo de la clase?

—Bien... —De pronto, las respuestas se volvieron confusas—. A todos los animales se les cambia de lugar con frecuencia.

No había ningún comentario que añadir a lo que me decían, pero se me despertó una clara duda. En lugar de armar un alboroto, me limité a preguntar:

—¿Leónidas también tenía un cartel con su nombre? ¿Podría quedármelo de recuerdo, si nadie más lo quiere?

—Todo tuyo, Falco.

Cuando cambié de tema, los esclavos dieron muestras de alivio. Uno de ellos fue a buscar el cartel y observé que fue a buscarlo a la sala interior. Intenté recordar en qué lugar de la jaula estaba colgado el rótulo con su nombre oficial, pero no fui capaz de recordarlo y, cuando trajeron el cartel y me lo mostraron, no logré reconocer las desiguales letras rojas. Llegué a la conclusión de que era la primera vez que veía aquel rótulo.

—¿Por qué lo guardáis ahí dentro en lugar de tenerlo colgado en su jaula?

—En la jaula estaba cuando la ocupaba el león.

—¿Seguro? —No hubo respuesta por parte de los esclavos—. Todas vuestras fieras tienen nombre, ¿verdad?

—Formamos un grupo amistoso.

—Y al público le gusta poder gritar esos nombres mientras los animales se enfrentan a la muerte, ¿no?

—En efecto.

—¿Qué ha sido de Leónidas, ahora que ha muerto?

Aquellos hombres sabían que yo tenía un interés especial por el asunto, debido a Turio. Adivinaron que habría deducido por mi mismo que el cuerpo del

león muerto serviría de alimento barato a otros animales.

—No preguntes, Falco...

No tenía intención de meter las narices donde no debía, en un lugar donde incluso un cuidador podía esfumarse por completo sin dejar rastro. Había oído que un león era capaz de devorarlo a uno con botas, cinto y todo lo demás. Incluso un león hambriento dejaría el plato limpio.

Me pregunté cuántas bajas habría habido en aquellas instalaciones. ¿Y alguna de las víctimas habría muerto de otra forma que no fuese accidental? Aquel era un buen lugar para deshacerse de un cadáver. ¿Era Leónidas, simplemente, el último de la lista? Y, si era así, ¿por qué?

Con el ánimo sombrío, regresé a la oficina donde Anácrites había experimentado uno de sus impredecibles cambios de humor. Ahora estaba impresionado por complacerme. Para librarme de él, fingí que no reparaba en su acogedora sonrisa y me concentré en escribir en mi tablilla hasta que no pudo aguantar más y se incorporó de un salto para ver qué estaba haciendo.

—¡Es poesía!

—Soy poeta.

Se trataba de una vieja oda que estaba garabateando para incordiarlo, pero Anácrites creyó que acababa de componerla de una tirada, mientras él observaba. Era tan fácil engañarlo que apenas merecía la pena el esfuerzo.

—Eres hombre polifacético, Falco.

—Gracias. —Aspiraba a realizar algún día una lectura formal de mis obras, pero no pensaba confiarle tal sueño. Ya oíría suficientes pullas si invitaba a mi familia y a mis amigos de verdad.

—¿Y has escrito esos versos ahora mismo?

—Tengo habilidad para las palabras.

—Eso nadie te lo discute, Falco.

—Ese comentario suena a insulto...

—Hablas demasiado.

—Todo el mundo me lo dice. Ahora, habla tú: antes has mencionado cierta información nueva. Si tenemos una posibilidad de seguir actuando como socios, tenemos que compartir las cosas. ¿Piensas soltar eso que sabes?

Anácrites quería dar la sensación de un socio serio y responsable, de modo que se sintió obligado a contarle:

—Anoche alguien llevó a casa de tu madre una carta en la que presuntamente se revela quién mató a tu amigo Leónidas.

Advertí la forma cauta en la que mi socio insistía en que sólo se trataba de «presunta» información. Tenía una lengua tan hipócrita que le hubiera dado una patada.

—¿Y quién es el presunto autor, según la nota?

—Esta dice: «Rúmex acabó con ese león». Interesante, ¿no?

—Interesante, si es cierto. ¿Y tenemos muchas esperanzas de saber quién es el tal Rúmex?

—No he oído hablar de él jamás. —El jefe de los espías nunca sabía nada. No conocía a nadie.

—¿Quién llevó la nota?

Anácrites me miró como si, por alguna perversa razón, quisiera ponerme difíciles las cosas.

—Anácrites, sé perfectamente que mi madre finge estar sorda cuando le conviene, pero si algún desconocido está lo bastante loco como para acercarse a su puerta, sobre todo si lo hace después de anochecer en una noche lóbrega de invierno... Entonces, seguro que salta y agarra al forastero sin darle tiempo ni a parpadear. Así pues, ¿a quién le tiró de las orejas anoche?

—A un esclavo que aseguró que un desconocido le había pagado una moneda de cobre por llevarse la tablilla.

—Sí, la historia de costumbre. ¿Tienes el nombre del esclavo?

—Fidelis.

—¡Vaya, un «hombre de confianza»...! —bromeé, haciendo un juego de palabras—. Parece demasiado bueno para ser cierto.

—Para mí que es un seudónimo —reflexionó Anácrites, a quien siempre le gustaba sospechar de todo.

—¿Puedes describirlo?

—Delgado, estatura inferior a la normal, tez muy oscura, barbudo y vestido con una túnica blancuzca.

—¿No es tuerto? ¿No lleva su nombre tatuado en azul? Roma está llena de esclavos idénticos. Por tu descripción, podría ser cualquiera entre un millón.

—Podría ser —replicó Anácrites—, pero no es así. Yo era jefe de espías, recuerda. Lo he seguido hasta su casa.

Sorprendido ante tal iniciativa, fingí que no me impresionaba.

—Has hecho lo que debías, ni más ni menos. Y bien, ¿dónde te ha llevado esa misteriosa pista, sabueso?

Mi socio me dedicó una mirada de inteligencia.

—Directamente aquí otra vez —fue su respuesta.

XV

Nos incorporamos al unísono y salimos a investigar el establecimiento. Encontramos muchos esclavos, la mayoría oían a establo, pero Anácrites consiguió identificar a uno.

—¿Quieres que exijamos su entrega a Calíopo, Falco?

—Ya no eres un torturador de palacio, Anácrites. Déjalo. El tipo dirá que ninguno de sus esclavos encaja con la descripción que le proporcionemos e insinuará que eres un fabulador.

Anácrites puso expresión de ofendido. Era algo típico en un espía. Nosotros, los informadores, podemos ser criticados por cualquiera pero, por lo menos, tenemos las narices de reconocer que nuestra mala fama es terrible. Algunos incluso admitimos, en ocasiones, que la profesión lo exige.

—¿Cuánto tiempo esperaste fuera desde que el hombre entró? —le pregunté.

—¿Esperar? —Anácrites parecía desconcertado.

—Olvidalo. —En efecto, era el espía típico. Un absoluto aficionado.

El mensajero no procedía de allí. De todos modos, si se había acercado por el lugar para ponerse en contacto con alguien, quizá volviera.

—¿Y ahora, qué, Falco? Es preciso que interroguemos a ese Rúmex.

—Lamento mostrarme tan racional pero, para hablar con él, primero tenemos que encontrarlo.

—¿Te inquieta que perdamos la pista?

—Alguien da por supuesto que conocemos su identidad. Así pues, si seguimos comportándonos con toda normalidad es probable que nuestro hombre salga de debajo de su piedra armando jaleo. En cualquier caso, fuiste tú quien dijo que nadie nos apartaría de nuestro camino. No es preciso que nos ciñamos a ello como corderitos, si alguien intenta darnos otra cosa en qué pensar. Volvamos al despacho y concentrémonos en nuestro informe.

Cuando nos dimos la vuelta para hacerlo, topamos con el bestiario llamado Idibal.

—¿Quién es tu fabulosa admiradora? —le pregunté.

El joven cabronazo me miró a los ojos y afirmó que la mujer era su tía. Yo también lo miré fijamente, como lo haría un informante que supusiera que aquel cuento era más antiguo que las guerras Púnicas.

—¿Conoces a alguien llamado Rúmex? —le preguntó Anácrites acto seguido,

como por casualidad.

—¿Por qué? ¿Quién es? ¿El rascador de espaldas de tu casa de baños?

Idíbal soltó una risotada y continuó su camino.

Aprecié el cambio que se había producido en el bestiario. Parecía más duro, como si albergase una nueva vena de amargura. Mientras el hombre se alejaba en dirección al campo de entrenamiento, Calíopo salió de una dependencia auxiliar y le dijo algo en un tono de voz muy agudo. Tal vez aquello lo explicaba todo. Tal vez Calíopo había preparado a Idíbal para el asunto con su presunta tía.

Esperamos a que Calíopo se uniera a nosotros y le preguntamos por Rúmex.

—No es ninguno de mis chicos —fue su respuesta, como si pensara que nos referíamos a un gladiador. Calíopo sabía sin duda alguna que estábamos al corriente de que no era un miembro de su grupo; de lo contrario, el nombre de aquel tipo aparecería en la lista de personal que el dueño nos había proporcionado (si es que la versión que había dado a los censores se ajustaba a la verdad). Tras su declaración, Calíopo llenó los pulmones para emprender lo que parecía un discurso preparado—. Respecto a Leónidas, no es preciso que sigáis indagando. He investigado lo sucedido. Algunos de los chicos estaban entrenando esa noche y sacaron al león de la jaula por hacer una pequeña travesura. El animal creó problemas y tuvieron que abatirlo. Como es lógico, nadie quería hacerse responsable de ello. Sabían que me pondría furioso. Eso es todo. Es un asunto interno. Idíbal era el cabecilla del asunto y me propongo librarne de él.

Anácrites lo miró. Por una vez, imaginé lo que se sentiría, en tiempos de Nerón, al ser interrogado por la guardia pretoriana en las entrañas de palacio, con la asistencia de los terribles Cuestionarios y de su imaginativa colección de instrumentos de tortura.

—¿Un asunto interno? ¡Qué raro! —comentó Anácrites con tono gélido. Hemos recibido más información acerca de la muerte de Leónidas y no encaja con lo que dices. Al parecer, acabó con él ese tipo, ese tal Rúmex, ¡pero ahora nos dices que éste no es ninguno de tus muchachos!

—Ahórrale que nos tengamos que librar de él como tú proyectas hacerlo de Idíbal —apunté. Plantear un destino dudoso para Rúmex fue, según se vio más tarde, un augurio sumamente preciso.

El lanista refunfuñó y resopló unas cuantas veces; después pensó en algún asunto urgente que requiriese su atención y su presencia.

Anácrites esperó a que estuviéramos de vuelta en el despacho y tuviéramos la estancia para nosotros solos.

—Ahí lo tienes, Falco. Aunque no hayamos oído todo el relato, la muerte del león ya no debe preocuparnos más.

—Como tú quieras —respondí con la sonrisa que reservo a los carniceros que venden por frescos los filetes de la semana pasada—. De todos modos, has sido muy amable al defender mi punto de vista mientras Calíopo mentía

descaradamente.

—Los socios deben ir juntos —me aseguró Anácrites con rapidez y soltura—. Y ahora, terminemos de levantar la liebre de sus delitos financieros, ¿de acuerdo?

Como buen chico no levanté la vista del informe de la auditoría hasta la hora de comer. Tan pronto como mi socio hincó el diente a uno de los guisos caseros de mi madre y se encontró ocupado en limpiarse de salsa pingosa la delantera de la túnica, solté una maldición y fingí que Helena se había olvidado de ponerme un poco de pescado en escabeche para acompañar mi salchicha fría. Opté por levantarme e ir a pedir un poco a alguien... Si Anácrites era la mitad de espía de lo que decía, adivinaría que la mía era una excusa para quitármelo de encima y poder interrogar a alguien más sobre el asunto del león.

Yo tenía el sincero propósito de volver a concentrarme en la auditoría más tarde. Por desgracia, se interpusieron en el camino un par de aventurillas.

XVI

Mi cuñado Famia trabajaba —si puede decirse tal cosa— en los establos de los caballos de tiro que utilizaba el equipo Verde. Famia y yo no teníamos nada en común. Yo era partidario de los Azules. Una vez, muchos años atrás, Famia había tomado una de sus pocas decisiones sensatas: la de casarse con Maya. Era la mejor de mis hermanas; su única aberración fue establecer una alianza matrimonial con aquel tipo. Sólo Júpiter sabe cómo lograría convencerla. Famia había convertido a Maya en una trabajadora infatigable, le había engendrado cuatro hijos sólo para demostrar que sabía para qué servía y, a continuación, había abandonado cualquier resistencia y se había convertido en blanco fácil de una muerte temprana a causa de la bebida. Ya debía de estar muy cerca de ese objetivo.

Era un tipo bajo, grueso, de ojos entrecerrados y rostro florido, un zángano malévolo, cuyo oficio consistía en administrar linimento a los caballos de carreras. La clase de desastre en el que tenían que confiar los Verdes. Hasta los jamelgos patizambos que tiraban de los carruajes desvencijados sabían evitar los cuidados de Famia. Cuando lo veían acercarse, soltaban tales coces que mi cuñado tenía suerte de no terminar castrado con su propia cuchilla de castrar equinos. Cuando di con él, un caballo tordo de aspecto amenazador se encabritó levantando las manos con furia salvaje en respuesta a un dulce de sésamo que Famia insistía en darle; sin duda, el dulce estaba empapado en una dosis de estimulante —procedente de un siniestro frasco negro de cerámica que ya había caído al suelo de una coz en plena refriega.

Cuando me vio, Famia se apresuró a darse por vencido. El caballo lanzó un relincho que sonó a burla.

—¿Precisas ayuda?

—¡Aparta, Falco!

Aquello me salvó de un buen mordisco en los dedos en mi pretensión de susurrar bobadas a la oreja del semental. En cualquier caso, daba igual intentar fingir ante Famia. Aunque consiguiera que el caballo tordo tomara su medicina, mi cuñado se atribuiría todo el mérito.

—Quiero cierta información, Famia.

—Y yo quiero una copa. —Yo iba dispuesto a sobornarlo—. ¡Vaya, Marco, gracias!

—Tienes que beber menos.

—Lo haré... después de este trago.

Hablar con Famia era como intentar limpiarse las orejas con una esponja. Uno se decía que el procedimiento podía funcionar pero podía perder horas hurgando sin conseguir penetrar apenas en el conducto auditivo.

—Parece que oigo a Petronio —dije, ceñudo.

—Buen tipo. Siempre le gusta echar otro trago.

—Pero él sabe cuándo parar.

—Quizá sepa, Falco... Pero, por lo que me han dicho, últimamente no lo hace.

—Bien, su esposa lo dejó y se llevó a sus hijos y él estuvo a punto de perder su empleo.

—Además, ahora vive en tu viejo apartamento, tan poco agradable; su enamorada ha vuelto con su esposo y sus perspectivas de promoción son una broma —dijo mi cuñado con un tono de voz irónico; sus ojos como rendijas se hicieron casi invisibles—. Y tú eres su mejor amigo. Tienes razón. Pobre tipo, ¡no me extraña que quiera olvidar!

—¿Has terminado, Famia?

—Ni siquiera he empezado.

—Buena retórica. —Estaba obligado a fingirme tolerante—. Escucha, tú eres la fuente de conocimiento sobre el mundo del espectáculo. ¿Me concedes eso? —Famia estaba demasiado ocupado en darle a la garrafa como para decir que no—. ¿Qué se comenta de una bronca entre los importadores de fieras? Alguien me ha dicho que todos los lanistas están muertos de impaciencia; esperan que el nuevo anfiteatro del Foro sea una riada de oro para enfriar el vino en las mesillas auxiliares.

—Lo único que conocen es la codicia. —Viniendo de él, su comentario era una broma.

—¿Su rivalidad se ha agudizado? ¿Estamos en vísperas de una guerra de preparadores?

—Siempre están así, Falco. —El vino había calentado ciertos atisbos de inteligencia en mi cuñado. En aquel momento, casi era capaz de mantener una conversación provechosa—. Pero sí, todos ellos calculan que el nuevo anfiteatro significará la puesta en marcha de grandes espectáculos, y eso es cierto. La inauguración es una buena noticia para todos. Aunque todavía no ha corrido la menor indicación de cómo se organizará.

—¿Qué opinas tú?

No se me había escapado que Famia reventaba por contar su teoría favorita.

—Supongo que los malditos lanistas con sus fuentes de aprovisionamiento de animales salvajes celosamente guardadas y sus grupos privados de luchadores se van a llevar una gran sorpresa. Si quieres saber mi opinión... ¡Ah, sí, claro que

quieres...!

—Déjate de chanzas.

—Pues bien, yo apuesto a que todo será organizado y dirigido por el Estado.

—Vespasiano es un buen organizador —asentí—. Ofrece el Anfiteatro Flavio como regalo al pueblo: el emperador magnánimo que saluda con afecto al Senado y al pueblo de Roma, SPQR. Todos sabemos lo que supone eso. Esas siglas significan una catástrofe oficial. Esclavos públicos, comités, control consular...

—Vespasiano tiene dos hijos, los dos jóvenes —dijo Famia, y cortó el aire con el pulgar para hacer hincapié en sus palabras—. Es el primer emperador de que se tiene memoria que posee tal ventaja: viene equipado con su propio comité de los Juegos. Ofrecerá un espectáculo espléndido al mundo... y recuerda bien lo que te digo: todo este asunto será dirigido desde un despacho de la Casa Dorada, bajo las órdenes de Tito y de Domiciano.

«Un proyecto de Palacio», me dije a mí mismo que, hasta aquel momento, nadie había expuesto semejante plan. Quizá me resultara favorable sugerírselo a Vespasiano. Mejor aún, se lo sugeriría a Tito César para que éste tuviera ocasión de plantearlo de forma oficial, adelantándose a su hermano menor antes de que Domiciano se enterase de lo que sucedía. Tito era el heredero, el sucesor. Me gustaba la idea de granjearme su gratitud.

—Quizá tengas razón, Famia.

—Ya sé que la tengo. Van a arrebatárselo a los lanistas privados con la excusa de que el nuevo anfiteatro es demasiado importante como para dejarlo en manos de la empresa privada sin intervención oficial.

—¿Y supones que, una vez que se haya instalado la organización estatal, será permanente?

—Rotundamente, sí. —La idea de Famia de lo que debía ser un comentario político tendía a seguir senderos trillados. Las cuatro facciones de aurigas eran financiadas por patrocinadores privados, pero siempre se comentaba que las gestionaba el Estado; quizá no fuera así, pero Famia y todos sus colegas habían desarrollado prejuicios muy firmes al respecto.

—Control imperial: fieras atrapadas por las legiones y traídas a bordo de la flota nacional; gladiadores entrenados en cuarteles al estilo militar; funcionarios de palacio encargados de la dirección. Toda la gloria al emperador. Y todo pagado con fondos de la cámara del tesoro de Saturno. —Musité tontamente:

—Es decir, con la plata que con duro esfuerzo he proporcionado recaudando impuestos con el jodido censo.

Afortunadamente, Famia todavía no estaba al corriente de mi actual empleo. Mi cuñado estaba llegando al punto de querer confiarme los problemas de su vida privada. Supuse que eran todos culpa suya; en cualquier caso, yo estaba del lado de mi hermana. Interrumpí sus gemidos y le pedí si podía decirme algo de

Calíopo o, mejor aún, de Saturnino, el rival que parecía tener un papel tan importante en la vida comercial de mi sospechoso. Famia respondió que los importadores de animales y los preparadores de gladiadores eran desconocidos en su ambiente, más refinado, de las carreras de caballos. A duras penas conseguí no atragantarme de la risa.

Por casualidad, mencioné la conexión tripolitana. En esta ocasión, Famia demostró cierto interés. Al parecer, alguno de los mejores caballos procedía de África.

—Numidia, Libia..., todos proceden de allí, ¿verdad?

—Casi todos. Pero yo creía que los buenos caballos venían de Hispania, Famia...

—En realidad, los mejores vienen de tierras de los malditos partos. Ese enorme ejemplar de ahí —señaló el caballo tordo que había rechazado su medicina— procede de Capadocia; debe de tener sangre parta o meda en su ascendencia. Eso le convierte en un ejemplar con la potencia necesaria para tirar de un carro incluso en las curvas y desde la parte externa del grupo. Eres el mejor, ¿verdad, muchacho? —El caballo tordo enseñó los dientes encabritándose. Famia decidió no darle una palmadita. Aquello le había sucedido por ser bueno con los animales—. Después de los partos, los de Hispania y los de África están a la misma altura, más o menos. Los caballos libios son famosos por su resistencia, lo cual es bueno en una carrera. Nadie quiere un tronco de caballos que se coma la barrera de salida pero que sólo aguante un breve sprint. Se necesita un equipo que resista sin problemas siete vueltas a la pista.

—Exacto. —Conseguí no burlarme de él con un comentario del estilo de «¿Te refieres a uno como el que tenemos los Azules?»—. Supongo que los importadores de caballos son la misma gente que trae los grandes felinos y demás animales exóticos para la *venatio*, ¿no?

—Supones bien, Falco. Lo cual significa que conozco a un suministrador que puede decirte lo que quieres averiguar. Sea lo que sea.

Le toleré una risita maliciosa. Era lo que uno podía esperar de la familia. Como de costumbre, yo tampoco estaba muy seguro de qué andaba buscando en concreto, pero le oculté a Famia mi incertidumbre y me limité a agradecerle el ofrecimiento de presentarme a su colega. Probablemente se olvidaría de todo al momento, de modo que no me molesté en mostrarme demasiado efusivo.

—Por cierto, ¿has oído hablar alguna vez de un tal Rúmex?

Famia me miró como si estuviese loco.

—¿Dónde has estado, Falco?

Era evidente que sabía más cosas que yo pero, antes de que pudiera contármelas, lo detuvo a media frase un esclavo que, con los ojos casi fuera de las órbitas, entró apresuradamente en los establos, vio a Famia y se puso a gritar:

—¡Tienes que venir conmigo enseguida! ¡Y trae una cuerda!

—¿Qué sucede?

—¡Se ha escapado un leopardo y está en el tejado de la Saepta Julia!

XVII

Famia no se molestó en buscar la cuerda. Como a la mayoría de bebedores, el vino ingerido apenas le había afectado. Estaba lo bastante sereno como para saber que aquello no era lo mismo que cuidar caballos. Para atrapar un leopardo se precisaría algo más que aproximarse sigilosamente con una zanahoria en la mano y un bozal a la espalda. Los dos corrimos hacia la Saepta, pero no necesitaba preguntar nada para saber que Famia sólo acudía para que lo vieran allí. Esto me hizo preguntarme quién se consideraría adecuado en Roma para afrontar aquella situación. Yo, desde luego, no. De eso estaba seguro. Yo también iba a contemplar el espectáculo.

Cuando llegamos y vi el tamaño y la ferocidad de la fiera —un leopardo hembra, para ser más exactos— me reafirmé en el deseo de no verme involucrado en aquella aventura. El animal estaba tumbado en el tejado con la gruesa cola colgando como una épsilon griega. De vez en cuando, si la multitud que abarrotaba la calle le molestaba, daba un rugido tal que temblaba todo el mundo. Siguiendo los hábitos típicos de las turbas romanas, aquello era precisamente lo que la gente intentaba conseguir. Olvidándose de los leopardos que habían visto en el circo, abriendo a dentelladas cuellos humanos y desgarrando la carne como si tal cosa, los presentes agitaban la mano, lanzaban gritos, permitían que sus hijos corriesen por las inmediaciones haciendo muecas e incluso ofrecían palos de escoba intentando con los más largos azuzar a la fiera.

Alguien iba a resultar muerto. Una mirada a los ojos entrecerrados del leopardo hembra me confirmó que la fiera estaba decidida a no ser ella.

Era un animal hermoso. A veces, el largo viaje por mar a través del Mare Nostrum, por no hablar del estrés de la cautividad, provocaba que los felinos del circo tuvieran un aspecto horrible. Este ejemplar estaba muy sano y en perfectas condiciones. Tenía un pelaje moteado muy tupido y el tono muscular gozaba de su mejor momento. Era ágil, robusto y poderoso. Cuando Famia y yo llegamos al exterior de la Saepta, la fiera estaba tumbada e inmóvil. Levantó la cabeza y observó a la gente como si fueran potenciales presas en la sabana. No se le escapaba un solo movimiento, un solo respiro.

Lo más seguro era dejar a la fiera en paz, a la vista de todos. El recinto de la Saepta Julia sólo tenía dos plantas de altura. No importaba cómo había subido, el animal podía volver a bajar y escapar con facilidad. Todo el mundo debería

mantenerse a distancia, en silencio, hasta que acudiera algún entendido, algún bestiaro con el equipo adecuado.

En su lugar, se hizo cargo del asunto el cuerpo de vigiles, en vez de estar limpiando las calles y contener a la gente, pero en cambio se comportaban como un grupo de muchachos que hubieran encontrado una serpiente enroscada bajo un pórtico y se preguntaran qué podían hacer con ella. Ante mi mirada horrorizada, acercaron su máquina sifón y se dispusieron a administrar una ducha fría al leopardo para asustarlo y hacerle bajar. Aquellos idiotas pertenecían a la Séptima Cohorte, cuya misión era patrullar el Trastévere, siempre abarrotado de extranjeros y gente de paso. Lo único que sabían hacer era dar palizas a los emigrantes asustados, muchos de los cuales ni siquiera sabían latín, y que salían corriendo en lugar de quedarse a hablar de la vida y del destino con los vigiles. La Séptima no había aprendido nunca a pensar.

El centurión que iba al mando era un patán ridículo incapaz de entender que, si el animal se veía obligado a saltar al suelo, todos correrían a la desbandada y estarían en grave peligro. El leopardo podía ponerse furioso. Peor aún, podía estar perdido algunos días entre los grandes templos, los teatros y los pórticos artísticos del Campo de Marte. La zona estaba demasiado poblada como para darle caza y, al mismo tiempo, era demasiado abierta como para tener muchas esperanzas de arrinconarla. Había gente por todas partes; muchos ni siquiera sabían en el incidente que se habían metido.

Sin tiempo para discutir aquellas ideas razonables, los desgreñados miembros de la Séptima empezaron a entretenerse con su juguete.

—Estúpidos gilipollas —masculló Famia.

La máquina antiincendios era un enorme tanque de agua transportada en un carro. Disponía de dos pistones cilíndricos que funcionaban mediante un brazo móvil. Cuando los vigiles accionaban el brazo —algo que hacían con energía cuando los observaba la multitud— los pistones hacían subir un chorro de agua que salía expedido por una boquilla central, la cual estaba dotada de una articulación flexible que la hacía girar hasta trescientos sesenta grados.

Con más gracia de la que aplicaban a los incendios de viviendas o de graneros, la Séptima proyectó el chorro de agua directamente hacia la fiera. Ésta cayó de costado, derribada más por la sorpresa que por el chorro. Irritado, el animal empezó a resbalar, pero se recuperó y pugnó por agarrarse a las tejas con las zarpas bien abiertas. La Séptima siguió sus movimientos con el fino arco del chorro de agua.

—¡Yo me largo de aquí! —murmuró Famia. Gran parte de los presentes se acobardaron también y se dispersaron en diversas direcciones. Encima de nosotros, el temible leopardo intentaba avanzar por el caballete del tejado. Los vigiles dirigieron el chorro hacia allí para interceptar su avance. La fiera decidió escapar hacia abajo y descendió un par de pasos por las tejas, con cautela, por el

lado del tejado que daba a la calle en lugar de hacerlo por el que caía al recinto interior de la Saepta. La Séptima tardó unos segundos en ajustar el chorro a la nueva dirección; cuando por fin acertaron de nuevo en su lomo, el animal se decidió a saltar.

El resto de la gente que allí quedaba, se dispersó. Yo también debería haber escapado pero, en lugar de hacerlo, agarré un taburete abandonado en la calle por una florista, saqué el puñal de la bota y avancé hacia el lugar donde se disponía a saltar la fiera. Se proponía alcanzar la calleja que llevaba al Panteón de Agripa.

—¡Lárgate de aquí! —gritó el centurión, tomándome a mí como un héroe que podía dejarlo a él con las vergüenzas al aire.

—¡Cállate y haz algo útil! —le respondí yo en el mismo tono violento—. Distribuye a tus hombres. Forma una barrera. Cuando la fiera salte, intentaremos conducirla al interior de la Saepta. Si cerramos todas las puertas, al menos estará reducida; luego se puede llamar a un especialista...

El leopardo dio un salto. Yo estaba a diez pasos de él y los espectadores más próximos buscaron refugio entre gritos y carreras. Los vendedores callejeros salieron huyendo con sus tenderetes, los padres cogieron en brazos a sus hijos, los jóvenes treparon por las estatuas. La fiera miró a su alrededor y se hizo una idea de la situación.

—¡Que todo el mundo se quede quieto! —gritó el centurión, bañado en sudor—. Dejádnoslo a nosotros. Todo está controlado...

El animal decidió que aquel tipo le molestaba y se agazapó, pegado al suelo, y fijó en él sus ojos oscuros, amenazadores.

—¡Ah, por todos los dioses! —murmuró en voz baja uno de los vigiles—. ¡Se ha fijado en Piperita!

Uno de sus compañeros soltó una risita burlona y, con tono de voz nada colaborador, le aconsejó:

—¡Es mejor que se quede quieto, señor!

Noté una sonrisa involuntaria en mis labios: de nuevo, encontraba a un subordinado que, como todos, esperaba que su oficial saliera incólume de un apuro. Ahora, el centurión tenía sus propios problemas, de modo que me hice cargo de todo personalmente.

—Evite los movimientos bruscos, Piperita... Probablemente está más asustada que nosotros... —La mentira de siempre—. Famia —añadí sin alzar la voz—, da un rodeo por detrás y entra en la Saepta. Diles a todos que cierren las demás puertas y se encierren en sus palcos. Que un grupo de vigiles rodee el Panteón y se coloque al otro lado y allí forme una falange para conducir a esa fiera al interior...

La Séptima reaccionó al instante. Estaban tan poco acostumbrados a obedecer a un líder que nunca habían desarrollado una sana rebeldía contra él.

La silenciosa leopardo seguía observando al centurión como si éste fuera la presa más interesante que hubiera visto en varias semanas. Acertado o no, Piperita intentó alejarse de allí centímetro a centímetro sin que, al parecer, hubiese reacción del animal. Aquello despertó aún más los instintos cazadores de la fiera. De pronto pudimos ver cómo se ponía al acecho.

Un grupito de vigiles apareció por detrás de los Baños de Agripa, al otro lado del animal, que, en una muestra de sensatez, se protegían con esteras de esparto que, si bien no ofrecían una gran protección por sí mismas, producían la impresión de una barrera sólida en mitad de la calle que podía ayudarlos a conducir a la fiera hacia donde ellos quisieran. Lo mejor era llevarla hacia donde nos hallábamos nosotros, yo y los demás vigiles, pero tendríamos que afrontar el peligro. Dije a los hombres que se encontraban a mi lado que se quitaran el manto y lo usaran para formar una barrera parecida a la de las esteras. No eran muchos los que lo llevaban; incluso en pleno diciembre, lujos como un manto no formaban parte de su uniforme. Por otra parte, todos los vigiles iban desarmados. Un par de ellos, más nerviosos que el resto, se refugiaron detrás del carro de la bomba de agua. Con el taburete frente a mí, conduje a los demás hacia adelante, avanzando muy despacio.

Todo iba bien. Había sido una buena idea. El leopardo nos vio avanzar e hizo un amago de carrera hacia nuestro grupo, pero todos empezamos a pisar con fuerza y a hacer gestos desafortunados: el animal nos dio la espalda. Piperita escapó de nuestro grupo y se ocultó de la vista de la fiera. Ésta, sintiéndose acorralada, buscaba una vía de escape. Ahora teníamos dos filas de hombres que avanzaban hacia ella, cercándola con una especie de embudo junto al lateral del Panteón. El cerco le dejaba un buen espacio al otro lado, en una invitación al animal a retroceder hasta una de las grandes entradas laterales a la Saepa. Oí que Famia gritaba desde uno de los pisos altos; era la confirmación de que las demás puertas estaban ya cerradas. El plan empezaba a dar resultado.

Entonces se produjo el desastre. En el mismo instante en que la fiera se acercaba al umbral abierto, una voz familiar resonó en el interior:

—¡Marco!, ¿qué sucede ahí fuera, Marco? ¿A qué diablos estás jugando?

De pronto me encontré frente a una pesadilla que me resultó casi increíble: La silueta baja y rechoncha de mi padre apareció desafiante en la puerta de la Saepa, cara a cara con el felino, se quedó completamente inmóvil en el umbral. Sus rizos canosos, sus ojos castaños prominentes, su aire ceñudo de delincuente... Su presencia allí no tenía sentido. Famia debía de haberle dicho que se pusiera a cubierto, pero el muy estúpido, he de decirlo, había decidido salir a la puerta para ver a qué se debía la orden.

Seguramente, primero pensó en salir huyendo y después, en una reacción típica de mi padre, empezó a batir palmas enérgicamente, como si estuviera conduciendo reses.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Largo de aquí, gatito!

Brillante.

El leopardo le dedicó una mirada asesina, pero decidió que Gémino era demasiado alarmante como para ir tras él e intentó ganar la libertad lanzándose a todo correr contra la hilera de hombres indefensos que cerraban el otro lado del embudo.

Los vigiles se mantuvieron firmes, aterrorizados, hasta qué al final se apartaron precipitadamente. El gran felino escapó por el hueco libre; la musculatura del lomo del animal vibraba intensamente, las patas pisaban con firmeza y la cola alzada en el aire, paralela al suelo, le proporcionaba la típica silueta de los leopardos.

—¡Se larga!

Había escapado, sí, pero no podía haber ido muy lejos. En línea recta, se dirigía hacia lo que debía de parecerle un buen lugar para ocultarse: los Baños de Agripa.

—¡Vamos!

Emprendí la marcha en pos de la fiera e insté a los vigiles a que me siguieran. Cuando pasé junto a mi padre, lo fulminé con la mirada.

—¿No estarás pensando en matarme, verdad, muchacho? —fue su saludo. A la sazón, yo era un romano demasiado virtuoso como para decirle a mi padre que se tirara a una ciénaga sin planchas ni cuerdas. O, mejor, no tenía tiempo para expresarlo con suficiente rudeza—. Iré a buscar a Petronio —le oí decir cuando lo dejé atrás—. ¡Le gustan los gatos!

Aqué!, seguro que no le gustaba. En cualquier caso, el animal merodeaba por un territorio que era jurisdicción de la Séptima; no era asunto de Petro. Yo, en cambio, me había involucrado sin que nadie me hubiese llamado. Así pues, ¿quién era el estúpido?

Intentamos por todos los medios indicar a los ayudantes que cerraran las puertas cuando acabáramos de entrar nosotros. No sirvió de nada. Había demasiada gente que salía corriendo por la monumental entrada y los ayudantes decidieron, simplemente, huir con el resto. Todo el mundo chillaba de pánico. Cuando irrumpimos en el interior, el leopardo había desaparecido. El ruido se apagó tras el primer éxodo de hombres desnudos. Empezamos una batida por el lugar.

Yo inspeccioné el *apoditerio* y agité las ropas colgadas de las perchas para comprobar que el felino no se ocultaba entre las togas y los mantos. Los Baños de Agripa se habían planificado para impresionar; formaban junto con el Panteón un complejo de edificios espectaculares que reflejaban la gran actividad del emprendedor yerno de Augusto. Era su monumento visible una vez que se dio cuenta de que, a pesar de décadas de servicio, nunca conseguiría alcanzar el trono. Aquellos baños habían sido públicos y gratuitos desde la muerte de Agripa,

según una generosa cláusula de su testamento. Las termas eran elegantes, refinadas, cubiertas de losas de mármol y extraordinariamente funcionales. Cada vez que abríamos una puerta para pasar a la cámara siguiente, nos golpeaba un verdadero muro de aire cada vez más cálido y más cargado de vapor. Cada paso que dábamos se hacía más resbaladizo y peligroso.

El recinto, situado en pleno Campo de Marte, le quedaba lejos a la mayoría de los habituales pero, aun así, por lo general estaba bastante concurrido. La presencia del leopardo lo había dejado vacío. Los primeros en largarse fueron los descuidados y los vendedores de bocadillos. Las cuidadoras de la ropa, que además suministraban el equipo para el baño a los bañistas, gordas donde las haya, nos apartaban a empujones en su huida a lugar seguro. Un esclavo solitario se había acurrucado en la sala de ungüentos, incapaz de escapar de puro miedo. Por una vez, la espartana sala de calor seco y el tepidario lleno de vapor estaban fantasmagóricamente desiertos. Continué la marcha acompañado por alguno de los vigiles. Nuestras botas claveteadas se deslizaban pesadamente y arañaban las baldosas del suelo. Cuando atravesamos con no poco esfuerzo la pesada puerta — que se cerraba sola— que daba a las termas, la ropa se nos pegó al cuerpo al instante. Como no nos habíamos preparado con los procedimientos normales de calentamiento progresivo, el calor húmedo nos resultó sofocante. Los cabellos chorreaban. El corazón nos latía de forma nada natural. A través de las nubes de vapor, distinguimos formas desnudas y la piel sonrosada y brillante de algunos bañistas envueltos en sopor a quienes, al parecer, el caos del exterior apenas perturbaba; de hecho, parecían completamente ajenos a ello. Aquellos hombres no habían sido inspeccionados por ningún leopardo, últimamente.

—¡Imposible que viniera por este lado! —murmuré. La gran puerta de entrada le habría detenido. Estaba construida de modo que cedía fácilmente al contacto, pero la fiera la percibiría como un obstáculo insalvable.

Hicimos un alto con alivio. Varios bañistas curiosos intentaron seguirnos.

—Quedaos dentro. ¡Mantened cerrada la puerta!

Era uno de los vigiles. Lo que decía era razonable, pero perdía el tiempo con aquel consejo. Sudaba tanto que había perdido toda autoridad. Los bañistas querían saber qué sucedía. Teníamos que localizar al animal y sólo entonces podríamos organizar un cordón de seguridad adecuado en torno a la zona donde se hallara.

Aquellas termas no me resultaban familiares. Por todas partes se abrían pasillos que conducían a piscinas privadas, letrinas, cubículos, cuartos de los empleados... Me vino a la cabeza un pensamiento:

—¡Ah, por Júpiter! Tenemos que asegurarnos de que no se meta en el hipocausto.

Uno de los vigiles soltó un juramento. Bajo los suelos suspendidos de los baños estaban las cámaras de calentamiento, alimentadas por hornos enormes. El

hombre comprendió, como me había sucedido a mí, que avanzar a rastras entre los pilares de ladrillo de aquel cocedero subterráneo en busca del leopardo resultaría espantoso. No sólo el espacio era apenas suficiente para arrastrarse por él, sino que el calor allí era insoportable. También sería altamente peligroso respirar los vapores. Un ayudante entró por una puerta lateral con un puñado de toallas, lienzos finos tan pequeños que casi habría resultado difícil sonarse la nariz en ellos. Piperita asió por el brazo al ayudante, le hizo soltar de las manos el paquete de toallas y lo forzó a bajar, a empujones, una de las escaleras de acceso, custodiado por un vigil de buena planta.

—Mirad detrás de todas las columnas. Si veis que algo se mueve, gritad...

El hombre de guardia me dirigió una mueca mientras Piperita daba las órdenes; incluso él parecía algo desconsolado:

—Bueno, es un primer paso...

—Pronto se derrumbará —respondí, lacónico. Era una estupidez. Un gran felino que buscara refugio podía deslizarse a duras penas entre los pilares calientes bajo el suelo, pero para un hombre no era asunto para tomarlo a broma.

—Si lo hace, enviaré a otro a rescatarlo.

Sin más comentarios, retrocedí apresuradamente hacia la sala fría. Allí encontré a otro ayudante, a quien envié corriendo para que avisara al encargado de las calderas.

—¿Dónde puedo encontrar al gerente de los baños?

—Estará almorzando, probablemente.

Típica respuesta.

Por fortuna, los vigiles habían traído de algún puesto de comidas a uno de los subgerentes. El hombre venía dando cuenta de un bocadillo pero no tuvo inconveniente en abandonarlo, pues el queso parecía demasiado pasado. Lo convencimos para que organizara a su gente en una búsqueda metódica. Cada vez que comprobábamos una estancia, dejábamos en ella a un hombre para que nos advirtiese a gritos si la fiera aparecía por allí más tarde. Los esclavos empezaron a convencer al resto del público para que saliera de forma ordenada. Salieron a regañadientes.

El calor y el vapor resultaban asfixiantes. Completamente vestidos, éramos presa de la temperatura y estábamos perdiendo nuestra voluntad de continuar. Se sucedían los falsos rumores de avistamientos. Cuando el edificio se vació por fin, el eco de las carreras y los gritos de los vigiles hicieron aún más tensa la atmósfera. Me pasé el brazo por la frente para que no me goteara el sudor. Un vigil sobrado de peso emergía de un conducto del hipocausto, pero se había quedado atascado. Sus compañeros, entre bromas y risas le secaban el rostro con toallas mientras el hombre jadeaba entre juramentos y disparates.

—Alguien dijo que habían visto al animal aquí abajo. Me he metido a echar un vistazo, pero es inútil. El hueco sólo tiene un metro de altura y hay un bosque

de columnas. Si uno se encuentra a la fiera cara a cara, puede darse por muerto. —Con un último esfuerzo, consiguió escurrir el cuerpo por la boca de acceso—. ¡Puaj! ¡Ahí abajo hace calor y el aire apesta!

Fuera de combate por el momento, se quedó recostado cuan largo era contra la pared del pasadizo, donde se recuperó de los efectos de la humedad y de los vahos.

—Es mejor sellar la zona bajo el suelo —apunté—. Si la fiera está ahí abajo, una de dos: o se muere, o sale dentro de un rato por propia iniciativa. Podemos ocuparnos de esto cuando tengamos la certeza de que no está en ninguna otra parte.

Dejamos al hombre y el resto reemprendimos la búsqueda de mala gana. Pronto sacamos la conclusión de que habíamos buscado por todas partes. El animal quizás estaba ya fuera de los baños y causaba el pánico en algún otro lugar mientras nosotros perdíamos el tiempo allí. Los vigiles estaban dispuestos a darse por vencidos.

Yo también estaba agotado, pero decidí hacer una última inspección del edificio. Todos los demás habían salido ya. Cuando me vi solo, eché un vistazo a la sala de vapor caliente a través de una puerta abierta, calzada con una cuña. Gran parte del calor se había escapado ya de la estancia. Avancé hasta el gran cuenco de mármol de agua y me incliné sobre él para humedecerme el rostro y refrescarme. El agua estaba tibia y no me produjo ningún efecto. Cuando me incorporé, oí algo que me erizó todo el vello de la nuca.

El enorme establecimiento se hallaba en silencio prácticamente, pero había captado el ruido de unas zarpas contra el mármol muy cerca de mí.

XVIII

Me obligué a darme la vuelta muy despacio. El leopardo no dejaba de mirarme. Se había detenido en uno de los bancos de la pared y estaba sentado como un bañista en el cuarto de vapor, entre la puerta y yo.

—Sé buena chica...

La fiera emitió un gruñido. Resultó aterrador y muy claro. Yo nunca había tenido mucha suerte entre el género femenino.

Guardé silencio. No tenía salida. El puñal era la única arma de que disponía. Incluso mi manto se me había caído en el asiento de mármol, más allá del leopardo. El suelo estaba resbaladizo, con una gran mancha de aceite de baño derramado que contribuía a empeorar las cosas. El perfume era de flor de vid, el que más me desagradaba, pues me resulta más soso que festivo. Entre el aceite se veían desparramados también los fragmentos, afilados como agujas, de una pieza rota de alabastro.

Noté enseguida que algo iba mal. Y esperar lo peor hace que suceda. Ojalá el éxito fuera así de sencillo.

Me sentía exhausto debido a la humedad. Aquello no era para mí. Yo nunca había sido cazador. Con todo, sabía que nadie con experiencia y armado sólo con un puñal pequeño, intentaría enfrentarse a un leopardo grande y en buena forma.

El felino moteado se lamió los bigotes. Se le veía completamente relajado.

Unos ruidos me sorprendieron: por el pasillo exterior se oían unas voces y unas pisadas apresuradas que se acercaban. El leopardo sacudió las orejas y lanzó un gruñido amenazador. Noté la garganta demasiado seca como para pedir ayuda a gritos; de todos modos, no era buena idea. Muy despacio, me agazapé con la esperanza de que el animal hubiese aprendido a reconocer aquella postura amenazadora de los humanos. La suela de una bota patinó sobre el suelo aceitoso. El olor nauseabundo del *oenanthium* derramado me puso al borde de la asfixia. El leopardo al moverse también resbaló, yendo a quedar colgando del asiento una de sus grandes zarpas. Con gesto de dolor, volvió a colocarla con cuidado, al tiempo que emitía un grave y ronco rugido. En ese momento nos miramos, mutuamente, aunque yo intentaba fingir desinterés y que no le presentaba el menor desafío. La fiera seguía teniendo espacio suficiente para escapar. Podía saltar, dar media vuelta y marcharse. Al menos podía oír las voces que se

acercaban poco a poco. Los dos supimos con certeza que el animal iba a ser atrapado.

La cámara donde nos hallábamos era un lugar espacioso, de paredes altas y techo abovedado. Había espacio suficiente para que un grupo de augures procedente del templo de Minerva en la Saepa, tomara una sesión de vapor sin rozarse. Para un hombre solo allí encerrado con un gran felino carnívoro, resultaba un lugar angosto.

Las voces se oían ya en la misma puerta.

—¡Que no entre nadie! —grité. Pero los recién llegados entraron, pese a mi aviso.

El leopardo comprendió que en aquel momento unos humanos detrás de ella significaban un peligro. Yo debía de haberle parecido completamente inofensivo. Se incorporó y avanzó por el banco de mármol en mi dirección, pendiente del alboroto pero más aún concentrado en mí. Retrocedí hasta dar con el cuenco de piedra; después, empecé a protegerme tras la pila. El sólido y pesado objeto ornamental me llegaba por el hombro y quizá me ofreciera cierta protección. No llegué a averiguarlo. Fuese porque decidió saltar hacia la pila o porque me convertí en su objeto de deseo, la cosa es que se me echó encima de un salto. Lancé un grito y levanté el puñal, aunque no tenía la menor oportunidad.

Enseguida, al enredársele una de sus zarpas en una tapa de alcantarilla, una de aquellas pequeñas rejillas cuadradas con diseños en forma de flor que permitían que el vapor condensado se recogiera allí y se eliminara, el animal trató de equilibrarse, abriendo para ello las patas. Fuera con la reja o con un trozo del alabastro roto, el caso es que el animal se había lastimado. Con evidentes signos de irritación, se mordía una zarpa de la que manaba un reguero de sangre. Yo continué gritando y lanzando alaridos, en un vano intento de ahuyentarla.

Alguien se abrió paso entre el grupo de hombres congregado en el umbral de la entrada. Una silueta de algo negruzco revoloteó en el aire, se abrió paso brevemente como una vela y, de inmediato, se cerró en torno al leopardo. La fiera terminó enredada y agitándose entre babas y resoplidos, retenida en los pliegues de una red que alguien le había arrojado encima. No era suficiente. Una pata moteada quedó libre y lanzó desesperados zarpazos. El amasijo de piel y garras seguía intentando darme alcance.

Levanté el brazo tratando de protegerme el cuello, pero fui derribado al suelo. La masa poderosa, toda ella pelaje húmedo, dientes y colmillos, me derribó de costado, golpeándome contra la pared. Olía a animal carnívoro y jadeé. Debí de estrellarme con uno de los tubos de la caldera, pues al principio no me di cuenta, pero luego noté que me había hecho una rozadura en el brazo desnudo, desde la muñeca hasta el dobladillo de la manga.

Varias siluetas se abalanzaron contra el leopardo; eran figuras apresuradas que resbalaban sobre el piso húmedo. Una segunda red trazó un arco en el aire,

se abrió y cayó. Varios hombres inmovilizaron al animal con largas pértigas forradas de acero. Las órdenes se sucedían, seguidas de unos ruidos tranquilizadores dirigidos al animal. Más tarde unos hombres entraron en la estancia una jaula, que situaron rápidamente junto al enfurecido leopardo. La fiera seguía furiosa y aterrorizada, pero se daba cuenta de que aquellos humanos sabían lo que se hacían. Yo también lo advertí con alivio.

—¡Sal de ahí, Falco! —me ordenó la voz áspera de la mujer, alta y esbelta, que había arrojado la primera red, con la que, sin duda, me había salvado la vida. No era la suya una voz con la que se pudiera discutir. Ni ella una mujer a la que contradecir. Yo había tenido algún trato con ella, aunque tenía la impresión de que había pasado un siglo desde la última vez que la vi allá por tierras sirias. Se llamaba Talía—. Deja espacio para los expertos... —me gritó.

Luego me agarró por el brazo lesionado y lancé un grito involuntario de dolor. Me soltó pero volvió a cogerme con más fuerza y procurando tirar fuerte de la tónica. Dejé que me sacaran de la sala de vapor como un beodo al que expulsaran de una taberna a la que fuera especialmente aficionado. Luego, me quedé apoyado en la pared del pasillo, sudando y con el brazo derecho separado del cuerpo para ahorrarme rozaduras. Me daba la impresión de que nunca más volvería a respirar con normalidad.

Mi rescatadora se volvió para comprobar que el leopardo quedaba encerrado como era debido.

—Ya está dentro. Podrías haber esperado un poco, querido. ¡Desde luego, eres un tipo impetuoso que quiere hacerlo todo a su manera!

La insinuación tenía un tono seductor. Parecía mejor aceptar la crítica, fuera como tópico o como alusión sexual. Talía siempre me hacía comentarios atrevidos, pero yo fingía no oírlos. Me dije que estaba a salvo gracias a su amistad con Helena. Si le hubiese dado por empezar a sobarme, no habría estado en condiciones de resistirme.

Conocía a Talía desde hacía bastantes años. Se suponía que éramos amigos y la trataba con nervioso respeto. Trabajaba en el circo; por lo general, en un número con serpientes. Era una mujer a la que cabía comparar con una estatua... pero no precisamente con una escultura de una ninfa delicada de tierna sonrisa y aires virginales. Para colmo, tenía un carácter a juego con su presencia física. Me parece que me caía bien.

Como de costumbre, Talía lucía una mínima indumentaria teatral diseñada ex profeso para ofender a los puritanos. Para aumentar el efecto provocador llevaba unas botas de plataforma que la hacían tambalearse y unos brazaletes como cadenas del ancla de un barco. Se recogía el abundoso cabello en un tocado altísimo que debía de llevar varias semanas sin deshacerlo. Os juro que vi por un instante una alondra disecada entre la masa de peinetas y de alfileres de cabeza.

Talía tiró de mi arrastrándome hasta el *frigidarium*, me obligó a arrodillarme

junto a la piscina y metió mi brazo herido en el agua, hasta el hombro, con lo que apagó parte del ardor que sentía.

—Quédate quieto.

—Supongo que eso les dices a todos los hombres a los que pones la mano encima...

Era un pensamiento insinuante. Talía lo sabía.

—Sigue mi consejo o mañana tendrás fiebre y te quedará una marca de por vida. Te daré un unguento, Falco.

—Prefiero que me des conversación.

—Te daré lo que te conviene.

—Lo que tú digas, princesa.

Por fin, consintió que me levantara. Mientras me conducía amistosamente por las termas, encontramos a un hombre que llevaba en las manos un látigo y un taburete de patas cortas.

—¡Oh, mira! —exclamó Talía en tono sarcástico—. ¡Aquí tenemos a un muchachito que quiere ser domador de leones, cuando sea mayor!

El individuo puso cara de desconcierto.

Talía acababa de burlarse de un hombre alto, corpulento, de atezada piel, de nariz rota y rizados cabellos, en fin, la constitución física de un luchador, aunque sorprendentemente bien vestido. Llevaba una túnica con ricos galones unos azules y otros dorados, se cubría con un manto de lana fina con adornos celtas de plata y se ceñía con un cinturón caro con hebilla digna del propio Aquiles para llevar en alguna de sus fiestas. Lo seguían por el pasadizo un grupo de hombres, sus esclavos sin duda, algunos cargados con cuerdas y largas estacas ganchudas.

—Lo he capturado para ti —insistió Talía por encima del hombro cuando nuestros pasos se cruzaron. Al parecer, aquél era el dueño de la fiera—. Cuando la tengas a buen recaudo, ven a verme y hablaremos de cuánto te costará el rescate.

El hombre le dirigió una débil sonrisa e intentó convencerse de que Talía no hablaba en serio. A mí me parecía que sí. Y a él también.

Talía continuó caminando y yo la seguía, cojeando.

—¿Quién era?

—Un idiota llamado Saturnino.

—¡Saturnino! ¿Lo conoces, Talía?

—Estamos en el mismo negocio, digamos.

—Vaya, qué suerte —comenté. Puso cara de sorpresa. Después tuve que prometer que le dejaría embadurnarme el brazo con el unguento si me contaba lo que sabía de los hombres que importaban fieras para la *venatio*.

—¿Sobre Saturnino, en concreto?

—Sobre Saturnino y sobre Calíopo, claro.

—¿Calíopo? —Talía entornó los ojos. Probablemente había oído que éste era

objeto de una auditoría para el censo—. ¡Oh, no me jodas Falco! ¡No me digas que tú eres el gilipollas que se dedica a inspeccionar la vida de los demás! Supongo que yo seré la siguiente, ¿no?

—Talía, te prometo que estás totalmente a salvo, no importa qué mentiras hayas decidido contar a los censores. Nunca me atrevería a investigar tus finanzas... y mucho menos tu vida.

XIX

Talía solía rondar por las afueras de la ciudad, cerca del Circo de Nerón. Cuando la conocí era una bailarina exótica del montón. Ahora se había convertido en representante de bailarinas de banquetes furtivos, de encantadores borricos capaces de realizar grandes demostraciones de memoria, de músicos sumamente caros, de echadoras de la buenaventura que habían nacido con pico de águila y de enanos que sostenían sobre la cabeza una pila de diez ánforas en vertical. Su actuación personal tenía como punto fuerte un contacto cercano con una pitón, una combinación eléctrica con la clase de número pornográfico que normalmente no se ve fuera de los peores burdeles soñados por villanos de la alta sociedad.

Se había hecho con el negocio de un empresario, del que hablaba con desprecio, como de la mayoría de los hombres, y pese a haber tenido un encuentro fatal con una pantera (de lo cual ella parecía aún bastante satisfecha), el negocio bajo la nueva y férrea dirección de Talía parecía ir viento en popa, aunque ella vivía en una tienda hecha jirones. Ah, eso sí, en el interior había cojines de seda y trabajos de metalistería orientales, luchando por hacerse sitio con viejas cestas desvencijadas, de las cuales alguna acogería probablemente, como yo bien sabía, más de una serpiente de poco fiar.

—Aquí tienes a Jasón. Salúdalo, Falco. —Jasón no andaba nunca metido en una cesta, no era su pareja de baile, lo tenía como un animal de compañía más pequeño. Se trataba de una pitón en rápido crecimiento de la cual Talía intentaba convencerme de que era un animal tierno al que le gustaba mucho mi compañía. Talía sabía que el bicho me despreciaba y que a mí estos bichos me producen un pavor letal. Con eso sólo conseguía que el animal redoblase sus intentos por acercarnos; típico de una organizadora de combates—. Ahora mismo lo está pasando mal y se siente deprimido. Estás cambiando de piel ¿verdad, querido?

—Será mejor que lo dejes tranquilo —repliqué, y me sentí débil por decirlo—. ¿Cuánto hace que has vuelto a Roma, Talía?

—Estoy aquí desde el verano. —Me ofreció un vaso de agua y esperó a que la bebiera. Sabía ser un buen paciente si la enfermera me obligaba a ello—. Pregunté por ti. Tú y Helena estabais en Hispania. ¿Más espionaje de inocentes comerciantes?

—Viaje familiar. —Nunca me ha gustado hacer alarde de los trabajos que

realizo para el emperador. Apuré el vaso. Cuando lo dejé sobre una bandeja de marfil, Jasón se arrastraba hasta ella y lamía los restos—. ¿Qué tal van las cosas, Talía? ¿Davos sigue contigo?

—Sí, está ahí, en alguna parte.

Davos era un actor al que Talía había sacado de su vida apacible en la que representaba dioses ya apolillados de la vieja escena y le había convencido para que revitalizase su número circense unido a ella. Probablemente tenían relaciones personales, aunque evité preguntárselo. Davos era un hombre reservado y eso me merecía respeto. Talía, en cambio, podía hacerme sacar los colores con detalles procaces y comparaciones forzadas.

La vi ocupada en revolver un baúl de madera tallada, del cual extrajo una bolsita de cuero en la que guardaba medicamentos. En cierta ocasión le salvó la vida a Helena con un exquisito brebaje parto, denominado *Mithridatios antidotus*. Nuestras miradas se encontraron y los dos recordamos. Yo le debía mucho, no era preciso mencionarlo. Talía no sería auditada por Falco y Socio bajo ninguna circunstancia y, si alguien la molestaba, se las tendría que ver conmigo.

—¿Llegaste a devolver a casa a la chica del órgano de agua y a su novio?

—Oculté al muchacho de ojos de gamo. —Talía encontró lo que buscaba y me aplicó en el brazo en que había sufrido la erosión una buena dosis de un ungüento cerúleo, de olor penetrante.

—Estaba seguro de que lo harías... ¡Ay!

—Sofrona está aquí. Toca de maravilla y tiene buen aspecto. Es una joya para el negocio, pero también es un poco tonta, algo apocada, que sueña con hombres que no le convienen en lugar de pensar en su carrera.

—Me debes un porcentaje como descubridor. —Era broma.

—Entonces será mejor que me mandes una factura. —Aquello era aún más frívolo.

—¿Y sigues importando animales exóticos?

Talía no respondió. Se limitó a mirarme. Si consideraba que la pregunta era oficial, nuestra amistad quedaría rota allí mismo. Sólo tendría importancia, en realidad, lo que conviniese para el negocio. Había llevado una vida demasiado dura, sin respiro para bajar la guardia; nunca se volvería blanda.

—Talía, no tengo cuentas contigo. Me aseguraré de que el censo no se interesa por tu empresa si me cuentas algo de los hombres que tengo en la lista de gente a investigar.

Ella asintió al instante:

—Date prisa. —Se relajó, tapó el bote de pomada y se limpió los dedos en los escasos centímetros de su falda adornada con borlas—. No querrás que se presente Saturnino mientras lo estamos poniendo verde.

—¿Vendrá? No parecía muy contento cuando le hablaste de una tarifa por el rescate.

—Vendrá, seguro. Sabe lo que le conviene. ¿Qué tal la herida?

Moví el brazo y le dije:

—Se va calmando, gracias.

Saturnino ya me había visto con Talía pero, si podía marcharme antes de que apareciera, quizá ni se acordara. Aún no había decidido qué hacer para pillarlo y prefería que Saturnino ignorase que tenía amigos en el circo.

Unas cuantas preguntas bastaron para cerciorarme de lo que pensaba, aunque los contactos comerciales de Talía estaban sobre todo en el este. Aquello me permitió excluirla de mi exposición sobre temas geográficos.

—No te preocupes. Falco y Socio son unos héroes con el ábaco, pero no podemos hacerlo todo. Estamos trabajando en la Tripolitania...

—Bien. ¡Tú machaca a esos cerdos a ver si me dejan un poco de sitio!

—¿Rivalidades? Pensaba que tu campo eran las actuaciones especiales, y no la *venatio*...

—¿Por qué he de quedarme atrás en época de vacas gordas?

Así que allí tenía a otra empresaria que veía la apertura del nuevo Anfiteatro Flavio como una cita con el destino. Bien, yo prefería que Talía, más que cualquier otro, hiciese fortuna de aquel modo. Era una mujer con corazón y un personaje inquieto. Ofreciera lo que ofreciese a la gente, siempre sería de buena calidad.

Le dirigí una sonrisa.

—Supongo que tú no andas metida en esos negocios raros que tanto irritan a algunos empresarios, ¿verdad? —Talía me dedicó otra mirada guasona, con los ojos desorbitados. Si se lo tomaba a broma, no lo dijo. No esperaba que lo hiciera. De hecho, prefería no saberlo—. Aun así, ¿sabes si existe algún problema serio entre los lanistas?

—Muchos. Fíjate en lo sucedido hoy, Falco.

—¿Hoy?

—Sí, juraría que hace un rato te encontré mientras entretenías a un leopardo en los Baños de Agripa, Marco Didio. ¿Haces cosas así todos los días?

—Imaginé que la fiera acababa de escapar.

—Tal vez lo hizo. —Talía hizo una mueca—. Quizá la ayudaron. No habrá modo de demostrar nada, pero vi a un buen puñado de bestiaros de Calíopo junto al Pórtico de Octavia; allí, apoyados en las estatuas, se desternillaban de risa mientras Saturnino daba vueltas en busca del animal perdido.

—¿Bestiarios? ¿No estaban entrenándose? ¿Cómo pudieron enterarse de que había un alboroto aquí? El establecimiento de Calíopo esta bastante lejos del Trastévere...

—Me pareció raro —Talía se encogió de hombros—, lo cual no significa que me sorprendiera. Lo malo es que Saturnino también los vio. Si cree que Calíopo ha soltado al leopardo para crearle problemas, seguro que hace algo para

devolverle la jugada.

—¿Una guerra de trucos sucios? ¿Hace mucho que dura eso?

—Nunca había sido nada serio...

—Pero se han creado resentimientos, ¿no? ¿Quieres hablarme de ello?

—Compiteen por los mismos contratos —comentó Talía sin darle importancia—. Tanto si se trata de combates entre gladiadores como de representaciones de cacerías. Y claro, no se puede esperar de ellos que sean civilizados. En cierta ocasión oí contar que proceden de poblaciones rivales con conflictos seculares.

—¿En la Tripolitania?

—Donde sea.

—Callopo es de Oea. ¿Y Saturnino?

—¿Existe una ciudad llamada Leptis?

—Creo que sí.

—Bien, ya sabes cómo son esas ciudades pequeñas de provincias, Falco. Cualquier excusa es buena para una pelea anual con un par de muertos si puede ser. Eso les da motivo a todos para continuar la disputa. Y si pueden relacionarla con alguna festividad religiosa, pueden añadir a la pelea el componente sagrado y hacer responsables a los dioses...

—¿Hablas en serio?

—Es lo que suele suceder.

Le pregunté si sabía algo de la época en que, según los registros que había consultado, Callopo y Saturnino habían formado sociedad durante un breve período.

—Sí, intentaban formar una sociedad y exprimir a los demás tripolitanos. Aquello no llegó a funcionar, porque el otro actor principal era Anóbalo, un pez demasiado gordo como para poder con él. —Talía opinaba como yo: asociarse dos hombres como ellos en un negocio era condenarse a terminar en pelea—. Tú deberías saber a qué me refiero, Falco. He oído que has estado metido en un desastroso juego de soldados con ese compinche tuyo...

Intenté tomarme a broma el comentario.

—Petro sólo pasaba una mala racha en su vida personal...

—Y los dos os entusiasmaстеis con la idea de que os encantaría trabajar juntos. Supongo que comprobar que aquello desembocaba en un rotundo fracaso os cogió por sorpresa, ¿no?

—Casi.

Talía soltó una carcajada.

—Reflexiona, Falco. Así han muerto más amistades que idiotas he tenido en mi cama. Tienes suerte de que Petronio no sedujera a tus mejores clientes y se apropiase de todos tus fondos. ¡Habrías tenido más posibilidades de éxito si hubieras trabajado con un enemigo declarado!

—Es lo que intento ahora... —confesé, deslizado una sonrisa resuelta y

valiente.

Talía se tranquilizó:

—Nunca sabes cuándo es momento de darte por vencido.

—La insistencia es parte de mi encanto.

—Eso quizá se lo parezca a Helena.

—Helena me considera maravilloso.

—¡Por el Olimpo! ¿Cómo lo consigues? No puede ir detrás de tu dinero, desde luego. Debes de ser un auténtico artista... en alguna cosa, ¿verdad, Jasón?

Adopté un aire de severidad y decidí marcharme. Por desgracia, eso significaba pasar por encima de la pitón. A Jasón le gustaba enroscarse en la entrada misma de la tienda, donde podía inspeccionar las faldas de las túnicas de la gente. Ni siquiera fingía dormir. Me miraba directamente, retándome a acercarme.

—Helena Justina es una buena jueza; y o, un poeta sensible y un padre tierno, que además sabe cocinar un alón de pollo pasablemente.

—¡Ah, eso lo explica todo! —concluyó Talía con una sonrisa tonta.

Di una zancada, nervioso. A horcajadas sobre Jasón, recordé algo.

—Esa disputa entre Saturnino y Calíopo... ya se ha calentado bastante ¿no te parece? Porque Calíopo tenía un león...

—Uno nuevo, libio; un animal grande al que llamaban Draco —asintió Talía, impertérrita—. Yo también iba tras él, pero Calíopo me lo birló: viajó a Puteoli y se lo quedó tan pronto como lo desembarcaron. He oído que también es dueño de otro, entrenado para matar.

—Lo era. Leónidas. Saturnino se lo había vendido con engaños.

—¡Vaya caradura!

—Peor aún. Leónidas acaba de aparecer muerto en circunstancias muy sospechosas.

—¡Por Júpiter! —La muerte del león despertó los sentimientos más íntimos de Talía. Otros animales salvajes eran conducidos a Roma sólo para ser cazados en el circo, pero Leónidas había trabajado en la arena y ella lo tenía en la misma consideración que sus propios animales y que sus reptiles: lo consideraba un profesional—. Eso es terrible. ¿Quién haría algo así? ¿Y por qué, Falco?

—Supongo que tenía enemigos, aunque todo el mundo afirma que era el león más encantador que uno pueda encontrar. Al parecer, era un benefactor, incluso, de los condenados, a los que despedazaba y devoraba en menos que canta un gallo. Trabajo sobre las teorías habituales para un caso de asesinato: que el difunto se pasaba el día durmiendo, que había acumulado grandes deudas, que provocaba peleas cuando estaba bebido, que tenía un esclavo que se quejaba de su trato, que era desagradable y brusco con su madre, o que se le había oído maldecir al emperador. El autor del hecho siempre resulta ser alguien así...

Finalmente, reuní el valor necesario para terminar de pasar sobre la pitón.

—En cualquier caso —dijo Talía—, Caliope y ese jodido Saturnino pueden hacer todo el ruido que quieran, pero no son los únicos que intentan conseguir los contratos de los animales salvajes.

—Has mencionado a otro gran suministrador. ¿También es de la Tripolitania?

—Sí, Anóbalo. Está convencido de que barrerá en las adjudicaciones.

—¿Algún nombre más?

—¡Oh, Falco, vamos! ¡No me digas que no tienes ya una buena lista en un buen documento oficial!

—Puedo hacer mi propia lista. Cuéntame de ese otro magnate tripolitano, ese Anóbalo.

—No te pierdes gran cosa, Falco.

—Tenemos a uno de Oea, a otro de Leptis... y supongo que tenía que haber un tercer hombre de otra ciudad.

—Exacto. —Talía asintió sin darle más importancia al comentario, como si considerase que nada relacionado con el sexo del varón era nunca limpio.

—Sabrata, ¿no es eso? Un tipo muy púnico, me han dicho.

—Pues quien te lo haya dicho debe retirar sus palabras.

La opinión de Talía también me interesaba. Yo era romano. Como decía el poeta, mi misión era llevar aspiraciones civilizadoras al mundo bárbaro. Frente a una resistencia tenaz, yo creía que los romanos debían dar un golpe rápido, establecer impuestos, absorber a la población, ganársela, y prohibir los sacrificios humanos, vestirla con togas y disuadirla de insultar abiertamente a Roma. Hecho esto, se ponía al frente a un gobernador y se dejaba que los indígenas se acostumbraran a la situación.

Habíamos vencido a Anibal, ¿verdad? Habíamos arrasado la ciudad de Cartago y habíamos sembrado de sal sus campos. No teníamos que demostrar nada. Aquello explicaba que se me erizara el vello del cogote ante la mera mención de cualquier cosa relacionada con los cartagineses.

—Ese hombre, ese Sabrata o como se llame, ¿es púnico, Talía?

—No tengo idea. ¿A quién vas a cargarle el asunto del pobre león?

—Según mis fuentes, a un tal Rúmex.

Talía movió la cabeza con gesto compungido.

—Ese tipo es un idiota. Caliope lo arreglará bien.

—Caliope intenta tapan el asunto.

—Que no salga de la familia...

—Incluso dice no haber conocido nunca a Rúmex.

—Miente.

Talía debió darse cuenta, finalmente, de que yo no tenía idea de quién era ese tal Rúmex y de que esperaba que ella pudiera proporcionarme alguna información al respecto. Me mostró abochornado y ella lanzó otra risotada burlona, pero luego, mientras yo me agitaba apurado, Talía me contó quién era el

gran Rómex.

Yo debía de ser el único hombre en Roma que no había oído hablar de él.
Bueno, yo y Anácrates, lo cual no hace sino empeorar las cosas.

XX

Cuando uno se fijaba, reconocía las pruebas en cualquier pared de la ciudad:

SIEMPRE APOSTAMOS POR RÚMEX: LOS CURTIDORES DE LA CALLE

PROCIÓN

RÚMEX, NUESTRO HÉROE: GALA Y HERMIONE

RÚMEX, APOLONIA TE ESPERA CUANDO TU QUIERAS

RÚMEX ES FABULOSO

RÚMEX ES HÉRCULES

RÚMEX ES MÁS FUERTE QUE HÉRCULES Y SU [Dibujo explicativo]

TAMBIÉN ES MÁS GRANDE

Incluso distinguí en una columna de un templo, en letras bastante pequeñas, casi tímidas, una queja apasionada:

¡RÚMEX APESTA!

Ahora sabía muy bien de quién se trataba. El hombre al que había acusado de dar muerte a Leónidas era el gladiador más glorificado de los Juegos de aquel año. Era un luchador samnita, uno de esos que, normalmente, no gozan de gran popularidad. Pero Rúmex era un auténtico favorito. Debía de llevar años en el circo y probablemente era un tipo despreciable, pero a aquellas alturas había alcanzado una fama a la que sólo llegaban unos cuantos. Si era cierta la mitad de lo que contaba su fama, era hombre con el que resultaba preferible no meterse en líos.

Había pintadas referidas a él en tahonas y termas, y un poema clavado en un busto de madera en un cruce de calles. Frente a la escuela de gladiadores de Saturnino, un grupo de jóvenes admiradoras, reducido pero obviamente permanente, esperaba la oportunidad de expresar con chillidos su admiración por Rúmex si éste aparecía. Un esclavo salió del edificio con una bolsa y, para mantener la voz en buen estado, las admiradoras le gritaron a él también. El hombre, acostumbrado a sus vitores, se acercó a las jóvenes y probó suerte deteniéndose a charlar con ellas. Las chicas estaban tan locas por Rúmex que, en su ausencia, eran presa fácil para cualquier atrevido.

Dentro del establecimiento acechaba un portero, dedicado a reunir su pensión de jubilado a base de sobornos por introducir regalos para Rúmex: cartas, flores,

anillos de sello, dulces griegos, direcciones y prendas íntimas femeninas. Aquello estaba mal. Para cualquier varón civilizado, resultaba decididamente perturbador. Para que no existieran dudas de que unas mujeres que tenían que ser más juiciosas estaban echándose en brazos de aquel tipejo hiperdesarrollado, dos damas refinadas y elegantes se acercaban a la verja de la entrada en el momento en que yo llegaba. Acababan de apearse de una silla de mano compartida, donde habían mostrado con descaro atisbos de piel desnuda por las aberturas laterales de sus recatados vestidos. Tenían el cabello rizado y lucían sin recato un montón de joyas que proclamaban su pertenencia a buenas familias, de hogares supuestamente respetables. Pero no había duda de la razón que las llevó allí aquel día después de soltar una propina al portero para que las dejara entrar. Con una maldición, reconocí a las dos visitantes.

Iba a perderlas a las dos a menos que hiciera algo por evitarlo. Corrí hacia el establecimiento con cara de pocos amigos. Las dos mujeres se mostraron sorprendidas. Aquel par de descaradas que merodeaban a la espera de un aparente encuentro fortuito eran Helena Justina, mi compañera supuestamente casta, y mi irresponsable hermana pequeña, Maya. Esta murmuró algo que entendí, por el movimiento de sus labios, como una obscenidad.

—¡Ah, Marco! —exclamó Helena sin el menor pestañeo. Advertí que los párpados le brillaban por el exceso de pasta de antimonio—. Por fin nos has alcanzado. Llévame la cesta, cariño.

Y diciendo esto, me puso la canasta en la mano.

Enseguida me di cuenta de que estaban fingiendo, de que me hacían pasar por un esclavo doméstico. No estaba dispuesto a tolerarlo.

—Querría hablar un momento con vosotras...

—«¡Querría hablar con vosotras...!» —masculló Maya con auténtica cólera—. Me he enterado de que le has hecho beber a mi marido... ¡Si vuelve a suceder, mandaré que te azoten!

—Íbamos a entrar aquí —anunció Helena con el perentorio desdén de clase alta que una vez me había llevado a enamorarme de ella—. Deseamos ver a cierta persona. Tú puedes acompañarnos, o esperarnos aquí fuera.

Al parecer, la propina que habían dado era cuantiosa. El portero no sólo les franqueó la entrada, sino que hizo tal reverencia que estuvo a punto de restregar las narices por el suelo. Luego, les indicó dónde debían dirigirse. Las dos mujeres pasaron ante mí sin hacer caso a mis miradas furiosas. Tan pronto como su presencia fue detectada por la chusma del interior del establecimiento, se escucharon unos silbidos procaces. Me tragué, pues, la indignación y corrí tras ellas.

Las instalaciones de Saturnino se elevaban a la categoría de excelentes si las comparamos con las miserables chozas del local de Calíopo. Pasamos ante una forja situada junto a una armería y luego dejamos atrás toda un ala de oficinas.

Los tabiques de madera eran consistentes, las contraventanas estaban pintadas y los pasillos, limpios y barridos. Todos los esclavos que rondaban por el lugar llevaban uniforme. Uno de los grandes patios sólo era para admirar: una arena dorada perfectamente extendida y limpia, con frías estatuas blancas de hoplitas griegos desnudos situadas ostentosamente entre bien regadas macetas de piedra de plantas decorativas verde oscuro. Había suficientes obras de arte al aire libre como para adornar el pórtico de un edificio público. Los macizos de boj estaban recortados en forma de pavos reales y obeliscos.

Más allá estaba la palestra, grande y bien cuidada. La paz del primer patio daba paso a un bullicio sumamente organizado. Se oían allí más voces de preparadores que en el establecimiento de Calipo, más golpes y empujones contra sacos de entrenamiento, más pesas y más espadas de madera que se abatían sobre los maniqués. En un rincón se alzaba el tejado en arco distintivo de unos baños privados.

Mis dos familiares se detuvieron, pero no fue, como yo esperaba, para disculparse, sino para exhibir todavía más sus escotes. Mientras se colgaban la estola sobre los hombros con un contoneo insinuante y echaban hacia atrás el velo que debía cubrir su rostro, hice un último intento por razonar con ellas.

—Estoy horrorizado. Esto es escandaloso.

—Calla —dijo Maya.

Me volví a Helena.

—¿Y puedo preguntar dónde está nuestra hija, mientras tú te pones en evidencia en una escuela de asesinos?

—Cayo cuida de Julia en mi casa —intervino Maya.

Helena condescendió en dar rápidas explicaciones:

—Tu madre nos ha contado lo de la nota que ha recibido Anácritis. Estamos aquí por propia iniciativa. Ahora, por favor, no te interfieras en nuestro asunto.

—¿Y para eso vienes a visitar a un maldito gladiador? ¿A plena luz del día, a la vista de todos? ¿Habéis venido las dos sin una acompañante, sin una dama de compañía... y sin decírmelo antes?

—Sólo tenemos intención de hablar con ese hombre —dijo Helena, con tono tranquilizador.

—¿Y para eso necesitáis cuatro brazaletes cada una y los collares de las Saturnales? Ese hombre sin duda ha matado al león.

—¡Oh, magnífico! —dijo Maya con pose afectada—. Pues a nosotras no querrá matarnos. Sólo somos dos admiradoras que quieren desmayarse en sus brazos y palpar la longitud de su espada...

—Eres odiosa.

—Ese es el efecto que nos proponíamos —me aseguró Helena con toda la calma.

Me di cuenta de que estaban divirtiéndose de lo lindo. Debían de haber

dedicado horas enteras a planificarlo. Habían rebuscado en sus joyeros en busca de piezas que llamaran la atención; después, se lo habían puesto todo. Vestidas como chicas fáciles con demasiado dinero, se habían lanzado al asunto. Empecé a sentir verdadero pánico. Aparte del peligro que pudieran correr en aquella situación ridícula, tenía la terrible sensación de que mi sensible hermana y mi escrupulosa prometida podían convertirse rápidamente en unas busconas si tenían ocasión y dinero para ello. Pensándolo bien, Helena tenía su propio dinero. Maya, casada con un bebedor empedernido que nunca se molestaba en saber cómo se las arreglaba, podía perfectamente decidirse a aprovechar la oportunidad.

Rúmex era atendido por cuatro esclavos aburridos de la vida. Como él también era un esclavo, no podía considerarse amo de sus servidores, pero Saturnino se había asegurado de que su luchador estrella fuese mimado por un generoso equipo de sirvientes. Quizá pagaban todo aquello algunas admiradoras femeninas.

—Está descansando. Nadie puede verlo.

El sirviente no añadió de qué descansaba. Imaginé varias posibilidades poco agradables.

—Sólo queríamos decirle cuánto lo adoramos. —Maya dirigió una sonrisa radiante a los esclavos. El portavoz de Rúmex la miró de arriba abajo. Maya siempre había sido atractiva. Pese a sus cuatro hijos, conservaba todavía su belleza. Sus rizos negros y apretados enmarcaban delicadamente su rostro redondo y tenía unos ojos inteligentes, alegres y aventureros.

No presionó a los esclavos. Sabía conseguir lo que quería y esto era casi siempre un poco diferente. Mi hermana menor, a veces, era incapaz de seguir las normas. Todavía tenía esperanzas. No le gustaba el compromiso. Maya me preocupaba.

—Dejad lo que hayáis traído. Me ocuparé de que lo reciba.

Era una respuesta inaceptable.

Helena se ajustó al cuello la gargantilla de oro; se hacía la nerviosa, como si temiera que su nombre apareciese en la columna de escándalos de la Gaceta Diaria.

—¡Así no sabrá quién se lo envía!

«Ni le importará saberlo», pensé para mí.

—Yo se lo diré. —El tipo había despedido a muchas mujeres antes que a ellas.

Helena Justina le sonrió. Era una sonrisa que quería decir que ellas no eran como las otras. Si el hombre decidía crearla, el mensaje podía resultar peligroso. Y no sólo para Helena y para Maya. Yo también estaba a punto de sufrir un riesgo innecesario.

—Está bien —aseguró Helena al hombre, con toda la confianza de una hija

de senador que no se proponía nada bueno. Su acento refinado anunciaba que Rúmex había encontrado una admiradora distinguida—. No esperábamos un trato especial. Debe de haber montones de gente desesperada por conocerlo. Es tan famoso... Sería un gran privilegio. —Me di cuenta de que los sirvientes la tomaban realmente por inocente. Y yo me preguntaba cómo me había podido atar a una novia que era mucho menos inocente, en realidad, que las toscas acróbatas de la cuerda floja que había rondado al principio—. Debe de ser un trabajo difícil, el tuyo —se compadeció—. Tratar con tantas personas que no tienen ninguna consideración con su intimidad. ¿Se ponen histéricas?

—¡Hay tantas anécdotas! —El sirviente que hacía de portavoz de Rúmex se permitió meter baza en una pequeña charla.

—La gente se arroja sobre él... —Maya soltó una risita despectiva, con aire de complicidad—. Lo detesto. Es repulsivo, ¿no te parece?

—No está mal, si te sucede a ti —se rió uno de los esclavos.

—Pero hay que mantener un sentido del decoro. Mi amiga y yo... —Ella y Helena cruzaron las miradas con la expresión arrebatada de seguidoras acérrimas que hablaran de su héroe—: Seguimos todos sus combates. Conocemos todo su historial. —Lo enumeró—: Diecisiete victorias, tres nulos; dos veces perdedor, pero el público le salvó la yugular y lo hizo volver a la arena. El encuentro con el tracio de la primavera pasada nos tuvo con el corazón en un puño. Ahí le robaron el combate...

—¡El árbitro! —Helena se inclinó hacia delante y agitó el índice con gesto irritado. Al parecer, se trataba de una antigua pendencia.

—Rúmex resbaló. —Yo estaba impresionado ante la investigación que habían realizado—. Estaba ganando sin discusión alguna, pero lo traicionó la bota. Había conseguido tres puntos, entre ellos ése tan espectacular, cuando hizo la rueda y cogió a su rival por debajo de los brazos. ¡Deberían haberle concedido el combate!

—Sí, pero los accidentes no cuentan —intervino uno de los esclavos.

—El viejo emperador Claudio, ese bastardo, hacía que les rebanaran la garganta si resbalaban por accidente —apuntó otro.

—Eso se hace para evitar que se amañen los combates —apuntó Helena.

—Imposible. La gente se daría cuenta.

—El público sólo ve lo que quiere ver —comentó Maya, cuyo interés apasionado parecía auténtico. Dio la impresión de que durante las tres horas siguientes se discutiría hasta el último detalle la derrota de Rúmex frente al tracio. Aquello era peor que escuchar una discusión entre dos barqueros medio borrachos una noche de paga.

Mi hermana calló y dirigió una sonrisa radiante a los sirvientes, como si estuviera complacida de haber compartido con ellos sus conocimientos y su experiencia.

—¿No puedes dejarnos entrar sólo unos momentos?

—En condiciones normales..., —expuso el portavoz, midiendo sus palabras— en condiciones normales no habría problema, chicas.

¿Y qué tenía de especial aquel momento?

—Tenemos dinero... —planteó Helena sin más rodeos—. Queremos hacerle un regalo, pero hemos pensado que sería mejor si lo viéramos y le preguntáramos qué desea realmente.

El hombre movió la cabeza.

Helena se llevó la mano a la boca.

—No estará enfermo, ¿verdad?

Excesos, pensé. Me pareció mejor no preguntarme demasiado en qué.

—¿Se ha lesionado en los entrenamientos? —exclamó Maya con auténtica zozobra.

—Está descansando —dijo el portavoz por segunda vez.

Me di a especulaciones. Todo el mundo sabía cómo eran los gladiadores de renombre. Imaginé la escena que se desarrollaría en el interior. Un matón sin educación, rodeado de un lujo indecente, dedicado a devorar cochinitillo asado, empapado en salsa barata de escabeche de pescado, embadurnado en cremas de repugnante pestilencia, embriagado de vino de Falerno sin mezclas, que bebía como si fuese agua para luego dejar las ánforas semivacias sin tapar, a merced de las moscas del vino; dedicado a jugar inacabables y repetitivas partidas de *latrunculi* con sus aduladores acompañantes, que sólo interrumpía para dedicarse a orgías de «tres en una cama» con acólitas adolescentes aún más necias que las dos mujeres descaradas que se rebajaban a la puerta de sus aposentos en aquel momento...

—¡Está descansando! —dijo Maya a Helena.

—Descansando —asintió Helena. A continuación, se volvió al grupo de sirvientes y exclamó, con inocente falta de tacto—: Es un alivio saberlo. Temíamos que hubiera sufrido algún percance... después de lo que cuenta la gente sobre el león.

Se produjo una breve pausa.

—¿Qué león? —inquirió el portavoz de Rúmex en tono contemporizador. Se levantó y él y los otros adoptaron una técnica en la que tenían mucha práctica—. No sabemos nada de ningún león, señoras. Y ahora perdonad, pero tendré que pedirlo que os marchéis. Rúmex es muy estricto con su régimen de entrenamiento. Tiene que estar rodeado de absoluta tranquilidad. Lo lamento pero no puedo permitir que ronde por aquí ningún miembro del público si eso significa riesgo de perturbar su tranquilidad...

—Entonces, no sabes nada del asunto, ¿no es eso? —insistió Helena—. Es que por el Foro corre el rumor terrible de que Rúmex ha matado un león, propiedad de Calíopo. El animal se llamaba Leónidas. Toda Roma habla del asunto...

—Y yo soy un grifo de tres patas —asintió el jefe de los sirvientes y, sin miramientos, expulsó a Helena y a mi hermana del establecimiento.

Ya en la calle, Maya soltó un juramento.

Yo guardé silencio. Sabía cuándo era momento de llevar una cesta con la cabeza gacha. Anduve detrás de ellas mientras se alejaban de la verja de entrada y me aseguré de ofrecer el aspecto de un esclavo personal particularmente dócil y sumiso.

—Ya puedes dejar de hacerte el sabelotodo —me dijo Maya en tono burlón, pero con expresión ceñuda—. ¿Merecía la pena probar?

Me erguí para replicar:

—Estoy asombrado de tus conocimientos enciclopédicos sobre los Juegos. Las dos parecíais auténticas aficionadas al circo. ¿Quién os ha puesto al corriente del mundillo de los gladiadores?

—Petronio Longo. Pero hemos malgastado el tiempo en eso para nada.

Helena Justina siempre había dado muestras de agudeza.

—No, no. Está bien así —le dijo a mi hermana con voz satisfecha—. No hemos conseguido ver a Rúmex, pero las prisas que se han dado esos hombres para ponernos de patitas en la calle cuando mencionamos a Leónidas lo dice todo. Supongo que Rúmex ha sido retirado de la circulación a propósito. No sé qué sucedería cuando mataron al león, pero, en cualquier caso, está claro que Rúmex tuvo que ver con ello.

XXI

Yo estaba decidido a hacer el papel de *paterfamilias* autoritario y a reprenderlas con energía.

—Si lo hubiéramos probado en serio, habríamos entrado —me interrumpió Maya.

—¿Pero a qué precio?

Mi hermana me dedicó una sonrisa irónica.

Cometí el error de comentar que me alegraba de que Helena hubiera encontrado una amiga en la familia Didia, pero que no esperaba que Maya terminase por arrastrarla con tanto descaro. Las dos emitieron sendos gemidos y alzaron los ojos al cielo. Entonces caí en la cuenta de que ese aire de fingida neutralidad de Helena significaba que la idea de visitar al gladiador había sido suya.

Por fortuna para tan descaradas bribonas, en ese momento apareció, de regreso a casa, el lanista Saturnino con su camarilla de cuidadores de animales, arrastrando el carromato donde traían el leopardo huido. Les había llevado tiempo llegar a casa porque la prohibición de circular con vehículos de ruedas les había obligado a tirar de la jaula y de la fiera a fuerza de brazos. El esfuerzo les había hecho sudar, pero era evidente que deseaban encerrar otra vez al felino en las dependencias donde se guardaba a los animales, antes de que hubiese más accidentes.

Obligué a mis descaradas parientes a meterse en su vehículo, del cual asomaron la cabeza con terquedad.

—Vosotras, par de Mesalinas, será mejor que volváis a casa y os dedicéis a tejer medias para botas como buenas matronas romanas, como perfectas esposas a quienes Famia y yo no tengamos reparo en mencionar en nuestras lápidas mortuorias, algún día. —Maya y Helena soltaron una carcajada. La risa sonaba como si las dos tuvieran intención de sobrevivirnos a Famia y a mí y, tras nuestra muerte, tomar sendos amantes y dilapidar la herencia de sus hijos en algún balneario de placer de baja estofa—. Os daría escolta pero tengo asuntos urgentes que atender. Yo —añadí con altivez— entraré e intentaré ver a Rúmex. Aunque vosotras, encanto de criaturas, me habéis estropeado la oportunidad.

El portero no me reconoció. Sin mi cesta y sin las mandonas de mis mujeres,

yo era un ciudadano más; los esclavos, por supuesto, como si no existieran. Era un truco que ya había utilizado en otras ocasiones, cuando quería mantener el anonimato.

Pedí ver a Saturnino. El portero me contestó que su amo no estaba en casa. Le repliqué que acababa de verlo entrar y el muy ladino me contestó que, fuera quien fuese, no importaba lo que hubiera visto: Saturnino no estaba en casa para mí.

Habría podido recurrir al encanto o a la simple insistencia, pero, con Helena y Maya observándome, saqué mi pase oficial de auditor del palacio imperial y lo sostuve a dos dedos de la cara del portero. A continuación, proclamé como un novel estudiante de oratoria que sería mejor que el escurridizo Saturnino me recibiese enseñuida si no quería que lo denunciara por obstrucción al censo. Enseguida el portero llamó a un esclavo para que me enseñara el camino.

Antes de que se cerrara la puerta tras el esclavo que iba a trasmitir mi mensaje a Saturnino, el jefe de los cuidadores de Rúmex salió de la estancia. Me quedé de pie, en silencio y con la mirada fija en el suelo. El hombre desapareció sin dar muestras de haberme reconocido como el « esclavo » que había llegado a la casa con Helena y Maya (de cuyo interés por Leónidas debía de haber informado, con toda seguridad). A continuación fui invitado a pasar. No hubo ninguna protesta al respecto.

Encontré al lanista de pie en medio de una salita, donde un esclavo vertía algo —agua, me pareció— en una jarra que Saturnino sostenía en sus manos. Otro esclavo, agachado a sus pies, le quitaba las botas de calle. Saturnino sostuvo mi mirada sin asomo de hostilidad ni de especial curiosidad, aunque lo noté ligeramente ceñudo, como si se preguntara dónde me había visto antes. Dejé que se estrujase el cerebro tratando de ubicarme.

Aproveché aquellos momentos de turbación para observarlo con detenimiento. Él también debía de haber sido luchador en sus buenos tiempos. Era un hombre de mediana edad, recio y fortachón, cuyos músculos de brazos y piernas hablaban por sí solos. Si mi primera presa, Calíopo, tenía más aspecto de vendedor de cojines que de tratante de gladiadores, Saturnino, en cambio, respondía hasta el menor detalle al prototipo de estos últimos, todavía mostrando las cicatrices y el porte de su pasado como luchador. Parecía perfectamente capaz de romper a golpes las patas de la mesa si no le gustaba la cena... y, a continuación, hacer lo mismo con las piernas del cocinero. Se me pasó por la cabeza la imagen de aquel tipo azuzando a sus hombres en la arena del circo. Como preparador de gladiadores, conocía el trabajo por experiencia personal. Había lanistas que, cuando acompañaban a sus luchadores, los animaban con tal entusiasmo que gastaban más energías ellos mismos que sus mirmillones y reciarios. No sé por qué me imaginé que Saturnino era de los tranquilos, de los que asisten a los combates con calma y se limitan a animar con palabras a los

suyos en el momento oportuno.

Se había rodeado de símbolos de su vil oficio. Armas y cascos de ceremonias colgaban de una serie de perchas en su oficina, reducida y funcional. En un rincón, guardaba en un baúl una serie de garrotes de los que los lanistas llevan al circo. En una estantería de madera se exhibía un peto delicadamente laqueado. También había varias coronas de vencedor y bolsas forradas, tal vez las mismas que había obtenido en su época de gladiador.

Saturnino tenía una mirada inteligente, lo cual encajaba bien con sus triunfos en la arena del circo. Ningún luchador alcanzaba la libertad sin una aguda inteligencia. Yo esperaba encontrarlo receloso, pero se mostró tranquilo, amistoso —sospechosamente amigable, tal vez— y nada perturbado por mi visita.

Le expliqué quién era, lo que estaba haciendo para Vespasiano y que la auditoría a Calíopo era el primer paso de una revisión más amplia del mundo del circo. Saturnino no esbozó un solo comentario. Ciertamente la noticia había corrido con la velocidad del rayo. No insinué que él sería mi siguiente víctima, aunque debí deducirlo.

—Según mis indagaciones, hay un cabo suelto que quisiera atar. A Calíopo le han secuestrado, ¿te parece que lo llamemos así?, y matado un león. He recibido informaciones de que el responsable es uno de tu camarilla y me gustaría entrevistar a Rúmex, si me haces el favor.

—Gracias —respondió Saturnino— por hablar conmigo previamente.

—Es una cortesía lógica.

—Aprecio tu cortesía.

Sus esclavos nos habían dejado solos un rato antes. Saturnino se acercó a la puerta y habló con alguien que aguardaba fuera. No había duda de que estaba a punto de contarme algún cuento, una historia que pudiera encajar con lo que ellos pretendían hasta que yo descifrara sus intenciones y pudiese presionar donde dolía. Desde luego, yo no tenía la intención de agarrar por los pliegues de la túnica a un gladiador laureado y ponerlo contra la pared con la idea de sossacarle la verdad a golpes. Esto requería una mayor sutileza.

Me afané por contemplar los trofeos y armaduras. Saturnino no se alejó de mi lado y me explicó qué significaba cada uno. Cuando describía una vieja batalla, era un buen teórico. También sabía contar anécdotas interesantes. El tiempo de espera pasó sin novedad.

Luego, tras una suave llamada a la puerta, un esclavo la abrió y franqueó el paso a Rúmex. Tan pronto lo vi, me di cuenta de que no tenía que haberme preocupado.

Probablemente Rúmex ya era estúpido antes de que los combates maltratasen su cerebro. Era un hombre alto, de pies ligeros, cuerpo perfectamente tallado, facciones que daban espanto y duro de mollera como el pilar de un muelle. Probablemente sería capaz de enlazar un par de palabras en

una conversación, siempre que fueran, «¿Cuál es el mío?», «Piérdete» o «Matarlo». Hasta ahí llegaba, no más. Entró en la sala de su amo como si temiese tropezar con el mobiliario, pero aún conservaba el juego de piernas que debía de haberlo convertido en la envidia de sus oponentes. Era muy joven y poderoso y daba la impresión de ser también intrépido.

En el borde de la túnica llevaba una cinta un tanto ridícula y en el cuello una gargantilla de oro que tuvo que costarle una fortuna aunque su diseño era de una vulgaridad espantosa. Los joyeros de la Saepa Julia las confeccionaban especialmente para hombres de ese tipo. Los eslabones de oro se unían a una placa cuadrada con su nombre. Aquello debía de ayudarlo cuando olvidaba cómo se llamaba.

—Saludos, Rúmex. Me siento honrado de conocerte. Me llamo Falco y deseo hacerte unas cuantas preguntas.

—Me parece bien.

Me miró con tal aire de honradez que supe al momento que lo habían aleccionado. Además, accedió a colaborar gustosamente. A la mayoría de los inocentes les desconcierta que uno se fije en ellos, pero allí no era necesaria tal cosa. Rúmex sabía de qué iba el asunto. Y también conocía las respuestas: tanto las que yo buscaba como las mentiras que le habían dicho que contara.

—Estoy investigando la sospechosa muerte de Leónidas, el león devorador de hombres. ¿Sabes algo al respecto?

—No, señor.

—Lo sacaron de su barracón, lo atravesaron con una lanza y lo devolvieron misteriosamente a su lugar.

—No, señor —repitió él, aunque mi última observación había sido una afirmación, y no una pregunta. Si Rúmex hubiera sido tan lento de reacciones en el circo, no habría pasado de la primera pelea.

—Me han dicho que fuiste tú quien mató a Leónidas. ¿Es cierto eso?

—No, señor.

—¿Lo habías visto en alguna ocasión?

—No, señor.

—¿Recuerdas dónde estabas y qué hacías anteanoche?

Rúmex quería mantenerse en su respuesta habitual, pero se dio cuenta de que hacerlo lo convertiría en sospechoso. Sus ojos intentaron volverse a su preparador en busca de consejo, pero consiguió mantener la mirada fija en mí con aquel aire de «sinceridad».

—Yo puedo responderte a eso, Falco —intervino Saturnino. Rúmex hizo una mueca de agradecimiento—. Rúmex estuvo conmigo toda la noche. —Me pareció que aquello sorprendía a su hombre; así pues, tal vez fuera verdad—. Lo llevé a un banquete a casa de un antiguo pretor.

Si lo decía con el propósito de impresionarme con el rango, no lo consiguió.

—¿Lo exhibías? —pregunté, dando a entender que Saturnino era demasiado delicado como para decirlo.

Mi interlocutor aceptó, con una sonrisa, que los dos éramos hombres de mundo.

—Todo el mundo está siempre encantado de conocer a Rúmex.

Me volví hacia éste, que se debió considerar a salvo de nuevas preguntas:

—¿Y le ofreciste al viejo pretor una demostración privada de tus fabulosas capacidades?

Yo sólo hablaba por hablar, pero, esta vez, Rúmex se mostró horrorizado. Su entrenador intervino rápidamente:

—Unas cuantas presas de lucha y unas fintas con una espada de entrenamiento siempre quedan bien.

Los miré alternativamente. Era evidente que había tocado un punto delicado y asumí las consecuencias que eso podía acarrear. ¿Era posible que a Leónidas lo hubieran matado en casa de un magistrado principal? ¿Estaba presente Saturnino cuando se produjo el hecho?

—Lo siento, Saturnino, pero debo insistir en que me facilites el nombre del anfitrión de esa velada.

—Por supuesto, Falco. Pero me gustaría hacérselo saber al interesado antes de mencionar su nombre a un desconocido. Mera cortesía.

Era muy lógico.

—Y yo debo insistir en que no pongas en antecedentes.

—Seguro que no habrá objeciones, tratándose de un hombre de su rango...

Saturnino ya estaba haciendo uno de sus viajecitos a la puerta para murmurar unas órdenes a un corredor.

Dejé que él se saliera con la suya. No confiaba en poder afrontar una queja formal de un pretor por acoso. Vespasiano le daría la razón a él aunque yo tuviese pruebas en su contra... y ni siquiera las tenía. Por lo menos, todavía no. Su rango me traía sin cuidado, pero primero tenía que asegurarme.

Era un progreso interesante. Tan pronto me daba por comprobar confusos libros de contabilidad entre gente de baja estofa como, un rato después, insistía en ver el diario social de un prohombre que sólo estaba un peldaño por debajo del cónsul. Y lo más sorprendente era que, estaba seguro, el individuo ya había sido puesto al corriente de mi interés por él.

—¿Quién más estaba presente en la cena con ese misterioso prohombre? —pregunté como quien no quiere la cosa.

El lanista respondió en el mismo tono:

—Ah, fue un encuentro muy informal.

—¿Con amigos?

Noté que se resistía a decírmelo, aunque tenía suficiente habilidad para ceder en su negativa si veía que no había alternativa.

—Mi mujer y yo, el pretor y una dama amiga suya. Nadie más

Las cenas en casa de los personajes importantes solían acercarse más al número clásico de nueve comensales. Un cuarteto era un grupito bastante curioso e inhabitual, en caso de ser cierto.

—Te desenvuelves en un círculo envidiable. Me muero por preguntarte cómo lo haces.

—Por asunto de negocios. —Saturnino sabía hacer que todas sus respuestas parecieran espontáneas y lógicas.

Yo me fingí más crédulo de lo que en realidad soy:

—Creía que los senadores tenían más limitaciones en su libertad para dedicarse al comercio...

En realidad, el comercio era una actividad que tenían prohibida. De todos modos, solían valerse de sus libertos como intermediarios e incluso muchos la desempeñaban ellos mismos.

—No se trataba de cuestiones comerciales —se apresuró a responder Saturnino—. Nos conocimos cuando mi anfitrión organizaba los Juegos.

Ésta era una responsabilidad formal de los pretores durante su año como magistrados. Terminar el año vinculado por amistad con un lanista en concreto podía parecer un abuso de poder, pero algunos miembros del gobierno daban por hecho que el objetivo final de disfrutar de un alto cargo era abusar de su posición. Sería casi imposible demostrar que el dinero había cambiado de manos ilegalmente y, aunque descubriese que así había sido, la mayoría de los pretores no acabaría de entender mi denuncia.

—Es magnífico pensar que habéis mantenido tan buena relación después de su periodo de mandato —comenté. Saturnino me dedicó una sonrisa condescendiente—. Así pues, tu mensajero ya habrá tenido tiempo de transmitirte tus noticias. ¿Podrías revelarme el nombre de ese pretor?

—Pomponio Urtica —respondió Saturnino como si estuviese realmente encantado de colaborar. Tomé buena nota de buscar una tablilla y registrar aquel dato. Sin que yo se lo pidiera, repitió el nombre. Con la misma calma, yo insistí en que me facilitara la dirección privada del viejo pretor.

Quedó claro que había llegado al final de la entrevista. Sin consultarme, el lanista despidió a Rúmex. El enorme gladiador se escabulló.

—Gracias por la ayuda —dije a Saturnino. Todo aquello era zalamería.

—Me ha encantado hablar contigo —respondió él como si todo hubiera sido una disputada partida de damas. A continuación, para sorpresa mía, añadió—: Pareces un personaje interesante. Mi esposa es muy aficionada a organizar veladas sociales. ¿Qué me dirías de una invitación a cenar con nosotros? Acompañado de tu persona de preferencia... —añadió en un tono muy civilizado que dejaba a mi elección acudir con mi esposa, con una prostituta o con algún muchacho de ojos saltones, de esos que trabajan de masajistas en los baños.

Para un auditor del Estado era una estupidez y un riesgo confraternizar con los sujetos de la investigación que tenía en marcha. Naturalmente, acepté la propuesta.

XXII

Pomponio Urtica vivía en el Pinciano. Su mansión se extendía en un terreno elevado al este de la vía Flaminia, más allá del mausoleo de Augusto. Un buen barrio. Espacios abiertos propios de patricios, con vistas panorámicas interrumpidas sólo por altos pinos de anchos troncos donde se arrullan las tórtolas. Hermosos atardeceres sobre el Tíber, a varias millas del alboroto del Foro. Aire limpio, atmósfera apacible, fincas magníficas, vecinos agradables; en resumen, un lugar magnífico para la reducida elite que habitaba aquella zona elegante... y un barrio terriblemente inconveniente para los que acudíamos allí de visita.

Urtica era de los que lo tenían fácil. Cuando precisaba bajar a la ciudad para resolver algún asunto público, se hacía transportar en una litera que acarrearba con paso firme un grupo de esclavos bien aparejados y de buen carácter. El pretor no tenía nunca que ensuciarse las botas de polvo, fango ni excrementos y, durante la hora que duraba el trayecto en cada sentido, podía dedicarse un rato a alguna lectura ligera, reclinado en cojines de plumón. Incluso podía llevar consigo una cantimplora y un paquete de tostadas dulces. Y para ir más entretenido todavía, más de una vez, haría subir a la litera a alguna atractiva flautista de redondos pechos.

Yo subí andando. No tenía nada ni nadie me ayudaba. El invierno había convertido en barro el polvo de la calle y los excrementos de asno se mezclaban con el barro, transformados en masas sueltas entre el fango como la polenta a medio revolver de alguna taberna que los ediles se disponían a clausurar.

Por fin encontré la lujosa residencia del pretor. Tardé un rato en hacerlo porque todas aquellas ostentosas residencias del Pinciano eran idénticas y todas estaban situadas al final de largas calzadas. El portero de la casa de Urtica me comunicó que su amo no estaba en casa. El anuncio no me sorprendió. Lo que no dije el esclavo, aunque no tardé en deducirlo de su tono, fue que incluso de haber estado (lo cual era perfectamente posible) no me habría permitido entrar. Mi fina intuición de informante dedujo que existía una orden estricta de negar el acceso a cualquier tipejo cansado que se identificara como un tal Didio Falco. Preferí no armar revuelo ante aquella elegante mansión presentando mi autorización del palacio imperial. La jornada ya había sido suficientemente larga y me ahorré la embarazosa situación.

Hice a pie todo el camino de regreso al centro. Compré una torta y un vaso

de vino aromatizado, pero me resultó difícil encontrar compañía aquella despacible tarde invernal. Y daba la impresión de que todas las flautistas insinuantas estaban en Ostia, visitando a sus parientes.

XXIII

Bien, una vez de vuelta a la realidad, acudí a los baños, entré en calor de nuevo, recibí los insultos de mi preparador físico, encontré a un amigo y me lo llevé a casa a tomar un bocado.

Ya se sabe lo que sucede cuando uno se traslada a un piso nuevo e invita a una persona importante a visitarlo. Si uno no posee un esclavo al que enviar por delante, llega a casa y hace alarde de amabilidad con la esperanza de no encontrarse con alguna escena embarazosa. Aquella tarde llevé a casa a un senador. Un hecho poco frecuente, debo reconocerlo. Y naturalmente, tan pronto entramos nos hallamos con algo tremendamente embarazoso: mi esposa, como ahora me obligaba a llamarla, estaba dando una mano de pintura a una puerta.

—¡Hola! —exclamó el senador—. ¿Qué sucede aquí, Falco?

—Que Helena Justina, hija del ilustre Camilo, se dedica a pintar una puerta —respondí.

Mi acompañante me dirigió una mirada de soslayo.

—Eso será porque no puedes permitirte pagar a un pintor —murmuró con inquietud—. ¿O tal vez porque a ella le gusta dedicarse a eso?

La segunda insinuación parecía aún peor que la primera.

—Le gusta —asentí. Helena Justina continuó pintando como si ninguno de los dos estuviese presente.

—¿Por qué toleras algo así, Falco?

—Verá, senador, todavía no he encontrado el modo de disuadir a Helena de algo si ella desea hacerlo. Además —añadí con orgullo—, lo hace mejor que cualquier pintor que pudiera contratar.

Por eso Helena no nos había dirigido la palabra. Cuando pintaba una puerta, se aplicaba a ello con gran concentración. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas y un pequeño cuenco de pintura ocre, aplicaba la brocha despacio, con movimientos relajados y regulares que dejaban un acabado perfecto. Contemplar aquello era uno de los grandes placeres de mi vida; así se lo expliqué al senador y, cuando cogí un taburete, él me imitó.

—Fijese, senador —murmuré—, que empieza por abajo. La mayoría de los pintores comienzan por arriba y, media hora después de acabar, la pintura que sobra cae hacia el suelo y forma una línea de gotas pegajosas a lo largo del borde inferior. Las gotas se endurecen antes de que uno lo advierta y ya no hay

modo de librarse de ellas nunca más. Helena Justina, en cambio, no deja ningún churrete que gotee.

En realidad, no era así como lo habría hecho yo, pero Helena demostró la eficacia de su método y el senador parecía impresionado.

—Pero ¿qué opina tu gente, Falco?

—Está horrorizada, por supuesto. Helena es una chica respetable de muy buena familia. Mi madre, sobre todo, está perpleja. Piensa que Helena ya ha sufrido suficiente compartiendo su vida conmigo. —Helena, que acababa de ponerse de rodillas para seguir su trabajo hacia arriba, hizo una pausa en el momento de empapar de nuevo la brocha y se volvió a mirarme con aire pensativo—. Pero mi esposa tiene mi permiso para decirle a la gente que yo la obligo a hacerlo.

—¿Y qué dices tú?

—Digo que es responsabilidad de la gente que la educó.

Helena abrió la boca por fin:

—Hola, padre —dijo.

Como el plomo de la pintura afectaba a Helena, la obligó a sorber ruidosamente por la nariz. Le dirigí un guiño, pues sabía que, cuando se dedicaba a pintar, se secaba la moquita restregando la nariz en la manga de la ropa.

El senador Camilo Vero, mi invitado y padre de Helena, se ofreció cortésmente:

—Si andas corto de fondos, yo podría pagaros un pintor, Marco.

Trasladé la propuesta a mi esposa. Yo era un romano cabal. Bien, al menos sabía qué me convenía.

—No malgastes el dinero, papá querido. —Helena había llegado al nivel del tirador de la puerta que yo, previamente, le había ayudado a desmontar; llegada a este punto, abandonó su postura y se incorporó para continuar el trabajo en la mitad superior de la puerta. Camilo y yo apartamos ligeramente los taburetes para dejarle espacio—. Gracias —nos dijo.

—Lo hace muy bien, es cierto —me comentó el padre. Daba la impresión de que le incomodaba hablarle directamente a la terca de su hija—. Yo le enseñé —añadió. Helena me dirigió una mirada.

—Y yo le insistí en que me enseñara, por supuesto —fue su réplica. El padre volvió la mirada hacia ella. Si yo había decidido que era signo de buena educación aparentar suficiencia, Helena continuó en aquel tono, sin prestarle atención.

—¿Qué hay de comer para nuestro invitado, Marco? —preguntó mi esposa.

El padre me acusó rotundamente.

—Bueno, supongo que ahora la obligarás a preparar la cena.

—No —respondí con calma—. En esta casa, el cocinero soy yo.

Cuando terminó de pintar la parte superior de la puerta, Helena retrocedió un

paso y consintió en besar a su padre, aunque de forma bastante rápida porque seguía inspeccionando la puerta en busca de alguna imperfección. La luz era demasiado escasa. Diciembre no es el mes más apropiado para ese tipo de trabajo, pero es preciso poner la casa en condiciones cuando hay ánimo para ello. Helena, enfurruñada, pasó la brocha otra vez sobre unas minúsculas burbujas cerca del borde superior. Yo sonreí. Al cabo de un momento, también lo hizo su padre. Ella se volvió a mirarnos. Los dos seguíamos sentados en los taburetes y nos reíamos porque nos encantaba verla feliz. Ella, en cambio, se tomó las sonrisas con suspicacia y, de repente, nos dedicó toda su atención con una mueca desafiante.

—Helena detesta limpiar la brocha —dije a su noble padre—, de modo que de eso me ocupo yo. —La cogí de manos de Helena y deposité un beso en sus dedos (evitando las manchas de pintura)—. La limpieza es una de las tareas menores de las que también me ocupo. —Miré a los ojos a Helena—. A cambio de los muchos detalles generosos que ella tiene conmigo.

Habría sido un descaro añadir que, en ocasiones, cuando su padre no está presente, encontraba un placer voluptuoso en limpiar también a la pintora. El único defecto de Helena era ser propensa a mancharse de pintura por todas partes.

Por fortuna, no era difícil distraer al senador; lo enviamos a otra estancia para que jugara un rato con su nieta y nos dejara solos para divertirnos un rato.

Más tarde, cuando acabé de dar de comer a todo el mundo, nuestro ilustre visitante me confió la razón de que hubiera aceptado tan deprisa la invitación a conocer nuestro minúsculo pisito, cuando habría podido cenar mucho mejor en la comodidad de su propia casa. Llevábamos algún tiempo sin recorrer el Aventino hasta la mansión algo destartada de Camilo, cerca de la Puerta Capena, para visitar a la familia de Helena. Nunca se nos había impedido hacerlo formalmente, pero desde que Justino se fugó con la chica a la que ambos habíamos presentado como una novia conveniente (es decir, rica) para su hermano mayor, el ambiente se había enfriado. Nadie culpaba a Helena de los problemas familiares. En cambio, yo constituía un buen partido. El novio plantado, Eliano, se había mostrado especialmente procaz.

—¿Qué es esto? —preguntó el senador. Acababa de encontrar un pergamino en el que había dibujado una planta grande, parecida a una cebolla.

—Un esbozo botánico de una planta de *silphium* —respondí con indiferencia.

Helena, que acababa de darle de comer a la niña, me la puso en los brazos. Aquello significaba que podía ocupar mi atención en dar palmaditas en la espalda de la pequeña hasta que eructase. Helena mantenía la mirada gacha y se arreglaba los prendedores del vestido.

—¡De modo que también tenéis noticia de mi hijo!

Camilo nos repasó de arriba abajo. Era capaz de interpretar los presagios de

una bandada de cuervos.

Mientras reconocíamos que sí con aire evasivo y declarábamos que, por supuesto, teníamos intención de informarle, el senador dejó a un lado mi dibujo y sacó un plano. Me di cuenta de que el encuentro con él en los Baños de Glauco no había sido casual; el senador ya venía preparado. Seguramente llevaba tiempo tratando de hablar con nosotros sobre la pareja fugada. Aunque yo pensaba que su relación con su esposa, Julia Justa, era tan abierta y confiada como tenía que ser por tradición, cruzó por mi mente el pensamiento desleal de que Décimo Camilo quizá no le había dicho aún que Justino había escrito a casa. Julia Justa se había tomado muy mal el rapto. Para empezar, los ancianos abuelos de la muchacha desaparecida habían llegado a Roma procedentes de Hispania apenas un par de días después, con la intención de celebrar el compromiso y el casamiento de Claudia. Julia Justa había tenido que soportar un período delicado en la casa, con la anciana pareja como furiosos invitados hasta que se despidieron entre quejas y maldiciones.

—Ha puesto distancia hasta la misma Cartago. —Décimo extendió el mapa de pergamino que tenía en la biblioteca de la casa—. Está claro que no tiene idea de geografía.

—Supongo que huyeron en el primer barco que zarpaba con rumbo sur —el papel de apaciguador nunca se me ha dado bien—. Cartago está a tiro de piedra de Sicilia.

—Pues ahora ya debe de saber —comentó Décimo, al tiempo que plantaba un índice en Cartago y el otro en Cirene, a prácticamente un brazo de distancia— que se ha equivocado de provincia y que existe todo un cementerio de barcos entre él y el puerto al que pretende dirigirse.

Sí, allí estaba Cartago, la enemiga ancestral de Roma, al oeste de Sicilia, en el vértice del sector proconsular de la provincia del África romana. Más allá del doble seno de las peligrosas Sirtes, al este, pasada la Tripolitania y antes de entrar en la Cirenaica, casi en Egipto en realidad, estaba la ciudad de Cirene que una vez había sido el esplendoroso centro comercial del buscado *silphium*. Las aguas turbulentas de los grandes golfos de Sirte Menor y Sirte Mayor, que debería atravesar nuestro viajero en su loca empresa, habían hundido buena cantidad de embarcaciones.

—¿No podría viajar por tierra? —preguntó Helena en un tono de voz inusualmente tímido.

—Son unas mil millas —apunté. Ella sabía bien qué significaba aquello.

—Gran parte de ellas, desierto. Pregúntaselo a Salusto —replicó su padre con rotundidad—. Salusto sabe mucho del viento ardiente que se alza en el desierto y de las tormentas de arena que te ciegan los ojos y te llenan la boca de polvo.

—Entonces, necesitamos un buen plan para que no se mueva de Cartago —apuntó Helena.

—¡Yo lo quiero en casa! —soltó el padre—. ¿Te contó qué hacen para tener dinero?

Helena carraspeó:

—Creo que habrán vendido parte de las joyas de Claudia.

Claudia Rufina era una heredera de distinguida familia y poseía una gran cantidad de joyas. Por eso creíamos que era un buen apaño para el hijo mayor de la familia. Eliano esperaba fortalecer su candidatura a las elecciones del Senado con aquel matrimonio, económicamente favorable. En lugar de este resultado, avergonzado por el escándalo, se había retirado de las listas y haraganeaba por casa, sin oficio ni beneficio desde hacía un año. Mientras tanto, su hermano gastaba la dote de Claudia en pagar la hospitalidad cartaginesa.

—Bien, así no tendrán que venderse como esclavos dedicándose a camelleros.

—Me temo que tengan que hacerlo, señor —reconocí—. Justino me ha contado que se dejaron el cofre con las mejores piezas.

—¡En la agitación del momento, sin duda! —Camilo me dirigió una mirada severa—. Así pues, Marco, tú eres el experto en horticultura... —Me abstuve de protestar ante tal calificativo, porque mi única relación con el campo era un abuelo que tenía un puesto de verduras en el que, a veces, pasé ratos cuando era un crío—. Me han contado la estúpida historia de la búsqueda de *silphium*. ¿Qué posibilidades tiene Justino de redescubrir la hierba mágica?

—Muy pocas, señor.

—Eso imaginaba. Supongo que absolutamente toda fue erradicada hace años. Supongo que los pastores que dejaron que los rebaños devorasen la hierba acogerán mal la propuesta de reclamar sus pastos para convertirlos otra vez en un gran huerto de plantas herbáceas... Supongo que no te apetecerá cruzar el Mare Nostrum, ¿verdad?

Lo miré desconsolado:

—Me temo que estoy demasiado ocupado y atado por mi trabajo en el censo. Como sabe, es muy importante que lo haga bien y me establezca.

El senador sostuvo mi mirada más tiempo del que yo hubiera deseado, pero su expresión cambió a otra más indulgente. Volvió a enrollar el pergamino con gesto enérgico.

—¡Bien, espero que eso pueda resolverse!

—Deja el mapa —propuso Helena—. Haré una copia y se lo enviaré a Quinto cuando le escribamos. Por lo menos, así sabrá dónde se encuentra en ese momento.

—Sabe muy bien dónde está —replicó su padre con acritud—. Metido en graves problemas. No puedo ayudarlo, pues eso sería insultante para su hermano. Quizá debería enviar a mi jardinero a cuidar de él. Cuando se acaben las esmeraldas de Claudia, tendrá que darse prisa en la búsqueda de esquejes de esa

preciada planta.

Por cambiar de tema, introduje en la conversación el asunto de Leónidas. Helena quería saber si había conseguido ver a Rúmex después de que ella y Maya fueran rechazadas.

—¿Rechazadas?—repitió su padre.

Me apresuré a contarle cómo había conocido a Saturnino y a su luchador estrella, con la esperanza de evitar al senador la preocupación de pensar en el escándalo de que su hija intentara ver a un gladiador.

—Rúmex es el típico gigantón de cuerpo perfecto y cerebro de buey, pero habla despacio y cuida sus palabras, como si se considerara un filósofo. El preparador, Saturnino, es un personaje más interesante... —Decidí no mencionar que Helena y yo cenáramos con el lanista al día siguiente—. Por cierto, señor, Saturnino ha facilitado una coartada a Rúmex al decir que a Leónidas lo mataron mientras ellos dos estaban juntos en casa de un antiguo pretor llamado Pomponio Urtica. ¿Conoce a ese hombre?

—Su nombre es noticia estos días —apuntó Décimo con una sonrisa.

—¿Por algo que debería saber?

—Ha sido nombrado organizador de la apertura del nuevo anfiteatro.

Se me escapó un silbido.

—Muy oportuno —murmuré.

—Pero es impropio de él favorecer a un lanista en concreto.

—¿Cuándo se ha reprimido un pretor de hacer algo porque resultara impropio? ¿Qué clase de persona es Urtica, senador?

—Es un aficionado a los Juegos —apuntó Décimo y, con su habitual sequedad, añadió—: ¡Dentro de unos límites respetables, por supuesto! En el año que estuvo en el cargo no hubo quejas acerca de su magistratura ni sobre cómo llevaba los espectáculos que organizaba. Su vida privada sólo tiene ligeras manchas —continuó, como si diera por sentado que la vida de la mayoría de los senadores era famosa por su libertinaje desenfrenado—. Se ha casado un par de veces, creo; hace bastante tiempo, porque sus hijos ya son mayores. En la actualidad lleva vida de soltero.

—¿Qué significa eso? ¿Mujeres? ¿Chicos?

—Bien, otra de las razones de que su nombre suene públicamente es que recientemente se ha comprometido con una chica que tiene fama de licenciosa.

—¡Eres un demonio para los chismes, papá! —se asombró Helena.

Su padre dio muestras de estar sumamente complacido consigo mismo.

—Incluso puedo decirte que se llama Scilla.

—¿Y qué forma concreta adopta la extravagancia de esa Scilla?

Esta vez Décimo se sonrojó un poco.

—La que se lleva hoy día, sin duda. Me temo que llevo una vida demasiado tranquila como para saberlo.

Era un hombre encantador.

Cuando su padre se marchó, Helena Justina extendió de nuevo el mapa.

—¡Mira! —exclamó, y señaló un punto de la costa de la Tripolitania, a medio camino entre Cartago y Cirene—. Aquí está Oea y ahí, Lepsis Magna. —Se volvió a mirarme con disimulo—. ¿No son las dos ciudades de las que proceden Saturnino y Calíopo?

—Es una suerte —comenté— que ninguno de los dos siga viviendo allí. De este modo, puedo seguir mis investigaciones aquí mismo, en Roma, con toda tranquilidad.

XXIV

A la mañana siguiente había que ocuparse de dos problemas: encontrar una túnica limpia y no demasiado apolillada para la cena a la que estábamos invitados y responder a los lamentos de mi querido socio comercial, Anácrites, respecto a los lios en que me había metido el día anterior. Los dos problemas tenían un grado parejo de dificultad.

Pensaba llevar mi túnica favorita, la vieja de color verde, hasta que la sostuve por los hombros y la repasé con ojo crítico. Ni era de lanilla tan gruesa, ni se hallaba en tan buen estado. Estaba muy rozada en el cuello, donde siempre cedían los hilos cuando uno lleva una vida activa. Y era de una talla adecuada para un hombre más joven y más delgado. No había alternativa: tendría que recurrir a la nueva prenda que Helena llevaba un tiempo tratando de introducir en mi guardarropa. Era de color bermejo. Detesto ese color. La túnica era cálida, bien cortada y de buena tela, tenía la longitud precisa e iba adornada con dos largas tiras de trencilla. ¡Dioses, cómo la aborrecía!

—Muy bonita —mentí.

—Pues ya has escogido —dijo ella.

Conseguí dejarla caer al suelo, donde *Nux* pudiera utilizarla todo el día como cubil. Aquello le imprimiría cierto carácter.

Nux olisqueó la prenda y se apartó con desagrado. La perra no pensaba quedarse en casa con aquello y salió conmigo.

Más tiempo llevó apaciguar a Anácrites. Estábamos en el despacho de Calíopo, en el piso superior del cuartel.

—Falco, ¿dónde habías ido a...?

—Cállate y te lo diré.

—¿La perra es tuya?

—Sí. —*Nux*, que era muy capaz de determinar quién estaba al mismo nivel que las ardillas o que los gatos, gruñó como si se dispusiera a lanzarse sobre Anácrites enseñando los dientes—. Eso es que se muestra amistosa —le aseguré no convencido.

Le hice el honor de contarle toda mi aventura de la víspera. La teoría de Fania, el leopardo huido, la teoría de Talía, lo de Saturnino y lo de Rúmex.

Me callé lo de Urtica y su ninfa, Scilla. Anácrites era un espía palaciego. A

menos que lo mantuviera muy a raya, era capaz de acudir corriendo al grito de « ¡traición! » a una serie de escribientes que tenían el tintero lleno de veneno. No tenía objeto difamar a un ex pretor por triplicado hasta que estuviera seguro de que lo merecía. Tampoco tenía por qué confundir a mi socio contándole demasiado, aunque fuera verdad.

—Nada de eso te lleva a ninguna parte —decidió Anácrates—. Si preguntas a un gladiador dónde estaba cierta noche, no te contestará, porque es incapaz de recordar dónde estuvo; ¿qué tiene eso de raro? Algunos lanistas no se caen bien entre sí; bueno, eso es algo que cabía esperar. Una rivalidad honrada no es mala; la competencia estimula la calidad.

—Si continúas así, pronto te oiré decir que Leónidas sólo es una trágica víctima de las circunstancias, que estaba en la jaula que no debía en el momento más inoportuno y que, en los negocios, tienes que aceptar ciertas pérdidas sostenibles.

—Muy cierto —asintió.

—Anácrates, un tipo como tú al que ya han abierto la cabeza una vez debería aprender a no irritar a la gente... —Me di por vencido—. ¿Y tú, has encontrado algo más en la contabilidad de Calíopo? Por cierto, ¿dónde está ese gilipollas? Normalmente siempre anda tras nosotros para oír lo que hablamos.

Calíopo no había hecho acto de presencia en todo el día. Anácrates, que había llegado antes que yo y había preguntado por él, respondió piadosamente:

—Corren rumores de que está en su casa, en plena pelea con su esposa.

—Así pues, acertamos al sospechar que tenía una amante...

—Sacanna —replicó Anácrates—. Se lo saqué a ese cuidador, a ese Buxo. Parece que la mujer tiene su salón en una posada llamada El Pulpo, en la calle Boreal. No tendremos dificultades para averiguar quién consta como arrendatario del local. Ya lo encontraremos. Pero teníamos razón al pensar que nuestro hombre oculta algo más que esa amante, Falco. —Sacó un documento de la bolsa que llevaba al cinto. Era la lista de discrepancias entre lo que Calíopo había declarado a los censores y las propiedades no registradas que habíamos identificado—. Está bien jodido —añadió con placer mal disimulado. Anácrates seguía siendo el investigador imparcial de siempre—. Lo único que tenemos que comprobar antes de ir por él es si existe ese presunto hermano en Tripolitania. Si no es así, y si la sucursal familiar del negocio en Oea pertenece al propio Calíopo, yo calculo que nos quedará una suma de cinco cifras.

Eché una ojeada a las cuentas. El asunto parecía ilegal incluso sin el elemento de Oea, pero, si se podía añadir éste, sería un golpe de primera magnitud. Podíamos estar muy orgullosos de nosotros mismos.

—Tengo una idea de cómo podríamos llevar a cabo una comprobación —dije, pensativo—. En este momento tengo un contacto en Cartago. Me dispongo a escribirle. Merecería la pena que invirtiéramos en él y le garantizáramos el

pasaje para que investigue la propiedad de la sucursal en Oea.

—¿Quién es? ¿Podemos fiarnos de él? —Anácrites parecía saber qué clase de contactos solía tener.

—Es una joya —tranquilité a mi socio—. Y aún más importante: su palabra pesará en la opinión de Vespasiano.

—Entonces, adelante.

Cabía asegurar en favor de Anácrites que, desde que la herida en la cabeza lo hacía comportarse imprevisiblemente, mi socio era capaz de tomar, sin pestañear, la decisión de gastar grandes sumas del dinero que aún no habíamos ganado. Por supuesto, aquel mismo comportamiento errático podía llevarlo a cambiar de idea; pero, para entonces, yo habría enviado una carta de pago a Justino y ya sería demasiado tarde para volverse atrás.

—Claro que podría ir a Oea yo mismo... —apuntó Anácrites, siempre abierto a cualquier posibilidad que torciese mis planes secretos.

—Buena idea. —A mí me encantaba decepcionarlo cuando se ponía en aquel plan—. Pero estamos en diciembre, de modo que no será fácil viajar hasta allí. Tendrás que hacer pequeñas travesías marítimas. De Ostia a Puteoli, de Puteoli a Buxentum y Regio, y de Regio a Sicilia, para empezar. No deberías tener problemas para encontrar transporte desde Siracusa a la isla de Melita, pero desde allí el viaje se complica...

—Está bien, Falco.

—No, no; te agradezco el ofrecimiento.

Dejamos el asunto en el aire, aunque me proponía escribir a Justino de todos modos.

Hablamos sobre qué hacer a continuación. Podíamos dejar a un lado los documentos sobre Calíopo hasta que terminásemos los asuntos relativos a la casa de la amante y las propiedades en el exterior. Era preciso que pasáramos a otra víctima, ya fuera Saturnino, ya alguno de los demás lanistas. Lamenté que aquello requiriese abandonar las instalaciones sin respuesta a los interrogantes sobre Leónidas, pero no teníamos elección. Estaba previsto que el censo terminara a los doce meses de su inicio. En teoría, podíamos prolongar las disputas durante años, si queríamos, pero Vespasiano necesitaba con urgencia ingresos para el Estado y nosotros esperábamos con ansia nuestros honorarios.

Comenté que aquella noche cenaría con Saturnino. Añadí que intentaría medir si era un buen candidato a una auditoría. Anácrites se mostró muy de acuerdo en que confraternizáramos. Si el asunto resultaba provechoso, compartiría el mérito conmigo; si salía mal, podría denunciarme a Vespasiano por prácticas corruptas. Era encantador tener un socio en quien poder confiar.

—Es aceptable..., siempre que no me lo pase bien —bromeé.

—Cuida que no haya veneno en la comida —me advirtió él con voz amistosa, como si se propusiera suministrar acónito de la mejor calidad a mi anfitrión. Lo

que me preocupaba a mí era el veneno que existía en nuestra relación de socios.

Me sentía en baja forma. Como si hubiera pillado un resfriado durante mis hazañas en los Baños de Agripa el día anterior.

Inquieto, salí al balcón desde el que se divisaba toda aquella parte del cuartel. *Nix* dedicó un último gruñido a Anácris y vino a tumbarse a mis pies. Mientras intentaba aclararme la garganta dolorida, allí de pie, advertí la presencia de Buxo, el guardián encargado de la exhibición de fieras. El hombre salía del edificio situado frente por frente a donde estaban los animales y llevaba consigo uno de los avestruces. Yo lo había visto hacerlo en otras ocasiones; transportaba a los animales de la manera más curiosa, cogiéndolos en brazos y sujetándoles las alas bajo el codo al tiempo que esquivaba el largo cuello y el poderoso pico.

Pero aquel ejemplar era otra cosa. La gran ave había perdido toda su movilidad. Le colgaban las patas, mantenía las alas quietas y el cuello le caía bajo de forma que la cabeza casi tocaba el suelo.

Un vistazo me bastó para saber que el animal estaba muerto.

—¿Qué le pasa, Buxo?—pregunté desde el balcón.

Daba la impresión de que el cuidador, con su habitual ternura, estaba lloriqueando.

—Algo le ha sentado mal.

Nix percibió el cadáver y corrió escaleras abajo a investigar. Le ordené que volviera y la perra se detuvo y se volvió a mirarme, sorprendida de que le estropeará la diversión. Fui tras ella y bajé al patio.

Algunos de los bestiarios que estaban entrenándose con pesas se acercaron a ver qué sucedía. Todos contemplamos al ave muerta. Observé que se trataba del macho más imponente, el que alcanzaba casi ocho pies de altura. Hacía poco, era un ejemplar espléndido con un magnífico plumaje blanco y negro; ahora, en cambio, estaba reducido a una selección de plumas para bailarina de espectáculo.

—Pobre bicho —murmuré—. Esas aves son una molestia si consiguen pillarte y te hacen trizas la túnica, pero da pena verlas muertas. ¿Estás seguro de que no ha sido cosa del tiempo? Quizás el invierno de Roma sienta mal a los avestruces.

—Hace una hora estaba bien —dijo Buxo entre lamentos. Dejé su carga en el suelo desnudo del patio de instrucción y se quedó en cuclillas con la cabeza entre las manos. Agarré a *Nix* por el collar para evitar que se lanzara sobre el ave y la destrozara—. ¿Cuál será el siguiente? —gimió el cuidador con gran agitación—. Todo esto ya es demasiado...

Los bestiarios se miraron unos a otros. Unos se alejaron discretamente, pues no querían saber nada del asunto. Otros dieron unas firmes palmaditas en el hombro a Buxo, como compadeciéndose de sus lamentos. Con *Nix* cogida bajo el brazo, hiqué una rodilla para examinar al avestruz. Desde luego, había dejado de respirar, pero no soy ornitólogo; para mí, no era sino un pollo enorme y

fláccido.

—¿Qué ha sucedido exactamente? —pregunté con voz calmada.

Buxo había captado la insinuación de los demás presentes y su respuesta nos sacó de dudas, como cuando intentó despachar mi interés por Leónidas.

—Se quedó quieto y, de pronto, fue como si se doblase. Cayó al suelo como un fardo y apoyó la cabeza en tierra como si durmiese.

Noté la presencia de alguien a mi espalda. Me di media vuelta y vi a Calíopo. Debía de haber llegado para pasar el día. Aún cubierto con el manto de calle, me aparté de un empujón, levantó la cabeza del animal, la dejó caer y masculló un juramento. Buxo mantuvo la mirada gacha, con aire cohibido.

—¡Ese desgraciado! —Calíopo debía de referirse a Saturnino. Furioso, dio la impresión de que no le importaba que le oyese. Entró en la sala de exhibición de las fieras; inmediatamente, Buxo se incorporó de un brinco y fue tras él. Los bestiaros se mantuvieron a distancia pero yo eché a andar apresuradamente tras los pasos del cuidador.

—Es el grano, creo —le oí decir a Buxo en voz baja—. La nueva remesa. Fue allí donde vi al animal mientras comía. Cuando conseguí ahuyentarlo al muy estúpido, ya era tarde. El saco se rompió cuando lo entregaron y...

Calíopo lo apartó de un empujón, pasó ante las jaulas hecho una furia y avanzó hasta la segunda zona. Borago, el oso, gruñó ante el alboroto y lo mismo hizo Draco, el nuevo león que ocupaba la jaula en la que había muerto su predecesor. El felino recorría la jaula de punta a punta, pero parecía más tranquilo, calmado sin duda con unos cuantos cortes escogidos de Leónidas.

La segunda sala con la piscina del león marino y la percha del águila estaba vacía, ahora que Draco había sido trasladado a las jaulas principales. Más allá se abría un corto pasillo que conducía a un almacén, donde había un modesto recipiente de grano con una tapa de madera y delante de él, en el suelo, un saco de cáñamo. Una de las costuras se había reventado y se había derramado el grano por el suelo. Calíopo echó una ojeada a la escena y agarró un cazo. Cogió una buena cantidad de grano del saco roto y pasó de nuevo ante nosotros, abriéndose paso. Buxo y yo salimos a paso ligero detrás de él, como niños que jugaran al escondite. Ya en el patio, Calíopo extendió el grano en un rincón; luego, silbó con un silbido suave y prolongado.

—¡Fijaos en las palomas! —ordenó. Sin dirigir una palabra más a Buxo, se encaminó a su oficina. Era como si yo fuese invisible.

Buxo alzó la mirada al tejado, donde siempre se posaba un molesto grupito de palomas entecas. Luego, se puso en cuclillas a la sombra del edificio para ver si algún ejemplar de aquella plaga voladora descendía y se suicidaba. Me acerqué a él sin soltar a *Nix*, por su propia seguridad.

—¿Cuándo se entregó el saco?

Hacia más bien poco tiempo. Aquel lugar estaba bien llevado. Normalmente,

el grano desparramado habría sido recogido al poco de suceder el desaguizado.

—Esta mañana —consintió en informarme Buxo con voz doliente.

A mi llegada, había visto que descargaban un carro.

—¿Hace media hora? —inquirí. Él asintió—. Entonces, no hay muchas probabilidades de que se manipulara el grano aquí, ¿verdad? ¿De dónde procede el suministro?

Buxo se mostró reticente.

—De eso no sé nada. Tendrás que preguntar al jefe.

—¿Pero tenéis un acuerdo regular? —Buxo seguía precavido, pero dijo que sí—. ¿Y con qué frecuencia se producen las entregas?

—Cada semana.

Allí, en cuclillas y con la cabeza entre las manos, Buxo era un buen ejemplo del hombre deprimido o un indicio clarísimo de que yo siguiera adelante.

Volví al cobertizo de las fieras y eché otra ojeada al saco de grano. Del punto donde había reventado colgaban dos largos cabos del cordel con que venía atado. Las puntas parecían cortadas con un corte limpio, no por efecto del roce. Aquello era obra de alguien, evidentemente. Levanté una punta del saco y miré la parte inferior. Las abreviaturas del sello revelaban que procedía del Proconsulado Áfricano, que era desde hacía algún tiempo el granero del imperio. Me disponía a dejar las cosas así pero, por suerte, se me ocurrió levantar la otra punta también. Llevaba marcado en rojo la leyenda *Horrea Galbana*, que debía de ser el almacén donde se había guardado en Roma, junto a un extraño sello que decía ARX: ANS. *Mix* luchaba por alcanzar el grano derramado, de modo que la sujeté con más fuerza y le permití lamerme el cuello mientras intentaba descifrar la nota abreviada. Parecía una dirección, y no era la de aquel lugar.

De regreso a la oficina, no hacía más que rondarme por la cabeza a qué podía deberse todo aquello.

—Calíopo, ¿cierto al suponer que sospechas que el grano ha sido envenenado por Saturnino como parte de vuestra disputa?

—No tengo nada que responder —dijo Calíopo con frialdad.

—Pues deberías tenerlo —comentó Anácrites. Por lo menos podría confiar en que mi socio me respaldaría si me veía obligado a molestar a alguien más.

—¿Quién te suministra el grano? —inquirí con un graznido, pues mi garganta dolorida se quebró.

—Pues... uno de los grandes graneros. Tendré que mirar la lista de pedidos y proveedores...

—No te molestes —lo interrumpí con voz ronca—. Creo que descubrirás que procede del granero de los Galba.

A juzgar por su gesto ceñudo, había conseguido molestar al propio Calíopo. Y si aquel ARX: ANS significaba lo que sospechaba, sabía exactamente por qué.

Advertí de ello a Anácrites. Para sorpresa mía, no dijo nada y se limitó a

levantarse del taburete, recoger el equipo y decirle a Calíopo que ya habíamos terminado y que recibiría noticias, bien nuestras o bien de la oficina de los censores, en su debido momento. Mientras descendíamos apresuradamente la escalinata exterior, esta vez con *Nix* retozando feliz delante de nosotros, dos palomas hicieron un débil intento de remontar el vuelo del cebo de grano desparramado en el patio, pero cayeron como bultos grises andrajosos con el pico en tierra. Llamé a la perra a mi lado. Cuando cruzamos la verja de salida, unas cuantas moscas inspeccionaban ya el avestruz muerto.

XXV

Cuándo llegamos a la calle, Anácrites esperaba que le contase lo que me bailaba por la cabeza y empezó a acosarme con sus habituales preguntas. Le dije que podía hacer algo útil: investigar la casa que Caliope había comprado para su querida. Nos encontraríamos más tarde, en nuestra oficina de la Saepta. Yo no perdería nada si antes hacía una visita al granero de los Galba. Sólo tenía que cruzar el Tíber.

Anácrites me miró con suspicacia, pensando que no volvería a verme. No se le había pasado por alto que el susodicho granero estaba detrás del mercado y del Pórtico Emilio, debajo de la Puerta Laverna. Desde allí sólo había una subida corta y empinada hasta la cumbre del Aventino... y un largo almuerzo en casa con Helena. Se tranquilizó cuando le dije que, como saldría a cenar, no necesitaba almuerzo. Con cierta malicia, hice que mis palabras sonaran lo menos convincentes posible.

Los Horrea Galbana era todo un palacio del comercio. Cuando me abrí paso en el embarcadero del río, entre la barahúnda de estibadores y porteadores que descargaban barcasas y botes con destino al mercado, ya no estaba de humor como para sentirme ni remotamente impresionado. Irritaba entrar en aquel monstruoso establecimiento, construido por una familia rica como atajo a una riqueza aún mayor. La capacidad de alquiler siempre había sido enorme, aunque los Sulpicio Galba no tenían, probablemente, el menor interés en bajar allí para discutir precios de granos. La familia había gozado de una preeminente posición desde los tiempos de la República y uno de sus miembros había llegado a emperador. Sólo permaneció en el trono seis meses, pero el plazo debía de haber sido más que suficiente para poner el granero bajo el control del Estado.

Tuve que reconocer que el lugar era asombroso. Contaba con varios patios de grandes dimensiones, cada uno rodeado de cientos de estancias en más de un piso, dirigidos *manu militari* por cohortes de personal. Por lo menos, eso me brindó la oportunidad de descubrir lo que andaba buscando. Allí iba a haber documentación para todos los gustos, si encontraba al escribiente oportuno antes de que se largara a la taberna más cercana. Anácrites tenía razón; era media mañana y se acercaba peligrosamente el momento en que los escribanos salían a almorzar.

Allí no se almacenaba y vendía grano solamente. También se alquilaba espacio para toda clase de productos, desde bodegas hasta bóvedas de seguridad. Algunos de los puestos se cedían a comerciantes de tejidos, de piedra de construcción de elevado coste e incluso de pescado, pero la mayoría de los edificios eran trojes destinados especialmente para cereales. Los distintos espacios estaban enlucidos con yeso y sólo tenían un tragaluz con celosía al fondo, para que entrara la luz. Los grandes cuadriláteros de los patios centrales estaban rodeados de hileras de depósitos frescos y en penumbra, sellados con puertas firmes resistentes a la humedad, a los mohos y al robo, los tres grandes enemigos del cereal almacenado. La mayoría de las escaleras se convertían, a los pocos peldaños, en rampas que facilitaban el trabajo a los porteadores que trabajaban en el almacenaje cargados con pesados sacos a la espalda. Muchos de los obreros tenían la columna encorvada permanentemente y eran patizambos. Como contramedida para ratas y ratones, se permitía a los gatos merodear libremente por todas partes. A intervalos había cubos de agua dispuestos previsoramente contra posibles incendios. Quizás era cosa del resfriado, pero aquel día, para mí, el aire parecía cargado de molesto polvo.

No me costó dar con la oficina de administración. Una hora más tarde, me hallaba en la cola y tenía delante un empleado atildado de largas pestañas. Tarde o temprano, el hombre dejaría de intercambiar chistes soeces con su vecino, el escriba de los alquileres, y yo estaría en condiciones de ver los documentos que precisaba estudiar. Cuando por fin me miró, se pulió las uñas en la hombrera de la túnica y se dispuso a desanimar mis intentos.

Tuvimos una larga disputa sobre si estaba autorizado para dejarme ver detalles de los despachos, seguida de otra agria discusión cuando el tipo afirmó que no había ningún cliente llamado Calíopo.

Pedí prestada una tablilla al escriba de los alquileres, que hasta aquel momento había observado mis problemas con una mueca irónica. En la tablilla escribí claramente: ARX: ANS.

—¿Significa algo?

—¡Ah, eso! —exclamó el lindo rey de los documentos—. Pero ése no es ningún cliente privado.

—¿Es público entonces? ¿De quién se trata?

—Es confidencial. —Ya me lo imaginaba—. SPQR.

Lo pisé, le aplasté el pie y forcé que las hebillas de mis botas presionaran las tiras de sus sandalias; al mismo tiempo, lo agarré por la túnica immaculada y lo empujé hasta que quedó inclinado hacia atrás dando chillidos.

—No me vengas con contraseñas secretas —mascullé con un gruñido—. Puede que seas el escribiente más guapito del granero más exclusivo de los muelles, pero cualquier tarugo con una onza de sesos en el cráneo puede descifrar esa leyenda si junta las palabras «grano» y «una vez a la semana».

Añadir ese SPQR sólo demuestra que uno sabe parte del alfabeto. Y ahora, escúchame bien, petimetre. El grano que has suministrado esta semana esta envenenando aves. Piensa en ello con mucho cuidado. Después, piensa qué explicación darás al Senado y al pueblo de Roma por haberte resistido a colaborar conmigo en el descubrimiento de quién ha manipulado indebidamente el grano.

Aflojé la fuerza con que lo asía por la túnica.

—Va dirigido al *Arx*, o Ciudadela, en el Capitolio —confesó el escriba en un susurro aterrorizado.

—Y el resto significa «*Ansari Sacri*» —añadí, aunque él lo sabía muy bien.

El hombre tenía razón en estar nervioso. El saco de grano que había envenenado al avestruz iba destinado a los famosos gansos del Capitolio.

XXVI

—¡Abajo, *Nix*!

Durante unos instantes dio la impresión de que mi perra tenía buenas posibilidades de terminar encerrada por molestar a los patos. Un sacerdote del templo de Juno Moneta asomó la cabeza del *sanctum* con expresión recelosa. Allí arriba no se acogía con gusto a los visitantes casuales; la ciudadela no era sitio para llevar a pasear el perro.

En la antigüedad, Juno Moneta se responsabilizaba de la acuñación de moneda y del comercio de Roma, en un primer ejemplo de cómo el sexo femenino se había encargado de la economía doméstica. Júpiter podía ser el mejor y el más grande, pero su esposa celestial se había quedado el dinero. Me producía lástima. Con todo, como decía Helena con tanta sensatez, era útil que alguien controlase el presupuesto familiar.

—¡Oh, por favor, no los alarmes! —El custodio de las aves sagradas de Juno parecía contento y relajado. Si *Nix* capturaba para mi cazuela uno de los animales que tenía a su cargo, el asunto no haría más que plantear problemas burocráticos—. Si deciden lanzar un graznido, tendré que llamar a los pretorianos... por no hablar del consiguiente papeleo: tendré que llenar un informe del incidente, largo como tu brazo. Espero que no seas un galo merodeador...

—No lo soy, puedes estar tranquilo. Incluso mi perra tiene la ciudadanía romana.

—Es un alivio.

Desde la ocasión en que un monstruoso ejército de celtas arrasó Italia y llegó a saquear la propia Roma, se había otorgado un estatus privilegiado a una manada de gansos en la ciudadela capitolina, en honor de sus antepasados emplumados que habían dado la alarma y habían salvado el Capitolio. Yo imaginaba que las grandes aves blancas llevaban una vida regalada pero, a decir verdad, aquella bandada tenía un aspecto algo apollado.

Los gansos empezaban a mostrar un interés agresivo por *Nix*. La perra ladró y se encogió contra mis piernas. Yo no confiaba demasiado en poder salvar a aquella cobarde. Cuando me incliné para darle unas palmaditas tranquilizadoras, advertí que había pisado una de las resbaladizas deposiciones verdes que

salpicaban toda la ladera de la colina desde lo alto de los peldaños, más allá de la cárcel Mamertina.

En la hondonada del Capitolio, entre el doble pico de la ciudadela, empezaba a erigirse lentamente el restaurado templo de Júpiter, destruido por un voraz incendio al final de la guerra civil que había llevado a Vespasiano al poder. El templo estaba siendo reconstruido con la debida magnificencia como signo del triunfo de los emperadores Flavios sobre sus rivales. O, según lo expresaban ellos, como gesto de devoción y de la renovación de Roma. El viento trajo hacia nosotros un fino polvo blanco mezclado con la lluvia, mezclada con el ruido de los canteros que trabajaban el mármol; éstos, por supuesto, estaban convencidos de que el impuesto sobre propiedades del censo revalorizaría el precio de los materiales y el trabajo. Cuando terminaran de construir el nuevo templo de Júpiter Capitolino, ganarían un buen dinero con diversas obras en el anfiteatro de Flavio, el nuevo escenario para el teatro de Marcelo, la restauración del templo del divino Claudio y, por último, con la creación del Foro de Vespasiano, que tendría dos bibliotecas y un templo de la Paz.

Una zona próxima al altar exterior dedicado a Juno se había convertido en un pequeño jardín para los gansos sagrados. Éstos tenían una buena vista del Foro, por encima del tejado de la cárcel Mamertina, aunque el recinto en que se hallaban era bastante rocoso e inhóspito.

El custodio era un esclavo público, un anciano de barba afilada y patizambo que, evidentemente, no había sido elegido por su amor a las criaturas aladas. Cada vez que un ganso se acercaba demasiado, él exclamaba: «¡Zorras! ¡Zorras!».

—Es un lugar terrible para ellos —confirmó al advertir mi cortés preocupación. Se cobijó en una choza al pie de un pino enano. Para ser un hombre con fácil acceso a las tortillas de huevos de ganso, por no hablar del esporádico muslo asado, andaba extrañamente escaso de peso. Sin embargo, en eso igualaba a sus delgados protegidos—. Deberían tener una charca o un río y hierbas que arrancar. Yo bajo y las reúno con el bastón... —dijo, y lo agitó sin fuerza. Era un palo astillado que yo no arrojaría a mi perra—. A veces vuelven con unas cuantas plumas de menos pero, por lo general, nadie los molesta.

—¿Por respeto a su carácter sagrado?

—No. Porque te pueden dar un picotazo de mucho cuidado.

Me di cuenta de que, pese a que había granos esparcidos en una amplia zona de terreno, los gansos se alimentaban de un montón de matojos de hierba amarillenta. Interesante. Limpió la bota en parte de la hierba que se le había pegado.

—Tengo que hablarte de tu suministro de grano.

—¡No tengo nada que ver con eso! —refunfuñó el custodio.

—¿No sabes nada de los sacos de grano semanales?

—No hago más que decirles que no queremos tanto.

—¿A quién se lo dices?

—A los carreteros.

—¿Y qué hacen ellos?

—Se lo llevan de vuelta al granero, supongo.

—¿Los gansos no comen grano?

—Bueno, si se lo echo, lo prueban. Pero prefieren la hierba.

—¿Y de dónde traen esa hierba?

—De los jardines del César; me traen la que cortan. Alivia la carga, porque tienen que llevar los desechos fuera de la ciudad. Y algunos de los herbolarios que tienen tenderetes en el mercado me traen lo que queda sin vender cuando empieza a pasarse, en lugar de llevarse de vuelta a casa.

Era un ejemplo clásico de burocracia. Algún funcionario creía que los gansos sagrados requerían un abundante suministro de grano porque sus predecesores les habían dejado una nota de que así era, y nadie había consultado nunca con el custodio de las aves para confirmar cuánto se necesitaba. Probablemente, el hombre se quejaba a los carreteros, pero éstos no sabían qué hacer. No tenían ocasión de transmitir el mensaje a los suministradores del granero de los Galba. A los suministradores los pagaba la Tesorería del Estado, de modo que seguían enviando los sacos. Si se hubiera dado con el funcionario que dio la primera orden, el asunto podría remediarse, pero nunca se le había ocurrido a nadie buscarlo.

—¿Cuál es, pues, la razón de darles grano?

—Si se puede repartir grano a los pobres, también lo pueden recibir los gansos de Juno. Ellos salvaron a Roma. La ciudad demuestra su gratitud.

—¿Cómo? ¿Cien mil pelagatos reciben certificado para recibir cereales gratis... y uno de los envíos se libra regularmente a los sagrados graznadores? Y supongo que deben de ser del mejor trigo, candeal, ¿no es cierto?

—No, no —me tranquilizó el anciano cuidador, que era lento en apreciar la ironía.

—¿Y esto se ha mantenido durante quinientos años?

—Toda mi vida —asintió el custodio con aire santurrón.

—¿Es posible que los carreteros se lleven los sacos que tú rechazas y vendan su contenido a bajo precio? —pregunté con cautela, porque el resfriado me estaba dejando ya sin fuerzas.

—¡Oh, dioses! A mí no me preguntes —replicó el custodio—. Yo estoy aquí metido todo el día, hablando con esas aves.

Le dije que no quería preocuparlo, pero que tenía que tomarse en serio el asunto porque los sacos de aquel día podían haber sido manipulados. Podían haber terminado con un montón de plumas de almohadón. Cuando mencioné el avestruz muerto, el hombre reaccionó finalmente.

—¡Avestruces! —Aquello le provocó un acceso de cólera—. Esos pajarracos comerían cualquier cosa, ¿sabes? Les gusta tragar piedras.

En aquel momento, por comparación, el hombre parecía apreciar a sus gansos.

—Los avestruces no rechazan el grano y parece que también lo reciben —dije brevemente—. Mira, esto es serio. Primero, será mejor recoger lo que les has echado hoy y, a continuación, no vuelvas a dárselo a los gansos a menos que hayas probado el saco con alguna otra ave que no sea sagrada.

Costó un poco convencerlo, pero la amenaza de perder su cargo dio resultado al final. Ató a *Nix* a un árbol, al que acudieron los gansos con intención de molestarla, y el custodio y yo dedicamos media hora a recoger con cuidado, de rodillas, todos los granos de trigo que vimos.

—¿Y qué significa esto? —me preguntó cuando, por fin, nos incorporamos y endurezamos las espaldas doloridas.

—Es parte de una guerra a muerte entre los dueños de los negocios que suministran animales salvajes al circo. Si su estupidez los ha llevado tan cerca de los gansos sagrados, es preciso poner fin a esto ahora mismo. Tengo que averiguar cómo y cuándo dejé el carro del granero ese saco que acabó con el avestruz...

—¡Ah, eso te lo puedo contar yo!

—¿Y eso?

—Los carreteros se detienen siempre en la taberna que hay al pie de la colina y echan un trago para calentarse antes de seguir su camino. En invierno, toman ese trago en el interior. Cualquiera que conozca sus costumbres podría entrar y preguntar discretamente si sobra algún saco en el carro. Por supuesto, sería arriesgado; los sacos van marcados, y allí dice bien claro que son para los gansos. Lo que acaba de ocurrir debe haber sido un suceso aislado.

—¿Eso supones?

Para mí que los avestruces de Calíopo llevaban alimentándose barato con el grano sagrado desde hacía más tiempo de lo que el custodio quería hacerme pensar. Era posible (de hecho, era la solución más plausible) que aquel anciano parlanchín se llevara una buena tajada en el asunto del saco de grano. Probablemente era una gabela tradicional del cargo. Si informaba de ello podía ponerlo en un grave apuro... pero no tenía intención de acosarlo.

—Gracias por tu colaboración.

—Tendré que presentar un informe y decir que los gansos han estado a punto de ser envenenados hoy.

—No lo hagas o todos tendremos que perder muchísimo tiempo con el asunto.

—¿Y tú cómo te llamas? —insistió el anciano.

—Didio Falco. Trabajo para el emperador. Yo me encargaré de todo, confía en mí. Me propongo interrogar al hombre que está tras el envenenamiento. No

debería volver a pasar, pero permíteme un consejo: si no quieres todos los sacos, pide a tus superiores que reduzcan el envío oficial. De lo contrario, algún día, un auditor entremetido con modales menos educados que los míos armará un escándalo.

Los envíos de grano indeseados al Capitolio debían de venir produciéndose desde que había registros. Tal vez se descubriera una de las organizaciones de suministros clandestinos más históricas del imperio. Vespasiano estaría orgulloso de mí. Por otra parte, los avestruces para el entretenimiento del público iban a estar bastante flacos. Nuestro nuevo emperador quería ser popular; quizá preferiría que yo pasara por alto los sacos robados y mantuviese a las aves exóticas bien alimentadas y en buena forma.

Cogí a *Nix* por su propia seguridad. Cuando me marché, el custodio seguía murmurando de su deber de informar a diversos funcionarios de que los preciados gansos se habían librado del desastre. Imaginé que lo hacía por quedar bien. El hombre ya debía de entender que era mejor guardar silencio.

Cuando se dio cuenta de que había dejado de prestarle atención, el hombre volvió a sus tareas normales. Mientras caminaba colina abajo hacia la esquina del Foro, lo oí burlarse de las aves sagradas con una afectuosa exclamación: « ¡Asados en salsa verde! » .

Fue entonces cuando me di cuenta de que, mientras la perdía de vista unos instantes, *Nix* había aprovechado para revolcarse en los desagradables excrementos de ganso.

XXVII

Helena Justina me puso en la frente una mano deliciosamente fría y me dijo que, desde luego, no iba a salir otra vez. Llevó a la niña a otra habitación y se dispuso a cuidar de mí. Aquello podía ser divertido. Me había visto vapuleado por malhechores en muchas ocasiones, pero en los tres años transcurridos desde nuestro primer encuentro no había sufrido, probablemente, un catarro como aquél.

—Te dije que te secaras el pelo como es debido antes de salir de los baños.

—No tiene nada que ver con el pelo mojado.

—Y esa rozadura horrible en el brazo... Es probable que tengas fiebre.

—Entonces, necesitaré atenciones —sugerí con un tono de esperanza.

—¿Descanso en cama? —preguntó Helena con aire bastante burlón. Sus ojos tenían el brillo de una muchacha que sabe que su amado está rindiéndose y a punto de caer en su poder.

—¿Y masaje? —supliqué.

—Demasiado suave. Te prepararé algo más fuerte: una buena purga de áloe.

Sólo estaba bromeando. Helena podía ver que yo no fingía. Con ternura, me preparó el almuerzo y me puso los bocados más deliciosos. Me calentó vino y me quitó las botas para reemplazarlas por unas zapatillas. Después me preparó un cuenco humeante de esencia de pino para inhalar sus vapores bajo un lienzo. Envié un mensaje a la Saepta informando a Anácritos de que me había retirado, enfermo, y que estaba en casa. Enseguida, como un chiquillo que tuviera un inesperado día libre en la escuela, me sentí mejor.

—No podrás salir a cenar esta noche.

—Tengo que ir.

Mientras me comportaba como un paciente dócil bajo el lienzo, le conté a Helena el asunto del avestruz muerto y de los gansos sagrados.

—¡Eso es terrible! Imagina el revuelo que se organizaría si los envenenados hubieran sido los gansos. Marco, si algo no necesita Vespasiano en este momento es que la imaginación del pueblo se solivianta por un mal presagio.

Por lo que había llegado a mis oídos, el propio Vespasiano era bastante supersticioso. Tenía que ver con que había nacido en el campo. Asomé la cabeza y fui obligado a seguir inhalando bajo el lienzo.

—No te preocupes —dije entre toses cuando me envolvió el calor aromático

—. He advertido al custodio de los gansos que mantenga la boca cerrada.

—Sigue respirando.

« ¡Gracias, querida! », pensé.

—No es preciso que Vespasiano se entere.

—Pero alguien debería enfrentarse a Saturnino. —Helena lo dijo con tono enérgico—. Seguro que detrás del envenenamiento de los sacos de grano está él, como venganza porque Calíopo ha soltado al leopardo.

—Matar los gansos de Juno no sirve a los intereses de nadie.

—Es cierto. Por eso la amenaza de una atención imperial indeseada podría ayudar a enfriar la disputa. Esta noche iré a cenar con Saturnino y lo pondré sobre aviso.

—O vamos los dos... o rompemos nuestra relación —repliqué.

—De acuerdo, pero hablo yo. —Durante mi vida eran las mujeres las que decían saber lo que me convenía hacer y ahora Helena me salía con éstas.

Me acomodé lo mejor que pude a la postura en que me hallaba, encorvado sobre la palangana. Por una vez agradecí no tener que llevar yo este control. Podía confiar en que Helena diría lo correcto y haría las preguntas adecuadas.

Aburrido, asomé la cabeza para tomar aire fresco y enseguida deseé ocultarme otra vez. Teníamos un visitante; Esmaracto estaba allí pendiente de si volvía a casa para el almuerzo. El que me hubiera concedido el tiempo suficiente para comer y para relajarme era un aviso de que su misión debía de ser seria.

—Aquí hay un olor raro, ¿verdad, Falco?

A Esmaracto ya se le había subido a la nariz un tufillo a excrementos de ganso en los que *Nux* se había revolcado.

—Pues sí. Apesta a algo que el casero debería ocuparse de eliminar... o es el olor del propio casero. ¿Qué quieres, Esmaracto? Sé breve, te lo ruego; estoy enfermo.

—Dicen que tienes algo que ver en la apertura del nuevo anfiteatro.

Me soné la nariz y guardé silencio.

Esmaracto se inclinó con ganas de congraciarse conmigo. Esta vez sí que me sentí a punto de vomitar.

—Me pregunto si habría alguna posibilidad de que hicieras algún comentario favorable sobre mí, Falco...

—¡Por el Olimpo! Debo de estar delirando.

—No, lo has oído muy bien.

Me disponía a responder a Esmaracto que, por mí, podía saltar al Tíber calzado con botas de suelas de plomo, pero se impuso la lealtad a Lenia. O, al menos, el deseo de quitármela de encima.

—Sería un placer. —Por fortuna, sonó como si mi voz vacilara debido a la irritación de garganta y no a la resistencia a pronunciar palabras tan amables—. Hagamos un trato, Esmaracto. Firma la devolución de la dote, divórciate de

Lenia y veremos qué puedo hacer. De lo contrario, ya sabes cuál es mi postura: como viejo amigo de Lenia, he prometido ayudarla a resolver sus asuntos. Si hiciera más por ti que por ella, Lenia no me lo perdonaría nunca.

—¡Antes la veré en el Hades! —Esmaracto estaba furioso.

—Te dibujaré un mapa de cómo encontrar la laguna Estigia. La decisión está en tus manos. Tu empresa apenas cuenta en la lista de proveedores para la ceremonia de apertura. Tu escuela de gladiadores se debate en...

—¡Sólo lucha por expandirse, Falco!

—Entonces, ten en cuenta mis condiciones. Cuando se inaugure el anfiteatro habrá unos beneficios fabulosos. Pero un hombre debe guiarse por sus principios...

Esmaracto no reconocería un principio aunque anduviera a seis patas y le picara la punta de la nariz.

Metí la cabeza bajo el paño y me perdí en el vapor reconfortante. Escuché un gruñido, pero no lo investigué. Lenia no tardaría en decirme si el hombre había hecho algo, útil o no.

Varios visitantes más intentaron perturbar mi descanso aquella tarde; pero, para entonces, ya me hallaba metido en cama; la perra me calentaba los pies y la puerta de la habitación permanecía bien cerrada. En sueños llegó hasta mí vagamente la voz de Helena que despedía a los intrusos. Me pareció que uno de estos era Anácrites. Después oí la voz de Gayo, mi sobrino, sobornado sin duda para que cuidara de Julia aquella noche mientras estábamos fuera. Otra voz que me pareció oír, y que lamenté más no poder atender, fue la de mi antiguo colega, Petronio, a quien Helena también despidió. Más tarde averigüé que me había traído un poco de vino, su remedio favorito para los mareos... como lo era para cualquier otra cosa. Había médicos que estaban de acuerdo con él. Pero, claro, hay médicos que están de acuerdo con cualquier cosa. Muchos pacientes ya fallecidos podrían decir algo.

Finalmente, cuando ya empezaba a conformarme con seguir donde estaba el resto de la semana, Helena me obligó a incorporarme y me trajo un cuenco con agua caliente, una esponja y un peine. Me lavé, me peiné, hice un pequeño esfuerzo para levantarme, me puse varias camisas y, por último, me cubrí con la prenda nueva de paño rústico. La ropa estaba tan imaculada que parecía esperar a que se le cayera encima un buen cuenco de salsa púrpura. Era demasiado abultada y las mangas eran incómodas —para mover los brazos. Si mi vieja túnica verde se había ajustado a mí como una segunda piel, con la que llevaba en aquel momento me sentía consciente de la aspereza de la tela y de las arrugas, que no esperaba encontrar. Además, el aire olía a productos químicos de batán.

Helena Justina hizo oídos sordos a mis continuas murmuraciones. Cuando estuve listo (todo lo acicalado que estaba dispuesto a estar), me tumbé en la cama

y la contemplé con displicencia mientras se peinaba calmadamente. Antes de abandonar la casa de su padre para vivir conmigo, unas doncellas habrían retocado sus largos y suaves rizos con unas tenacillas calientes, pero ahora tenía que peinar, rizar y retocarse el pelo ella misma. Se había hecho experta en el manejo de los finos alfileres de cabeza y no profirió la menor queja. Después se contempló en un borroso espejo de mano, de bronce, e intentó aplicarse rojo de hollejo de uva y polvo de semilla de lupino a la luz mortecina de una lámpara de aceite. En aquel punto empezó a murmurar para sí. Diciembre era mal mes para embellecerse el rostro. El fino maquillaje de ojos con colores sacados de frasquitos de cristal verde con espátulas de plata requería inclinarse sobre el espejo rectangular encajado en su joyero e incluso era causa de sus rabietas. Me incliné hacia delante y rellené de aceite la lámpara para que tuviera suficiente luz, aunque no pareció que sirviera de mucho. Al parecer, yo no hacía sino estorbar.

Según Helena, en realidad no le preocupaba gran cosa su aspecto. Por eso pasó más de una hora dedicada a acicalarse.

Cuando ya me había puesto cómodo y empezaba a dormitar otra vez, Helena declaró que ya estaba a punto para acompañarme a la cena. Se había adornado con buen gusto y llevaba un vestido verde pálido, con el collar de ámbar y las zapatillas de suela de madera, que completaba con un grueso echarpe de invierno que le colgaba de manera seductora. Helena hacía un elegante contraste con mi túnica de color bermejo intenso.

—Estás muy atractivo, Marco —me dijo. Yo suspiré—. He pedido prestada la litera de mis padres para que no tengas que exponerte a las inclemencias del tiempo. Hace una tarde fría, aunque... —¡Como si la túnica nueva no fuera suficiente molestia! Y a continuación, me puso en el apuro definitivo—: ¡Podrías llevar tu capa gala!

La había comprado en la Germania Inferior en un momento de locura, era una prenda recia, informe y cálida al tacto. Tenía cosidas unas mangas anchas que salían del cuerpo en ángulo recto y una capucha ridículamente puntiaguda. Estaba hecha como impermeable y no había que tener en cuenta el aspecto estético. Yo había jurado que nunca me verían en mi ciudad envuelto en una prenda tan tosca, pero esa tarde debía de estar enfermo de verdad porque, pese a todas mis protestas, Helena consiguió enfundarme la capa gala y abrocharme los botones hasta el cuello, como si fuera un crío de tres años.

Me di cuenta de que debería haberme quedado en cama. Había pensado en abrumar a Saturnino con mi refinamiento y, en lugar de esto, llegaba a su elegante mansión hecho un fardo en una litera prestada, con la nariz goteando, los ojos febriles y el aspecto de un jorobado dios celta de los bosques. Lo que me enfureció más fue ver que Helena Justina se reía de mí.

XXVIII

Saturnino y su esposa vivían cerca de la colina del Quirinal. Todas las estancias de la casa habían sido pintadas tres meses antes por artistas de frescos. La pareja poseía muchos muebles con incrustaciones de plata, repartidos por los rincones y ornados de vistosos cojines. Las patas bien torneadas de los triclinios y de las mesillas se hundían en lujosas alfombras de pieles, algunas de las cuales aún lucían la cabeza del animal. Estuve a punto de meter el pie izquierdo en las fauces de una pantera disecada.

Mientras me conducían al interior y me liberaba de mis prendas de calle, averigüé que la esposa se llamaba Eufrasia. Ella y su marido salieron a recibirnos educadamente tan pronto como llegamos. Era una mujer sumamente guapa, de unos treinta años, de tez más oscura que la de él, boca generosa y unos espléndidos ojos de mirada dulce.

Eufrasia nos condujo a un cálido comedor decorado con ricas telas, unas rojas, otras negras. Las puertas plegables conducían a un jardín con columnas que, según Saturnino, usaban como comedor de verano. Nos enseñó el jardín: había una gruta iluminada, con el fondo de cristales de colores y conchas marinas. Con amables expresiones de preocupación por mi salud, nos condujo de nuevo al interior de la casa y me ofreció un lugar cerca del brasero.

Éramos los únicos invitados. Al parecer, la idea de entretenimiento de aquella pareja era celebrar fiestas en la mayor intimidad. Bien, aquello encajaba con lo que me habían contado sobre la noche que cenaron con el ex pretor Urtica.

Procuré recordar que estaba allí para trabajar aunque, de hecho, la casa era tan cómoda y mis invitados tan campechanos que me di cuenta de que empezaba a olvidarlo. La intuición me hacía desconfiar de Saturnino pero, en cuestión de media hora, me quedé sin argumentos.

Afortunadamente Helena se mantuvo alerta. La conversación fue de un tema a otro mientras dábamos cuenta de diferentes platos en porciones generosas, cargadas de especias; yo intentaba frenar el goteo de mi nariz después de las especias cuando la oí ir al grano:

—Bien, cuéntame cuál es tu procedencia. ¿Cómo llegaste a Roma?

Saturnino extendió su corpulento armazón en el triclinio que ocupaba. Su actitud relajada parecía típica en él. Llevaba una túnica gris casi tan nueva como la mía, unos brazaletes por encima del codo y unos gruesos sellos de oro que

brillaban en sus dedos.

—Procedo de la Tripolitania y llegué hace... hace unos veinte años. Soy ciudadano con derechos desde que nací y la vida ha sido generosa conmigo. Pertenezco a una familia acomodada y culta perteneciente a los dirigentes de la comunidad local. Tenemos tierras, aunque no las suficientes, como la mayoría...

—¿Dónde están? ¿Cuál es tu patria chica?

Helena consideraba que la mayoría de la gente estaba excesivamente impaciente por contar su vida y, por lo general, procuraba no preguntar nada. Pero cuando lo hacía era imposible detenerla.

—Leptis Magna.

—Es una de las tres ciudades de las que toma su nombre la provincia, ¿no?

—Exacto. Las otras son Oea y Sabrata. Yo, naturalmente, siempre mantendré que Leptis es la más importante...

—Naturalmente... —Helena empleaba un tono de voz chispeante e inquisitivo como si todo fuera una mera charla intrascendente, iniciada por una invitada bastante entrometida. El lanista hablaba con tranquilidad y confianza. Yo creí su afirmación de que su familia en Leptis era gente de posibles, pero esto dejaba abierto un gran interrogante. Helena sonrió—: No quiero ser impertinente, pero, si un hombre con buenos orígenes termina como lanista, debe de haber una buena historia detrás...

Saturnino reflexionó al oír estas palabras. Advertí que Eufrasia lo observaba. Parecía que la pareja se llevaba bien pero, como tantas esposas, la mujer observaba a su compañero con un leve velo de divertido interés, como si a ella no la engañara. Yo también me dije que aquellos ojos de mirada suave podían resultar engañosos.

El marido se encogió de hombros. Si había luchado en el circo, era porque había fundamentado su vida en afrontar desafíos. Supuse que sabía que Helena no era presa fácil y que quizá lo que le atraía de ella fuera el riesgo de revelarles demasiado.

—Abandoné mi casa con la promesa de que un día sería importante en Roma.

—Y luego, el orgullo te impidió regresar antes de haberte labrado un nombre, ¿no es eso? —Helena y el hombre parecían dos viejos amigos que se reían juntos, con aire desenvuelto, de las faltas de uno de ellos. Saturnino fingía ser sincero; Helena aparentaba creérselo.

—Roma resultó toda una conmoción —reconoció Saturnino—. Yo tenía dinero y educación. En este aspecto podía rivalizar con cualquier joven de mi edad perteneciente a las grandes familias senatoriales, pero era un provinciano y tenía cerradas las puertas de la vida política a alto nivel. Podría haberme dedicado al comercio de importaciones y exportaciones, pero no iba conmigo; para trabajar en eso, podría haberme quedado en Leptis. La alternativa era

convertirme en una especie de poeta tedioso, una especie de hispano mendigando favores en la corte... —Eufrasia soltó un resoplido ante tal insinuación y Helena sonrió. Saturnino asintió a ambas—. Y no acababa de ver cómo se admitía en el Senado, con todos los honores, a esos greñudos bebedores de cerveza de las tribus galas, y en cambio, no se consideraba merecedores del mismo trato distinguido a los tripolitanos.

—Pronto se lo darán —le aseguré. Vespasiano había sido gobernador de África; sin duda ampliaría el cupo senatorial tan pronto como pensara en ello. Anteriores emperadores lo habían hecho con las provincias que ellos conocían bien; de ahí la presencia de senadores galos de largas barbas a los que tanto despreciaba Saturnino, patrocinados por el viejo y chiflado Claudio. De hecho, si Vespasiano no había tenido aún la idea de hacer algo por África, yo podría despertar su interés con un informe. Lo que fuera, con tal de parecer útil al gobierno. Y a Vespasiano le gustaría, pues es una medida barata.

—¡Es demasiado tarde para mí!

Saturnino tenía razón: era demasiado viejo... y se dedicaba a una profesión mal considerada.

—De modo que decidiste vencer al sistema... —intervino Helena con calma.

—Era joven y precipitado. Naturalmente, era de esos que tienen que enfrentarse al mundo de la manera más dura posible.

—Y te hiciste gladiador.

—De los buenos —dijo con orgullosa satisfacción.

—Creo que los luchadores voluntarios tienen una posición superior; ¿no es así?

—Pero uno tiene que ganar los combates, pese a quien pese. De lo contrario, la única posición que alcanza es la de cadáver arrastrado fuera de la arena con ganchos.

Helena bajó la vista a su cuenco de confitura.

—Cuando conseguí la espada de madera, me produjo una especie de amargo placer convertirme en lanista —continuó Saturnino tras un momento de silencio—. Los senadores tenían autorización para mantener grupos de gladiadores; para ellos era un pasatiempo excéntrico más. Yo me metí a fondo en mi profesión. Y dio resultado; al final, he conseguido cuanto deseaba.

Aquel hombre era una curiosa mezcla de ambición y cinismo. Seguía teniendo el mismo aspecto de gladiador que cualquier esclavo vendido para llevar esa vida, pero disfrutaba de sus lujos actuales con gran naturalidad. Antes de entrar en el negocio del circo, había crecido en la Tripolitania habituado a que unos criados respetuosos le sirvieran la comida y a tomarla en una vajilla elegante. Eufrasia, su esposa, ordenó que sirvieran cada plato de la cena con un gesto imperioso; ella también estaba perfectamente acostumbrada a aquel estilo de vida. Lucía un enorme collar con hileras de alambres trenzados y discos de cobre, realzado con rubíes de un rojo intenso; parecía a la vez exótico y antiguo y

quizás era heredado.

—Una típica historia romana —comenté—. Las normas dicen que uno es del lugar donde lo coloca su dinero. Pero a menos que te llames Cornelio o Claudio y que tu familia tenga una casa al pie del Palatino y dentro de las murallas de Rómulo, tienes que abrirte camino como puedas para encontrar un puesto decente. Los recién llegados necesitan empujar con fuerza para conseguir ser aceptados. Pero se puede conseguir.

—Y no te ofendas, Saturnino —intervino Helena—, pero no tiene que ver sólo con venir de provincias. Alguien como Marco también tiene que librar una batalla tan dura como la tuya.

Me encogí de hombros.

—Quizás el Senado sea inaccesible para muchos de nosotros, pero ¿y qué? ¿Quién necesita al Senado? Para ser sinceros, ¿quién desea apechugar con esa carga? Cualquiera puede trasladarse donde guste, si tiene capacidad de aguante. Tú eres una muestra de ello, Saturnino. Te has abierto camino literalmente luchando. Y ahora cenas con magistrados de la ciudad... —El lanista no mostró la menor reacción cuando aludí a Pomponio Urtica—. No te falta nada ni en lujo ni en posición social... —decidí no mencionar el poder; aunque Saturnino también tenía algo de eso—, aunque tu ocupación sea sórdida...

Saturnino me dedicó una mueca burlona.

—La más baja de todas: compuesta, a la vez, de chulos y carniceros. Procuramos hombres, pero como carne de matadero.

—¿Es así como lo ves?

Me había parecido que su ánimo era sombrío, pero Saturnino estaba disfrutando a fondo de la conversación.

—¿Qué quieres que diga, Falco? ¿Quieres que finja que suministro hombres como una especie de devoción piadosa? ¿Sacrificios humanos como prenda sangrienta para aplacar a los dioses?

—Los sacrificios humanos siempre han sido ilícitos entre los romanos.

—Pues así fue como empezó todo —murmuró Helena—. Parejas de gladiadores se enfrentaban durante los juegos funerarios que celebraban las grandes familias. Era un rito dedicado tal vez a proporcionar la inmortalidad a los difuntos mediante el derramamiento de sangre. Aunque los gladiadores luchaban en el foro del Mercado de ganado, el combate seguía entendiéndose como una ceremonia privada.

—¡Y en eso es en donde todo ha cambiado hoy día! —Saturnino se inclinó hacia delante y sacudió el índice—. Ahora no se permiten los combates en privado.

El lanista tenía razón; el motivo de que lo dijera me hizo sospechar. Me pregunté si aquello tendría especial relevancia. ¿Había habido alguna velada de gladiadores en privado últimamente?, ¿alguien había intentado organizar una por

lo menos?

—Ese es el elemento político —indiqué—. Hoy, los combates se celebran para sobornar al pueblo durante las elecciones, o para glorificar al emperador. Los pretores echan un vistazo una vez al año, en diciembre, pero salvo eso, sólo el emperador puede ofrecer juegos circenses al público. Un espectáculo financiado por bolsillos privados sería considerado una excentricidad, casi una traición. El emperador, desde luego, consideraría hostil a cualquier hombre que los encargara.

Saturnino sabía escuchar con expresión absolutamente impasible, pero noté que me acercaba a alguna oculta verdad. ¿Todavía estábamos hablando de Pomponio Urtica, tal vez?

—Sin un ceremonial, sería sólo por el regodeo en la sangre —intervino Helena.

—¿Cómo es eso? —Eufrasia, la esposa elegante, hizo una de sus escasas contribuciones a la conversación—. ¿Es más cruel derramar sangre en un ambiente privado que ante una multitud?

—El circo constituye un rito nacional —dijo Helena—. A mí me parece cruel, en efecto, y no soy la única. Pero los juegos de gladiadores establecen el ritmo de la vida en Roma, junto con las carreras de carros, las naumaquias y las representaciones dramáticas.

—Y muchos combates son un castigo formal para delincuentes —apunté.

Helena torció el gesto:

—Ese es el arte más cruel, cuando un preso lucha, desnudo y sin protección, sabiendo que si vence al oponente sólo conseguirá continuar en la arena para enfrentarse a otro tan desesperado como él y más descansado.

Helena y yo ya habíamos discutido el tema en otras ocasiones.

—Pero tú ni siquiera disfrutas contemplando a los profesionales, cuyo arte con la espada es un asunto de habilidad —apunté.

—No. Aunque eso no es tan terrible como lo que les sucede a los delincuentes.

—Se supone que eso los redime. Su culpa es denunciada por la multitud, las estatuas de los dioses están cubiertas con velos para que no vean la proclamación de los delitos del condenado, y con ello se da cumplimiento a la justicia.

Helena no dejó de mover la cabeza con gesto negativo.

—La multitud debería sentirse avergonzada de participar en esos juegos.

—¿No quieres que los criminales reciban su castigo?

—Parece que todo se lleva a cabo de forma demasiado rutinaria; por eso me disgusta.

—Es por el bien público —repliqué en claro desacuerdo.

—Por lo menos, se ocupan de que reciban un castigo —terció Eufrasia.

—Si no te parece humano —continuó la discusión con Helena—, ¿qué opinas

que deberíamos hacer con un monstruo como Turio? Ha hecho pasar por experiencias horribles a un gran número de mujeres, las ha matado y las ha descuartizado. Ponerle una simple multa o enviarlo al exilio sería intolerable. Y, a diferencia de un ciudadano privado, no se le puede ordenar que se deje caer sobre su espada cuando es detenido y acusado. Turio no está en condiciones de hacer algo así... y, en cualquier caso, es un esclavo; no se le permite empuñar una espada a menos que lo haga confinado en el circo y que el combate sea su castigo.

Helena sacudió la cabeza.

—Sé que la condena a un preso a morir en público tiene el propósito de escarmentar a otros. Sé que es una muestra de ejemplarización dirigida al público. Simplemente, no me gusta asistir.

Saturnino se inclinó hacia ella. Mientras discutíamos, había permanecido atento y en silencio.

—Si el Estado ordena una ejecución, ¿no debería llevarla a cabo abiertamente?

—Quizás —asintió Helena—. Pero el circo utiliza el castigo como forma de diversión. Eso es ponerse al nivel de los delincuentes.

—Hay cierta diferencia —explicó el lanista—. Acabar con una vida humana en la arena, por efecto de la zarpa de un león o por la espada, debe ser rápido y bastante eficaz. Tú lo has llamado «rutinario» pero, para mí, eso es lo que lo hace tolerable. Es un asunto neutro, desapasionado. No es lo mismo que la tortura; no es como lo que hacía ese criminal de Turio: infligir deliberadamente un daño prolongado a su víctima y disfrutar con sus sufrimientos.

La esposa de Saturnino le pidió que callara con un grácil gesto de la mano.

—Ahora vas a alabar la nobleza de la muerte de un gladiador.

El hombre replicó con brusquedad:

—No. Eso es un revés económico; una muerte así cuesta dinero; cada vez que tengo que asistir a una me siento enfermo. Y si el muerto es uno de los míos, me enfurezco.

—Ahora hablas de tus profesionales, caros de entrenar y de mantener. Y no de hombres condenados. —Le dediqué una sonrisa—: ¿Te gustaría, entonces, ver combates en los que todo el mundo saliera ileso? ¿Simples exhibiciones de habilidad?

—¡La habilidad no tiene nada de malo! —fue su réplica—. Pero a mí, Marco Didio, me gusta lo que le gusta al público.

—Siempre tan pragmático...

—Siempre tan comerciante. Existe una demanda y yo proporciono lo necesario. Si yo no hiciera el trabajo, lo haría otro.

¡La excusa tradicional de los suministradores de vicio! Por eso a los lanistas los llamaban «chulos». Como había comido a su mesa, me reprimí de hacer

este comentario en voz alta. Yo también estaba mediatizado.

Al parecer; a Eufrasia le gustaba agitar las cosas. Hacía unos comentarios provocadores: «Me parece que nuestros invitados mantienen un amplio desacuerdo sobre la crueldad y el comportamiento de la humanidad...».

Helena y yo vivíamos como marido y mujer; por definición, nuestros desacuerdos nunca eran muy complicados.

A Helena, probablemente, le sentaba mal que una desconocida hiciese comentarios sobre nuestra relación.

—Marco y yo estamos de acuerdo en que una acusación de crueldad es el peor insulto que puedes lanzarle a nadie. Los emperadores crueles están malditos en el recuerdo público y borrados de la memoria de la gente. Y, por supuesto, «humanidad» es un término latino, un invento romano.

Para tratarse de una mujer sin ínfulas, era capaz de adoptar un aire de superioridad como la miel sobre un pastel de canela.

—¿Y cómo definen los romanos su maravillosa humanidad? —preguntó Eufrasia en tono satírico.

—Como «amabilidad» —apunté—, comedimiento, educación. Una actitud civilizada hacia todo el mundo.

—¿Esclavos, inclusive?

—Incluso lanistas —repliqué secamente.

—¡Ah, esos! —con aire torvo, Eufrasia envió una mirada de reojo a su esposo.

—Yo quiero que los criminales violentos sean castigados —declaré—. Contemplar el castigo no me produce una satisfacción personal, pero parece acertado actuar como testigo. No creo que me falte humanidad, aunque reconozco que me alegra vivir con una chica que anda sobrada de ella.

Eufrasia continuó insistiendo:

—¿Y por eso estás impaciente por ver a Turio devorado por un león?

—Desde luego. —Me volví para mirar directamente al marido—. Y eso nos lleva de cabeza a ese león en particular que estaba previsto que hiciera el trabajo.

Durante unos instantes, nuestro anfitrión bajó la guardia y dejó entrever su incomodidad. Era evidente que Saturnino no deseaba hablar de lo sucedido a Leónidas.

XXIX

Eufrasia sabía que había dicho algo inconveniente; lo de Leónidas era un caso cerrado, aunque tal vez a la mujer no le habían explicado por qué. Sin pestañear; hizo un gesto a los criados para que se llevaran el postre. Cuatro o cinco discretos camareros entraron con pisadas silenciosas para quitar las mesas, con la vajilla usada y la cubertería incluidas. Los esclavos pasaron delante de nuestros triclinios, lo cual resultó muy conveniente porque provocó un alto en la conversación que aprovechó Saturnino para recuperar el aplomo. El gesto ceñudo de la frente del lanista se relajó.

De todos modos, no resultaría fácil si se sintiera arrinconado.

—¿Y qué dice Calíopo de lo sucedido? —me preguntó sin tapujos ni componendas.

Saturnino era demasiado listo como para no darse cuenta de por dónde iban los tiros.

—Según parece, algunos de sus bestiarios liberaron a Leónidas durante una juerga en el patio. El león se entregó al juego y terminó la noche con una lanzada en el costado. Se supone que el cabecilla de la jarana fue un tal Idíbal.

—¿Idíbal? —la sorpresa de Saturnino parecía sincera.

—Un joven bestiario de Calíopo. Esto no es nada especial, aunque quizás está volviéndose loco. Tiene a cierta mujer que lo persigue abiertamente.

Saturnino guardó silencio durante un segundo. ¿Era porque sabía que Idíbal no había tenido nada que ver con el incidente de Leónidas? Por fin, como si diera el tema por cerrado, o eso pretendiese, declaró:

—Calíopo tiene que saber lo que sucede en su propio patio, Falco.

—Bueno, supongo que está al corriente...

—Por tu modo de hablar, parece como si sospecharas que ha sucedido algo más, Falco —intervino Eufrasia. Su marido la miró con rabia mal contenida. La mujer tenía un carácter voluble; en un momento dado era todo tacto y, al siguiente, se volvía contra él con obstinación.

Carraspeé. Empezaba a sentirme cansado y habría preferido aplazar el encuentro. Helena alargó la mano, tomó la mía y la apretó.

—Marco Didio es un informador: ¡por supuesto que cree todo lo que le dicen! Eufrasia se echó a reír; más tal vez de lo que pedía la ironía.

—¿Es cierto que tú y Calíopo sois serios rivales?

—Somos los mejores amigos —mintió él valientemente.

—He oído comentar que os peleasteis cuando formasteis una sociedad.

—Bueno, hemos tenido alguna pelotera. Calíopo es un típico oeano. Un bufón taimado y falso. Aunque él, probablemente, respondería a eso con un: «¿Cómo no va a insultarme uno de Leptis?» .

—¿Está casado? —preguntó Helena a Eufrasia.

—Con Artemisa.

—La mujer me parece casi esclavizada. —Me recuperé un poco y me sumé otra vez a la conversación—. Mi socio y yo descubrimos indicios de que Calíopo tiene una amante... y se supone que su esposa le arma una bronca sobre lo que hace fuera del trabajo.

—Artemisa es una mujer agradable —declaró Eufrasia con firmeza.

—¡Pobrecilla! —Helena frunció el entrecejo—. ¿La conoces bien, Eufrasia?

—Bien, no —la mujer de Saturnino le sonrió entre dientes—. Después de todo, ella también es de Oea y yo soy una buena ciudadana de Leptis. La veo en los baños a veces. Hoy no estaba; alguien me ha dicho que se había marchado a la villa que tienen en Sorrento.

—¿Para las Saturnales? —Helena arqueó las finas cejas con expresión de perplejidad. Sorrento tenía las mejores vistas de Italia y en verano era delicioso. El mes de diciembre, en cambio, es terrible en cualquier promontorio junto al mar. Tuve la secreta esperanza de que no hubiera sido la labor de Falco y Socio lo que hubiera causado el exilio de la pobre mujer.

—Su marido piensa que Artemisa necesita el aire marino —dijo Eufrasia en tono burlón; Helena, con gesto irritado, se lamentó de la falta de tacto de los hombres.

Saturnino y yo intercambiamos unas varoniles miradas de inocencia.

—¿Y esas peloteras con tu antiguo socio —le pregunté bruscamente— incluyen el incidente con tu leopardo, ayer, en la Saepta? He oído decir que varios hombres de Calíopo estuvieron en el lugar de los hechos.

—¡Ah! Él estaba detrás del asunto —asintió Saturnino. Pero, claro, no iba a esperar que lo negara.

—¿Tienes alguna prueba que lo demuestre?

—Por supuesto que no.

—¿Y qué puedes decirme de un saco de grano que esta mañana alguien ha desviado de su destino en la ciudadela y ha resultado estar envenenado?

—No sé de qué me hablas, ni puedo decirte nada al respecto, Falco.

Esperaba una respuesta así. Por eso repliqué:

—Me alegro de que no te atribuyas el mérito. Si los gansos sagrados de Juno hubieran engullido ese grano envenenado, Roma se enfrentaría a una crisis nacional.

—Eso es terrible —dijo él, impassible.

—Calíopo parece ser el destinatario habitual de los sacos que «se caen» del carro...

Saturnino no se sorprendió lo más mínimo al oír esta afirmación.

—Los ladrones de caminos hurtan cosas cuando los carros aminoran la marcha en los cruces, Falco.

—Sí, es un viejo truco que se ha extendido mucho, últimamente. Y como explicación suena mejor que eso de que el suministrador permitía a los propietarios de negocios de fieras un chanchullo continuado y regular.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso. Nosotros adquirimos la comida al precio marcado, a través de los canales regulares.

—Bueno, desde luego te recomiendo que sigas haciéndolo así durante los próximos meses. ¿Y entre esos «canales regulares» está el granero de los Galba?

—Creo que tenemos mejores tratos con el de los Lolio.

—Muy astuto. Por cierto, Calíopo ha perdido un buen ejemplar de avestruz macho que comió del grano envenenado.

—No sabes cuánto lo siento por él.

Helena había notado que yo empezaba a decaer otra vez e intervino en este punto:

—Desde luego, parece que Calíopo tiene bastante mala suerte con sus fieras. O tal vez no. Piensa en el león que perdió primero: ese cuento de una bronca en el patio de entrenamiento es falso, evidentemente. Hay pruebas que demuestran que Leónidas fue sacado de su jaula y trasladado a otra parte. O Calíopo es tan estúpido como para creer lo que dicen que hizo Idíbal, o conoce la auténtica verdad y todo es un intento ridículo por desviar la atención de Marco Didio.

—¿Por qué haría Calíopo una cosa así? —preguntó Eufrasia con los ojos muy abiertos y una risita delatora.

—La respuesta más fácil, lo que quieren que creamos, es que Calíopo ha decidido tomarse la justicia por su mano por la muerte del león y no quiere interferencias.

—¿Y el asunto tiene una solución complicada, Helena?

Yo estaba observando a hurtadillas a Saturnino, pero éste consiguió dar a su expresión un aire de mera cortesía.

—Una explicación —sentenció Helena— sería que Calíopo estaba perfectamente al corriente de lo que se planeaba para esa noche.

Por el interés que demostraba, se diría que Saturnino estaba escuchando el resumen de una novela griega recién aparecida en el mercado de Roma.

—¿Y por qué querría que le mataran ese león? —Eufrasia expresó su incredulidad con un resoplido.

—Imagino que no lo tenía previsto. No sé qué turbio asunto se llevará entre manos, pero lo más probable es que Leónidas muriese por accidente.

—Cuando Calíopo vio el cuerpo, sus reacciones me parecieron sinceras — asentí para confirmarlo. De hecho, la rabia y la sorpresa del lanista habían sido los únicos signos claros que había visto en toda la jornada—. Pero estoy convencido de que sabía desde el primer momento que iban a llevarse a Leónidas en plena noche.

Me fijé en Saturnino. Su manera de fijar la mirada en las uñas de sus dedos señalaba un cambio de actitud. ¿Qué era lo que le había perturbado? ¿Que Calíopo conociese el plan? No; aquello se lo había oído decir a Helena sin pestañear siquiera. ¿Que iban a llevarse a Leónidas a media noche...? ¿Era Leónidas la palabra clave? Recordé un par de hechos sorprendentes que había visto en el departamento de las fieras: el rótulo con el nombre de Leónidas guardado en otra parte del edificio y el tráforo con el segundo león, primero escondido en otra parte y luego trasladado de nuevo al corredor principal, como si ése fuera su lugar habitual.

—Mi opinión —apunté con tono seco— es que Leónidas era un sustituto.

—¿Un sustituto? —Incluso Helena se quedó sorprendida.

—Calíopo tiene un segundo león, uno nuevo recién importado. Y creo que este otro animal, Draco, era el destinado a desaparecer en esa enigmática movida nocturna.

Saturnino guardó silencio. Todo aquello no tenía nada que ver con él. O quizás el lanista estaba en el ojo del huracán.

—Para mí que Calíopo —apunté—, por alguna razón que no alcanzo a comprender, hizo cambiar a Leónidas por Draco, en secreto.

Saturnino levantó la mirada, y muy despacio, comentó:

—Sería muy peligroso, si alguien esperaba encontrarse con un animal salvaje recién capturado, y la realidad era enfrentarse a un león entrenado en devorar hombres.

Sostuve su mirada resueltamente.

—¿Los receptores estarían alerta y reconocerían el comportamiento impropio del animal? —El lanista no respondió—. Puede que los encargados del asunto no supieran tratar adecuadamente al devorador de hombres. Imaginad la escena: Leónidas había sido acostumbrado a hacer desplazamientos en una pequeña jaula de transporte y sabía qué le esperaba al final del trayecto: la arena... y unos hombres a los que devorar. Esa noche estaba hambriento; su cuidador me lo dijo. Pero cuando los desconocidos lo sacaron de la jaula, quizás hicieron sin advertirlo algún gesto o alguna señal que provocó que el animal reaccionara como estaba entrenado a hacer. Por lo general, se mostraba tranquilo e incluso amistoso, pero si creía haber recibido la orden de atacar, se lanzaría sobre el primer hombre que viera... y mataría incluso a quien se le pusiera por delante.

—Y cuando empezó a atacar, todo el mundo se dejaría llevar por el pánico

—apuntó Helena.

—Todo el que empuñase un arma —continué—, debió de intentar matar a la fiera. Un gladiador, por ejemplo.

Saturnino hizo un leve gesto con la mano. El movimiento sólo decía que mi sugerencia era verosímil. No decía que hubiera presenciado nada parecido. Eso nunca lo confesaría.

Aún no sabía con certeza la razón de que alguien hubiera sacado a Leónidas de su jaula esa noche, dónde lo había llevado o quién lo acompañaba en ese trayecto y en su trágico final, pero estaba convencido de que acababa de averiguar cómo se había producido la muerte.

XXX

¿Tenía importancia?

Jugueteé con un puñado de rabos de pasas que se habían caído al florido cobertor con flecos del triclinio en el que había cenado. ¿Era acaso un excéntrico de cuidado? ¿Era insana e inútil mi obsesión por Leónidas? ¿O tenía razón y el destino de la noble fiera era tan importante para un hombre civilizado, como cualquier muerte inexplicable de un ser humano?

Cuando Saturnino dijo que era peligroso enviar a un devorador de hombres en lugar de mandar a un león sin entrenar, durante un instante fue incapaz de mantener serena la voz. ¿Acaso estaba recordando la muerte? Y si había estado presente, ¿era en algún modo responsable de aquella siniestra farsa? Ya había declarado que él y Eufrosia habían cenado esa noche con el ex pretor Urtica. Calculé que era de esa clase de hombres que saben que las mejores mentiras son las que están más cerca de la verdad; la verdad no podía ser que Saturnino tuviese una coartada respetable, sino algo mucho peor: que el pobre Leónidas también había sido invitado del pretor.

Pomponio Urtica tenía una novia nueva, «salvaje»; quizá quería impresionarla. El pretor se interesaba por el circo y tenía amistad con los lanistas. Saturnino, por su parte, consideraba a Urtica un buen contacto con unas influencias que podían resultarle útiles. Sin embargo, la posición del antiguo pretor podía estar a punto de evaporarse. Si había utilizado su casa para una velada circense privada, podía ser objeto de chantaje. Si llegaba a saberse que había organizado un espectáculo de muerte para su entretenimiento doméstico, Urtica quedaría destruido políticamente.

Por supuesto, Saturnino le serviría de tapadera. Las cosas podían haber sido así: en primer lugar, Saturnino había halagado al pretor preparando en secreto un combate de alguna clase. Después, al torcerse las cosas durante la velada, el lanista sacaría el mayor provecho posible de la situación con una decisión arriesgada. Si salvaba la reputación del magistrado, tendría a un cliente en deuda permanente con él.

Empezaba a entender lo sucedido. Un aspecto que adiviné inmediatamente fue que cualquiera que amenazase con delatar a las personas involucradas correría un claro peligro. Urtica era un hombre poderoso en el aspecto político. Saturnino mantenía un grupo de asesinos entrenados. Él mismo había sido

gladiador; todavía producía la impresión de ser perfectamente capaz de vengarse de cualquiera si lo irritaban.

En el espacio donde un rato antes estaban las mesas se veía ahora una extensión de baldosas de mosaico con formas geométricas, recién barridas. Helena Justina me había observado mientras permanecía pensativo. Sostuvo mi mirada hasta que mi ánimo se alegró un poco y, al verlo, me sonrió con una suave sonrisa enternecedora. Yo notaba la tensión de sobreponerme al resfriado. Habría querido que me llevaran a casa pero todavía era demasiado temprano para retirarse. La hospitalidad nos retuvo en su puño inexorable.

Saturnino llevaba unos momentos con la atención concentrada en un cuenco de nueces. De pronto, levantó la cabeza y, como se suele hacer cuando uno quiere que lo dejen a solas con sus cosas, insistió en hacerme compartir su vivacidad.

—¡Bien, Falco! ¡Corre la voz de que estás apretando a mi antiguo socio, Calíopo!

Aqué! era el tema que menos quería tratar. Ensayé la socorrida sonrisa de discreción.

—Ésa es información privilegiada.

—Seguro que estaba ocultando algo grande al censor.

—Ha contratado a un contable muy brillante.

—Pero tú les aprietas las tuercas, ¿verdad?

Me costó trabajo dominar la irritación.

—Saturnino, eres demasiado inteligente para pensar que por una invitación a cenar voy a revelarte secretos.

Sabía que no hablaría de mi informe con nadie, ni siquiera con el propio Calíopo. Por lo que conocía de la burocracia, era perfectamente posible que Falco y Socio presentaran pruebas de un fraude de un millón de sestercios y, a pesar de todo, toparan con algún asqueroso burócrata de posición elevada que decidiese que había razones políticas, precedentes antiguos o cuestiones que afectaban a su propia pensión, que le hicieran aconsejar a su gran amo imperial que arrinconase la denuncia.

Saturnino era de los que nunca se daban por vencidos.

—En el Foro corre el rumor de que Calíopo tiene un aspecto abatido...

—Eso —interrumpió Helena Justina con calma— será porque su esposa ha descubierto lo de la amante. —Alisó la funda del cojín en el que estaba recostada y continuó—: Debe temer que Artemisa le insista en que vaya con ella a Sorrento en esta horrible época del año.

—¿Es eso lo que tú habrías hecho, Helena? —preguntó Eufrasia al tiempo que me fulminaba con la mirada.

—No —dijo Helena—. Si yo me marchara de Roma porque mi marido me hubiese ofendido, le dejaría la demanda de divorcio apoyada en su cuenco de

comer... o lo tendría a mi lado en el carruaje, conmigo, para poder decirle lo que pienso.

Saturnino puso cara de asombro.

—Tú harías lo que dijera tu esposo.

—Lo dudo —replicó Helena.

Durante unos momentos, Saturnino puso cara de ofendido, como si no estuviera acostumbrado a que una mujer se mostrara en desacuerdo con él... aunque, a juzgar por nuestras observaciones de aquella velada, estaba tan habituado a ello como cualquiera. Después decidió evitar el asunto recurriendo a preguntas más entremetidas.

—¡En fin! ¡Ahora Calíopo tiene que esperar el resultado de tus averiguaciones!

Lo miré directamente a los ojos.

—Para mí y para mi socio no hay descanso. Llevamos a cabo una auditoría minuciosa, no unas meras comprobaciones al azar.

—¿Qué significa eso? —preguntó él con una sonrisa.

Yo padecía un resfriado terrible, pero no iba a ser un triste pelele en manos de nadie. Lo dije con palabras moderadas, ya que estábamos cenando en su casa:

—Significa que tú eres el siguiente.

El resto de la velada lo dedicamos a hablar de dónde comprar guirnaldas en diciembre, de religión, de pimienta y de las ramificaciones más libres de la poesía épica. Todo muy agradable. Dejé que Helena se encargara de ello, porque la habían educado para que brillase en sociedad. Un hombre con la cabeza llena de grillos, hasta el punto de que únicamente puede respirar entre dientes, tiene derecho a repantigarse en su triclinio, fruncir el entrecejo y fingirse un patán del Aventino sin educación.

—Helena Justina posee una erudición admirable —me felicitó Saturnino—. ¡Y habla de pimienta como si fuera propietaria de todo un almacén!

Lo era. Me pregunté si el lanista lo habría descubierto de algún modo. Si no era así, no tenía la menor intención de revelar la riqueza privada de mi compañera.

Había imaginado que Helena querría preguntar a Saturnino y a Eufrasia qué sabían del *silphium*, pues procedían del mismo continente y del mismo hábitat geográfico que la planta, pero no era Saturnino la clase de hombre en cuyas manos dejaría Helena a su hermano menor. Justino no era un inocente, que digamos; pero era un fugitivo y, por tanto, resultaba vulnerable. Era improbable que Camilo Justino pensara en sumarse al *cetus* de gladiadores, aunque no era inaudito que el hijo de un senador adoptara ese oficio cuando andaba desesperado por ganar dinero o buscaba una nueva vida comprometida y desafiante. La idea de que nuestro joven fugitivo llamara la atención del lanista era terriblemente sugerente. Saturnino era un empresario, un tratante en

hombres. Sin duda, contrataría o adquiriría, con el propósito que fuera, a cualquiera que le pareciese útil. Por eso estábamos allí esa noche.

De haber necesitado alguna prueba, habría llegado cuando ya nos marchábamos. En el curso de lo que parecía una inocente charla sobre cómo los poetas profesionales de Roma tenían que realizar su labor creativa a través del mecenazgo si no querían morir de hambre, había dejado escapar como quien no quiere la cosa que yo también escribía versos para relajarme. Un comentario así es siempre un error. La gente quiere saber si lo que uno escribe lo han copiado ya los librereros, o si has pronunciado conferencias en reuniones sociales. Decir que no reduce el prestigio del autor; decir que sí hace que las miradas se tornen borrosas, que se pongan a la defensiva. Aunque he mencionado que en ocasiones acariciaba la idea de contratar una sala para ofrecer una velada de lectura de mis poemas de amor y de mis sátiras, lo he dicho con falsa añoranza. Todo el mundo, y yo con ellos, estaba convencido de que mi aspiración era un sueño.

Lo he dicho desde la clara suposición de que el respeto hacia mí mismo me impedía adular a ningún ricachón haciéndome su cliente. Nunca consentiría ser un mero adorno ni soy de los que disfrutan mostrándose agradecidos. Saturnino vivía en un mundo distinto y no parecía darse cuenta de mi actitud:

—¡Una idea atractiva, Falco! Siempre he aspirado a ampliar mis actividades a algo más culto... Con placer invertiré en tu proyecto.

Dejé que sus palabras pasaran de largo ante mí como si estuviera demasiado febril para responder. La velada se alargaba demasiado; ya era hora de marcharse. Necesitaba estar de vuelta en nuestro palanquín, sanos y salvos, antes de perder la compostura. Nuestro anfitrión era un empresario, de acuerdo, pero el muy cerdo intentaba abiertamente reclutarme en sus filas.

XXXI

Pasé indispuesto toda la noche. Eso me hizo entrar en sospechas. Helena me confirmó que las casas que mostraban al visitante un aspecto externo resplandeciente a menudo guardaban las cacerolas con restos de salsa incrustada. Cuanto más refinada fuera la velada, más seguros podíamos estar de que había ratas bajo los fogones de la cocina. En resumidas cuentas, algo me había descompuesto la barriga.

—¡Veneno!

—¡Oh, Marco, no exageres!

—El avestruz, los gansos sagrados de Juno..., y ahora yo.

—Tú tenías un fuerte resfriado y esta noche has comido cosas raras.

—En circunstancias en las que la indigestión era inevitable.

Volví a meterme en la cama y, una vez allí, Helena me tomó entre sus brazos, acariciándome la frente sudorosa.

—Nuestros anfitriones me han parecido francamente encantadores —dijo, intentando no bostezar demasiado—. Bueno y ahora, ¿vas a contarme qué te puso tan irascible?

—¿Fui brusco?

—Eres un informador.

—¿Quieres decir que fui muy brusco?

—Tal vez un poco suspicaz y quisquilloso —Helena se reía.

—Eso es porque las únicas personas que nos invitan a cenar fuera son de una clase aún más baja que la nuestra y, aun así, sólo lo hacen cuando quieren algo a cambio.

—Saturnino fue muy claro —convino Helena—. En cambio, interrogarlo a él fue como querer hacer un agujero en una barra de hierro con el tallo de una flor.

—Pues creo que he conseguido sacarle algo. —Conté a Helena mi teoría de que la muerte de Leónidas había ocurrido en casa de Urtica.

Me escuchó en silencio y reflexionó sobre las implicaciones de lo que acababa de contarle.

—Entonces, ¿fue Saturnino quien mató a Leónidas?

—Yo diría que no. Siempre ha admitido que llevó a Rúmex consigo... Además, el mensaje anónimo que recibió Anácrites acusaba concretamente a Rúmex.

—En el caso de que Rúmex matase al pobre animal, Saturnino tiene que asumir la responsabilidad de esa muerte. Fue él quien organizó la fiesta. ¿Quién crees que mandó el mensaje?

—Pudo ser Calíopo, pero yo creo que quiere que no se hable más del asunto. Eso le da poder sobre Saturnino... y éste también quiere poder. Es un buen material para hacer chantaje. El pretor de los animales se verá metido en un buen lío si se sabe que en su casa actuó un gladiador, por no decir que causó la muerte a un devorador de hombres del circo que, probablemente, fue robado.

—Pero me dijiste que Calíopo estaba avisado de antemano de esa fuga.

—Sí, pero quiso fingir que no se había enterado.

Exhausto, me tumbé boca arriba con las manos en la nuca mientras Helena comentaba:

—Si se hace público lo ocurrido, Calíopo declarará que él no ha tenido nada que ver en el asunto. —Su aliento me hacía cosquillas en la frente. Maravilloso—. No puede estar directamente implicado. La muerte del león lo desconcertó tanto como al cuidador.

—Sí. Ni Calíopo ni Buxo supieron que Leónidas había muerto hasta que, al día siguiente, lo encontraron sin vida en la jaula.

—Por consiguiente, también podemos descartar que Calíopo haya asistido a esa desagradable fiesta en casa del ex pretor. Lo extraño, Marco, es que el cuidador no oyera que se llevaban y devolvían a la fiera. Tal vez Saturnino sobornara a Buxo para que le dejase sacar a un animal. Draco, supuestamente. Pero, tal vez Buxo se mantuvo leal a Calíopo, le contó el plan y trabajaron juntos para causar problemas.

Fingí que me adormilaba para dar motivo de terminar la charla. No quería que Helena se contagiase de mi propio miedo: que si Saturnino pensaba que me había contado demasiadas cosas, decidiese que yo era peligroso. Yo no sabía cómo un lanista se enfrentaba a enemigos humanos, pero había visto lo que le había hecho al avestruz de Buxo. No quería que me encontrasen con la cabeza colgando y las piernas flácidas.

A la mañana siguiente, Helena tampoco me dejó salir de casa. Más tarde me llevó a los baños. Glauco, mi preparador, se echó a reír a mandíbula batiente cuando me vio escoldado por una mujer.

—¿Qué te pasa, Falco? ¿Ya no sabes sonarte los mocos tú solo? Y, ¡por todos los dioses!, ¿dónde te has metido? He oído decir que trabajas con la gente del circo. Esperaba que entrases corriendo, diciendo: «Estoy trabajando en una importante misión secreta, y quiero aprender a luchar para enfrentarme a los gladiadores».

—Ya me conoces, soy demasiado sensato, Glauco. En realidad, trabajar de ese modo en una misión confidencial podría ser una buena idea, pero la verdad es que preferiría ver a otra persona en la arena: a mi querido socio Anácrites.

Glauco soltó una carcajada que no me molestó.

—Corre un rumor mucho más desagradable, Falco: que estás trabajando para los censores, pero no quiero oír que te excusas por eso.

Farfullé unas palabras y me fui a su barbero, un individuo acicalado que me afeitó la barba de dos días con la misma expresión que si estuviera limpiando un desagüe. Su experiencia con la navaja hispana era la envidia de todo el Foro, y el precio que Glauco cobraba por sus servicios estaba a la altura de sus habilidades. Helena pagó sin perder la calma. El barbero cogió el dinero con desgana como si para él fuera una ofensa ver a un hombre presa de las garras femeninas. Esbozaba una sonrisa que no era más alentadora que la carcajada que había soltado su patrón. Hice todo lo posible por estornudarle en la cara.

Regresamos a casa. Me entró una tiritona impresionante y me metí en la cama por voluntad propia. Dormí profundamente durante varias horas y me desperté como nuevo. La niña dormía o estaba absorta en su pequeño mundo. La perra también dormía. Cuando Helena vino a echarme un vistazo, me encontró despierto y se acurrucó a mi lado por aquello de ser sociable.

Era una tarde tranquila; en la calle hacía demasiado frío para que hubiera actividad. La mayor parte del tiempo no se oían voces ni ruidos de cascos en el patio de la Fuente. Nuestro dormitorio daba a la parte interior y desde él no se oían los ruidos de fuera. El cesterero de la tienda de abajo había cerrado unos días por vacaciones y se había ido al campo a pasar las Saturnales. De todas formas, Enniano y sus clientes nunca hacían demasiado ruido.

Estar tumbado en la cama era relajante, aunque ya había dormido suficiente todavía no quería empezar a pensar en el trabajo pero sí quería pensar en algo. Aquellos breves momentos de tranquilidad con Helena suponían un agradable reto. Al cabo de un rato, había conseguido con sus continuas risitas ponerme nervioso, y me dispuse a demostrarle que las partes de mi cuerpo no afectadas por el resfriado estaban más vivas que de costumbre.

El invierno tiene sus ventajas.

Una hora más tarde, dormía yo de nuevo y el mundo se puso en marcha. La luz era cada vez más tenue y toda la gentuza del Aventino salía de sus casas dando un portazo, dispuesta a hacer daño. Chicos jóvenes que tendrían que haberse quedado en casa jugando a la pelota contra una pared con toda la fuerza de una artillería de sitio. Los perros ladraban. Las sartenes chocaban con el metal de los fogones. De las casas superpobladas que nos rodeaban llegaba el olor familiar del aceite recalentado muchas veces con dientes de ajo requemados.

Nuestra hija se echó a llorar como si creyese que la habíamos abandonado para siempre. Me revolví en la cama. Helena me dejó y fue por Julia en el momento preciso en que llegaba una visita. Helena consiguió impedirle la entrada unos instantes pero luego abrió un poco la puerta y asomó la cabeza. Tenía un peine en la mano e intentaba arreglarse y desenredarse su larga

cabellera.

—Marco, si te sientes bien, podrías salir a recibir a Anácrates —dijo.

Ella sabía que incluso cuando me encontraba bien, nunca me apetecía ver a Anácrates. Su tono de voz contenido me indicó que ocurría algo. Aún adormilado después de nuestro encuentro amoroso, le dije «eres guapísima» para disfrutar de la sensación de ser sugerente sin que Anácrates pudiera verme. Helena no lo dejaba pasar de la puerta, como si el desordenado escenario de nuestra pasión tuviera que seguir siendo algo privado. Asentí con la cabeza para indicarle que me vestiría y saldría.

Entonces Helena dijo en voz baja:

—Anácrates trae noticias. Han encontrado muerto a Rúmex el gladiador.

XXXII

Habíamos desperdiciado la mejor parte del día.

—¡Por Júpiter! —se quejó Anácrites mientras yo tiraba de él ante el templo de Ceres, bajando del Aventino—. ¿Qué tiene de especial la muerte de un gladiador, Falco?

—No finjas que no lo entiendes. ¿Por qué te has molestado en contármelo si crees que es un suceso absolutamente natural? Rúmex era un gran luchador que estaba en plena forma. Era fuerte como una muralla.

—Tal vez cogió el mismo resfriado que tú.

—Rúmex lo hubiera asustado enseguida. —Yo mismo estaba dispuesto a olvidarme del catarro. La tráquea me ardía, pero intentaba contener la tos mientras corría. Helena me había echado por encima mi capa gala y un sombrero. Sobreviviría, a diferencia del favorito de los circos—. Esta fiebre no es mortal, Anácrites, por más que te guste pensar que, en mi caso, sí lo es.

—No seas injusto. —Tropezó con el bordillo de la acera, lo cual me provocó una sonrisa de satisfacción. Se había dado un golpe tan fuerte en el dedo gordo del pie que se le pondría negro. Salté las Escaleras Intermedias de tres en tres y él me siguió como pudo.

Una gran multitud se había congregado en los barracones. A ambos lados de la puerta, en hermosas urnas de piedra, habían colocado dos altos cipreses, perfectamente iguales. Allí un portero ceremonioso recibía pequeños tributos con un agradecimiento que parecía sincero, moviéndose con discreta eficiencia de un donante a otro. La multitud estaba formada básicamente por mujeres silenciosas, aunque ocasionalmente se oían sus llantos lastimeros.

El tiempo que yo guardé cama, lo aprovechó Anácrites para empezar la auditoría del imperio de Saturnino. Por el camino hasta los barracones me había contado que nuestro trabajo no estaba allí, sino en la oficina de un contable sospechosamente amable cuyo emplazamiento se encontraba en la otra punta de la ciudad. Eso no me sorprendió. Saturnino sabía todos los trucos sutiles necesarios para dificultarnos el trabajo. Sin embargo, la auditoría nos había dado derecho a entrar en cualquiera de sus propiedades. Por eso, cuando ordenamos que nos dejaran entrar en los barracones, nadie se atrevió a impedirlo.

Al otro lado de la puerta, en una mesa que desde la calle no se veía, unos gladiadores abrían los regalos de las mujeres. Los objetos de valor eran

guardados cuidadosamente y lo que no servía se tiraba a un cubo.

Llevé a Anácrites por unos cuantos patios de entrenamiento hasta llegar a la celda en la que había vivido Rúmex. Los criados que habían coqueteado con Maya y Helena habían desaparecido. En su lugar encontramos a dos gigantones compañeros del muerto que montaban guardia ante una puerta cerrada a cal y canto.

—Lo siento mucho... —Adopté una expresión de duda, como si lo sucedido hubiera sido una inconveniencia para todos—. Estoy seguro de que no tiene nada que ver con nosotros, pero sí, mientras realizamos una auditoría para el censo ocurre algo así, tenemos que registrar el escenario del...

Era mentira, claro.

Los individuos de anchas espaldas lucían taparrabos de cuero y no estaban acostumbrados a tratar con funcionarios perversos. De hecho, sólo los entrenaban para hacer lo que les mandasen. Llamaron a un chico para que fuera por el hombre que tenía la llave. Éste pensó que era Saturnino quien quería verlo y apareció enseguida con aire compungido. Los reunidos intercambiaron miradas de sorpresa, pero les pareció más fácil dejarnos hacer lo que queríamos y luego cerrar de nuevo y fingir que no había ocurrido nada.

Así que, gracias a nuestra cara dura y a su ineficacia, conseguimos entrar en la habitación del muerto. Era fácil, incluso después de un asesinato. Me pregunté si la noche anterior alguien habría utilizado tácticas similares.

Cuando entramos, quedamos sorprendidos al ver que el cadáver de Rúmex estaba aún allí.

En esta situación, había más posibilidades de lo normal para que nuestra sociedad funcionara. Ambos éramos profesionales y ambos reconocíamos una emergencia. Teníamos que actuar como si fuéramos una sola persona. Si Saturnino estaba en las instalaciones, tan pronto como se enterara de que estábamos allí vendría corriendo a fisgonear nuestra labor. Por eso miré a Anácrites y entramos a la vez. Teníamos que registrar rápidamente el lugar en busca de pistas, tomar notas y cada uno ser testigo de lo que el otro encontraba. Sólo teníamos una oportunidad para hacerlo y no podíamos cometer errores.

No entramos en una celda con un lecho de paja, que era lo que la mayoría de los gladiadores poseía, sino en una habitación amplia y de altos techos. Las paredes, que debían de haber sido blancas, estaban pintadas de un elegante granate oscuro y totalmente cubiertas de grafitos y escenas circenses. Gladiadores blandiendo las espadas, persiguiéndose y clavándose las, uno en el suelo, el otro de pie, y mirándose horrorizados el uno al otro. En la parte alta del friso se veían luchas muy realistas. Los tracios colgaban sus cabezas y morían sobre el dado; los mirmillones eran arrastrados exánimes, mientras que Radamanto, rey de los infiernos, supervisaba la escena con su máscara de pájaro, acompañado por Hermes y sus serpientes.

Rúmex había sido dueño de muchos objetos. La armadura y las armas debía de guardarlas su amo, pero tenía la habitación llena de regalos. Una vistosa alfombra egipcia, que por decirlo así todo el mundo la hubiese colgado de la pared como un tapiz, se veía gastada por el continuo pisoteo. Aparte de la cama, el mobiliario estaba formado por inmensos arcones, dos de ellos abiertos, en los que se veían túnicas, mantos y adornos que, probablemente, eran regalos de sus admiradoras. Sobre una peana había un pequeño cofre del que asomaban cadenas de oro, brazaletes y collares. En bandejas de bruñido latón había tazones de exquisita artesanía y aunque algunos eran de un mal gusto espantoso, todos tenían gemas incrustadas. Como Saturnino tenía que haberse quedado con el porcentaje más grande de los objetos regalados a su héroe, el lote original debía de haber sido enorme. (Una atractiva perspectiva para ambos como auditores, ya que de todo ello no aparecía nada en las cuentas presentadas por el lanista).

Los dos centinelas y el hombre de la llave nos miraban fijamente y cada vez estaban más nerviosos. Anácrites sacó una tablilla de tomar notas y pese a su expresión de aburrimiento, su punzón se movió a gran velocidad. Hizo una lista de los objetos de la estancia. Yo asentí y me acerqué a la cama, como si fuera un turista curioso.

Rúmex yacía boca arriba como si estuviera dormido. Sólo llevaba una túnica blanca y corta, probablemente una prenda de ropa interior. Un brazo, el que se encontraba más cercano a mí, estaba ligeramente doblado como si hubiera estado apoyado en el hombro y hubiese caído hacia atrás al morir. Tenía la cara vuelta hacia mí, junto a la mesilla de noche. Bajo su cuerpo había una colcha como las que las princesas imperiales utilizaban para acurrucarse, abrazadas a sus amantes. Su costosa lanilla debía de hacerle cosquillas en su gran cogote.

Fue el cuello lo que me llamó la atención. En torno a él había una gruesa cadena de oro. Le quedaba muy ajustada en la garganta pero suelta por la nuca y, si el gladiador no hubiese llevado la cabeza completamente afeitada, se le hubiera prendido en los cabellos. Esa extraña disposición de la cadena me intrigó. O alguien había querido quitársela o el propio Rúmex había intentado sacársela, pasándose la por la cabeza.

Pero no fue eso lo que me hizo contener un grito de sorpresa. Un pequeño reguero de sangre manchaba la lujosa colcha, debajo de la mejilla del muerto. A Rúmex lo habían apuñalado en la garganta.

XXXIII

Guiñé un ojo a Anácrites. Se acercó y le oí gruñir enfurruñado. Con el índice intentó aflojar la cadena de oro, pero no se movió, aprisionada por el peso de la cabeza del gladiador.

Tanto Anácrites como yo debíamos de estar pensando lo mismo: que lo habían acuchillado mientras se encontraba tumbado en la cama tranquilamente. Aquello resultaba un tanto desconcertante. Con la cadena de oro había pasado algo, pero el asesino había decidido no robársela. Tal vez fuera presa del horror, quizá la escena lo había perturbado, tal vez el precio de la cadena le pareció una buena inversión pero desistió de robarla cuando vio que el gladiador había muerto.

El cuchillo no estaba. Por el tamaño de la herida, tenía que tratarse de un arma corta y delgada. Por ejemplo, una navaja, que puede esconderse fácilmente. En una ciudad donde estaba prohibido ir armado, siempre podías decir a los vigiles que era tu cuchillo de pelar la fruta. Incluso una cosita pequeña que podía pertenecer a una mujer, aunque, quienquiera que lo hubiese clavado, había utilizado velocidad, fuerza y sorpresa masculinas. Y tal vez también experiencia.

Anácrites retrocedió. Yo hice lo propio. Habíamos abierto un espacio y los centinelas vieron el cadáver. Por sus expresiones de tristeza nos dimos cuenta de que era la primera vez que lo veían.

Conocían la muerte. Habían visto morir compañeros en el circo. Aun así, aquella engañosa escena, con Rúmex tan claramente relajado en el momento de su muerte, los había afectado profundamente. En el fondo, eran hombres. Horrorizados, entristecidos, poco expresivos pero afectados. Como nosotros.

Mi boca estaba seca y un sabor amargo me bajaba por la garganta. La misma terrible depresión al ver una vida malgastada por algún móvil apenas creíble y seguramente por algún personaje malvado que creía que nadie lo descubriría. La misma indignación y la misma ira. Y luego las mismas preguntas que formular: ¿Quién fue el último que lo vio con vida? ¿Cómo pasó la última noche? ¿Quiénes eran sus acompañantes?

¿Cuándo había dicho yo eso? Sí, al ver a Leónidas muerto.

Los abordé con todo el cuidado posible.

—Pobre hombre. ¿Sabéis quien fue el primero en descubrirlo?

Uno de los centinelas seguía mudo de estupor. El otro consiguió decir:

—Sus criados, esta mañana. —Era un tipo sin cuello, con una cara rojiza, de barbilla ancha, que en otras circunstancias debía de resultar muy vital. Era un tanto obeso, con el pecho y los brazos mucho más gruesos de lo que se consideraba ideal. Lo catalogué de superviviente jubilado, envejecido.

—¿Qué ha ocurrido con los criados?

—El jefe se los ha llevado a alguna parte.

—¿Se los llevó el propio Saturnino?

—Sí.

Bien, todo aquello tenía una explicación perfecta. Primero, Calíopo había perdido a su león y había intentado disfrazar las circunstancias de esa muerte. Ahora Saturnino perdía a su mejor luchador y parecía que allí también habían camuflado las cosas inmediatamente.

—¿Estaba enfadado con ellos porque habían dejado que alguien matase a Rúmex? —Los dos sirvientes nuevos intercambiaron una mirada y tuve la sensación de que los anteriores se habían llevado una buena paliza. Esa paliza servía como castigo y para asegurarse de que mantendrían la boca cerrada.

—Lo oí decir en el Foro —murmuró Anácritis, mirando el cadáver. Consiguí decirlo como si realmente estuviera sorprendido por la asombrosa noticia. Aunque carecía de personalidad, era un buen espía y podía disolverse como una fina niebla borrando los contornos de un estrecho valle celta—. Todo el mundo hablaba de ellos, aunque nadie comprendía lo ocurrido. Circulaban rumores de todo tipo. Si alguien nos pregunta, ¿qué tenemos que decir?

—Se murió mientras dormía —dijo el primer centinela. Sonreí con ironía. Típico de Saturnino: absolutamente cierto pero no aclaraba nada.

—Debíais de ser amigos de Rúmex. ¿Quién creéis que lo hizo? —pregunté. Con un crujido de cuero, el centinela encogió sus grandes hombros con impotencia—. ¿Tuvo visitas anoche?

—Rúmex siempre tenía visitas. Nadie llevaba la cuenta.

—Mujeres, seguramente. ¿Sus sirvientes no sabrían quién estuvo aquí?

Los dos gladiadores intercambiaron sonrisas picaronas. No supe si se debían al número de admiradoras femeninas que el gladiador recibía en su cuarto, a la inutilidad de los esclavos que lo rodeaban o a alguna cuestión mucho más misteriosa. Lo que estaba claro era que no querían que yo me enterase.

—¿Y Saturnino no ha querido saber si alguna mujer lo visitó anoche?

—El jefe no quiere saber nada de Rúmex y sus mujeres. —De nuevo expresaron su picardía con una hilaridad solapada. Me había contestado de una manera torticera.

Anácritis sacó una colcha limpia de uno de los rebosantes arcones y la tendió sobre el cadáver con un gesto de respeto. Justo antes de taponarle el rostro, preguntó:

—¿Es nueva esta cadena?

—No la había visto nunca. —Anácrites preguntó por qué el cuerpo seguía allí y nos contaron que la funeraria llegaría más tarde. El funeral sería más que decente, pagado por el propio club de seguidoras del gladiador, al que Rúmex, en vida, había contribuido tan generosamente. Nadie sabía por qué Saturnino había cerrado el cuerpo bajo llave en vez de haber llamado más temprano a la funeraria.

Me pregunté si tendría asuntos más urgentes que resolver que le impedirían ocuparse de aquellas formalidades. Pregunté dónde estaba. Se había marchado a casa, muy triste. Al menos aquello nos daba tiempo para poder movernos.

—Decidme —pregunté en voz baja—, ¿qué sabéis de lo ocurrido anteanoche, cuando Rúmex tuvo que matar al león? —Los dos amigos intercambiaron miradas furtivas—. Ahora, eso ya no importa —añadí.

—Al jefe no le gustará que hablemos.

—No se lo pienso decir.

—Pero tiene maneras de saberlo.

—De acuerdo, no te presionaré. Pero fuera lo que fuese lo ocurrido, para Rúmex se ha terminado todo.

En ese momento miraron hacia la puerta con ansiedad. Anácrites la cerró sin hacer ruido.

—Fue ese magistrado —dijo el primer gladiador en voz baja—. Se pasaba la vida importunando al jefe para que montase un espectáculo en su casa. Saturnino se ofreció a llevar el leopardo, pero el magistrado quería un león.

—¿Saturnino no tiene leones? —intervino Anácrites a bocajarro.

—Los suyos se utilizaron y murieron en los últimos Juegos. Está esperando que le llegue la nueva remesa. Hace unos meses intentó comprar uno, pero Calíopo fue a Puteoli y le tomó la delantera.

—¿Draco? —pregunté.

—Exacto.

—He visto a Draco. Es un animal magnífico y tiene fiereza y majestad a la vez; yo conozco otras personas a las que les hubiese gustado comprarlo. —Talia me había dicho que lo quería para su espectáculo—. Así que Saturnino perdió, pero consiguió sobornar a un empleado de Calíopo para que le prestase a Draco por una noche. ¿Lo sabíais?

—Los nuestros fueron allí y creyeron haber elegido bien. Luego advertimos que no era el león adecuado. Pero sólo vieron uno, el otro debía de estar escondido.

—¿Y qué planes tenía Saturnino para el animal?

—Un espectáculo con el león inmovilizado en un arnés. Sin sangre real, sólo ruido y teatro. No es tan terrorífico como parece. Nuestros cuidadores lo controlarían, mientras Rúmex saldría con su equipo de gladiador y fingiría luchar

contra él. Sólo una parodia para que la novia del magistrado se pusiera caliente.

—¿Esa zorra? Scilla, ¿no? Así que el magistrado quería que se pusiera caliente.

—Sí —convino nuestro informante. Su compañero rio con lascivia.

—Te sigo. Entonces, ¿qué fue lo que pasó esa noche en casa de Urtica? ¿Salió el espectáculo como estaba planeado?

—No llegó a empezar. Nuestros cuidadores abrieron la jaula y cuando intentaron poner el arnés al león...

—Tiene que ser difícil.

—Están acostumbrados a hacerlo. Le ponen un trozo de carne como cebo.

—Seguro que están más acostumbrados que yo y lo hacen más deprisa. Pero ¿y si el león o el leopardo decide que no quiere la carne del gato de la taberna y que esa noche cenará brazo humano?

—Pues nos quedamos con un cuidador manco —respondió con una sonrisa el segundo gladiador, que apenas hablaba. Era el más sensible y culto de ambos.

—¿Qué bonito! ¿Y Rúmex era utilizado para la lucha contra animales? Pero no era un bestiario, ¿verdad? Yo pensaba que hacía de samnita y que tenía una pareja de lucha convencional.

—Exacto. Él no quería ese trabajo, es cierto. El jefe dependía de él.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe! —Una vez más, los dos gladiadores intercambiaron una mirada furtiva. Ellos sabían por qué. La vieja frase «nosotros no tenemos nada que ver con eso, legado» no se pronunció en ningún momento, aunque la que solía seguirle, «pero podríamos contarle cosas» quedó en el aire. Habían pactado tácitamente no contarme nada. Si yo les presionaba, pondría en peligro toda la conversación.

—Entonces tendremos que preguntárselo al jefe —dijo Anácrites. No hicieron comentario alguno, pero seguro que estaban preguntándose si nos atreveríamos.

—Volvamos a la casa del pretor —sugerí—. Abrieron la jaula del león y ¿qué pasó?

—Los cuidadores querían prepararlo todo tranquilamente, pero apareció el maldito magistrado, babeando de excitación. Cogió uno de esos hombres de paja que se utilizan para excitar a las fieras y empezó a moverlo ante el león. El animal rugió, pasó como una exhalación ante los cuidadores y saltó sobre el magistrado.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Anácrites—. ¿Y le hizo daño?

Los dos hombres callaron. No cabe duda de que le había hecho daño. Ya lo averiguaríamos. Aquella tarde, cuando intenté verlo en su mansión del Pinciano, Pomponio Urtica estaba en sus habitaciones gimiendo y recuperándose de las heridas. Al menos ya sabía lo que le había ocurrido al hombre de paja que

encontré en los almacenes del establecimiento de Calíopo.

—Debió de ser una escena terrible —intervino de nuevo Anácrites.

—Úrtica por los suelos, la novia llorando y sin que ninguno de los nuestros pudiera hacer nada...

—¡Ah, claro, y Rúmex cogió la lanza e hizo lo que pudo!

Los dos amigos permanecieron callados. Sus actitudes parecían diferentes. Uno había dicho su parte del guión y el otro esperaba con expresión ligeramente sarcástica. Era posible que el segundo no aprobase lo que había dicho el primero, o que nos diera otra versión. Tal vez no estaba de acuerdo en la manera en que se había contado lo ocurrido.

—¿Y tuvieron que decidir qué hacer con el león? —preguntó Anácrites. Callaron de nuevo.

—Bueno —intervine—, lo que no puede hacerse es tirar un león de circo detrás de unos matorrales en los jardines del César y esperar que lo encuentren los jardineros cuando corten el césped.

—Entonces, ¿lo devolvieron a su lugar de origen?

—Era lo mejor que podían hacer.

Anácrites y yo seguíamos hablando porque era evidente que los amigos de Rúmex no estaban dispuestos a contarnos nada más. Me arriesgué a hacer otra pregunta.

—¿Qué cosa motivó la primera disputa entre Saturnino y Calíopo?

Parecía una cuestión desapasionada, un cambio de tema y nada más, por eso decidieron hablar de nuevo.

—Me han contado que se pelearon por una remesa de animales en la *sparsio* —le dijo uno al otro. La *sparsio* consistía en lanzar certificados para premios y regalos a la arena como gratificación.

—Eso fue en los viejos tiempos. —El segundo gladiador estaba menos reticente.

—Nerón avivó la polémica a propósito —espeté—. Le gustaba ver a la gente peleándose por esos certificados. Corría mucha sangre y había muchos brazos rotos, tanto en las gradas como en la arena.

—Calíopo y Saturnino eran socios, ¿verdad? —preguntó Anácrites—. ¿Veían juntos los Juegos? ¿Se pelearon por uno de esos certificados?

—Saturnino lo cogió primero, pero Calíopo le saltó encima y se lo arrebató.

Esa lotería siempre había causado estragos en la arena. Nerón disfrutaba alentando hermosos valores humanos como la avaricia, el odio y el sufrimiento. Además, la gente solía apostar sobre la posibilidad de ganar un premio, y si no lograba coger el certificado, lo perdía todo. Cuando los ayudantes lanzaban esos papeles, o cuando lo hacía una máquina que los escupía, se producía un caos impresionante. Hacerse con un certificado era el primer paso, pero que el que cogieras tuviera algún valor, eso sí que era suerte. Podías ganar tres pulgas, diez

calabazas o un barco de vela listo para navegar. El único inconveniente era que si te hacías con el premio máximo de aquel día, estabas obligado a entrevistarte con el emperador.

—¿Y cuál era el premio por el que Saturnino y Calíopo discutieron? — pregunté.

—El gordo.

—¿En efectivo?

—Mejor aún.

—¿El galeón?

—La villa.

—¡Acabáramos! —Por eso Calíopo tenía esa maravillosa villa en el acantilado de Sorrento.

—No es de extrañar que se pelearan —dijo Anácrates—. Saturnino tuvo que sentirse muy desgraciado al perderla. —Siempre un maestro de las banalidades. Él y yo sabíamos cuál era exactamente el valor de esa villa. A Saturnino lo había jodido perderla, y aquello aportaba una nueva perspectiva al interés sarcástico de Eufrasia al comentar que Calíopo acababa de mandar allí a su esposa Artemisa.

—Llevan enemistados desde entonces —dijo el gladiador obeso—. Se odian a muerte.

—Una lección para todos los que trabajan en aparcería —murmuré, con la idea de preocupar a Anácrates.

El gladiador, ajeno a nuestras corrientes submarinas, prosiguió:

—Si pudieran, se matarían el uno al otro.

Dediqué una sonrisa a Anácrates. Aquello estaba yendo demasiado lejos. Yo nunca lo mataría a él. Ni siquiera sabiendo que, en una ocasión, quiso que resultase mortal un accidente que yo había tenido.

Ahora éramos socios. Compañeros de veras.

Había llegado el momento de marcharse.

Cuando todos empezábamos a desfilar, Anácrates se inclinó hacia delante como llevado por un impulso, aunque todo lo que hacía tenía siempre ese aire de malvada premeditación, y retiró la colcha que cubría la cara de Rúmex. Lo miró de nuevo con aire sombrío. Como si esperase una última revelación, fingió sentir una fascinación morbosa por aquel cuerpo cada vez más rígido.

El teatro nunca había sido mi gran pasión y salí de la habitación en silencio.

Anácrates me alcanzó sin hacer comentario alguno, seguido por los dos amigos del muerto, que presentí que velarían su cuerpo con un estado de ánimo especialmente triste. Fuera cual fuese el sucio negocio que se agitaba en el mundo del circo, Rúmex ya estaba fuera de todas las presiones y peligros. A sus compañeros tal vez no les ocurría lo mismo.

Nos despedimos de ellos, mostrando ambos una pesadumbre sincera. Los dos gladiadores nos saludaron con dignidad. Antes de salir, volví la vista atrás y

descubrí que la escena del muerto los había afectado mucho más de lo que nos habían demostrado. El obeso estaba apoyado en la pared, con las manos en el rostro, llorando. El otro estaba vuelto de espaldas, con el rostro de color verde, vomitando.

Estaban entrenados para aceptar las masacres sangrientas en el circo, pero que un hombre fuese apuñalado mientras dormía tranquilamente en la cama los había impactado profundamente.

A mí también se me había revuelto el estómago. Añadida a la ira que me embargaba por la muerte de Leónidas, había en mí una férrea determinación por descubrir aquel sórdido negocio que acababa de causar otra muerte.

XXXIV

Yo sabía lo que quería hacer, pero no estaba seguro de lo que Anácrites deseaba. Tenía que haber recordado que, aunque a menudo los espías causaban muertes de manera indirecta y otras veces las ordenaban directamente, rara vez miraban frente a frente los resultados. Así pues, me sorprendió. Fuera ya de los barracones hice una pausa, dispuesto a decirle que se perdiera mientras yo proseguía con los interrogatorios.

Me miró a la cara. Aquellos ojos abultados y vidriosos se cruzaron con los míos. Su expresión era ceñuda.

—¿Uno cada uno?—preguntó.

Saque una moneda y la lancé al aire. A él le tocó Calíopo y a mí Saturnino.

Sin intercambiar opiniones, nos separamos para interrogar por separado a los tripolitanos rivales. Yo contaba con mis métodos habituales, lo que no estaba tan claro era cómo se las apañaría Anácrites en un forcejeo real, sin el banco de torturas y sin ayudantes perversamente inventivos. De todas formas, confié en él. Era incluso posible que él confiara en mí.

Esa noche nos encontramos de nuevo en la plaza de la Fuente. Era muy tarde. Cenamos antes de pasar a las comparaciones. Yo había frito unas salchichas y las había añadido a un potaje de lentejas con puerros, ligeramente aromatizado con comino, que Helena había preparado. Con aire burlón aceptó mi sugerencia de que sirviera un tazón a Anácrites. Mientras ponía mechas a un par de lámparas de aceite, vi que la conmovía el placer que experimentaba Anácrites al ser invitado por primera vez a compartir nuestra vida doméstica.

Di un respingo. Ese hijo de puta quería ser de la familia. Anhelaba ser aceptado, tanto en casa como en el trabajo. ¡Qué gilipollas!

Una vez nos informamos de los resultados respectivos, vimos que seguían una pauta muy definida. Acusaciones paralelas y falta de cooperación sincronizadas. Saturnino había culpado a Calíopo de la muerte de Rúmex, un acto de venganza por la muerte de su león. Calíopo lo negó rotundamente. Según él, Saturnino tenía buenas razones para matar a su gladiador más valioso: Rúmex tenía una aventura amorosa con Eufrasia.

—¿Con Eufrasia? ¿Rúmex se acostaba con la esposa de su propio lanista?

—Un fácil acceso a la despensa casera —recalcó Anácrites, insidioso.

Estas conclusiones nos llevaban de nuevo a lo que nos habían dicho los dos

gladiadores sobre Saturnino, que no quería saber demasiado de las admiradoras femeninas de Rúmex. Calíopo había puesto un auténtico toque morboso en su relato al contarle a Anácrites que en el breve tiempo durante el cual fueron socios, la esposa de Saturnino se le había ofrecido abiertamente. Había dicho de ella que era una ramera y que, por culpa de eso, Saturnino andaba amargado, presto a la venganza e inclinado a la violencia.

Helena tenía una expresión de malhumor. Ella y yo habíamos presenciado ese carácter adúltero en su propia casa, dejando plantado a su marido y desafiando los deseos de éste cada vez que le apetecía. Helena hubiera dicho que lo único que ocurría era que la mujer tenía un talante independiente.

—¡Así que estamos ante una tigresa ardiente que se acuesta con musculosos gladiadores para saciar su placer! ¿O será que la hermosa, amable y perfecta Eufrasia ha sido calumniada injustamente?

—Yo misma se lo preguntaré —anunció Helena Justina con contundencia. Anácrites y yo intercambiamos miradas de complicidad.

Por mi parte, yo expliqué que Saturnino había contado las cosas de manera muy diferente comentando que Calíopo era una persona inestable que albergaba celos ridículos. A partir de ahí sacó unas disparatadas conclusiones. Calíopo había recurrido a unos extravagantes planes de venganza cuando, en realidad, nadie le había hecho nada. Sus barracones eran un hervidero y él se negaba a admitirlo y, si teníamos que creer a Saturnino, que lo explicaba de la manera más razonable, Calíopo había perdido todo contacto con la realidad. Él también era, por supuesto, capaz de cometer un asesinato.

Yo le pregunté a Saturnino por qué había ordenado retirar a los antiguos sirvientes de Rúmex y ocultar el cadáver. Me soltó el plausible cuento de que tenía que mantener cerrada la habitación del héroe para evitar que sus admiradores y los cazadores de trofeos la saquearan y que había interrogado y castigado a los sirvientes por su falta de capacidad. Le pedí que me permitiera interrogarlos y me contestó que estaban tan abatidos, agotados y tristes que hablar con ellos me serviría de muy poco.

Entonces le sugerí que avisara a los vigiles, ya que se trataba de un caso de muerte no natural. Asintió vagamente. Cuando le dije que, si no lo hacía, lo haría yo mismo, respondió inmediatamente enviando un mensajero al cuartel más cercano. Como era habitual, resultaba imposible desconcertar a ese hombre.

Mientras discutía todo esto con Anácrites me sentí deprimido. Fui presa de un profundo pesimismo. En aquel caso ya había malos augurios. Los tripolitanos enfrentados nos darían móviles del contrario hasta que nos quedáramos completamente calvos. Lo que decía el uno del otro podía ser completamente cierto o totalmente falso. La rivalidad de sus ciudades de origen y sus respectivos fracasos en los negocios eran motivo de odio mortal por ambas partes. Aun cuando ninguno de los dos estuviera implicado en la muerte de Rúmex, las

acusaciones y las contraacusaciones no cesarían.

También había algunas incoherencias. Calíopo siempre nos había parecido un tipo demasiado bien organizado para caer en acciones impetuosas. Además, aunque su negocio era más pequeño que el de su rival, sabíamos que no tenía problemas económicos. En cuanto a sus celos, en mi opinión, Saturnino controlaba por completo su vida doméstica, con una esposa de su misma ciudad natal. Si tenían alguna diferencia, era más probable que llegara a un acuerdo con Eufrasia que pelearse con ella por culpa de una aventura, aunque fuese con un esclavo.

Esa noche ya sabía yo cómo terminaría todo aquel jaleo. Los vigiles no descubrirían nada que vinculase a ninguno de los dos hombres con el crimen y no encontraríamos a nadie más a quien poder implicar en el asesinato.

Helena visitó a Eufrasia. Para sorpresa nuestra, la mujer admitió haber dormido con Rúmex aunque añadió que ella no era la única que lo hacía. Consideraba que tener preferencia en la elección de los hombres de su marido era uno de los atributos que le brindaba su rango. Dijo que a Saturnino no le gustaba, aunque por más que lo afectara, no tenía ninguna necesidad de acuchillar al gladiador. Podía haber liquidado a Rúmex en el circo en una lucha a muerte y haber ganado dinero con ello. Además, como él también había sido gladiador, su arma no era la fina hoja que había matado a Rúmex sino una espada corta, el gladium.

—Sí, de esas que se clavan en el cuello —comentó Anácrites.

Los dos lanistas tenían buenas coartadas. Calíopo podía demostrar que había ido al teatro con su amante (en ausencia de su esposa Artemisa, que se encontraba en la villa veraniega de Sorrento). Saturnino había declarado que había salido a cenar con Eufrasia, lo cual también descartaba a la mujer. Muy galante por su parte. Y meticulosamente oportuno, como era de esperar.

Las coartadas se referían a ellos individualmente, pero ambos poseían grupos de matones experimentados. Los dos conocían a asesinos que, fuera de sus campos de entrenamiento, podían ser obligados a cometer una mala acción y los dos podían pagar con sustanciosas cifras en metálico.

En concreto, había un sospechoso al que debíamos interrogar. Era Idíbal, el taimado bestiarero de Calíopo. Fui a interrogarlo. Me dijeron que lo había comprado una mujer rica y se había marchado de Roma.

Eso sonaba a sospechoso. Yo lo había visto en compañía de su «tía», por eso sabía que existía; pero, como gladiador, Idíbal era un esclavo. Al parecer, originariamente había sido un voluntario libre, pero al enrolarse como gladiador, su estatus había cambiado por completo. Desde ese momento, juró acatar la sumisión completa al látigo, al hierro ardiendo y a la muerte. No había posibilidad de volverse atrás. Ningún lanista le permitiría siquiera soñar en una huida. Los gladiadores permanecían leales a su sangrienta actividad porque

sabían que su única salida era la muerte: la propia o la de esos hombres y animales a los que se enfrentaban para complacer a las masas. Una vez dentro de ese círculo, la única salida era la acumulación de victorias. No cabía la posibilidad de que fueran comprados.

Cuando interrogué a Calíopo en este punto, Anácrates estaba de mi parte. Le dijimos que podían echarlo del gremio de lanistas por permitir algo impensable. Se revolvió nervioso y dijo que la mujer había insistido mucho, que su oferta económica era muy atractiva y que, de todas formas, a Idíbal siempre se le había tenido por un tipo problemático, inestable e impopular. Calíopo afirmó incluso que Idíbal no veía bien.

Aquello era absurdo. Recordé que al principio de nuestra investigación había visto a Idíbal arrojando jabalinas junto a sus compañeros con muy buen humor y mejor puntería. También recordaba que uno de los cuidadores había dicho que «Idíbal y los demás» habían abatido en la arena al cocodrilo que se había comido a un cuidador. Eso suponía tanto como decir que estaba en ese grupo de privilegiados, si es que no era realmente el líder. Calíopo lo negó y nosotros pensamos que mentía. Nos encontrábamos de nuevo en un callejón sin salida.

Conseguimos recomponer los movimientos de Idíbal la noche de la muerte de Rúmex. Había salido, con su supuesta «tía» y el sirviente de ésta, y juntos habían ido a Ostia. Podíamos haberlos encontrado allí, pero el grupo había salido en barca hacia el sur en diciembre, ¡un verdadero suicidio! No entendíamos cómo habían convencido al capitán para navegar en esa época del año. La mujer que se había llevado a Idíbal de los barracones debía ser riquísima. Ese enigma lo resolvió Anácrates: tenía barco propio. Mucho más intrigante...

Decidimos que Idíbal había huido de una familia rica y que ésta acababa de rescatarlo. Tal vez esa mujer era su tía de verdad. Lo cierto era que se había largado de Roma para siempre, tanto si había regresado a casa de su madre como si se había fugado con una viuda de sangre ardiente que lo había comprado como semental.

—Qué sórdido es todo esto —dijo Anácrates que, pese a ser espía, era un puritano.

Además, quedaba otro cabo suelto: el ex pretor Urtica, según Camilo Vero, llevaba tiempo sin aparecer por la Curia. Incluso se habían acallado los rumores sensacionalistas sobre su desenfrenada vida amorosa. Los magistrados podían retirarse de la política, pero sus instintos lascivos solían perdurar. Era posible que Pomponio Urtica se hubiera escondido para salvar su reputación, pero la teoría de que estuviera herido parecía más plausible.

Una vez más, me acerqué al Pinciano, decidido a entrar aunque tuviera que esperar un día entero. En esa ocasión me dijeron la verdad: que Pomponio Urtica estaba en casa pero que se hallaba muy enfermo. Dije que hablaría con él pese a sus gemidos y conseguí llegar a la antesala del dormitorio del gran hombre.

Mientras los sirvientes hablaban con el doctor que lo atendía, vi que había gran cantidad de material médico y quirúrgico; destacaba un pedestal de bronce con la alentadora forma de un esqueleto con tres ramificaciones para cortar vasos sanguíneos. Éstas se usaban en muchas enfermedades y también para cortar el flujo sanguíneo por encima de una herida. Vi además muchas vendas enrolladas y la estancia olía a betún, que se utilizaba para coser cortes en la piel. También encontré frascos de distintos remedios en polvo. Cogí un pellizco de uno que estaba prácticamente vacío y más tarde le pregunté a Talía, experta en medicinas exóticas, qué era aquello.

—Yo diría que es opobálsamo, procedente de Arabia. Cuesta una fortuna.

—El paciente puede permitírselo. ¿Para que se utiliza el opobálsamo, Talía?

—Para las heridas, principalmente.

—¿Y qué hace?

—Te da una calidez reconfortante y piensas que, si es tan caro, seguro que va bien.

—¿Es un remedio eficaz?

—A mí dame esencia de tomillo. ¿Dónde tiene las heridas?

No pude decírselo porque no llegué a verlo. El médico salió de estampida del dormitorio, muy molesto de que yo hubiese llegado hasta allí. Habló de fiebres intermitentes pero no quiso decirme si sufría de gota. Llamó a los sirvientes para que me escoltasen hasta la puerta de la casa de un modo que distaba poco de ser un asalto remunerado.

Luego intenté ver a Scilla, la supuesta novia del pretor. Siempre me había gustado interrogar a mujeres con sucios pasados. Ese trabajo solía ser un reto en sí mismo, pero éste no fue el caso de Scilla. Vivía en casa del pretor y no salía de ella. Como estilo de vida femenino era altamente sospechoso, aunque cuando volví a casa y lo dije, Helena me acusó de sinvergüenza.

Frustrados todos nuestros movimientos, Anácrates y yo volvimos a las investigaciones rutinarias. Eso significaba hacer preguntas a todas las personas de las que se supiese que habían estado en los barracones la noche en que mataron a Rúmex, con la esperanza de que alguien recordase haber visto algo inusual. Los vigiles investigaban el caso a la vez que nosotros, aunque no habían descubierto nada positivo. Finalmente, archivaron el caso en su fichero de «no resueltos» y poco después nosotros hicimos lo mismo.

Bueno, no me echéis la culpa a mi.

A veces no hay ninguna pista que seguir. La vida no es una fábula, en la que unos personajes de ficción se enardecen con unas emociones imposibles, en la que unas escenas de ficción se describen con un lenguaje atrayente y cada muerte misteriosa va seguida en progresión regular de cuatro pistas (una falsa), tres hombres con coartadas indemostrables, dos mujeres con móviles inexplicables y una confesión que aclara todos los pormenores de los

acontecimientos acusando a la persona supuestamente menos sospechosa, un tipo sin escrúpulos al que cualquier investigador sagaz hubiera desenmascarado. En la vida real, cuando un caso llega a un punto muerto, no se puede esperar que alguien llame fortuitamente a la puerta y traiga al testigo deseado, con una confirmación de detalles que nuestro inteligente héroe ya había deducido y almacenado en su memoria mastodóntica. Cuando las investigaciones llegan a un punto muerto es porque el caso se ha enfriado. Preguntadle a cualquier vigil: una vez enfriado el caso, ya te puedes ir a trasquilar ovejas.

O mejor aún, a echarte un trago en la taberna. Es posible que allí entables conversación con un hombre al que hacía veinte años que no veías y te cuente la increíble historia de un misterio que quiere que resuelvas.

No te preocupes: su mujer está muerta y enterrada bajo la cama de acanto; el zorro torturado con ojos de poseso que te gorrea el agua de sentina de aquella lamentable manera es el hijo de puta que la puso ahí debajo. Os lo puedo asegurar aunque nunca he llegado a conocerlo. Es sólo una corazonada. Una corazonada llamada experiencia.

La gente miente. Los buenos lo hacen con tanta finura que por más que los presiones nunca llegas a descubrirlos. Eso presupone que incluso sabes a qué mentirosos hay que presionar. Es realmente difícil porque en la vida real todo el mundo miente más que habla y miente muy bien.

Los testigos son falibles. Hasta los raros especímenes humanos que quieren ayudar honradamente no consiguen ver la escena que tiene lugar bajo sus propias narices o malinterpretan su significado. La mayor parte olvidan lo que han visto.

Las cartas de los chantajistas no aparecen ¿Para qué querría alguien guardar una nota diciendo « dame dinero o verás lo que te ocurre » ?

Si encuentras huellas de pisadas en un campo de espárragos recién sembrado, nunca pertenecen a alguien con una cojera fácilmente identificable.

Las esposas largo tiempo engañadas no ponen en práctica planes de diabólica perversidad y luego tropiezan con cualquier pequeño detalle. Se limitan a estallar de ira y cogen la herramienta casera más pesada. Los celos sexuales se vengan de una manera igualmente aparatosa. A veces, gracias a una cierta habilidad, los codiciosos escapan a toda auditoría financiera, pero lo más frecuente es que se larguen con el dinero, utilizando una nueva identidad, mucho antes de que hayas empezado a investigarlos.

A veces, los asesinos consiguen abordar a sus víctimas cuando nadie los está mirando. Matan en silencio o cuando nadie oye los golpes ni el gorgoteo de la sangre y se marchan pasando inadvertidos del escenario del crimen. Luego se quedan quietos y callados mucho tiempo.

La verdad es que muchos asesinos consiguen no ser descubiertos.

Supongo que los más crédulos de vosotros todavía esperáis que diga que

Anácrites y yo nos retiramos del caso pero que después, por pura casualidad, nos tropezamos con una pista.

Pues no, lo siento. Volved al principio de este capítulo y leedlo de nuevo.

XXXVI

Hola, ¿todavía esperáis un giro inesperado de los acontecimientos?

Pues no ha habido ninguno. Suele pasar eso con frecuencia. En realidad, es lo que siempre pasa.

XXXVII

Como Falco y Socio fuimos incapaces de descubrir quién había matado a Rúmex, volvimos a nuestro trabajo para el censo. No éramos de ese tipo de personas que se obsesionan con las cosas. Yo, Marco Didio Falco, ex explorador del ejército, llevaba ocho años con categoría de informador: un profesional. Incluso mi socio, que era un idiota, podía advertir cuándo un caso entraba en un callejón sin salida. Nos sentíamos frustrados pero lo superamos. Al fin y al cabo, teníamos que ganarnos la vida. Eso siempre ayuda a mantener una actitud racional.

A finales de diciembre se celebraban las Saturnales, las primeras de la vida de mi hija. Con ocho meses, Julia Junila era demasiado joven para comprender lo que ocurría a su alrededor. Lejos de clamar para ser Reina por un día, nuestra señorita primogénita apenas se enteró del acontecimiento, pero Helena y yo nos engañamos a nosotros mismos y preparamos regalos, comida y diversión. Julia lo soportó con seriedad y lo que sí advirtió fue que sus padres estábamos locos de atar. Como no teníamos esclavos, quisimos que *Nix* hiciera el papel de esclavo al que tratábamos con despotismo, pero la perra aprendió enseguida lo que era la insubordinación.

Saturnino y Calíopo se habían marchado de Roma, aprovechando las fiestas. Cuando, transcurridas varias semanas, ninguno de los dos se atrevió a regresar, investigué y descubrí que los dos habían ido a África con sus mujeres. De caza, se decía. Escondidos, pensamos nosotros. Pregunté en palacio si podíamos ir tras ellos, pero como era de esperar, al no haber pruebas contra ninguno en el caso de Rúmex, Vespasiano ordenó que nos limitáramos a nuestro trabajo del censo.

—¡Uf! —se quejó Anácrites cuando se lo comuniqué.

Durante tres o cuatro meses trabajamos más duro de lo que nunca lo habíamos hecho en nuestra vida. Sabíamos que esas investigaciones eran una mina de oro. Estaba previsto que el censo durase un año y sería difícil ampliarlo más allá de esa fecha a menos que tuviéramos auditorías prometedoras que hacer. Acabábamos de redactar un informe con las pruebas que teníamos y se le dijo al acusado que soltara la mosca. Era un trabajo en el que las meras sospechas ya bastaban. Vespasiano quería cobrar los impuestos. Si nuestra víctima era importante, lo mejor era que justificara nuestras acusaciones, pero

en el mundo del circo, «importante» era un término contradictorio. Así que sugerimos cifras y los censores presentaban sus demandas y casi ninguno se molestó en preguntar si podía apelar. En realidad, la elegancia con la que aceptaban nuestros hallazgos nos hacían pensar que, tal vez subestimábamos el alcance del fraude. Por eso, teníamos la conciencia tranquila.

Recibí una carta de Camilo Justino, que había llegado a la ciudad de Oea gracias al dinero que yo le había mandado. Después de una rápida exploración, confirmaba que Calíopo no tenía ningún «hermano» pero sí era dueño de un floreciente negocio para proveer de animales y gladiadores para los juegos locales y también para la exportación. En la Tripolitania, el circo era muy popular. Horriblemente cartaginés. Un rito religioso que sustituía al sacrificio humano, en honor del duro Saturno púnico, un dios con el que era mejor no enredarse.

Justino nos proporcionó detalles suficientes de las tierras del lanista tripolitano para que pudiéramos inflar con un certero golpe nuestras estimaciones de impuestos impagados. A cambio de esa ayuda, envié al fugitivo mi dibujo del *silphium*, pero más dinero, no. Si Justino quería hacer el gilipollas por la Cirenaica, nadie podía culparme de ello.

Al día siguiente de mandar la carta apareció mi madre. Mientras lo curioseaba todo con su habitual intrepidez, vio el bosquejo de la planta.

—Ahí te equivocas. Esto parece un cebollino mustio. Tendría que parecer un hinojo gigante.

—¿Cómo lo sabes, madre? —Me sorprendió que alguien de las callejas del Aventino supiera algo del *silphium*.

—La gente utilizaba el tallo cortado como si fuera ajo. Es una verdura. Y el jugo era medicinal. Tu generación piensa que los de la mía somos idiotas.

—Bueno, yo sé qué es el *silphium*. Scaro intentó cultivarlo.

Mi tío abuelo Scaro, muerto mientras trataba de inventar la dentadura postiza perfecta, había sido un individuo noble, lo cual le suponía, en realidad, una gran desventaja. Yo quería muchísimo a aquel loco experimentador científico, pero como ocurría con todos los familiares de mi madre de la Campiña romana, sus ideas eran ridículas. Yo creía que ya había visto las peores de todas ellas hasta que supe que había querido entrar en el bien protegido negocio del *silphium*. Los mercaderes de la Cirenaica querían recuperar su antiguo monopolio; pero, al parecer, querían hacerlo sin mi familia.

—Si se hubiese espabilado, se habría hecho rico.

—Rico y bobo —dijo mi madre.

—¿Consiguió semillas?

—No, cogió un esqueje en algún sitio.

—¿Estuvo en la Cirenaica? Primera noticia.

—Todos pensamos que tenía una novia en Tolemaida. Él nunca lo ha

admitido.

—Vaya con el viejo... Pero seguro que no esperaba de veras una buena cosecha.

—Bueno, tu abuelo y sus hermanos siempre andaban cazando mitos —dijo mi madre, como si el abuelo fuera el responsable de algunos aspectos de mi carácter.

—¿Nadie les dijo que el *silphium* sólo crecía silvestre y no se podía cultivar?

—Supongo que sí, pero debieron de pensar que merecía la pena intentarlo.

—Así que el tío Scaro, obeso y medio sordo, se embarcó como un argonauta. ¿En busca del Jardín de las Hespérides? Pero si el *silphium* crece en las montañas, nuestra granja de Cirene está en el llano... ¿Crees que llegó a reproducir las condiciones necesarias para su cultivo?

—¿A ti que te parece? —me espetó mi madre.

Cambió de tema y entonces la tomó conmigo por haber alquilado una oficina en la Saepa Julia, tan cerca de las malas influencias de papá. Era obvio que Anácrites le había hecho creer que había sido idea mía. Era un mentiroso descarado. Intenté contárselo a mi madre y ésta me acusó de querer denigrar a su «apreciadísimo» Anácrites.

No había demasiado peligro de que mi padre subvirtiese mi lealtad. Yo casi nunca lo veía y eso me sentaba bien. Anácrites y yo trabajábamos mucho y en los meses que siguieron al Año Nuevo apenas estuvimos en la cocina. En casa tampoco estaba mucho. Era duro. Las largas horas de trabajo nos pasaban factura, y también se la pasaban a Helena. Cuando la veía, estaba tan cansado que casi no podía ni hablar ni hacer gran cosa, ni siquiera en la cama. A veces me quedaba dormido cenando. Sólo hicimos el amor una vez. Una sola, en serio.

Como cualquier joven pareja que intenta establecerse, no cesábamos de decirnos que esos esfuerzos merecerían la pena por más que temiéramos que no sería así. Creíamos que nunca lograríamos escapar de los trabajos pesados. Nuestra relación se veía sometida a unas fuertes tensiones en el momento en que tendríamos que disfrutar de ella de la manera más dulce. Me volví malhumorado. Helena estaba fatigada, la niña lloraba todo el día. Hasta la perra me daba su opinión: cuando yo me encontraba en casa, se metía debajo de la mesa y no salía para nada.

—Gracias, *Nux*.

El animal gimió con tristeza.

Entonces las cosas se complicaron de veras. Anácrites y yo mandamos nuestra primera factura al palacio imperial y nos la devolvieron impagada. No estaban de acuerdo con el porcentaje que les habíamos cargado.

Llevé los pergaminos al Palatino y pedí entrevistarme con Laeta, el funcionario que nos había dado el empleo. Cuando lo vi, me dijo que la cantidad que pretendíamos cobrar era inaceptable. Le recordé que él mismo la había

aprobado. Miré fijamente a aquel hijo de puta aunque sabía que Anácrates y yo no teníamos ningún contrato que nos apoyase. Mi oferta original existía, me refiero al presupuesto que yo había presentado con tanto orgullo, pero Laeta no lo había confirmado por escrito. Pensé que no importaba pero en esos momentos advertí que sí.

Si nos basábamos en ese presupuesto, nosotros teníamos razón, pero eso no importaba en absoluto.

Para dar más fuerza a nuestro argumento, les recordé que el trabajo había sido concertado por primera vez con Antonia Caenis, la dama de Vespasiano, dando a entender con ello de una manera delicada que era su protegido. Confiaba en ella y estaba seguro de que sentía simpatía por Helena.

Claudio Laeta consiguió disimular el alivio que le embargaba y adoptó una expresión compungida.

—Lamento mucho comunicarte que Antonia Caenis ha fallecido hace unos días.

¡Qué desastre!

Por un momento me pregunté si estaría mintiendo. Los burócratas experimentados eran muy propensos a dar informaciones falsas a los suplicantes inoportunos. Pero ni siquiera Laeta, una serpiente donde las hubiera, arriesgaría su estatus profesional con una mentira tan fácil de comprobar. Tenía que ser verdad.

Conseguí permanecer impassible. Entre Laeta y yo había una vieja historia y yo estaba decidido a no demostrarle lo afectado que me sentía.

De hecho, pareció más apaciguado, seguro de que su idea primera era pagarme menos de lo que le pedía y, sin embargo, se le veía atemorizado por el daño personal que me había hecho. Tenía razones para ello: si alguna vez quería utilizarle en el futuro para algún trabajo oficial, este golpe bajo me lanzaría a una nueva escalada retórica en la que le diría que se fuese a tomar por culo y que se olvidase de mí.

Como un burócrata verdadero, mantenía abiertas las opciones. Hasta me propuso que presentase una petición formal para entrevistarme con Vespasiano. Le dije que sí, que gracias. Entonces Laeta admitió que el anciano ya no recibía a nadie. Era probable que fuese Tito quien me atendiese. Tenía fama de simpático y de querer favorecerme. El nombre de Domiciano no se mencionó. Laeta sabía lo que yo sentía por él y era posible que compartiese mis opiniones. Se trataba de un amable político anciano que consideraría poco profesional el espíritu de venganza del joven príncipe.

Sacudí la cabeza. Sólo me entrevistaría con Vespasiano. Sin embargo, acababa de morir la que había sido su compañera sentimental durante cuarenta años. No podía entremeterme. Sabía cómo me sentiría si perdiese a Helena Justina. No creía que el abatido emperador estuviese de humor para aprobar unos

pagos extraordinarios a unos informadores (a los cuales utilizaba aunque los despreciaba abiertamente), por más que esos pagos estuvieran acordados de antemano. Yo no sabía si Antonia Caenis le había hablado alguna vez de mí. Fuera como fuese, aquel no era el momento apropiado para recordarle el interés que la dama se había tomado por mi caso.

—Puedo hacerte un pago a cuenta —dijo Laeta—, mientras se realiza una clarificación formal de tus honorarios.

Yo sabía qué significaba eso. Los pagos a cuenta se hacían para que te callaras. Un soborno. Los aceptas de buen grado si sabes que es todo lo que vas a sacar. En cambio, si rechazas la oferta, vuelves a casa sin nada.

Acepté un pago parcial con la elegancia necesaria, cogí el pagaré para convertirlo en efectivo y me dispuse a marcharme.

—¡Oh, por cierto, Falco! —A Laeta todavía le faltaba clavarme la puntilla—. Sé que has estado trabajando con Anácrites. ¿Harás el favor de decirle que su sueldo como agente de inteligencia en baja por enfermedad tendrá que ser deducido de lo que os pagamos por vuestro trabajo para el censo?

¡Por todos los dioses!

Pero al hijo de puta todavía le quedaban maneras de fastidiarnos.

—A propósito, Falco, tenemos que comprobar que todo se haga a la perfección. Supongo que debo preguntarte si ya has presentado tu declaración de renta al censo.

Me marché sin decir palabra.

Mientras salía enfurecido de la oficina de Laeta, un funcionario corrió tras de mí.

—¿Eres Didio Falco? Tengo un mensaje del Departamento de Pajarracos.

—¿Qué?

—¡Es una broma! Es el departamento en el que Laeta da pensiones a los incompetentes. Es un departamento miserable, no hacen nada en todo el día: tienen unas responsabilidades especiales en el augurio tradicional... Los pollos sagrados y todas esas cosas.

—¿Y qué quieren de mí?

—Unas investigaciones sobre gansos.

Le di las gracias por haberse tomado la molestia de decírmelo y seguí caminando.

Por una vez, me alejé del Criptoportico, el camino que solía tomar siempre para bajar al Foro. En cambio, crucé el conjunto de grandiosos edificios antiguos que se hallaban en lo alto del Palatino, pasé ante los templos de Apolo, Victoria y Cibele, hasta la supuestamente discreta Casa de Augusto, ese palacio en miniatura con todas las comodidades en el que nuestro primer emperador fingía que era un hombre como todos los demás. Abatido por el golpe que había supuesto el encuentro con Laeta, me detuve en lo alto de la colina, dominando el

Circo Máximo y miré hacia el otro lado del valle, el Aventino, mi casa. Tenía que prepararme. Decirle a Helena Justina que había estado trabajando de aquella manera por un simple saco de heno sería muy duro. Escuchar los gemidos y el llanto de Anácrites sería aún peor.

Sonreí con amargura, enseñando los dientes. Sabía lo que había hecho y era una enorme ironía. Falco y Asociado se habían pasado cuatro meses regocijándose de los poderes draconianos de auditoría que podían ejercer sobre sus pobres víctimas: las decisiones del censo, contra las cuales no se podía apelar.

A nosotros nos habían tratado de la misma manera.

XXXVIII

Para animarme, Helena intentó distraerme gastando su propio dinero en alquilar una sala de lectura para dar el recital de poesía con el que llevaba soñando desde que la conocí. Me pasé mucho tiempo preparando los mejores poemas que había escrito, practiqué recitándolos y preparé ingeniosas introducciones a cada uno de ellos. Además de anunciar el acto en el Foro, invité a todos mis familiares y amigos.

No vino nadie.

XXXIX

Esa primavera, un perro entremetido llamado *Aneto*, propiedad de Talía, hizo todo lo posible por animarme. Era un animal grande, viejo y feo que ponía los ojos en blanco como un psicópata; en su día fue adiestrado para actuar en pantomimas y sabía fingir que estaba muerto. Un truco muy útil para todo el mundo.

Aneto haría su debut como telonero en las Megalesias, los juegos dedicados a Cibeles. Esta celebración era un acontecimiento esperado, ya que abría la temporada de teatro en abril, cuando empieza el buen tiempo, y era precedida de una serie prolongada de osados y curiosos ritos frigios. Como era habitual, todo empezaba a mediados de marzo con una procesión de personas que llevaban cañas, consagradas a Atis, el adorado de la Gran Madre; porque él las descubrió por primera vez cuando se escondió en un lecho de papiros. (Un acto perfectamente comprensible si hubiese tenido la más leve sospecha de que su futuro rol sería el de castrarse con un tiesto en medio de un desventurado frenesí).

Una semana más tarde, el pino sagrado de Atis, cortado al filo del amanecer, se levantaba en el templo de Cibeles en el Palatino adornado con lana y coronas de violetas mientras la sangre de los animales sacrificados salpicaba el lugar. Si tenías un pino sagrado, era normal que quisieras que fuese tratado con reverencia. A esto le seguía una procesión por las calles de los sacerdotes de Marte, que saltaban al son de las trompetas y atraían miradas de nuestros serios ciudadanos, aunque repitieran el espectáculo año tras año.

Entonces, en honor de las heridas que Atis se había causado a sí mismo, el sumo sacerdote se cortaba un brazo con un cuchillo. Dada la naturaleza de lo que Atis había tenido que soportar, el brazo del sacerdote siempre me había dado risa. Luego, alrededor del pino sagrado se ejecutaba una desenfadada danza. Para no desanimarse ni un instante, el sumo sacerdote se flagelaba a sí mismo y a sus seguidores con un azote. Las mutilaciones del sacerdote se convertían después en tatuajes permanentes como señal de su disciplina. Los devotos gritaban, chillaban y se desmayaban debido al ayuno y a aquella histérica danza.

Para los que todavía tenían aguante, aquel día se celebraban más ritos sangrientos y solemnes ceremonias rituales seguidos de un día de júbilo y el

auténtico inicio del gran festival. La recompensa por haber soportado la sangre y la violencia era un carnaval impresionante. Ciudadanos de todos los rangos lucían máscaras y disfraces impensables. Libres de ser reconocidos, se permitían también conductas impensables. Realmente chocante, los sacerdotes del culto, que normalmente estaban encerrados en el Palatino porque eran extranjeros y desvariaban, salían de su encierro claustral durante un día de fiesta. Por las calles, flautas, trompetas y tambores tocaban una extraña música oriental de enervantes ritmos. La imagen sagrada de la diosa, una estatua de plata, cuya cabeza estaba simbólicamente representada por una piedra negra de Pesinunte, era llevada hasta el Tíber y bañada en sus aguas. También se lavaban los utensilios de los sacrificios, y luego eran devueltos al templo bajo una lluvia de pétalos de rosa.

Además de las procesiones se celebraba una orgía secreta de mujeres, famosa por sus bacanales. Estas mujeres, que tendrían que estar por encima de tales comportamientos, revivían las viejas tradiciones, aunque en el nuevo modelo de respetabilidad de los Flavios, tuviesen las de perder. Helena me había asegurado muy seria que, cuando todas las puertas se cerraban a los hombres, lo único que hacían las mujeres era tomar té y dedicarse al chismorreo. Luego comentó que los rumores de frenesí orgiástico era sólo un truco para preocupar al sexo masculino y yo, como es natural, la creí.

Los Juegos empezaban tres días después de las calendas de abril. Una vez más, sacaban en procesión la sagrada imagen montada en un carro y la paseaban por las calles mientras los sacerdotes del culto cantaban himnos griegos y recogían las monedas que les arrojaba el populacho. (Eso siempre servía para que la gente se deshiciese de las monedas extranjeras y de las que estaban fuera de circulación). El sumo sacerdote asumía el papel de protagonista. Se suponía que era un eunuco, algo que se deducía del hecho de que llevase un hábito de color púrpura, un velo, una larga melena bajo un turbante exótico terminado en punta, aros en las orejas, collares en el cuello y una imagen de la diosa en el pecho. Llevaba en una mano una cesta de fruta que simbolizaba la abundancia, más unos cuantos címbalos y flautas. Las caracolas sonaban con una fuerza estridente. Era todo aquello terriblemente exótico y se trataba de un culto que probablemente tendría que ser expulsado de la ciudad; pero para aquellos que creían que el troiano Eneas había fundado Roma, que el monte Ida era donde Eneas había cortado la madera para construir sus barcos y la Gran Madre Ideana era la madre mítica de nuestra raza, Cibele estaba en Roma para quedarse. Era una explicación mucho más respetable que la que decía que todos éramos descendientes de un par de gemelos asesinos a los que había amamantado una loba.

Una vez iniciados los Juegos, soportábamos varios días la representación de dramas y tragedias en los teatros. Luego, en el Circo Máximo se celebraban las

carreras de cuadrigas, con la estatua de Cibeles entronizada en la *spina*, el muro bajo que dividía la arena del circo, junto al obelisco central. Había llegado allí llevada en solemne procesión en una silla de mano colocada sobre un carro tirado por leones domados. Aquello me habría deprimido porque me hacía recordar a Leónidas.

Cuando empezaron las carreras, me sentía muy distante. Los exóticos rituales de las Megalesias habían contribuido a ello. Yo, que normalmente evitaba aquellos festivales, me encontraba participando como público sorprendido, aunque estaba verdaderamente malhumorado. Así era Roma. Junto con los misterios arcaicos de la religión, todavía florecían tradiciones mucho más siniestras: el mecenazgo injusto, el esnobismo arrollador de los miembros de las instituciones, y el severo culto a frustrar las aspiraciones del hombre de la calle. Nada iba a cambiar.

Fue un alivio que comenzaran las carreras y las exhibiciones de los gladiadores. Después de iniciado ese ceremonial, con el presidente de los juegos ataviado con el uniforme triunfal dando paso a los participantes por la puerta principal del Circo Máximo era mucho más vital que cualquier otro de los acontecimientos que le sucederían a lo largo del verano. Presagiaba un nuevo amanecer. El invierno había terminado. La procesión discurría sobre una alfombra de flores primaverales. Los teatros y los circos al aire libre bullirían de entusiasmo una vez más. Las calles estarían llenas de vida día y noche. Las discusiones públicas estarían dominadas por los argumentos competitivos. Las actividades de los bajos fondos, como la venta de serpientes, las apuestas ilegales y la prostitución, florecerían. Y siempre cabía la posibilidad de que los Azules echaran a los Verdes de la carrera y se proclamasen vencedores.

En realidad, el único acontecimiento brillante de mi vida era que en abril mi equipo ganase. Siempre traía el beneficio secundario de que cualquier desconcierto de los Verdes, sus rivales de siempre, entristecía a mi cuñado Famia. Aquella primavera los Verdes tenían unos jugadores muy malos: incluso los hombres de la Capadocia, a quienes Famia tan ruidosamente había alabado el día en que se escapó el leopardo, quedaron fuera de combate a las primeras de cambio. Mientras ahogaba sus penas, Famia seguía intentando convencer a su equipo de que se lanzase a una nueva estrategia y, entre tanto, los Azules los derrotaban una y otra vez y yo me reía socarronamente.

El trabajo escaseaba. Los encargos del censo disminuían, como ya sabíamos que ocurriría. Anácrites, para intentar olvidar lo que Laeta le había hecho con la paga de su baja, se ocupó en finalizar informes que ya eran satisfactorios. Le dejé que refunfuñase e hiciera sus chapuzas. En cambio, una mañana en que toda Roma debía de sentirse optimista, me comprometí con Talía a presentar a su perro adiestrado en su primera actuación pública. Era impensable, por supuesto, que un ciudadano respetable apareciese en un escenario, pero yo me sentía

taciturno y con ganas de bulla. Me apetecía transgredir las normas, pero lo hice dentro de unos límites: lo único que tenía que hacer era vigilar al perro cuando no estuviera en escena.

La pantomima se representaría en el teatro de Marcelo, a última hora de la mañana, antes de que todo el mundo se fuera al Circo Máximo para ver las carreras y los espectáculos con gladiadores, que empezaban después del almuerzo. Aquello era una medida temporal: el gran anfiteatro de Estatilio Tauro, donde los gladiadores solían actuar, quedó destruido diez años antes en el incendio de Nerón. Su sustituto ya se había planificado, la extravagante nueva creación de los flavios en el extremo del Foro, pero mientras se construía, el Circo Máximo se quedó allí. Como su forma no era la adecuada, no gozaba de demasiado éxito, por lo que aquel día tuvimos allí más horas de teatro.

Para ese mismo día por la tarde, había una espléndida programación en el circo: gladiadores, una *venatio* formal y, para abrir boca, una ejecución de prisioneros. Uno de ellos era Turio, el asesino en serie de los acueductos.

Turio, en quien yo había depositado todo mi interés, sería devorado por un león nuevo, propiedad de un importador llamado Anóbal, quien tenía una peculiar historia: aunque era más rico que todos los demás lanistas a los que habíamos investigado, nos habíamos visto obligados a admitir que su declaración al censo era impecable.

Lo único que se sabía de él era que había nacido en Sabrata. Por lo que nosotros veíamos, no había contado a los censores otra cosa que no fuera la pura verdad, con una insolencia que parecía indicar que los negocios le iban viento en popa y por tanto no cabía el engaño. Nunca llegamos a verlo; en sus libros de contabilidad no encontramos nada por lo que tuviéramos que interrogarlo personalmente. Sentía un completo desdén por el fraude o, como Saturnino, Caliope y todos los demás individuos a los que habíamos investigado, por los puntos más sutiles de la contabilidad. Ese hombre había pagado una enorme cifra en concepto de impuestos con la naturalidad del que da una propina en una taberna. También se sabía que su león era de primera categoría.

Con la mente puesta en la ejecución, resultaba difícil darle al perro de Talía el mérito debido. Sin embargo, habíamos planeado que, si su espectáculo se convertía en un éxito, yo también sacaría provecho del negocio. Se trataba de una comedia con un largo elenco de personajes en la que la orquesta circense de Talía ponía música a sus desenfrenadas escenas, un buen montaje que incluía los tonos estridentes de las largas trompetas, los cuernos circulares y la dulce y hermosa Sofrona, que tocaba el órgano de agua. Mientras el órgano atacaba un vibrante crescendo, el perro salía trotando, con el pelaje bruñido y la cola hacia arriba. El público caía enseguida rendido ante las gracias de la atractiva personalidad de *Aneto*. Era encantador y lo sabía. Como todos los tenorios desde la antigüedad, era un auténtico desvergonzado. La multitud lo sabía pero se

regocijaba con ello.

Al principio sólo se precisaba que el perro prestara atención a la acción y se comportase de forma adecuada. Sus reacciones eran buenas, sobre todo porque la ridícula trama era tan difícil de seguir que la mayor parte de espectadores miraban a su alrededor en busca de vendedores de bebidas. En un momento determinado, por razones que yo mismo no me molesté en averiguar, uno de los payasos del escenario decidió matar a un enemigo y envenenó una hogaza de pan. El animal se la comió, tragándose la con glotonería. Luego, empezó a temblar, a trastabillar y a asentir de forma soñolienta, como si estuviera drogado. Finalmente, cayó desplomado al suelo.

Mientras se hacía el muerto, el animal fue arrastrado por todo el escenario y siguió sin moverse, como si realmente lo hubieran matado, un asqueroso sacrificio al gusto popular en el teatro. Entonces, tras una señal, se levantó despacio y sacudió su cabezota como si acabase de despertar de un largo y profundo sueño. Miró a su alrededor, y corrió hacia un actor, al que lisonjeó con alborozo perruno.

Era muy buen actor. Su resurrección había tenido un aire misterioso y el público estaba extrañamente conmovido. Entre él se encontraba el presidente de los juegos. Como Talía y yo sabíamos, el presidente de aquel día no era un pretor medio lisiado, sino el propio emperador, resplandeciente en su túnica triunfal de palmas bordadas.

Cuando la obra terminó (un auténtico alivio, francamente), nos dijeron que Vespasiano quería recibir al adiestrador del perro. Talía se negó y me encontré tirando de la correa de *Aneto* en dirección al emperador.

—¿Un nuevo empleo, Falco? —Tan pronto como Vespasiano habló, me di cuenta de que yo no llegaría a ningún sitio. Se agachó para dar unas palmadas al perro actor, se enderezó y me dedicó una de sus largas y frías miradas, frunciendo el ceño.

—Al menos, pasear a un perro tiene las ventajas de trabajar al aire libre y de hacer ejercicio. Es mejor que trabajar con los censores, señor.

Mientras hacían cola para salir del teatro y caminar hacia el circo, los espectadores vociferaban como energúmenos. A nadie le interesaba lo que ocurría entre el emperador y los actores de una comedia. Mis esperanzas de lograr una vida decente se estaban desvaneciendo. Sin embargo, no había conseguido llamar la atención del público y mucho menos ganarme las simpatías de Vespasiano.

—¿Has tenido problemas? ¿Por qué no has presentado una petición formal?

—Sé lo que ocurre con las peticiones, señor. —Vespasiano debía de saber que eran desviadas por los mismos funcionarios que me obstaculizaban. El emperador sabía todo lo que ocurría en las secretarías de palacio, pero tampoco tenía contacto con la gente que insultaba a su personal.

Vi a Claudio Laeta que se escondía entre la comitiva de Vespasiano. El hijo de puta vestía su mejor toga y comía dátiles como si no ocurriese nada. Fingió no verme.

—¿Cuál es el problema, Falco?

—Una diferencia sobre nuestras retribuciones.

—Solúcionalo con el departamento que te contrató.

El emperador me dio la espalda. Sólo hizo una pausa para indicar a un esclavo que cogiera una bolsa y se la entregase a Talía como recompensa por la gracia y la astucia del animal adiestrado. Se volvió de nuevo para saludarla mientras ésta le hacía una reverencia, y el emperador parpadeó un poco al ver el revoloteo de su indecente falda. Entonces, sin él quererlo, nuestras miradas se cruzaron. Parecía gruñir entre dientes.

—Helena Justina y yo queremos darle nuestro más profundo pésame por la gran pérdida sufrida, señor.

Supuse que si Antonia Caenis le había hablado de mi caso, Vespasiano se acordaría. No dije nada más. Tenía que ser de ese modo. Había aprovechado esta última oportunidad pero ya no lo presionaría más. De ese modo le ahorraría molestias y yo me ahorraría perder los nervios ante la comitiva imperial y las burlas de ésta.

Después de darle las gracias a Talía, me dirigí al Circo Máximo, donde me encontré con Helena en nuestros asientos de los palcos superiores. Abajo estaban entrando ya los letreros en los que se leían los horribles delitos cometidos por los hombres que iban a ser ejecutados. En el estadio, unos esclavos allanaban la arena a fin de dejarla a punto para los leones y los criminales. Unos empleados ponían velos a las estatuas para que las divinas efigies no se sintieran ofendidas por la vergüenza de los convictos y confesos y el horrible espectáculo de las ejecuciones. Las estacas a las que serían atados los criminales condenados ya estaban clavadas en el suelo.

Los criminales también habían llegado, encadenados unos a otros por el cuello. Estaban amontonados junto a una entrada y un guardián con armadura los estaba desnudando. Hoscos desertores del ejército, larguiruchos esclavos pescados in fraganti por sus nobles amas y un famoso asesino en serie: aquel día había un buen cartel. No intenté identificar a Turio. Enseguida él y todos los demás serían sacados a rastras y atados a una estaca. Entonces soltarían a las fieras, de las que ya se oían los rugidos, para que hicieran su trabajo.

Helena Justina me esperaba, pálida, con la espalda erguida. Sabía que había ido aquel día al circo por mi necesidad personal de ver morir a Turio. Consideraba un deber acompañarme aunque yo no le había pedido que lo hiciera. Apoyarme, incluso cuando no soportaba lo que estaba a punto de ocurrir, era una tarea que Helena no rehuía. Me apretaría la mano... y cerraría los ojos.

De repente, me sentí invadido por todas las frustraciones que habían

oscurecido mi vida hasta ese día. Sacudí la cabeza.

—Vamos —dije.

—¿Marco?

—Vámonos a casa.

Las trompetas sonaban ya para anunciar la voracidad de la muerte. En esos momentos sacaban a Turio para que fuese devorado por el nuevo león de Sabrata, pero nosotros no contemplaríamos el espectáculo. Helena y yo nos marchábamos del circo. Y luego nos marcharíamos de Roma.

SEGUNDA PARTE

CIRENAICA

Abril del año 74 d. C.

XL

Cirenaica.

Para ser precisos, puerto de Berenice. Hércules llegó a esta tierra en el antiguo puerto de mar de Euhespérides, que se había cegado de tanta arena desde los tiempos míticos. En cambio, en Berenice todavía se respiraba una atmósfera ultraterrena. Lo primero que vimos fue a un hombre que caminaba por la orilla sacando a pacer a una sola oveja.

—¡Por todos los dioses! —exclamé cuando Helena y yo contemplábamos absortos para asegurarnos de lo que veíamos—. ¿Es excepcionalmente amable con los animales o es que quiere engordarla para una celebración?

—Tal vez es su amante.

—¡Muy propio de los griegos!

Berenice era una de las cinco ciudades importantes: mientras a Tripolitania el nombre le venía de tener tres ciudades, la Cirenaica se vanagloriaba de ser una pentápolis. A los griegos les gustaba formar parte de una Liga.

Unida a Creta por motivos administrativos, se trataba de una provincia helénica sucia, como se echaba de ver enseguida. En vez de tener un foro, tenía un ágora, lo cual siempre era un mal comienzo. Mientras estábamos en el muelle contemplando distraídos las murallas de la ciudad y el faro en su pequeño promontorio, de repente la idea de pasar unas vacaciones en un lugar tan oriental nos pareció una mala idea.

—Es tradicional sentirse deprimido cuando llegas al punto de destino de un viaje de recreo —comentó Helena—. Ya te animarás.

—Y también es tradicional que tus preocupaciones resulten ciertas.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Estaba harto de Roma.

—Bueno, y ahora, además, estás mareado por culpa del barco.

Formábamos un grupo optimista, con *Nix* que saltaba alrededor de nuestros pies, contándonos como si fuera un perro ovejero. Habíamos dejado atrás la casa, el duro trabajo, las decepciones y, lo que más me alegraba de todo, habíamos dejado a Anácritis. Con el sol primaveral calentándonos el rostro, el suave murmullo del mar azul a nuestras espaldas y los pies en tierra firme, esperábamos relajarnos.

El grupo lo formábamos Helena y yo y la niña, un hecho que había causado alboroto en casa. Mi madre estaba convencida de que los cartagineses capturarían a la pequeña Julia y ésta sería víctima de un sacrificio infantil. Por suerte, contábamos con mi sobrino Gayo para protegerla. Los padres de Gayo, mi buena hermana Gala y su siempre ausente marido Lolio, le habían prohibido hacer el viaje, por lo que se escapó de casa y nos siguió. Yo le había dado unos cuantos indicios acerca de dónde nos alojaríamos en Ostia para que pudiera encontrarnos sin problemas.

También venía mi cuñado Famia. En otras circunstancias, yo hubiese corrido los estadios que hubiera hecho falta correr con todo el equipamiento de un ejército antes que acceder a compartir con él unas semanas en el mar; pero, si todo salía bien, sería Famia el que nos pagaría el viaje de regreso a casa: había conseguido convencer a los Verdes de que, como los caballos de sus cuadrigas habían tenido un rendimiento tan malo, les interesaba mandarlo a él a buscar nuevos caballos libios comprados directamente a sus criadores. Bien, era cierto que los Verdes necesitaban reforzar el equipo, como yo no dejaba de recordarle.

Para el viaje de ida, habíamos adquirido pasajes en un barco que iba a Apolonia. Eso le permitió a Famia ahorrar dinero o, para decirlo de otro modo, estafar a su equipo. Le habían dicho que fuese a Ostia, eligiese un buen barco latino y comprara billetes de ida y vuelta. En cambio, había comprado billetes sólo de ida. El marido de Maya no era especialmente deshonesto, pero ésta se había asegurado de que no tuviera dinero para gastar y él lo necesitaba para beber. Maya no había querido acompañarnos. Mi madre me había contado a escondidas que Maya estaba harta de intentar mantener unida a la familia y que ya había decidido desistir. Llevarme a su marido al extranjero era el mejor favor que podía hacer a mi hermana.

Enseguida quedó claro que la verdadera razón del viaje, por lo que a Famia se refería, era alejarse de su preocupada esposa para poder emborracharse hasta caer redondo cada vez que tuviera la oportunidad de hacerlo. Bueno, en todos los grupos que van juntos de vacaciones hay un pesado al que todos los demás quieren evitar.

Desembarcamos en aquel puerto con más esperanzas que empeño. Intentábamos encontrarnos con Camilo Justino y Claudia Rufina. Habíamos llegado a un acuerdo de que tal vez iríamos a verlos. Un acuerdo extremadamente vago. En invierno, cuando le permití a Helena mencionar esa posibilidad en una carta que les escribimos a Cartago, lo había hecho porque suponía que mi trabajo para el censo me impediría permitirme esas vacaciones. Ya estábamos allí, pero no teníamos ni idea de en qué lugar de la costa norte de aquel inmenso continente podían encontrarse los dos fugitivos.

Lo último que habíamos sabido de ellos, hacía dos meses, era que pensaban dirigirse a Leptis en la Cirenaica y que querían ir allí porque Claudia deseaba

visitar el mítico jardín de las Hespérides. ¡Qué romántico! Helena traía consigo varias cartas de los abandonados parientes, las cuales era muy probable que sacasen a los enamorados de ese sueño heroico. Los ricos pierden siempre los nervios con sus herederos de una manera terrible. No me extrañaba que Quinto y Claudia estuvieran escondidos.

Como yo era un informador, cuando llegaba a una ciudad nueva que pudiera ser hostil, lo primero que me tocaba a mí era averiguarlo. Estaba muy acostumbrado a que me tirasen huevos.

Me informé en el templo local. Para mi sorpresa, el hermano de Helena había dejado un mensaje diciendo que habían estado allí y que habían ido a Tocra. Su nota estaba fechada hacía un mes. Su eficacia militar no disipaba mis temores de que estábamos a punto de empezar una persecución inútil por toda la pentápolis. Una vez fuera de Berenice, las posibilidades de establecer contacto con la pareja disminuían en gran manera. Me vi dando frecuentes emolumentos a los sacerdotes de los templos.

Nuestro barco aún estaba en el puerto. El capitán había tenido la amabilidad de atracarlo allí para facilitar nuestras investigaciones y, una vez hubo cargado agua y provisiones, hizo lo propio con nuestros equipajes mientras nosotros buscábamos a Famia, que ya estaba en una taberna barata, y embarcamos de nuevo.

El barco estaba prácticamente vacío. En realidad, toda la situación era de lo más curioso. Por motivos económicos, casi todos los barcos llevaban carga en las dos direcciones, así que fuera lo que fuese lo que cargase en la Cirenaica debía de ser muy lucrativo, ya que no había necesidad de comerciar en los dos sentidos.

El dueño del barco había estado a bordo de éste desde la salida de Roma. Era un hombre fornido, de piel negra y cabello encrespado. Iba bien vestido y su porte era distinguido. Si hablaba latín o griego no lo sabíamos, porque nunca nos dirigió más palabras que un «buenos días» y, cuando lo hacía con la tripulación, usaba una lengua exótica que Helena pensó que era la lengua púnica. Era muy poco comunicativo. Ni el capitán ni la tripulación parecían deseosos de hablar de él o de sus negocios y eso, a nosotros, nos iba bien. El hombre no había hecho el favor de darnos pasaje a unos precios muy razonables incluso antes de la amabilidad de atracar en Berenice, y nosotros no quisimos causarle molestias.

Básicamente eso significaba una cosa: tendríamos que ocultarle a Famia que nuestro anfitrión tenía un leve aroma cartaginés. Por lo general, los romanos eran tolerantes con las otras razas, pero algunos albergaban unos prejuicios muy arraigados que se remontaban al tiempo de Aníbal. Famia tenía esos prejuicios por partida doble. No tenía razón para ello: su familia era gente de clase baja del Aventino, que nunca había estado en el ejército ni había visto de cerca a un elefante, pero Famia estaba convencido de que todos los cartagineses eran unos

monstruos devoradores de niños, cuyo único objetivo en la vida era todavía la destrucción de Roma, del comercio romano y de todos los romanos, Famia incluido. Era probable que el borrachín de mi cuñado gritara insultos racistas a pleno pulmón si algo claramente púnico se cruzaba en su camino.

Mantenerlo alejado del dueño de nuestro barco me hizo olvidar lo mareado que me sentía.

Tocra se encontraba a unas cuarenta millas romanas más al este. En esos momentos empecé a lamentar haber desoído el consejo de mi padre: que viajásemos en un transporte rápido hasta Egipto, en uno de los barcos gigantes que transportaban cereales y luego retrocediéramos desde Alejandría. Recorrer Oriente en pequeñas etapas podía ser terrible. En realidad, yo ya había decidido que aquel viaje era por completo inútil.

—No, no lo es. Aunque no consigamos encontrar a mi hermano y a Claudia, en casa todo el mundo estará contento de que lo hayamos intentado —me consoló Helena—. Y además, se suponía que veníamos a disfrutar.

Le dije que el mar y yo éramos incompatibles y que yo no podía disfrutar embarcado.

—Pronto llegaremos a tierra. Quinto y Claudia necesitan que los encontremos. Seguramente estará a punto de terminárseles el dinero. Además, si son felices, no creo que importe que no los llevemos de vuelta a casa.

—Lo que importa es que tu padre ha contribuido a nuestro viaje y, si pierde a su hijo y a la prometida de su otro hijo, y pierde el dinero ya que nos habrá financiado una misión fracasada, mi nombre quedará tan manchado en la casa de los ilustres Camilos en la Puerta Capena que es posible que yo no pueda regresar nunca a Roma.

—Tal vez Quinto haya encontrado el *silphium*.

—Una posibilidad alentadora.

En Tocra el mar estaba mucho más agitado. Decidí que tanto si encontraba a los fugitivos como si no los encontraba, yo no volvía a embarcarme. Bajamos a tierra y nos despedimos. El silencioso propietario del barco salió a despedirnos con un apretón de manos.

Tocra se extendía entre el mar y las montañas, en un lugar donde la llanura costera se estrechaba tanto que las colinas, que no habíamos visto hasta entonces, llegaban casi hasta el mar. La ciudad era una polis griega muy grande y terriblemente próspera. Su élite urbana vivía en casas palaciegas con peristilos contruidos con la blanda piedra caliza local, que enseguida se deterioraba por el salitre de la brisa marina. El viento azotaba las crines de los caballos blancos que pacían cerca de la bahía, las flores y las higueras que se hallaban tras los altos muros de los jardines y hacía que las ovejas balasen y las cabras berreasen alarmadas.

Encontramos un nuevo mensaje. En esta ocasión nos llevó a los barrios bajos

de la ciudad, porque incluso las florecientes ciudades portuarias de origen griego tenían sus zonas para los marineros de paso y las rameras que los atendían. Encontramos a Claudia Rufina en una miserable habitación de una bulliciosa posada.

—Yo me he quedado aquí por si veniais.

Como nunca habíamos asegurado del todo que iríamos, aquello me pareció algo extraño.

Claudia era una chica alta, de poco más de veinte años, y la encontré mucho más delgada y solemne de lo que la recordaba. Había adquirido un intenso bronceado que estaría mal visto en la buena sociedad. Nos recibió melosamente y parecía triste y pensativa. Cuando la conocimos en su casa, en la provincia de la Bética; y en Roma, iba bien vestida, llevaba la manicura perfilada, unos peinados muy caros y abundantes pulseras y collares. En estos instantes vestía una sencilla túnica marrón y una estola, y llevaba el pelo recogido en la nuca. En ella quedaba poco de la criatura nerviosa y un tanto seca que llegara a Roma para casarse con Eliano o de la coqueta descarada que enseguida aprendió a reír con el hermano pequeño, mucho más expansivo y sociable que Eliano, y decidí echar una cana al aire y correr una aventura. Todo aquello parecía haber palidecido.

Sin mediar palabra, pagamos a su mugrienta posadera y nos llevamos a la chica a las habitaciones que habíamos alquilado en un albergue mejor. Claudia cogió a Julia Junila de los brazos de mi sobrino Gayo y se concentró por completo en la niña. Gayo me miró enfadado y se marchó con la perra. Le grité que buscara a Famia, que había desaparecido de nuevo.

—¿Y dónde está Quinto? —le preguntó Helena a Claudia con curiosidad.

—Ha ido hasta Tolemaida, a continuar su búsqueda.

—¿No ha habido suerte hasta ahora? —le pregunté con una sonrisa.

—No —respondió Claudia, sin devolverme ni el más ligero asomo de una sonrisa.

Helena y yo intercambiamos una mirada discreta y luego se llevó a la chica a los baños locales con abundantes provisiones de aceites, esencias y jabón para el cabello con la esperanza de que aquellos cuidados le devolvieran el buen humor. Regresaron horas más tarde, apestando a bálsamo. Claudia siguió comportándose con una fría cortesía, pero se mostró muy poco comunicativa.

Le dimos las cartas de los Camilos y de sus abuelos en Hispania. Cogió los pergaminos para leerlos a solas y, cuando reapareció, preguntó con voz tensa:

—¿Y cómo está Camilo Eliano?

—¿Y cómo quieres que esté? —Tener respeto por una mujer que se escapa unas semanas antes de su compromiso formal no era mi estilo—. Es muy amable por tu parte querer saber de él, pero perdió a su novia de una forma muy repentina. Primero pensamos que habías sido secuestrada por un asesino y

aquello le produjo una gran conmoción. Y lo peor de todo es que perdió tu atractiva fortuna. No es feliz. Ha sido muy brusco conmigo, aunque Helena todavía piensa que tengo que ser amable con él.

—¿Y tú qué opinas, Marco Didio?

—Como de costumbre, acepto todas las culpas con una sonrisa tolerante.

—Me parece que he oído mal —terció Helena.

—Yo no quería hacerle daño —dijo Claudia con pesar.

—¿No? Entonces, ¿sólo querías humillarlos? —Si mi tono de voz sonó airado fue porque me descubrí defendiendo a Eliano, al cual odiaba—. Como no puede casarse de una manera respetable, este año no se presentará a las elecciones del Senado. Va un año por detrás que sus coetáneos. En el futuro, cada vez que miren con lupa su carrera política, tendrá que dar cuenta de esto. Le sobran motivos para recordarte, Claudia.

—Dudo que ese matrimonio hubiese funcionado —intervino Helena mirando a la chica con suspicacia—. No te culpes de lo ocurrido, Claudia —añadió. La chica, como era de esperar, no reaccionó.

Por unos instantes me pregunté si podríamos devolverla a su prometido y fingir que la aventura con Justino no había existido. No, y no podía ser tan cruel con ninguno. Si se casaba con Eliano, éste jamás olvidaría lo que le había hecho. El escándalo público acabaría por acallarse, pero ese tipo era de los que solían albergar profundos resentimientos. Cada vez que quisieran discutir, sólo tendrían que recurrir al pasado, mientras que Claudia habría perdido la santurronería que le permitiría soportar haberse casado con un hijo de puta como Eliano. Claudia había cruzado el puente y estaba en terreno enemigo, siendo imposible la retirada. Los bárbaros estaban a punto de caer sobre ella.

Cambiamos de tema y planificamos el viaje a Tolemaida para encontrarnos con Quinto. Si no era estrictamente necesario, yo no estaba dispuesto a embarcarme de nuevo. Tolemaida estaba a unas veinticinco millas bordeando la costa hacia el este, así que alquilamos un par de carros, aunque Claudia había sugerido débilmente ir por mar, pero la hice callar al instante.

—Si nos ponemos en camino temprano y nos lo proponemos, podemos hacer el trayecto en una jornada —le aseguré—. Lo único que se necesita es suerte y disciplina militar. —Su aire seguía siendo triste—. Confía en mí —le grité. Era evidente que la pobre chica necesitaba que la animasen—. Todas tus preocupaciones han terminado, Claudia. Ahora me encargo yo de todo.

Entonces me pareció que Claudia Rufina, entre dientes, se decía a sí misma. « ¡Oh, no, por Juno, otro no! » .

XLI

Las cosas iban cada vez peor. En Tolemaida soplaban el viento con más violencia; todo tenía una apariencia aún más griega. Si Tocra estaba situada en un cabo que se adentraba en el Mediterráneo, Tolemaida, en cambio, tenía el mar por dos de sus lados. Su puerto estaba más protegido; gracias a eso, cuando nos acercamos hacia él procedentes del oeste, no se hacía notar en exceso el oleaje furioso y el viento que llevaba arena del desierto. El viaje nos llevó dos días y eso que yo había presionado al dueño de los carros para que fuéramos lo más rápido posible. La carretera de la costa era deprimente. No encontramos ninguna posada y nos vimos obligados a dormir al aire libre. Advertí que Claudia se encogía de hombros y no decía nada, como si ya hubiera pasado antes por situaciones parecidas.

Las onduladas colinas verdes y marrones del jebel se extendían hasta la población, apretujada entre el mar y las montañas. Se trataba de un ramal de Cirene, todavía más al este. La ciudad estaba vinculada históricamente con la Tolemaida egipcia, de la que tomaba el nombre y en cuyas tierras todavía pastaba el ganado. Allí engordaban sus rebaños los egipcios ricos, por carecer en su tierra de dehesas para sus animales.

No se comprendía por qué habían edificado la ciudad en un sitio tan seco. El suministro de agua llegaba a través de un acueducto y se almacenaba en cinco grandes cisternas que se encontraban bajo el foro. Milagrosamente, sin embargo, Justino había dejado otro mensaje, por lo que después de haber entrado en el centro de la ciudad, después de encontrar el templo correcto y hablar con el sacerdote encargado de los mensajes para extranjeros, sólo tardamos una hora en convencer a unos desinteresados ciudadanos que sólo hablaban griego de que nos dieran la dirección del lugar donde se encontraba. Como era de esperar, todo esto no sucedió entre las lujosas casas de los magnates locales de la lana y la miel sino en un barrio que olía a pescado en escabeche, en el que los callejones eran sórdidos y estrechos, soplando el furibundo viento en nuestros oídos al doblar las esquinas. Y como también era de esperar, cuando encontramos su alojamiento, Justino se había marchado.

Le dejamos una nota y nos fuimos a nuestro albergue a esperar que el héroe se pusiera en contacto con nosotros. Para animarnos, gasté un poco más del dinero del padre de Helena en una buena cena a base de pescado. Todos

estábamos cansados y desanimados y comimos con ánimo deprimido. Yo sabía que me había tocado desempeñar el papel de líder del grupo, el que irrita a todo el mundo y no complace a nadie cuando intenta organizar algo.

—Y bien, Claudia, ¿has llegado a ver el maravilloso jardín de las Hespérides?

—No —respondió Claudia.

—¿A qué se debe? —intervino Helena para echarle una mano.

—No lo encontramos.

—Pensaba que habíais estado cerca de Berenice.

—Eso parecía.

La permanente pose de indiferencia de Claudia había desaparecido durante unos instantes y tras ella vimos un verdadero rencor. Helena abordó a la chica abiertamente.

—Se te ve muy deprimida. ¿Algo va mal?

—No, en absoluto —confesó Claudia, dejando en el suelo su salmoneo a medio comer para que *Nix* se lo terminara. ¡Por todos los dioses! Nunca había soportado a las chicas melindrosas que jugueteaban con la comida y no se la terminaban, sobre todo si era yo quien pagaba una fortuna por ella. Tampoco me gustaban las mujeres incapaces de pasarlo bien. En el caso de Claudia, era aún peor: había protagonizado un escándalo y parecía arrepentida. ¡Qué terrible desperdicio!

Bueno, sólo tuvimos que esperar diez días en la elegante Tolemaida a que llegase un mensaje de Justino para Claudia en el que decía que estaba viviendo en Cirene, por lo que todavía quedaba otra ciudad griega esperando menospreciarnos si decidíamos ir a visitarla.

En esta ocasión, sin embargo, creímos que merecía la pena hacer los equipajes y viajar hasta allí. Fania estaba muy excitado porque pensaba que Cirene era un buen lugar para encontrar caballos y Helena y yo queríamos ver a los fugitivos juntos de nuevo para descubrir qué iba mal entre ellos. Además, la nota de Justino terminaba con un garabato que desciframos como: « ¡Es posible que haya encontrado lo que andaba buscando! » .

Tuvimos una discusión satírica acerca de si se había vuelto tan intelectual que esa frase se refería a los secretos del universo; pero, aún sin saber que yo estaba en la provincia Áfricana, le pedía a Claudia que me mandara llamar. Como todo el mundo estuvo de acuerdo con que mi presencia no era en absoluto necesaria en un simposio de filosofía, supusieron que Justino me necesitaba para que identificara formalmente una rama de *silphium*.

XLII

Encontrar a Camilo Justino fue un gran alivio. Al menos, tenía el mismo aspecto de siempre: figura alta y delgada, cabello corto, ojos oscuros y una impresionante sonrisa. Conseguía mezclar un aire aparentemente retraído y el indicio de una gran fuerza interior. Yo sabía que era un tipo confiado, un lingüista, una persona valiente y extrovertida en los momentos de crisis. Con veintidós años, tendría que haber estado empezando a asumir responsabilidades de adulto: casarse, tener hijos y consolidar su carrera como patricio, que tan prometedora se le ofrecía. En cambio, se había marchado al fin del mundo en una descabellada misión, con la esperanza truncada tras robar la novia a su hermano, ofender a su familia, a la de ella y al emperador, y todo eso, empezábamos a sospechar, a cambio ¿de qué? De nada.

El alcance de la infelicidad de Claudia se hizo patente cuando los vimos juntos. Helena y yo habíamos alquilado una casa en Apolonia, junto al mar. Cuando apareció el legendario Quinto, los saludos que nos dedicó a su hermana y a mí fueron mucho más alborozados que la contenida sonrisa que le dirigió a Claudia.

Antes de nuestra llegada habían vivido juntos cuatro meses. Compartían, eso era evidente, una visible rutina doméstica que hubiera bastado para engañar a más de uno. Ella sabía cuáles eran sus platos favoritos, él le tomaba el pelo, a menudo hablaban en voz baja de sus asuntos privados y cuando Helena los puso en el mismo dormitorio no opusieron resistencia, pero al asomar la cabeza por la puerta, vio que habían hecho dos camas. Parecían sólo amigos, pero no estaban enamorados en absoluto.

Claudia permaneció inexpresiva. Comía con nosotros, iba a los baños, venía al teatro, jugaba con la niña, todo como si viviera en un mundo que sólo le perteneciera a ella. Decidí hablar a solas con Justino.

—Creo entender que has cometido un gran error —le dije—. De ser así, podemos afrontarlo y solucionarlo, Quinto. De hecho, debemos hacerlo...

Me miró como si no supiera de qué le hablaba. Luego, con toda cortesía me advirtió que no le gustaba que otros se metieran en su vida. Helena también intentó sondear a Claudia y obtuvo la misma reacción.

Lo descubrimos todo casi por casualidad. Famia, que seguía vinculado a nosotros, se había marchado al interior en busca de caballos, como se suponía

que tenía que hacer, por lo que nos habíamos quitado un peso de encima. Podría beber todo lo que quisiera y que no sufriría mi presión de intentar evitarlo por el bien de mi hermana y de sus hijos.

Empecé a imaginar qué vida llevaba mi hermana Maya en Roma. Famia estaba siempre ausente o, si aparecía, estaba cansado; y la dejaba sin dinero porque lo necesitaba para beber. Famia intentaba que otros compartieran su adicción o los tachaba de puritanos si intentaban sacarlo de aquel infierno. Maya viviría mejor sin él, pero era el padre de sus hijos y no renunciaría a ellos.

Mi sobrino Gayo se había marchado solo a dar una vuelta. Siempre había manifestado poseer un espíritu libre y, aunque formar parte de un grupo como el nuestro le sentaba bien, fruncía el ceño con hostilidad si se sentía demasiado vigilado. Helena pensaba que necesitaba amor materno; Gayo era un chaval que opinaba de otro modo. Yo prefería no controlarlo demasiado. Nos habíamos instalado en Apolonia, él se había familiarizado con la zona y ya volvería a casa cuando le apeteciese. Había dejado a Julia en casa. La niña jugaba feliz con un taburete que había aprendido a arrastrar por el suelo y a golpearlo contra los otros muebles.

Finalmente se presentó la oportunidad de hablar del *silphium* en privado. Las perspectivas de hacer dinero eran muchas si Justino había redescubierto la planta realmente y sacamos a relucir el tema de una manera indirecta, un delicado reconocimiento de los sueños que podían volverse realidad para todos nosotros. Sin embargo, y como es habitual en las familias, este enfoque indirecto sólo llevó a la acalorada discusión de un asunto totalmente distinto.

Helena, Claudia, Quinto y yo habíamos compartido un almuerzo sencillo. La conversación nos llevó a nuestra llegada a Berenice y, aunque tanto Helena como yo pasamos por alto la frustración de Claudia por no haber visitado el jardín de las Hespérides, al hablar de nuestro viaje en barco, les preguntamos si la travesía desde Oea les había resultado muy dura. Fue entonces cuando Justino hizo este sorprendente comentario:

—Pero si no fuimos en barco. Viajamos por tierra.

Nos costó unos segundos asimilarlo. Las sospechas de su hermana habían resultado ciertas: mientras yo me quitaba pedazos de garbanzos de la barbilla con una servilleta, Helena abordó la cuestión de la manera más concisa posible.

—No querrás decir todo el trayecto, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —dijo fingiendo sorprenderse de que se lo hubiese preguntado.

Miré a su compañera de viaje. Claudia Rufina arrancaba uvas de un gajo y las comía despacio, de una en una, sacando las semillas con sus dientes delanteros con unos modales exquisitos y las dejaba ordenadas en el borde del plato, dejándolas siempre a la misma distancia una de otra.

—Cuéntanoslo —le sugerí.

Justino tuvo la elegancia de sonreír.

—Por una parte, nos habíamos quedado sin dinero, Marco Didio. —Me encogí de hombros aceptando su ligera insinuación de falta de generosidad por mi parte. Como todo patricio, no tenía ni idea de las estrecheces de nuestra economía—. Y por otro lado —prosiguió—, quería emular a Catón.

—¿Catón? —preguntó Helena en un tono glacial. Yo me pregunté si sería el mismo Catón que siempre volvía del Senado a casa a tiempo de ver bañar a su hijo pequeño. O tal vez era ese niño, ya crecido. En cualquier caso, mi amada había dejado de aprobarlo como modelo.

—En las guerras entre César y Pompeyo, Catón entró por tierra con su ejército en la bahía de Sirtes y sorprendió al enemigo. —Justino hacía una demostración de su cultura. Yo me negué a dejarme impresionar. La cultura no es tan importante como el sentido común.

—¡Qué asombroso! —dije—. Al verlos llegar, debieron de quedarse pasmados. Todo el camino es desierto y, si no me equivoco, no hay ningún camino bueno que siga la costa.

—Por supuesto que no —exclamó Justino, de lo más animado—. Catón tardó treinta días en hacer el recorrido a pie. Nosotros teníamos un par de mulas y aún tardamos más. Fue todo un viaje.

—Me lo imagino.

—Hay, por supuesto, un camino costero que utilizan los locales y sabíamos que ése era el que Catón había seguido. Pensé que sería una gran aventura hacer lo mismo en dirección contraria, claro.

—Claro.

—Tiene que haber sido muy duro —sugirió Helena en voz baja.

—No fue fácil —confesó su hermano pequeño—. Necesitamos mucha dedicación y unos métodos al estilo militar. —Él los tenía pero Claudia era de buena familia, una chica mimada. La educación básica para las herederas consistía sólo en cuatro lecturas de otras tantas novelas griegas y un pequeño curso de conversación. Aún encendido por el entusiasmo, Justino prosiguió—: Fueron quinientas millas de un desierto terriblemente aburrido que parecía no tener fin. Sólo desierto, semana tras semana.

—¿Había alojamientos? —le pregunté en tono confidencial.

—No siempre. Teníamos que llevar agua para varios días, a veces había pozos o cisternas, pero nunca podíamos saberlo por anticipado. A menudo dormimos al raso. Las pequeñas poblaciones de colonos estaban muy lejos del camino.

—¿Y bandidos?

—No lo sabemos seguro. A nosotros no nos atacaron.

—Menos mal.

—Sí. Pero teníamos que seguir adelante, siempre esperando lo peor. De un

lado, el distante destello del azul del mar a la izquierda, y del otro, el horizonte a la derecha. Tierra seca, tierra baldía, con unos pocos matojos por toda vegetación. Después de Marcomedes, el terreno empezó a ondularse un poco, pero el desierto seguía y seguía. A veces el camino se alejaba unos kilómetros de la costa pero yo sabía que, mientras viéramos la franja azul del mar a la izquierda, íbamos en la dirección correcta. Vimos una llanura de sal...

—Eso debió de ser muy excitante —cortó Helena con firmeza. Claudia tomó otra uva sin atisbo de sonrisa en sus labios. La llanura de sal tenía que resultarle un recuerdo horrible pero fingía no sentir dolor—. Intento imaginar lo terrible que tuvo que ser para Claudia —siguió diciendo Helena a su hermano—. Ella esperaba un romance a bordo de un barco y la felicidad a la luz de la luna. En cambio, se encontró en medio de un interminable desierto, temiendo por su vida a mil millas de una peluquería y con zapatos de ciudad.

Se hizo un breve silencio. Helena y yo estábamos asombrados de lo que aquel majara había contado. Tal vez Justino captó cierta atmósfera hostil. Rebañó el plato con un trozo de pan.

—¿Cuánto tiempo tardasteis? —me atreví a preguntar, manteniendo el tono de voz lo más posible.

—Más de dos meses —respondió Quinto, tras aclararse la garganta.

—¿Y Claudia Rufina soportó todo eso a tu lado?

—Claudia ha sido muy valiente.

Claudia no contestó.

—A medida que avanzas hacia el este —prosiguió el chico—, empiezan a aparecer palmeras datileras. Al final, hay rebaños de cabras, de ovejas, incluso ves algunas vacas, caballos o camellos. Poco antes de Berenice, el terreno empieza a elevarse. Nunca olvidaré esa experiencia: el cielo, el mar, los colores grises del desierto al anochecer...

Muy poético. Claudia no se había conmovido en absoluto. El peso muerto de su silencio hablaba de una tristeza descomunal. Justino no había dicho nada de la sed, ni del miedo, ni de las incomodidades, ni de la posibilidad de ser atacados por los salteadores de caminos, del miedo ante lo desconocido, por no hablar de su relación personal, que se desmoronaba.

—Pero lo conseguimos y eso es lo importante. —Para él lo era y se notaba. Para Claudia, su vida podía haberse frustrado para siempre—. Como ya he dicho, no teníamos dinero para el barco. Si no hubiera sido por mi firmeza para seguir adelante, todavía estaríamos por ahí, en cualquier lugar, probablemente muertos.

Sin mediar palabra, Claudia Rufina se puso de pie y salió de la habitación. En realidad, salió de casa. Oímos el portazo. Arriba, un postigo golpeó con tanta fuerza que se le saltaron los goznes. Justino dio un respingo pero no se movió. Yo no estaba dispuesto a que una joven de mi grupo vagara desconsolada por una

ciudad desconocida y me puse de pie para seguir a la chica.

Dejé a Helena Justina empezando a explicarle al que había sido su hermano favorito que la gente lo consideraría culpable de una estúpida crueldad, por no hablar de un egoísmo exagerado.

XLIII

La ciudad de Apolonia se encuentra en el otro extremo de una inmensa meseta que se desliza hasta el mar rodeada de tierras altas en las que se levanta la población más refinada de Cirene. Abajo, en la fértil llanura de tierra roja, el puerto, situado en un paraje de gran belleza, carece de las vistas panorámicas que se disfrutaban desde las tierras altas de la región.

Apolonia es una gran población, tan cercana al mar que el oleaje realmente duro azota los elegantes templos de la playa. Las hermosas casas con peristilos de los comerciantes y terratenientes helenistas están tierra adentro. Sin embargo, las construcciones más elegantes se apiñan tanto en el lado interior como en el exterior de los muelles. En ellos fondean distintos tipos de barcos, que abarrotan los astilleros en todas las épocas del año. El comercio es la vida de Apolonia. Lleva siglos siendo un puerto muy próspero, situado a poca distancia de Creta, de Grecia, de Egipto y del Oriente y es el punto de partida hacia Roma, hacia Cartago y hacia los mercados del oeste del Mediterráneo. Incluso sin el *silphium*, el olor del dinero se mezcla con el del salitre del mar.

Aquella tarde radiante, Claudia Rufina pasó deprisa ante las espaciosas y soleadas villas, tan grandes que parecían palacios oficiales. Pero como la Cirenaica era administrada desde Creta, se trataba de casas particulares, ostentosas e inmensas. Como solía ocurrir en los sitios habitados por ricos vulgares, apenas había señales de vida. De vez en cuando, un guardaespaldas con aire aburrido abrillantaba los cromados de un carruaje aparcado, o una pulcra criada salía a un recado. De los ricos propietarios no vimos nada: o dormían pesadas siestas o vivían en otro lugar.

Finalmente, en el extremo oriental de la costa, más allá del muelle exterior y de la propia ciudad, Claudia se encontró con un camino en zigzag que, obviamente, debía de llevar a algún sitio y lo siguió. Yo iba detrás de ella, a poca distancia, y si hubiese mirado hacia atrás me habría visto, pero no lo hizo.

Era un camino polvoriento y tranquilo que seguía las sinuosidades de la costa. Pese a sus sandalias de niña, Claudia llevaba un buen paso, aunque el terreno era cada vez más accidentado y empezaba a ascender. Llegó a un altozano desde el que se divisaba la panorámica de la ciudad y allí se abría otro camino. Se ciñó la estola al cuello y sin dudarle un momento, empezó a subirlo y desapareció tras

un recodo. Aceleré el paso y, casi desde el suelo, un chorlito alzó el vuelo asustado.

Empecé a subir la cuesta, gozando del aire fresco y diáfano; a mi izquierda el mar era de un asombroso color azul, con unos islotes rocosos cerca de la costa. Las olas rompían en una hermosa cala y de repente me encontré ante un abrupto desnivel. Me detuve para recuperar el aliento.

Cortado en un acantilado redondo que daba a una hermosa y protegida playa se encontraba el anfiteatro mejor situado del mundo. Su estado era lamentable y pedía a gritos que algún benefactor público de espíritu artístico estuviera dispuesto a ofrecer su patrocinio y se decidiera a restaurarlo. El camino que partía de la ciudad nos había llevado a sus gradas superiores. Yo me quedé en lo alto, como una estatua encima de un templo, mientras Claudia bajaba por las precarias gradas. Finalmente se detuvo, se sentó con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos y empezó a sollozar desconsolada.

Dejé que aireara sus problemas sola un buen rato. Tenía que pensar cómo abordarla. Su estúpido amante la había tratado horriblemente, por lo que debía de apetecerle lanzarse a los brazos de cualquier hombre más maduro y comprensivo que quisiera ayudarla. La situación podía resultar peligrosa.

Me quedé quieto, con el viento alborotándome el cabello y los pies separados para mantener el equilibrio. Desde allí arriba, el horizonte marino parecía extenderse en semicírculo. La belleza y soledad del lugar eran emocionantes. Si la vida te iba bien encontrarte allí, bajo el sol y alborozado por el largo paseo por aquel terreno rocoso, te alegraría el ánimo de satisfacción, pero si tu alma estaba apenada por alguna razón desesperante, el toque melancólico del mar y del cielo resultarían insoportables. Para la pobre chica temblorosa y abrumada, sentada allí abajo sola, en vez de estar rodeada de una multitud bulliciosa y bronceada, aquel teatro era un desolado escenario, ideal para meditar acerca de todo lo que había perdido.

Cuando pareció calmarse, me acerqué a ella. Hice bastante ruido para avisarla de mi presencia y luego me senté a su lado en la antigua grada de piedra. Noté que el sudor se me pegaba a la túnica. Claudia debía de haberse sonado la nariz y secado los ojos, porque su rostro estaba aún brillante por las lágrimas mientras miraba al escenario tras el cual rompían las olas en la blanca arena de la cala. Ella era natural de Córdoba, una ciudad asentada a orillas de un río caudaloso pero muy de tierra adentro. Tal vez por eso el mar tenía para ella aquel influjo exótico.

—El ruido de las olas tiene que suponer un auténtico reto para los actores y las actrices —dije sin emoción alguna. Deseé que hubiera sido Helena y no yo quien hablase de aquel modo con Claudia.

Adopté una postura informal, con los brazos doblados y las piernas estiradas. Suspiré pensativo. Claudia seguía inexpresiva. Consolar a mujeres jóvenes que

sufren suele ser un trabajo difícil. Yo también clavé la vista en el horizonte.

—Anímate. Las cosas sólo pueden mejorar.

Hizo caso omiso de mis palabras y noté que lloraba de nuevo.

—Por terrible que te parezca todo ahora mismo, no has arruinado tu vida. Nadie ha hablado de que vuelvas con Eliano, pero puedes casarte con otro hombre, en Roma o en la Bética. ¿Y tus abuelos? ¿Qué te sugieren que hagas?— Por lo que me habían contado en Roma antes de partir, sus abuelos le habían escrito una carta para decirle que la perdonaban. Claudia podía pedir dinero para lo que necesitase. Los abuelos no tenían a nadie más—. Eres una heredera, Claudia. Puedes permitirte el lujo de cometer más errores que el resto de la gente. Algunos hombres admirarán tu iniciativa. —O sus cofres llenos de riquezas.

Claudia siguió sin responder. Cuando yo era joven, eso hubiese supuesto un reto para mí, pero ahora me gustaba que las mujeres tuviesen carácter. Si respondían, resultaba más divertido.

—Mira, creo que debes hablar con Quinto. Una vez, Helena y yo tuvimos una pelea terrible. En parte se debió a que para ella era obvio que lo que había motivado su enfado era como ella decía. Yo, por el contrario, lo achacaba a que ella no me quería, que me había dejado. En fin, que si es a Quinto a quien quieres, eso puede arreglarse.

Finalmente, se volvió y me miró.

—Él no lo sabe —proseguí alegremente—. No comprende lo horrible que fue el viaje para ti. Piensa que lo importante es que hayáis compartido una experiencia excitante y que hayáis sobrevivido...

—Quinto sabe cómo me siento —dijo Claudia de repente, como si lo defendiera. Su tono, sin embargo, era demasiado seco—. Hablamos largo y tendido de ello. —Su tono contenido sugería lo acalorada que tenía que haber sido esa discusión.

—Lo que ocurre con Quinto —me aventuré a decir un tanto precavido— es que tal vez no sabe aún lo que quiere de la vida.

—¡Pues a mí sí me dijo lo que quiere! —replicó Claudia, enojada. Sus ojos grises se encendieron cuando anunció—: Según él, mientras estaba contigo en los bosques de la Germania Libera, tuvo un encuentro con una hermosa y misteriosa profetisa rebelde, a la que se vio obligado a dejar; pero ella lo embrujó para toda la vida.

Yo me había esforzado mucho por no sacar a colación esa historia en interés del propio Quinto tras nuestro regreso a Roma y él se la había contado a la única persona a la que nunca tendría que haberlo hecho.

Claudia se puso de pie. Estaba mucho más enfadada de lo que yo me imaginaba.

—Eso es una tontería, por supuesto —dijo con voz airada—. ¿Con quién tuvo

una aventura? Espero que no fuera con una ramera de taberna, podría haber cogido una enfermedad. ¿Con la esposa de algún tribuno?

En Roma todo el mundo daba por sentado que Justino tenía un romance con una actriz desde su vuelta a la ciudad. Al parecer, Claudia no había oído ese rumor. Me aclaré la garganta nervioso. Pensé que lo mejor era fingir que Camilo Justino nunca me había confiado sus asuntos personales.

—¿Puedo hacer algo para que todo esto te resulte más fácil, Claudia?

—No creo. De todos modos, gracias por tus consejos. —Su tono de voz era frío. Entonces se volvió y empezó a subir las gradas del anfiteatro para volver a casa, todavía furiosa, todavía desconsolada, pero sorprendentemente segura de sí misma.

Muy bien, Falco, ya habías vuelto a meter la pata. Mientras yo me había preocupado por consolar a la atribulada muchacha, ella sólo se había sentido aconsejada. No agradecía mi intrusión llena de buenas intenciones y pensaba que podría apañársela sola.

Yo conocía bien a Helena y tenía que haber previsto algo así: hay mujeres tristes que no se te echan a los brazos sino que te dan un puñetazo en un ojo.

Después de unos instantes de sonreír, bajé hasta el mar y me dediqué a explorar el teatro. En la playa encontré a Gayo y a *Nix*, que tomaban el sol. Me uní a ellos y me tranquilicé. Tiramos piedras al mar y recogimos conchas un buen rato. Luego, como buenos chavales, meamos contra la pared del escenario para marcar nuestro territorio y volvimos a casa porque llevábamos varias horas sin comer.

Al llegar, se palpaba en el aire que Helena Justina había tenido una acalorada discusión con su hermano y que éste se había marchado hecho una furia. Helena estaba sentada a la sombra, apoyada en la pared de la casa y acunaba a la niña. Tenía los labios apretados y representaba a la perfección el papel de la persona que quiere que la dejen en paz, por lo que me acerqué e hice notar mi presencia. Que una mujer me hubiera rechazado no me desanimaba a abordar a la siguiente que me encontrase. Al menos Helena me permitió abrazarla, tanto si le apetecía como si no.

Famia había llegado borracho y dormía, roncando ruidosamente. Claudia también había regresado y, con aire de mártir, preparaba la cena para todos los demás, como si fuera la única persona sensata del grupo.

Tal vez fuese cierto, aunque si se aferraba a esa sensatez, su futuro probablemente sería solitario, triste y amargo. Yo sabía que Helena pensaba que en ella había un brillo que la hacía merecedora de una vida mejor. Parte de ese brillo y la única esperanza de salvación eran las ganas que la propia chica tenía de superar el dolor.

La conclusión de todo aquello fue que, aun cuando Quinto regresó a casa aquella noche, aplazamos la charla sobre el *silphium*; pero, al día siguiente,

cuando la atmósfera se tranquilizó, el chico me contó que creía haber encontrado una de esas plantas en un aislado paraje a muchas millas de distancia. Para ir a verlo, nos veríamos obligados a dejar a las mujeres en casa ya que sólo se podía llegar hasta allí a caballo. Eso a él le venía de maravilla. Y yo obtuve permiso para alejarme de Helena ya que ésta creía que si pasaba unos días a solas con él, lo ayudaría a poner en claro su vida amorosa.

Yo no entendía cómo, en mi opinión, para aclarar la vida amorosa de un hombre es necesario que, al menos, esté presente una mujer. No obstante, yo era un perfeccionista.

XLIV

Era un hermoso día de finales de abril cuando Justino y yo nos acercamos por fin al escenario de su posible hallazgo. Íbamos a caballo, un hecho que yo lamentaba gravemente porque, después de cuatro días de viaje, apenas habíamos recorrido unas cien millas romanas. Habría sido más apropiado calcular la distancia en parasangas griegas, ya que nos encontrábamos en la Cirenaica; pero, para qué molestarse, el dolor del trasero no me lo quitaría nadie.

Quinto me había llevado a un paraje de colinas no muy lejos de la costa, en el saliente oriental de la provincia, cerca del desvío a la izquierda que iba hacia Egipto. Sé que es una descripción vaga, pero si crees que voy a ser más preciso acerca del posible emplazamiento de un producto de precio incalculable que sólo conocíamos yo y un socio muy íntimo, estás muy equivocado.

Fue todo un alivio alejarnos de la conflictiva atmósfera de Apolonia. De hecho, hasta Helena y Claudia habían decidido que necesitaban un cambio de paisaje e iban a marcharse a otro lugar. Animadas por la descripción que había hecho Quinto de la refinada ciudad de Cirene, partían hacia allí. Quinto y yo habíamos cometido el error de cuestionarnos los posibles gastos de ese traslado y que las dos independientes damas nos dijeron que ambas tenían dinero propio y que, como las dejábamos solas con Gayo y la niña por tiempo indefinido, harían lo que les viniera en gana y nos agradecían nuestro interés.

Prometimos volver lo antes posible y rescatarlas de cualquier problema en el que se hubiesen metido. Ellas nos describieron el caldero en el que cocinarían nuestras cabezas.

Antes de ponernos en camino, masqué el trozo mohoso de hoja que Justino me había dado como muestra. Si hubiese podido elegir, habría preferido explorar las delicias de Cirene en vez de galopar rumbo a lo desconocido. El supuesto *silphium* tenía un sabor asqueroso. No obstante, nadie come ajo crudo y yo detestaba las trufas. Nuestro objetivo era hacernos con el monopolio mundial del *silphium*. Los productos lujosos no tenían por qué ser buenos, sólo tenían que ser escasos. El disfrute estaba en pensar que poseías algo que los demás no podían permitirse comprar. Como Vespasiano le había dicho a Tito acerca de su lucrativo impuesto sobre la orina, «nunca desprecies la pasta, por más que apeste» .

Y en ésas me hallaba yo. Dudaba de que Justino y yo estuviéramos realmente galopando hacia incontables cofres llenos de monedas.

—Dime, Quinto, ¿cómo es que te has decidido a buscar esa hierba mágica?

—Bueno, tenía tu dibujo.

—Me parece que estaba mal. Según mi madre, tenía que asemejarse más a un hinojo gigante.

—¿Y cómo es el hinojo?—preguntó Quinto, muy serio.

Lo miré, pensativo, mientras él seguía avanzando. Montaba muy bien y dominaba el medio de transporte menos apreciado en Roma con la gracia natural que aplicaba a todo lo que hacía. Con la cabeza descubierta aunque llevando un trozo de tela alrededor del cuello para enrollárselo sobre el cabello cuando el sol calentase más, se adaptaba a aquel entorno del mismo modo que lo había visto integrarse en Germania. Su familia estaba loca si pensaba que podrían atarlo a la aburrida rutina del Senado y a su pomposidad. Era demasiado agudo para tragarse las discusiones anodinas que se daban en los debates. No soportaría tanta hipocresía. Le gustaba demasiado la acción para aguantar la eterna ronda de cenas con aquellos viejos pelmazos que se manchaban las togas de vino, y a los que se suponía que debía halagar; protectores inútiles que tendrían celos de su talento y de su ingenio.

Miró hacia atrás con aquella osada sonrisa.

—Ha sido como una cacería, Marco Didio. Organicé mi misión del mismo modo que tú organizas la busca de una persona desaparecida. Fui al entorno adecuado, estudié el terreno, intenté ganarme la confianza de los nativos y finalmente empecé a hacer preguntas discretas: quién era el último que había visto la planta, cuáles eran sus costumbres, por qué la gente creía que había desaparecido, etcétera.

—No me digas que la han secuestrado y piden rescate por ella.

—Ojalá. Si fuera así, podríamos infiltrarnos y recuperarla.

—Con las personas desaparecidas, uno de los móviles principales suele ser el sexo.

—Soy demasiado joven para saber de esas cosas.

—Pero no eres tan inocente...

Tal vez notó que estaba a punto de preguntarle por su relación con Claudia y el muy ladino farfulló:

—Una de las cosas que tuve que aceptar fue que la gente tal vez no quisiera responder a mis preguntas.

—Eso no me gusta nada.

—Yo veo dos dificultades. Primera: si es cierto que el terreno donde crece el *silphium* es ahora tierra de pastoreo, los propietarios de esos rebaños querrán seguir alimentándolos sin que nadie los moleste. Me han contado que los pastores nómadas lo arrancan de raíz para eliminarlo.

—O sea, que no les gustará nada vernos aparecer.

—Segunda: la tierra donde crece es propiedad hereditaria de las tribus autóctonas que siempre han vivido en ella. Supongo que les molestará que se presenten unos extranjeros y se tomen interés por esa planta. Si ese negocio tiene que explotarse de nuevo, es posible que quieran controlarlo ellos.

—Así que crees que esta búsqueda puede resultar peligrosa...

—Sólo si la gente nos ve buscando, Marco Didio.

—Realmente sabes tranquilizarme, muchacho.

—Imagina que encontramos de nuevo la planta. La gente tendrá que darse cuenta de la inversión que representa. Antaño, toda la economía de Cirene dependía del *silphium*. Tendríamos que llegar a un acuerdo con los propietarios de las tierras.

—O llevarnos un poco y plantarlo en tierras que sean nuestras. —Pensaba en mi tío abuelo Scaro. Siempre según mi madre, claro, sus pequeñas plantas murieron. Y también según mi madre, claro, el miembro de la familia al que más me parecía era a mi desafortunado tío abuelo.

—¿Podríamos cultivarlo en Italia? —preguntó Justino.

—Ya lo han intentado. Mucha gente lo ha probado desde hace siglos, siempre y cuando ha podido acceder a él, lo cual los astutos cirenaicos han tratado siempre de impedir. Un pariente mío intentó plantar esquejes pero no consiguió nada. Es posible que las semillas vayan mejor; pero aun así, tendremos que adivinar si plantarlas cuando estén secas o mientras estén verdes. Debes tener presente una cosa: si el *silphium* era tan escaso, se debía a que sólo crecía en las condiciones particulares de esta zona. Las posibilidades de trasplantarlo o cultivarlo en otra parte no son nada claras.

—A mí no me importaría comprar tierra aquí. —Justino parecía algo más que un pionero, tenía el aire triste de un joven completamente decidido a dar la espalda a todo lo que había dejado atrás.

—Mira, Quinto, el problema está en que ni siquiera los nativos tienen suficientes suelos fértiles para ellos. —Yo había investigado un poco. Desde los tiempos de Tiberio, los esfuerzos romanos por administrar esta provincia se dedicaban básicamente a enviar agrimensores para que hicieran de jueces en las disputas sobre las tierras.

—Por cierto, ¿y por qué no dices que mi lugar es Roma y que debo volver allí? —me preguntó Justino con expresión desafiante.

—Porque eso es algo que debes decidir tú solo.

Pasamos entre matorrales, que provocaban respingos en el jamego que yo había alquilado. Lo único bueno que tenía era que resultaba más fácil de tranquilizar que la gente estrafalaria de la que me había rodeado en aquel viaje. Si el caballo tenía una vida amorosa desordenada, lo disimulaba muy bien. Sin embargo, cuando intenté ponerle en marcha se negó tercamente como habían

hecho todos los demás. En aquel viaje, mis reservas de compasión se estaban agotando.

El día que supuestamente debíamos de llegar al lugar de la planta todo se animó inesperadamente. Mientras trotábamos en nuestros pencos, intentando confundirnos con el paisaje para no tener que inventar excusas sobre nuestra presencia en aquellas tierras, unos gritos alteraron nuestra paz. Hicimos caso omiso hasta que se convirtieron en agudos silbidos, relinchos de caballos y, finalmente, fuertes ruidos de cascos.

—No corráis.

—No corremos.

—¿Qué vamos a decirles?

—Eso es cosa tuya, Marco Didio.

—¡Oh, gracias!

Nos rodearon cinco o seis nativos montados en veloces corceles. Blandían unas largas lanzas y tiramos de las riendas de los nuestros, intentando mostrarnos comprensivos y cooperar. No teníamos otra opción.

La comunicación fue mínima. Probamos con el griego, luego con el latín. Quinto recurrió a una amable sonrisa y luego hasta habló en celta. Tenía experiencia suficiente para comprar tartas calientes de damascenas, para seducir mujeres y para detener guerras, pero todo aquello no le servía de nada. Nuestros secuestradores estaban cada vez más enfadados. Yo sonreí como si creyera que la Pax Romana había llegado a todos los rincones del Imperio, aunque en realidad maldecía en varias lenguas que había aprendido en un momento bajo de mi carrera.

—¿Qué crees que pasa, Quinto? —pregunté con aire inocente, apoyándome en el cuello de mi jamelgo.

—No lo sé —respondió entre dientes—, pero tengo la impresión de que estos tipos son los representantes de los guerreros garamantes.

—¿Los famosos y fieros garamantes cuya principal diversión tradicional es salir al desierto a saquear a todo el que se cruza en su camino?

—Sí. ¿No hemos librado una guerra contra ellos hace poco?

—Me parece que sí. ¿Recuerdas si ganamos?

—Creo que un comandante llamado Festo los ahuyentó de nuevo hacia el desierto, allí los interceptó con mucha audacia y los machacó.

—¡Qué bien! Entonces, si estos forzudos individuos eran de ese grupo y han sobrevivido a la matanza, ya sabrán que a nosotros no se nos puede venir con tonterías.

—O eso o están locos por vengarse —convino el flemático Camilo— y nosotros pagaremos el pato.

Mantuvimos nuestras sonrisas radiantes.

Ampliamos nuestro repertorio encogiéndonos de hombros como si no

entendiéramos lo que querían. Estaba muy claro: nos hacían cabalgar en la dirección que ellos querían y teníamos que obedecerlos de inmediato. Pensamos que nos atracarían y nos tirarían a un barranco, pero no nos quedó otra opción que hacer lo que nos indicaban. Llevábamos espadas pero estaban en las mochilas porque no contábamos con este encuentro tan divertido. Mientras los hombres nos empujaban sin dejar de soltar unos gritos que para nosotros no significaban nada, intentamos mantener una actitud fría por más que estuviéramos cada vez más alarmados.

—Los garamantes estaban en Tripolitania —aseguró Quinto.

—¿No serán éstos, entonces, los hospitalarios nasamones? ¿Les gusta Roma, Quinto Camilo?

—Estoy seguro de que sí, Marco Didio.

—¡Qué bien!

Fueran quienes fuesen, no tuvimos que soportar su animada compañía mucho rato. De repente, nos encontramos con un grupo más numeroso y aquella extraña escena se aclaró: nos habíamos metido sin querer en una cacería de leones. En vez de capturarnos, nuestros nuevos amigos nos estaban salvando de que alguien nos clavara una lanza o de que un león nos devorase vivos. Les dedicamos nuevas sonrisas y ellos reían contentos.

Era una escena de actividad de masas cuya organización debía de haber costado semanas de preparación y mucho dinero. Quinto y yo comprendimos lo inoportuno que tenía que haberles resultado que dos extranjeros se metieran en medio de su terreno de caza. Allí había todo un ejército de hombres. Incluso el campamento semipermanente al que nos llevaron tenía una comitiva de sirvientes y cocineros que asaban carne de caza para el almuerzo en unas inmensas hogueras situadas detrás de las tiendas de campaña cuidadosamente alineadas. Aun cuando no las veíamos todas, intuimos que había muchísimas.

Contemplamos la escena desde un altozano próximo. En unos corrales especiales encontramos ovejas e incluso vacas que se ponían como cebo. Los corrales estaban al final de una especie de túnel construido con redes, maleza y árboles arrancados, reforzado por hileras de escudos superpuestos. Hacia aquella sofisticada trampa avanzaban los cazadores, montados a caballo y a pie. Debían de haberse reunido mucho antes, a muchas millas de distancia, y en aquellos momentos se hallaban en el clímax de su largo recorrido, cada vez acorralando a las fieras y al mismo tiempo obligándolas a entrar en la trampa. Hacia nosotros corrieron todo tipo de criaturas: pequeñas manadas de gacelas, avestruces de largas patas, un león grande y majestuoso y varios leopardos.

Nos ofrecieron lanzas pero preferimos mirar. Que lo que allí estaba ocurriendo era algo ordinario en el norte de África quedaba de manifiesto por los hombres que ocupaban las tiendas de campaña, que apenas se movieron ni dejaron de comer en pleno desarrollo de la cacería. Sus compañeros les

clavaban las lanzas a los animales si las cosas se ponían feas, aunque siempre que era posible montaban jaulas y los capturaban vivos. Los cazadores trabajaban duro y deprisa y se notaba que tenían mucha práctica. Parecía que el grupo llevaba allí semanas acampado y que la cacería todavía iba a prolongarse. Por la gran cantidad de piezas cobradas, su mercado sólo podía ser uno: el anfiteatro de Roma.

De repente, sentí un extraño estremecimiento: lo que hasta entonces me había parecido un interludio bucólico y privado me había recordado el trabajo que había dejado en Roma.

Al cabo de una hora la cacería se tranquilizó, aunque los espeluznantes rugidos de las fieras recién enjauladas y los balidos asustados de los rebaños de los corrales seguían llenando el aire. Acalorados y sudorosos, los cazadores regresaron al campamento, unos manchados de sangre, todos exhaustos por el cansancio. Dejaron sus largas lanzas y sus escudos ovalados y los sirvientes corrían a atar a sus caballos. Los sedientos cazadores trasegaban a sus estómagos grandes cantidades de bebida y alardeaban de sus proezas. Justino y yo comíamos grandes pedazos de carne, y en éstas llegó el jefe de aquella montería.

Bajó de una carreta de altas ruedas tirada por dos mulas que, como remolque, llevaba una jaula reforzada. De ella nos llegaron los rugidos inconfundibles de un fiero león libio. El animal intentaba salir de su prisión lanzándose contra las paredes de la jaula y la carreta entera se tambaleó. El jefe, de fuerza descomunal y gran envergadura, se apeó rápidamente del vehículo, pero la jaula resistió. Los sirvientes se echaron a reír y él se rio con ellos, absolutamente tranquilo. Echaron unas mantas sobre la jaula para que el animal se calmase con la oscuridad y la reforzaron con más cuerdas. El hombre se volvió para observarnos y advirtió, al mismo tiempo que yo, que ya nos conocíamos. Era el dueño del barco que nos había llevado a África desde Ostia.

—Hola —lo saludé con una sonrisa, pese a que por la experiencia que había tenido con él, no esperaba entablar conversación—. Quinto, ¿sabes hablar púnico? —Quinto era especialista en chapurrear cualquier idioma. Yo sabía que algo habría aprendido en sus visitas a Leptis y a Cartago—. ¿Te importaría saludar a este individuo y decirle que estoy encantado de poder renovar nuestra amistad y que, finalmente, nos hemos encontrado?

Quinto y el púnico intercambiaron algunos comentarios y, luego, el chico se volvió hacia mí un tanto nervioso, mientras el hombre de piel oscura observaba mi reacción con una atención propia de haber insultado a mi abuela o de haber contado un chiste terrible.

—Quiere que te pregunte —dijo Quinto— qué ha pasado con el borracho que iba contigo en el barco y que odiaba tanto a los cartagineses.

XLV

Deplorar los horribles hábitos de Famia nos tuvo entretenidos un par de horas. Conseguimos pasar tranquilos el resto del día y asistir a un festín nocturno con abundante comida y bebida sin que nos obligaran a explicar con demasiada exactitud qué hacíamos recorriendo aquella zona deshabitada de la Cirenaica. Quinto habló todo el rato y, por suerte, el vino se le subió a la cabeza antes que a mí y se durmió cuando todavía controlábamos la situación. Había conseguido evitar indiscreciones sobre nuestra búsqueda del *silphium*. El fornido cartaginés era un empresario. Era un hombre enérgico y demostraba tener una gran ambición. No le dejamos enterarse de nuestra historia y que decidiera que cultivar plantas sería más fácil que capturar fieras para el circo.

Tal como fueron las cosas, no tuvimos que preocuparnos de disimular nuestras intenciones. Al día siguiente, cuando montamos en nuestros caballos, casi incapaces de mantenernos erguidos, el jefe, que ya se había hecho muy amigo nuestro, salió a despedirnos y a intercambiar unas cuantas frases más con Quinto. Mientras hablaban, Quinto se echó a reír mirando en mi dirección. Después de unos cordiales saludos, nos marchamos con mucha cautela.

—¿De qué os reiais? —le pregunté a Quinto mientras salíamos del campamento—. Era como si nuestro amigo cartaginés anunciara que iba a venderme a su hija, a la fea.

—Mucho peor que eso —suspiró Quinto. Esperó unos instantes a que le explicara a mi caballo que un pequeño matojo que habíamos encontrado no era un leopardo porque todos los leopardos de la zona estaban en las jaulas de los cazadores y comentó—: Ya sé, querido Marco, por qué no nos ha preguntado qué hacíamos aquí.

—¿Por qué?

—Porque cree que ya lo sabe.

—Y entonces, ¿cuál es nuestro secreto?

—Tu secreto, Falco. Eres el auditor del censo del emperador.

—¿Ha oído hablar de mí?

—Tu fama cruza los mares.

—Y él es un importador de fieras. Tenía que haber pensado en eso.

—Hanno cree que estás espionando a alguien que está a punto de defraudar al

fisco.

—¿Hanno?

—Nuestro anfitrión, el cazador de leones.

—Te contaré algo más —dije sonriendo unos instantes—. Anóbalo es el nombre romanizado de un magnate de Sabrata que dirige un inmenso negocio de importación de animales para los Juegos de Roma. Tiene que tratarse del mismo hombre. Mira, Quinto, nuestro anfitrión de anoche en el campamento y a ha sido objeto de una intensa investigación por parte de Falco y Asociado.

Quinto se puso aún más pálido de lo que ya estaba debido a la resaca.

—¡Por todos los dioses! ¿Y ya has descubierto sus fraudes?

—No, es un magnífico contable. Tuve que olvidarme de él.

—¡Qué suerte hemos tenido! —Quinto había recuperado rápidamente la facultad de pensar con lógica pese a lo mucho que le dolía la cabeza—. Si le hubieras puesto multas, anoche nos hubiese podido servir como cena a sus leones.

—Y esperemos que crea que nuestro encuentro ha sido una coincidencia. Tiene un ejército de hombres armados hasta los dientes.

—Y tú y yo sólo somos dos inocentes cazadores de plantas.

—Por cierto, hablando de plantas: todavía no me has enseñado tu mítico trozo de *silphium*.

Ese mismo día, antes de llegar a Antipirgos, o tal vez ya lo habíamos pasado, Quinto Camilo Justino, el desacreditado hijo del nobilísimo Camilo Vero, me mostró el brote de la planta, que no era tan pequeño, pues le llegaba casi a la altura de la cabeza.

—¡Por Júpiter! ¡Desde que lo encontré ha crecido! —exclamó maravillado al llegar junto al montecillo de hierbas.

Incliné la cabeza hacia atrás, me protegí los ojos del sol con la mano y admiré su tesoro. Cuanto más grande, mejor. Estaba un poco ladeado pero parecía sano.

—No es precisamente bonito. ¿Cómo demonios ha podido perderse algo de este tamaño?

—Ahora que lo hemos encontrado de nuevo, podríamos protegerlo con un dragón como hicieron con los manzanos de las Hespérides, aunque esta planta tal vez se comería al dragón.

—Parece incluso que se nos pueda comer a nosotros.

—Y bien, Marco, ¿es esto?

—Sí.

Era un *silphium*, sí. Sólo había uno, la planta más grande que yo había visto jamás. No era precisamente una planta para cultivar en el balcón en una maceta. El gigante verde medía unos dos metros. De aspecto áspero, bulboso y feo, con unas hojas finas que se unían en un grueso tallo central. En el centro de éste crecía una gran esfera de flores amarillas, un globo de brillantes capullos

individuales, con unos racimos más pequeños que colgaban de unos largos y delgados pedúnculos, los cuales nacían en las uniones de las hojas en la parte baja de la planta.

Mi caballo, al que tanto le habían asustado los otros matorrales, decidió oler el *silphium* con abierto interés. Tragamos saliva y corrimos a atarlo lejos de la planta. Tomamos nota de ello: a los animales les gustaba aquel preciado vegetal.

Justino y yo hicimos lo único que podían hacer dos hombres que acaban de encontrarse una fortuna creciendo en el desierto. Nos sentamos, sacamos la cantimplora que llevábamos con ése propósito y bebimos un frugal trago a la salud del destino.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Quinto después de haber brindado por nosotros, por nuestro futuro, por el *silphium* y hasta por los caballos que nos habían llevado hasta él.

—Si tuviéramos un poco de vinagre, podríamos hacer un buen bote de adobo de *silphium* para las lentejas.

—La próxima vez lo traeré.

—Y un poco de harina de habas para estabilizar la sabia. Podríamos sangrar la raíz para obtener resina. Podríamos cortar unas ramitas y ponerlas en un asado.

—Podríamos comerlo a rodajas con queso.

—Si necesitáramos medicinas, tendríamos un maravilloso remedio.

—Si los caballos necesitasen medicinas, podríamos dárselo.

—Tiene muchísimos usos.

—¡Y lo venderemos caro!

Riendo, empezamos a dar vueltas alrededor de la planta, alborozados. Muy pronto, todos los boticarios que comerciaban con aquel tesoro llenarían de beneficios nuestras cuentas bancarias.

Hanno, nuestro amigo cazador de Sabrata, nos había invitado a una cena decente la noche anterior, pero no había llegado al punto de darnos unas brochetas de pájaros para que nos las lleváramos como picnic. Lo único que teníamos para comer era galleta dura como la del ejército. Eramos unos chicos duros y viajábamos sin comodidades de ningún tipo para demostrarlo.

Corté un trozo pequeño de hoja de *silphium* y me lo llevé a la boca para ver si el sabor que tanto asco me había dado en Apolonia podía mejorarse. En realidad, el *silphium* fresco me pareció peor que la versión seca que ya había probado. Olfía a estiércol. Su sabor era tan repugnante como presagiaba su olor.

—Tiene que haber algún error —dijo Quinto, descorazonado—. Yo esperaba ambrosía.

—Tú eres un romántico. Según mi madre, cuando se cocina, el mal sabor desaparece... casi por completo. Y después de comerlo, el aliento te huele de una manera aceptable, pero me comentó que provocaba muchos gases.

—A la gente que pueda permitirse comprarlo no le importa dónde se tira los pedos, Marco —dijo Quinto, ya recuperado.

—Exacto. Los ricos se hacen sus propias normas sociales.

Nosotros nos tiramos unos pedos por principio. Como romanos, el amable y meticuloso emperador Claudio nos había otorgado este privilegio. Estábamos al aire libre y, además, íbamos a ser ricos. A partir de entonces, podríamos comportarnos de una manera censurable cuando quisiéramos y donde quisiéramos. La libertad para expeler flatulencias sin suscitar comentarios siempre me había parecido la principal ventaja de ser rico.

—Nuestra planta está floreciendo —observó Quinto. Su historial como tribuno del ejército era impecable. Su enfoque de los problemas logísticos era siempre incisivo. Siempre podía presentarte un orden del día razonable, incluso cuando estaba extático o un poco borracho—. Estamos en abril. ¿Cuándo echará las semillas?

—No lo sé. Tal vez tengamos que quedarnos aquí unos cuantos meses hasta que se formen y maduren. Si ves pasar abejas puedes incitarlas a que se acerquen a las flores. Mañana, cuando sea de día, podemos acercarnos al jebel y buscar una pluma. Luego puedo intentar hacerle cosquillas a nuestra planta. —A aquella criatura nuestra le esperaban grandes mimos hortícolas.

—Lo que tú digas, Marco Didio.

Nos enrollamos en nuestras mantas y nos dispusimos a pasar nuestra última noche al raso. En aquellos momentos, brindé por Helena. La echaba de menos. Me habría gustado que viera nuestra planta, creciendo tan robusta en su hábitat natural. Quería que supiese que no le habíamos fallado y que pronto podría disfrutar de todas las comodidades que merecía. Incluso quería oír sus cáusticos comentarios acerca de aquel burdo y feo vegetal que se suponía que haría ricos a su amante y a su hermano pequeño.

Todavía esperaba que Quinto honrase a Claudia con una cortesía similar cuando me cansé de tener los ojos abiertos y me dormí.

XLVI

El tintineo de los cencerros de las cabras me despertó.

Hacía una mañana espléndida. Los dos dormimos hasta avanzado el día, pese a estar sobre el suelo desnudo. Bien, habíamos hecho una etapa de cien millas, habíamos tenido una larga noche de grandes celebraciones con una rica partida de caza, habíamos disfrutado de una gran animación allí, en secreto, y habíamos bebido demasiado. Además, con la perspectiva de unos ingresos enormes, todos los problemas de nuestra existencia estaban resueltos.

Tal vez deberíamos haber dado cuenta de una parte de nuestras raciones la noche anterior, mientras, sentados, soñábamos con las villas palaciegas que un día poseeríamos, con nuestras flotas de embarcaciones, con las joyas con que se adornarían nuestras adorables mujeres y con las enormes herencias que dejaríamos a nuestros educadísimos hijos (siempre que se rebajaran lo suficiente cuando empezáramos a declinar y entrásemos en una vejez bien atendida).

Me dolía la cabeza como si una tropa de elefantes bailones remodelara mi peinado. Quinto tenía la tez grisácea. Cuando vi el resplandor del sol reflejado en las rocas, preferí seguir tendido, con los ojos cerrados. Quinto fue el pobre diablo que se incorporó hasta quedar sentado y miró a nuestro alrededor.

Le oí soltar un gemido torturado. Después lanzó un grito. A continuación debió de ponerse en pie de un salto y echar la cabeza hacia atrás al tiempo que emitía un alarido con todas sus fuerzas.

Para entonces yo también me había incorporado hasta quedar sentado. Una parte de mí ya sabía qué debía de haber sucedido, porque Camilo Justino era hijo de un senador, de modo que había sido educado para mostrar una impasibilidad típica de los nobles. Incluso si el carromato de un vinatero le pasaba por encima del pie, la reacción de Quinto tenía que ser la de hacer caso omiso del crujido de sus huesos, concentrarse en llevar la toga en pulcros pliegues como sus antepasados y cuidar sus palabras para pedir al carretero que hiciera el favor de seguir avanzando. Soltar un grito al cielo como acababa de hacer sólo podía ser indicación de una catástrofe.

Era muy sencillo. Mientras la noche estrellada del desierto daba paso al alba, cuando los dos dormíamos como troncos, debía de haber pasado junto a nosotros un grupo de nómadas que se había llevado uno de nuestros caballos (el mío lo habían despreciado, o quizá nos habían dejado los medios para salir con vida por

algún peculiar sentido ético arraigado entre las gentes del desierto). También nos habían robado el frasco aunque, como nosotros, habían rechazado la galleta.

A continuación, sus rebaños de ovejas y cabras famélicas habían devorado la vegetación de los alrededores. Antes de desaparecer otra vez en su ancestral viaje a ninguna parte, irritados a la vista de nuestro *silphium*, los nómadas nos habían arrebatado los escasos restos que de la planta nos quedaban.

Nuestra oportunidad de hacer una fortuna se había esfumado. No quedaba prácticamente nada.

Mientras contemplábamos la escena con ánimo abatido, una solitaria cabra parda saltó de una roca y se dedicó a mascar los últimos restos de raíz bañados por el sol.

XLVII

Para los griegos, Cirene era un rincón sagrado de los cielos que había caído a la tierra para que ellos lo colonizaran. Pero su fundación era casi tan antigua como Roma y la sierra elevada en la que se levantaba la ciudad se parecía tanto a la de la propia Grecia que la gente de Tera que, acosada por la sequía y guiada por el oráculo de Delfos, fue conducida hasta allí por los libios, debió de pensar que se había quedado dormida y que, de algún modo, sus naves habían variado el rumbo y la habían devuelto a casa. Desde las montañas grises cubiertas de matorrales donde abundaban las codornices, había una panorámica espectacular de la llanura que se extendía hasta el mar rutilante y el puerto, siempre activo, de Apolonia.

Los hondos valles arbolados entre los elevados montes eran tan apacibles y misteriosos como la propia Delfos. Y todo estaba impregnado en el perfume del tomillo silvestre, del eneldo, del espliego, del laurel y de la menta.

Aquel lugar tan aromático no era, con franqueza, buen lugar para dos hombres desanimados que acababan de fracasar en su búsqueda de una planta perdida.

Justino y yo ascendimos lenta y sombríamente hacia la ciudad una mañana soleada, entre el aroma de los pinos, hasta llegar a la vía de las Tumbas; ésta nos condujo a través de una sobrecogedora necrópolis de antiguas casas funerarias grises, algunas de ellas erguidas ante la ladera de la montaña, otras talladas en la propia roca del lugar; una parte de ellas aún estaba cuidada y atendida, pero otras habían quedado olvidadas hacía mucho tiempo, de forma que las entradas rectangulares con motivos arquitectónicos gastados se abrían ahora como bocas y ofrecían refugio a mortíferas víboras cornudas de mordedura venenosa, a las cuales gustaba acechar en la oscuridad.

Hicimos una pausa.

—La alternativa está entre seguir buscando o...

—O ser sensatos —asintió Quinto con tristeza. Los dos teníamos que reflexionar a fondo. El buen juicio nos atraía tanto como una prostituta tuerta en un garito de borrachos, mientras los dos intentábamos apartar la mirada con recato.

—La alternativa es cosa exclusivamente tuya. Yo debo tener en cuenta a Helena y a nuestra hija.

—Y ya tienes una profesión en Roma.

—Llámalo un oficio. El trabajo de informante carece de la importancia de una « carrera » : prestigio, perspectivas, seguridad, reputación, recompensas en efectivo.

—¿Has ganado dinero trabajando para los censores?

—No tanto como me prometieron, pero más del que estoy acostumbrado a ver.

—¿Suficiente?

—Suficiente como para aficionarme a él.

—¿Así, seguirás asociado con Anácrates?

—No, si puedo reemplazarlo por alguien que me caiga mejor.

—¿Qué hace ahora?

—Se preguntará a dónde me he esfumado, probablemente.

—¿No le dijiste que venías aquí?

—No me lo preguntó —respondí con una sonrisa.

—¿Continuarás como informador privado, cuando regreses?

—Lo tradicional es responder que « es la única vida que conozco ». También sé que apesta, por supuesto, pero la estupidez es un talento con el que los informadores sueñan. En cualquier caso, necesito trabajar. Cuando conocí a tu hermana me puse el extravagante objetivo de convertirme en una persona respetable.

—Me ha parecido entender que ya dispones del dinero necesario para aspirar a entrar en el rango medio. ¿Te lo ha dado tu padre?

Estudí al hermano de Helena con aire pensativo. Había supuesto que la conversación giraría en torno a su futuro y era yo quien se veía sometido al interrogatorio.

—Me lo prestó. Cuando Domiciano rechazó mi candidatura al ascenso social, se lo devolví.

—¿Tu padre te pidió que lo hicieras?

—No.

—¿Te lo prestaría otra vez?

—No se lo pediría.

—¿Hay problemas entre vosotros?

—Para empezar, el que le devolviera el dinero, cuando él lo que quería era mostrarse magnánimo, nos causó un conflicto aún mayor del que había supuesto pedirle ayuda.

Esta vez le tocó a Camilo el turno de esbozar una sonrisa.

—¿Quieres decir que tampoco le has dicho a tu padre que venías aquí?

—Empiezas a hacerte una idea de las felices relaciones existentes entre los Didio.

—Vuestras relaciones chirrían, ¿no es eso? —Mientras yo asentía al

comentario, Justino echó una ojeada al valle que teníamos a nuestros pies y a la lejana llanura, envuelta en la leve bruma que se alzaba donde la tierra se juntaba con el mar. El joven estaba preparado para los enfrentamientos que le esperaban en su propia familia—. Tengo que volver a casa y dar explicaciones. ¿Cuál crees que será ahora la reacción de mi padre?

—Quizá dependa de si tu madre está presente en el encuentro.

—Y desde luego, será muy distinta si Eliano es testigo del mismo.

—Cierto. El senador te quiere mucho y estoy seguro de que tu madre también. Pero tu hermano mayor te odia a muerte y nadie puede recriminárselo. Tus padres tampoco pueden hacer caso omiso a sus quejas.

—¿De modo que me espera un castigo?

—Bueno, no creo que vayan a venderte como esclavo aunque nuestro querido Eliano lo proponga. Sin duda, te encontrarán algún puesto administrativo en algún destino anónimo donde el clima sea horrible y a las mujeres les huela el aliento. ¿Cuáles son esos tres puntos perdidos en el mapa, donde nunca sucede nada? ¡Ah, sí: la minúscula triple provincia de los Alpes Marítimos! Apenas un par de valles nevados cada zona... y un viejo jefe tribal al que escogen en un sistema rotatorio...

Justino refunfuñó, pero yo le dejé que se fuera haciendo a la idea poco a poco. Por su expresión y por el modo en que abordó el asunto, era evidente que le había dado muchas vueltas al tema en privado.

—¿Qué te parece esto? —apuntó con cierta timidez. Debía de estar a punto de proponerme una gran solución—. Si lo consideras adecuado, podría volver a Roma y trabajar para ti hasta la próxima primavera.

Casi esperaba estas palabras, incluido el condicional. La primavera siguiente Justino tendría planes para volver a buscar más *silphium*; quizás aquel sueño irrealizable se desvanecería finalmente, aunque vi a Justino perseguirlo durante años, junto con su perdida profetisa del bosque.

—¿Trabajar para mí? ¿Ser mi socio?

—Ser tu aprendiz, yo diría más bien. Tengo demasiado que aprender, eso y lo sé.

—Me gusta tu modestia. —El joven era capaz de arrastrarse, si era preciso. Pero era demasiado esperar que fuese capaz de vivir de aquella manera permanentemente y yo, por entonces, buscaba esa permanencia—. La idea resulta atractiva, dentro de ciertos límites.

—¿Puedo preguntar cuáles son esos límites?

—¿Cuáles crees tú que son?

Justino afrontó la verdad con su habitual brusquedad:

—Que no soy capaz de llevar una vida dura. Que no sé hablar con la gente adecuada. Que no tengo experiencia para valorar las situaciones, ni autoridad... De hecho, ni esperanza siquiera.

—¡Empieza por el principio! —exclamé con una carcajada.

—Pero también tengo algún talento que ofrecer —se rió él, a su vez—. Como sabes, sé interpretar un mapa aunque no sea muy preciso, hablo cartaginés y sé tañer una trompeta militar.

—«Joven limpio, de buenos modales y con sentido del humor busca empleo en importante empresa...». No puedo ofrecerte alojamiento en mi casa, pero ¿te parecería bien vivir en un apartamento de soltero incómodo y falto de todo? Calculo que, para cuando volvamos a casa, mi viejo amigo Petronio estará viviendo con otra mujer, de modo que podrías quedarte en la plaza de la Fuente.

—¿Ahí es donde vivías antes? —Justino lo preguntó con tono tan nervioso, que era buena prueba de que debía de haber oído lo destartalado que estaba mi antiguo piso.

—Mira, si de verdad quieres asociarte conmigo, abandona la sociedad patricia. No puedo tener por socio a un dandi que por el hecho de ser mi ayudante no haga más que salir corriendo a casa de su madre a buscar una túnica limpia cada cinco minutos.

—Eso ya lo sé.

—Pues ahora, escucha: estoy dispuesto a aceptarte por compañero si tú también lo estás a vivir con estrecheces y a trabajar a cambio de nada, salvo alguna esporádica paliza para aliviar un poco el tedio.

—Gracias.

—Bien. Si quieres que te haga una prueba, empieza por esto: mantengo la teoría de que cuando uno anuncia una catástrofe a las mujeres de su familia, tenga en reserva otra noticia bomba. Así, cuando empiecen a lamentarse por el *silphium* perdido, recibirán el anuncio de que vamos a formar una sociedad; de este modo, el primer problema no parecerá tan malo...

—¿Y qué vas a contarles a Helena y a Claudia del *silphium*?

—Yo, nada —respondí—. Se lo dirás tú. Si quieres trabajar para mí, así funcionan las cosas: el principiante interviene y las hace llorar; entonces me presento yo, me muestro viril y merecedor de confianza y ellas enjugan sus lágrimas.

Lo decía en broma. Imaginaba que Helena y Claudia nos habían tomado por locos por intentar la búsqueda del *silphium* y que ninguna de las dos se sorprendería lo más mínimo si volvíamos con las manos vacías.

Nos llevó un buen rato encontrarlas. La hermosa ciudad griega de Cirene se extendía en una amplia llanura, con tres zonas centrales distintas. La del nordeste con el santuario de Apolo, donde un manantial sagrado caía por una pared de roca hasta una hoya rodeada de laureles; al noroeste con el poderoso templo de Zeus; al sudeste con la acrópolis y el ágora, más otros edificios característicos de una zona helenista a la que se habían añadido todos los atributos de un gran centro romano. Era una gran ciudad con no pocas pretensiones, algunas de las cuales

respondían a la realidad.

Recorrimos juntos el centro urbano. Había un gran foro, muy artístico, cerrado por una columnata dórica tapiada y en el centro, en lugar de esos monumentos imperiales de estilo Augusto, tan pretenciosos y solemnes, que abundan en las ciudades romanas, había un atrevido templo de Baco (cuyos sacerdotes no tenían ningún mensaje para nosotros). Ni los griegos ni los libios nativos que se apiñaban felices y contentos en la basílica habían oído hablar de Helena ni de Claudia y supuse que debía sentirme agradecido por ello. Salimos a la calle de Bato, el nombre del rey fundador de la ciudad, y pasamos junto a un minúsculo teatro romano. Nos detuvimos para observar un par de caracoles de listas rojas que copulaban en la acera, ajenos a todo, y echamos un vistazo al teatro griego con sus asientos fríos y anchos para dar acomodo a las grandes posaderas de la oronda élite urbana.

Pasamos al ágora. Tampoco allí daban señales de vida nuestras chicas, pero tuvimos tiempo de admirar un monumento naval compuesto de proas de embarcaciones y de encantadores delfines, rematado por una Victoria radiante, con su tradicional clámide al viento. Después seguimos hasta una tumba real donde encontramos un sistema de cuencos y sumideros especialmente complejo para recoger la sangre de los sacrificios que se hacían ante un refinado pórtico circular. En las tiendas una hilera de perfumistas impregnaban el aire con el famoso aroma de la esencia de rosas de Cirene. Estupendo, si uno tenía una mujer bien dispuesta a quien comprársela. Empezaba a pensar que toda la gente que habíamos traído con nosotros a la Cirenaica se había vuelto a casa. Menos Fania, sin duda, quien debía de estar durmiendo la borrachera en alguna cuneta.

El halo exótico nos deprimía. Sin duda era una ciudad griega hasta la médula, con columnas dóricas, de color rojo, achatadas y muy redondeadas en la parte media —por el contrario, nosotros estábamos acostumbrados a verlas más altas, más rectas y más grises, de mármol travertino y de estilo jónico o corintio—, y con austeras metopas y triglifos bajo frisos sencillos donde esperábamos encontrar una recargada colección de estatuas. Había demasiados gimnasios pero escaseaban los baños. La población, heterogénea y relajada, nos resultaba absolutamente extraña. Incluso quedaban rastros de la época de los Tolomeos, que en su día habían considerado Cirene un puesto avanzado de Egipto. Todo el mundo hablaba en griego, lo cual no era óbice para entendernos, aunque suponía un esfuerzo para unos viajeros cansados. Todas las inscripciones empleaban el griego como primera —o única— lengua. Las influencias de la antigüedad nos hacían sentirnos hombres nuevos advenedizos.

Teníamos que dividirnos. Justino miraría en el santuario de Apolo, en la ciudad baja, y yo me dirigiría al templo de Zeus.

Por una vez había elegido el palillo largo. Mientras caminaba bajo el aire despejado de los pinares al este de la explanada en la que se levantaba la ciudad,

mi ánimo se regocijó. No tardé en llegar al templo. Entre todas las magnificencias de la ciudad, dotada de obras de arte, el templo de Zeus gozaba de especial interés, situado en un lugar privilegiado apartado del bullicio, solemne y majestuoso exhibiendo una copia de una estatua muy celebrada: la del Zeus Olímpico de Fidias. Me gustaba la idea de echar una ojeada a aquella réplica cirenaica, por si no tenía ocasión de visitar el santuario de Olimpia, considerado como una de las siete maravillas del mundo. Sabía que la legendaria estatua tenía cuarenta pies de altura y mostraba a un Zeus henchido de majestad en un trono de madera de cedro y mármol negro, con el cuerpo de marfil y ropajes esmaltados, barba de oro macizo y cabellos también de oro. Toda una maravilla. Pero allí, en Cirene, un espectáculo aún más atrayente que un famoso Fidias distrajo mi atención.

El templo era un lugar apacible (aunque plagado de molestas moscas). Las columnas dóricas achaparradas que sostenían el arquitrabe y el friso hablaban de la antigüedad del templo. En la escalinata principal, entre las imponentes columnas, después de renovar tal vez el mensaje que había dejado para mí, descendía los peldaños una mujer joven, alta, con un vaporoso vestido blanco, que abandonó sus aires de superioridad y excitadísima dio un grito tan pronto como me vio.

Estupendo. Dejando a un lado todo miramiento, bajó a escape desde el podio hasta mis brazos. Discúlpame, Zeus. Quien ha seducido a tantísimas mujeres tiene que comprender...

Helena no tuvo que preguntar qué había sucedido. Aquello ahorró una larga explicación y dejé de sentirme deprimido.

Me condujo a la tranquila vivienda que Claudia y ella habían alquilado, me hizo tomar asiento en una silla griega con la niña en brazos, envió a Gayo a buscar a su hermano, mandó de compras a Claudia y, por último, hizo oídos sordos a la historia conmovedora de nuestra desastrosa experiencia y se dedicó a divertirme con lo que me había perdido.

—Famia está en Apolonia, muy inquieto; ha comprado una cuadra de caballos, muy buena, o eso dice él, y quiere embarcar y volver a casa.

—Ya estoy dispuesto.

—Te necesita para que le ayudes a fletar un barco. Hemos recibido varias cartas de Roma. Las tuyas las he abierto por si se trataba de alguna emergencia...

—Tienes toda mi confianza, querida.

—Sí, estoy segura de ello. Entre estas cartas había una de Petronio. Cuenta que ha decidido volver a trabajar con los Vigiles; su esposa no se ha reconciliado con él y ahora tiene un novio que a Petro le cae mal. La mujer no le permite ver a los niños y dice que lamenta no haber asistido a tu exhibición como rapsoda.

—¡Lo lamenta mucho, estoy seguro!

—Lenia amenaza con matarte porque prometiste a Esmaracto ayudarlo a conseguir un contrato en la apertura del nuevo anfiteatro...

—Fue para que Esmaracto accediera al divorcio.

—Pues todavía no ha firmado los documentos. Petro debe de haber visto a Maya; tu hermana está mucho más feliz, sin Famia. Tu madre está bien, pero disgustada por tu manera de abandonar a Anácrites; éste se dedicó a rondar por ahí preguntando por ti, pero Petro no lo ha visto desde hace algún tiempo y se rumorea que ha dejado la ciudad...

—Los chismorreos de costumbre. ¿Que Anácrites se ha marchado de la ciudad? ¿Y dónde va a ir? Me encanta marcharme de vacaciones. De este modo me entero de muchas más cosas.

—Y Petronio afirma que no dejan de enviarte mensajes urgentes del Gabinete de Magistrados del Palatino...

No pude evitar una sonrisa burlona. Mis pies pisaban elegantes mosaicos ajedrezados blancos y negros, y una fuente salpicaba su chorro refrescante en el fresco atrio abierto. Julia Junila me había recordado lo suficiente como para golpearme en la oreja con la manita y reclamar a gritos que la bajara al suelo para jugar con su sonajero.

—Los gansos sagrados otra vez, ¿no? ¡Qué fastidio! —Eché la cabeza hacia atrás con una sonrisa. Tenía la sensación de que aquello no era todo—. ¿Algo más?

—Sólo una carta del emperador. —¿El viejo? Bien, aquello podía ser importante. Dejé que Helena decidiese si me lo contaba o no. Sus ojos oscuros miraban melifluos mientras disfrutaba del instante—: Se ha revisado tu tarifa y se te pagará lo que pedías.

Me incorporé y solté un silbido.

—¡Vaya! ¿Todo?

—El porcentaje que querías.

—Así pues, soy un ciudadano de fortuna... —Las consecuencias eran demasiado notorias como para asimilarlas todas a la vez—. ¿Y qué quiere, si se puede saber?

—Hay una nota de su puño y letra que dice que Vespasiano te invita a una audiencia formal para saber de lo sucedido con los gansos del Capitolio.

¡Ya está bien! ¡Así que tendré que dar explicaciones del asunto! Empezaba a fastidiarme tanta insistencia.

—Te quiero —murmuré, y la atraje hacia mí. El vestido blanco que llevaba la hacía sumamente atractiva, pero lo mejor era que tenía los pliegues de las mangas lo bastante anchos como para admitir unas manos exploradoras y, para colmo, se desabrocharon los botones de sus ojales...

—Me querrás aún más —musitó Helena con una sonrisa seductora— cuando te diga que incluso tienes un nuevo cliente.

XLVIII

La reacción normal de un visitante al santuario de Apolo era admirar sus alrededores, al final de la vía procesional, con maravillosas vistas sobre el valle exuberante donde manaba una fuente de sagradas aguas. Luego el visitante entregaba parte de su dinero a los astutos acólitos de la capilla excesivamente rica, a cambio de una ramita del sagrado laurel y de unos sorbos de agua desagradable en vasos que necesitaban una buena limpieza. En el santuario se apiñaban hermosos edificios, donados por los griegos acaudalados y piadosos de la ciudad, más inclinados a situar sus generosos proyectos de edificios en los mejores emplazamientos que en planificar el efecto que producirían en el conjunto. Cualquiera que decidiese erigir un templo se hacía sitio, sin más, entre lo que ya estaba construido. Lo principal era asegurarse de que la inscripción con su nombre sería suficientemente grande.

Me dije con pesar que si Justino y yo hubiéramos podido explotar el *silphium* de Cirene, algún día también nosotros, como grandes potentados de la ciudad, habríamos financiado una nueva obra importante en aquel lugar. Aun así, siempre había sido de la opinión de que « Falco » en griego se veía ridículo.

Después de dejar atrás los Propileos griegos, con un arco de entrada monumental a la zona principal del templo, encontramos a nuestra izquierda las aguas sagradas, dirigidas cuidadosamente mediante canales tallados en diagonal en el acantilado a fin de que el agua descendiera a una hoya que quedaba fuera del alcance del público. Aquello impedía a los tacaños conseguirla gratis.

El acceso a la fuente ocupaba un saliente poco profundo, bajo el cual se extendían los templos. Si se miraba hacia abajo podía admirarse los edificios apiñados, pero nosotros preferimos seguir caminando. Más allá de la ermita había un sendero tapizado de flores silvestres que conducía a un promontorio elevado desde el cual se dominaba la vista de la gran planicie junto al mar. El panorama era impresionante. Algún brillante arquitecto había tenido la buena idea de situar un anfiteatro en el borde de aquel promontorio. La pista donde tenían lugar los juegos colgaba precariamente sobre una vista fabulosa. En mi opinión, sólo era cuestión de tiempo y la construcción caería al vacío.

Llegamos allí y nos sentamos en fila en el centro, lo más lejos posible del borde. Estábamos Helena, Claudia, Justino, Gayo, la niña y yo, e incluso *Nux*,

que reposaba a mi lado en el banco de piedra a la espera de que sucediese algo en la orchaestra que teníamos a nuestros pies. Salvo nosotros, nadie más ocupaba el lugar; pero esperábamos reunirnos con una persona. Esta era la razón personal de haber acudido allí. El agua de la fuente me tenía sin cuidado: lo que de verdad me había llevado allí era una cita con un nuevo cliente.

Al parecer, quien quería contratarme era una persona tímida. Toda una novedad. Era una mujer, presuntamente respetable, que se mostró reacia a facilitarle su dirección. Muy exquisita.

Enseguida caí en la cuenta de que la dirección debía de ser provisional, como la nuestra, puesto que la mujer no era cirenea. También sabía que el truco de « la mujer misteriosa » solía significar que el único misterio era cómo conseguir librarse de la cárcel una mujer tan escandalosa. Sin embargo, Helena me había advertido que la tratase con respeto.

La clienta estaba tan impresionada con mi reputación que me había seguido desde Roma. Aquello debía significar que tenía más dinero que juicio. Ninguna mujer que se preocupe de atenerse a un presupuesto cruzaría el Mediterráneo para ver a un informador, y mucho menos lo haría sin asegurarse primero de que el hombre estuviera dispuesto a trabajar para ella. Ningún informante merecía tal esfuerzo, aunque me reservé esta última reflexión.

Helena estaba segura de que aceptaría el caso. Que era una conclusión inevitable. Pero Helena, naturalmente, sabía quién era la clienta.

—Deberías contármelo —le insistí. Me pregunté si Helena se mostraría tan reservada porque la clienta era una mujer despampanante, pero llegué a la conclusión de que, en este caso, Helena le habría dicho que se olvidara de mí.

—Quiero ver qué cara pones.

—Tu clienta no se presentará.

—Me parece que sí —aseguró Helena.

El sol bañaba el teatro vacío. Aquél era otro lugar impregnado de aromas, que también formaba parte del paradisíaco jardín botánico de la Cirenaica. Me dediqué a masticar semillas de eneldo silvestre. Tenían un sabor tostado, ligeramente amargo, que armonizaba con mi estado de ánimo.

Nos íbamos a casa. La decisión ya se había tomado, entre la mezcla de sentimientos de mi grupo. Gayo, que en Roma pasaba la mayor parte del tiempo evitando a su familia, se mostraba ahora perversamente influido de una añoranza de su presencia. Éramos demasiado buena gente para él. Necesitaba alguien a quien aborrecer. Helena y yo habíamos disfrutado de nuestra estancia pero estábamos dispuestos a un cambio de escena; también me atraía la importante suma de dinero que me aguardaba en casa, ahora que Vespasiano había accedido a pagarme. Justino tenía que vérselas con su familia. Claudia quería reconciliarse con la suya y había anunciado sin más que se proponía regresar a Hispania junto a sus abuelos. Y, al parecer, sin Quinto.

Dicho esto, he de confesar que hasta la noche anterior no me había dado cuenta de que Claudia y Quinto escogían el mismo banco a la hora de la cena. En determinado momento, los brazos desnudos de los jóvenes se apoyaron el uno junto al otro sobre la mesa, rozándose apenas. La corriente de atracción entre ellos resultaba más que evidente. Al menos, el silencio de la chica anunciaba la intensidad de esa corriente que ella sentía. La reacción del muchacho, en cambio, fuera la que fuese, quedó disimulada. Una sabia decisión.

Ya había quedado atrás el mediodía. Llevábamos una hora sentados en el teatro. Suficiente espera para una clienta cuyos motivos me resultaban dudosos, cuando tenía otros planes apremiantes; tenía que volver a Apolonia, rescatar al agitado Fania y ayudarle a encontrar un transporte caballar decente para los Verdes. Decidí emprender el regreso a nuestro alojamiento, aunque lo apacible del lugar me disuadía de abandonarlo inmediatamente.

Poco a poco, la inquietud se apoderó también del resto del grupo y nadie volvió a comentar nada, pero la mayoría habíamos llegado a la conclusión de que la clienta no se presentaría. Si abandonábamos este asunto, cuando volviéramos a la casa no nos quedaría nada pendiente salvo hacer el equipaje. La aventura había terminado para todos nosotros.

Camilo Justino se volvió hacia mí de improviso y dijo con su voz grave y exageradamente modesta:

—Si navegamos hacia el oeste y tenemos control sobre nuestra embarcación, Marco, te pediré que me desembarques otra vez en Berenice, si es posible.

Enarqué las cejas.

—¿Abandonas la idea de trabajar en Roma?

—No. Es sólo que deseo hacer antes una cosa.

Helena me dio un codazo en las costillas. Junté las manos, obediente, con la mirada fija todavía en el teatro, como si asistiera a una actuación realmente arrebatadora a cargo de una compañía de actores de primera clase. No dije nada. Nadie se movió. Justino continuó entonces:

—Claudia Rufina y yo teníamos un plan que no hemos llegado a completar. Sigo empeñado en buscar el jardín de las Hespérides.

Claudia exhaló un suspiro que le brotó del alma. Aquel sueño dorado había sido su idea fija. Y ahora parecía que Justino hablaba de ir él solo, mientras ella regresaba a Hispania como una fugitiva a cuerdas con su fracaso y su ignominia, para recuperarse de su pena interior.

—Tal vez quieras acompañarme —propuso nuestro héroe a su furiosa compañera. Al fin y al cabo, llevarla era una idea encantadora; por eso deseé que se me hubiera ocurrido a mí la sugerencia. Con todo, Quinto daba la impresión de ser perfectamente capaz de tomar la iniciativa cuando decidía molestar. Se volvió hacia ella y le habló con un tono de voz tranquilo y tierno que resultó bastante efectivo—. Los dos hemos pasado una notable aventura

juntos. Nunca lo olvidaremos, ¿sabes? Y sería una verdadera lástima que en el futuro tuviéramos que recordarlo en silencio, cuando estuviésemos con otras personas.

Claudia lo miró.

—Te necesito, Claudia —declaró él. Tuve ganas de vitorearlo. Justino sabía muy bien lo que se hacía. ¡Vaya con el muchacho! Guapo, encantador, de absoluta confianza (tenía que serlo, ya que no disponía, de hecho, de un solo óbolo). La muchacha estaba desesperadamente enamorada de él y Justino la había rescatado en el último minuto.

—Gracias, Quinto. —La chica se puso de pie. Era alta, de constitución atlética, con unas facciones fuertes y una expresión seria. Rara vez la había visto reír, excepto en Roma, cuando conoció a Justino; ahora tampoco se reía—. Dadas las circunstancias —continuó con aire complacido—, creo que es lo mínimo que puedes ofrecerme.

Helena cruzó una mirada conmigo y frunció el entrecejo.

La voz de Claudia se hizo más dura:

—¿De modo que me necesitas? —Lo que necesitaba Justino era su fortuna, y de pronto tuve la perversa sensación de que Claudia también lo intuía así—. ¿Sabes una cosa? ¡Nadie, en toda mi vida, se ha molestado nunca en tener en cuenta lo que necesito yo! Discúlpame, Quinto; entiendo que todos los demás piensen que has hecho algo maravilloso, pero yo prefiero vivir con uno que me quiera de verdad.

Antes de que nadie pudiera detenerla, Claudia se abrió paso hasta el pasillo más próximo y comenzó a bajar los peldaños de la grada. Yo ya conocía su tendencia a entrar y salir sola precipitadamente de los anfiteatros. Me puse de pie al instante antes de que lo hiciera Quinto, que todavía tenía una expresión de perplejidad. ¡Por Júpiter! parecía decirse; él había hecho cuanto había podido y ahora estaba terriblemente perturbado. ¡Cómo las mujeres podían ser tan insensibles...!

Nix saltó del asiento y corrió tras la chica con un ladrido excitado. Helena y yo la llamamos al mismo tiempo. Cuando Claudia tomó el pasadizo hacia una salida pública cubierta, una dama que había conseguido acceder a la arena se encaminó hacia el centro y se encaramó a una posición dominante en el escenario oval.

Era una mujer de mediana altura y de porte altivo: cuello largo, barbilla angulosa, una mata de cabellos castaños como espuma y unos ojos vigilantes que siguieron a Claudia con curiosidad mientras la muchacha corría pasillo abajo hacia ella y, de pronto, se detenía. La mujer llevaba unas ropas finas de tonos suaves, con un brillo de seda en la urdimbre. El manto ligero estaba sujeto a los hombros mediante unos broches a juego, unidos mediante una pesada cadena de oro. Otras piezas de oro brillaban en su cuello y en los dedos, y colgaban de sus

pálidas orejas unos pendientes largos y elegantes.

Su voz serena, aristocrática (y latina) llegó sin problemas desde el escenario.

—¿Quién de vosotros es Didio Falco?

Si había traído criados, estarían esperando en otra parte. Su aparición en solitario estaba calculada para sorprendernos. Levanté el brazo, inquieto todavía. En cualquier caso, siempre era perfectamente capaz de insultar a cualquiera que viniera a pedir.

—¡Dioses del Olimpo! ¿La elite cirenaica permite que luchen en su circo mujeres gladiadoras?

—¡Qué cosa más intolerable! —Resplandeciente con su refinada ropa de calle, la mujer me inspeccionó con frialdad. Efectuó una ligera pausa como se suele hacer cuando uno sabe el efecto que va a causar y añadió—: Me llamo Scilla.

A mi lado, Helena Justina sonrió beatíficamente. Le di la razón: iba a aceptar a aquella clienta.

II

—¿Cómo me has encontrado?

Avanzábamos entre las sombras de un camino cálido que conducía al santuario. Helena, mi discreta dama de compañía, caminaba en silencio a mi lado, me tomaba de la mano y alzaba el rostro al sol como absorta en la belleza del panorama. Gayo había cogido a la niña y a *Nux* y había apresurado la marcha hacia casa, adelantándose a nosotros. Los jóvenes amantes, o lo que resultaran ser, se habían retrasado para declararse mutuamente rotundos que no había nada más que decir.

—Di contigo por mediación de tu amigo Petronio. Antes hablé con un hombre llamado Anácrites. Dijo que era tu socio. No le presté mucha atención.

Scilla era franca e iba al grano. Era una mujer que hacía sus propios juicios y actuaba de acuerdo con ellos.

Dejé que la posible clienta se llevara una buena impresión de mí y expliqué, mientras avanzábamos despacio:

—Durante un tiempo trabajé con Petronio, en quien tenía depositada toda mi confianza. —Como conocía a Petro, me pregunté por un instante qué habría pensado de la nueva clienta cuando ésta lo abordara. A mi amigo le iban los tipos más frágiles. Scilla era esbelta, tenía unos brazos nervudos y unos andares firmes —. Por desgracia, Petro ha reemprendido su carrera en los vigiles. Ahora, en efecto, trabajo con Anácrites, en quien no confío en absoluto. Desconfío de él hasta el punto de que hay una cosa segura: a mi nunca me defraudará.

Enfrentada con la tradicional sagacidad de la cofradía de los informantes, Scilla se limitó a reaccionar con una mueca de irritación. También aquello resultaba tradicional.

—Has hecho un viaje muy largo. ¿Por qué yo? —le pregunté con amabilidad.

—Porque ya te has involucrado en lo que necesitaba que hicieras por mí. Acudiste a la casa.

—¿A ver a Pomponio Urtica? —Por un instante me vi transportado a la lujosa villa del ex pretor en el Pinciano, en el mes de diciembre anterior, en aquel par de ocasiones frustradas en que me había propuesto entrevistarle después de que el león de Calíopo lo magullase. ¿Estaba Scilla en la casa en aquella ocasión, o le habían hablado de mí posteriormente? En cualquier caso, ya sabía que la joven

vivía con él y era un miembro íntimo del círculo doméstico del pretor—. Quería hablar a Pomponio de aquel accidente...

Su voz me pareció ronca y profunda:

—¡Un accidente que no debería haber sucedido! —dijo.

—Ésa fue mi deducción. ¿Y qué tal Pomponio?

—Ha muerto. —Scilla se paró en seco. Tenía las facciones pálidas—. Duró hasta últimos de marzo. Su final fue prolongado y terriblemente doloroso. — Helena y yo nos detuvimos también, a la sombra de un pino de frondosas ramas. Parte de lo que Scilla relataba ya debía de haber llegado a oídos de Helena, pero la muy tunanta había dejado que yo lo escuchara de pe a pa. Scilla fue al grano sin perder detalle—: Ya debes de imaginar, Falco, que quiero que me ayudes a tratar con la gente responsable.

Ya lo había imaginado.

Para lo que no me consideraba preparado era para tratar con aquella mujer culta, rica y educada. Según los comentarios que corrían por Roma, era una muchacha alegre y despreocupada, pero de baja cuna; una esclava liberta, probablemente. Aunque Pomponio le hubiera legado millones de sestercios, habría sido imposible que una persona vulgar como ella se transformara en unas semanas en una imagen fiel de una sacerdotisa de Vesta.

Scilla notó mi mirada, que no había hecho el menor esfuerzo en ocultar.

—¿Y bien?

—Estoy intentando estudiarte. He oído que tienes una reputación de mujer «fata».

—¿Y qué significa eso? —me desafió.

—Si quieres que sea sincero, esperaba una buscona de pocos años con pruebas evidentes de una vida aventurera.

Scilla mantuvo la calma aunque se hizo evidente su rechinar de dientes.

—Soy hija de un importador de mármoles, un caballero de la clase intermedia, que también desempeñó importantes cargos en el servicio fiscal. Mis hermanos dirigen un floreciente negocio de complementos arquitectónicos y uno de ellos es sacerdote del culto imperial. Así pues, mis orígenes son respetables y crecí entre lujos y comodidades, con todas las ventajas que ello representa.

—Entonces, ¿de dónde viene esa fama?

—Tengo un pasatiempo insólito, que nada importa para tu investigación.

Mi mente se disparó, lujuriosa. Aquel misterioso pasatiempo tenía que ser de índole sexual.

La mujer reemprendió la marcha. Helena la tomó del brazo y las dos echaron a andar juntas mientras yo me abría paso entre los arbustos de eneldo. Helena retomó la conversación como si fuera más apropiado que a la hija de un caballero la interrogase otra mujer. Personalmente, me parecía que Scilla no necesitaba tales concesiones.

—Bien, hablemos del pretor y tú. ¿Estabais enamorados?

—Íbamos a casarnos.

Helena sonrió e hizo como si esto respondiese a la pregunta, aunque sabía que no era así.

—¿Tu primera boda?

—Sí.

—¿Habías vivido con tu familia hasta entonces?

—Sí, claro.

La pregunta de Helena había sido un modo sutil de sondear si Scilla había tenido amantes importantes con anterioridad, pero la muchacha era demasiado astuta como para revelarlo.

—¿Y qué hay de la noche en que Pomponio hizo llevar el león a su casa? ¿Era una especie de regalo adecuado para ti?

En los ojos avellana de Scilla apareció una expresión que denotaba tristeza y distanciamiento.

—A veces, los hombres tienen una idea muy rara de lo que es «adecuado».

—Tienes razón. A algunos les falta imaginación —asintió Helena, comprensiva—. Otros, por supuesto, saben que están cometiendo una torpeza y siguen adelante, a pesar de todo. ¿Estabas tú presente cuando Pomponio resultó herido? Debió de ser una experiencia terrible.

Scilla continuó caminando unos instantes, en silencio. Tenía un paso elegante y controlado, en nada se parecía a los andares torpes de la mayoría de las damas de alta cuna, que sólo salían de casa transportadas en un palanquín. Como Helena, la muchacha daba la impresión de ser de esas que rondan media docena de mercados, que gastan con mesura y que transportan la compra a casa ellas mismas.

—Pomponio cometió una estupidez —declaró sin el menor tono de rencor o de recriminación.

—El león se liberó y saltó sobre él. La fiera sorprendió a los guardianes, aunque ahora ya sabemos por qué se comportó así. Hubo que acabar con él.

Arrugué el ceño. Alguien me había contado que la chica tuvo una reacción histérica; tal comportamiento habría sido comprensible, pero, en aquel momento, Scilla parecía tan mesurada que me resultaba inimaginable. Volví la cabeza para mirar a Helena y declaré:

—Creo que Pomponio estuvo moviendo un muñeco de paja. El león se lanzó por el muñeco, hirió al pretor y provocó el caos... ¿Qué sucedió a continuación?

—Di un grito con todas mis fuerzas y eché a correr hacia adelante para asustar al león y ahuyentarlo.

—Se necesita valor para hacer algo así...

—¿Y dio resultado? —preguntó Helena, perpleja, aunque ya volvía a dominarse.

—El león cesó en su ataque y huyó al jardín.

—Rúmex, el gladiador, fue tras él e hizo lo que tenía que hacer, ¿no es eso?

Me pareció que una sombra cruzaba el rostro de Scilla.

—Rúmex fue tras el león —asintió en voz baja.

La muchacha parecía impaciente por poner fin a la conversación, lo cual me pareció natural. Al cabo de un rato, Helena apuntó:

—Estuve a punto de conocer a Rúmex en cierta ocasión, poco después del accidente, cuando todavía estaba aislado del contacto con el público.

—No te perdiste gran cosa —le dijo Scilla con inesperada vehemencia—. Era una vieja gloria. Todos sus combates estaban amañados.

Me sentí obligado a defender al pobre Rúmex, capaz de lancear a un león acorralado y furioso sin ayuda de nadie.

La opinión de Scilla era información privilegiada. Me pregunté cómo habría adquirido Scilla los conocimientos necesarios para juzgar de manera tan rotunda la actuación de un gladiador.

De Pomponio, tal vez.

Habíamos llegado a la zona principal del santuario. Scilla nos condujo hasta unos peldaños y los descendió. Yo ofrecí la mano a Helena, galantemente, pero Scilla parecía muy capaz de mantener el equilibrio sin ayuda de nadie.

Salimos a un pequeño recinto entre un puñado de templos apretados, entre los cuales se encontraba la gran capilla dórica a Apolo, con su espectacular altar al aire libre en el exterior. Muchos de los otros templos, viejos y pequeños, se apretujaban en torno a la plaza abierta. Los dioses helenistas solían ser menos distantes que sus equivalentes romanos.

—Y bien, Falco, ¿piensas ayudarme? —preguntó Scilla.

—¿A hacer qué?

—Quiero que se pida cuentas a Saturnino y a Calíopo como causantes de la muerte de Pomponio.

Guardé silencio.

—Quizá no sea tan sencillo —comentó Helena—. Tendrías que probar que conocías con antelación lo que podía suceder aquella noche, ¿te das cuenta?

—Los dos son expertos en animales salvajes —respondió Scilla con aire despectivo—. Decididamente, Saturnino no debería haber organizado un espectáculo privado. Perder una fiera en un entorno doméstico es una estupidez. Y Calíopo tenía que saber que, cambiando los leones, firmaba una sentencia de muerte contra Pomponio.

Helena Justina, hija de senador, propuso la solución de la clase alta:

—La familia del pretor y tú haríais mejor presentando una demanda civil por la pérdida de Pomponio. Tal vez necesitéis un buen abogado.

Scilla sacudió la cabeza con impaciencia.

—La compensación no es suficiente. ¡Y tampoco es el tema! —Consiguió

dominar la voz; después, inició lo que parecía un discurso preparado—: Pomponio se portó bien conmigo y no quiero que no haya nadie que abogue por él. Son muchos los hombres que muestran interés por una chica que se ha labrado una reputación..., pero ya podéis suponer cuál es ese interés. Pomponio estaba dispuesto a casarse conmigo. Era un hombre decente.

—Entonces, perdóname —dijo Helena muy serena—. Comprendo tu irritación, pero otros pueden pensar que sólo tienes motivos rastreros para defenderlo. Por ejemplo, ¿su muerte significa que has perdido la esperanza de disfrutar de su fortuna?

Scilla adoptó un ademán altivo y, una vez más, continuamos como si hubiera dedicado mucho tiempo a reflexionar sobre su pérdida y hubiera ensayado el modo de defenderse de su cólera:

—Pomponio ya había estado casado anteriormente y sus hijos son los principales herederos. Lo que he perdido ha sido la oportunidad de hacer una buena boda con un hombre de posición elevada. Un ex pretor era un buen consorte para la hija de un miembro de la clase ecuestre. Tuvo la generosidad de pedir mi mano y yo lo tengo en alta consideración por eso.

—Tienes razones para llorarlo, en efecto, pero todavía eres muy joven... — Scilla tendría unos veinticinco años, calculo yo.

—No dejes que esta desgracia afecte al resto de tu vida —le aconsejó Helena.

—Pero yo tengo la carga suplementaria —respondió Scilla con sequedad— de haber perdido en circunstancias escandalosas al hombre con el que se suponía que iba a casarme. ¿Quién va a quererme ahora?

—Sí, ya veo. —Helena la contempló con aire como ausente—. ¿Y para qué se supone que quieres a Falco?

—Para que me ayude a obligar a esos hombres a reconocer su delito.

—¿Qué has hecho al respecto, hasta el momento? —pregunté.

—Los responsables de lo sucedido han huido de Roma. Tras la muerte de Pomponio, me corresponde a mí continuar con el asunto. Llevaba tanto tiempo sufriendo que su familia no quiso saber nada más al respecto. Primero, consulté con los vigiles, que se mostraron comprensivos.

—Los vigiles son famosos por el buen trato que dan a las chicas impetuosas —asentí—. Lo cierto es que algunos vigiles se comen a chicas impetuosas como tú como postre en el almuerzo.

Scilla encajó la broma con buen ánimo. No le prestó la menor atención.

—Por desgracia, los sospechosos son gente de fuera de Roma y, por tanto, el caso está fuera de la jurisdicción de los vigiles. Por eso he apelado al emperador.

—¿Y éste te ha negado su ayuda? —inquirió Helena con indignación.

—No; precisamente no. Mis hermanos actuaron de abogados de mi petición, por supuesto, aunque noté perfectamente que la situación les daba apuro. A pesar

de ello, expusieron mi caso de la mejor manera que sabían y el emperador los escuchó hasta el final. La muerte de un hombre de rango tan elevado tenía que tomarse en serio, pero la respuesta de Vespasiano fue que el propio Pomponio había sido el responsable por haber encargado un espectáculo privado.

Helena le dirigió una mirada comprensiva.

—Vespasiano se propondría evitar los chismorreos...

—En efecto. Y como los dos hombres estaban en paradero desconocido, todo el asunto quedó en suspenso, en la esperanza de que el interés público por la cuestión disminuyese. Lo único que prometió el emperador fue que, si Saturnino y Calíopo regresaban a Roma, volvería a examinar el caso.

—Sabiendo eso, ninguno de los dos querrá volver —dijo Helena con tono irónico.

—Exacto. Se ocultan en Leptis y en Oea, sus ciudades natales. Podría envejecer y encanecer esperando a que ese par de insectos reaparecieran.

—¡Pero no pueden escapar a la justicia, mientras sigan dentro del territorio del imperio!

Scilla movió la cabeza:

—Podría apelar al gobernador de la Tripolitania, pero éste no emprendería acciones más enérgicas de las que ha tomado el emperador. Saturnino y Calíopo son figuras notables, mientras que yo no tengo la menor influencia. ¡Los gobernadores no responden bien a lo que Falco ha denominado «chicas impetuosas»!

—Entonces, ¿qué quieres de Falco?

—Yo no puedo acercarme a esos hombres. Y ellos no aceptarán representantes míos, no querrán hablar con nadie que yo envíe. Tengo que ir tras ellos; tengo que ir a la Tripolitania en persona. Pero son gente violenta, perteneciente a una parte de la sociedad embrutecida y brutal. Además, están rodeados de luchadores profesionales...

—¿Tienes miedo, Scilla? —preguntó Helena.

—Sí, lo reconozco. Ya han amenazado a mis esclavos. Si voy..., y creo que debo hacerlo, me sentiré vulnerable en territorio enemigo. Tener la justicia de mi parte no será ningún consuelo si me hacen daño... o algo peor.

—Marco... —Helena apeló a mí. Yo había guardado silencio mientras me preguntaba por qué me sentiría tan escéptico.

—Puedo escoltarte —dije a Scilla—, ¿pero qué sucederá entonces?

—Búscalos, por favor, y tráemelos para que pueda echarles en cara su crimen.

—Parece una petición razonable —comentó Helena.

—No te recomiendo que armes grandes escándalos —me sentí obligado a advertir a la mujer—. Nunca se ha demostrado (por lo menos, en un tribunal) que alguno de los dos hombres haya cometido un delito.

—¿Estás diciéndome que no puedo plantear una demanda civil, como sugería Helena Justina? —preguntó Scilla quedamente. Su pregunta parecía inocua. Demasiado inofensiva, viniendo de quien venía.

—No digo eso. Estoy seguro de que en Leptis y en Oea podremos encontrar algún abogado dispuesto a plantear que Saturnino y Calíopo te recompensen financieramente por la pérdida de tu futuro esposo a causa de su negligencia.

—Eso es todo lo que quiero —asintió Scilla.

—Muy bien. En ese caso, puedo dar con ellos y citarlos ante un tribunal. El coste será bastante asequible, sentirás que te has puesto en acción y quizá tendrás la oportunidad de ganar el caso. —Tripolitania era una provincia famosa por su tendencia a litigar. A pesar de ello, no me parecía que el asunto fuera a llegar a los tribunales necesariamente. Saturnino y Calíopo podían darle un pago para asegurarse de que la mujer abandonaba la ciudad. Las acusaciones, en mi opinión, no les harían mucho daño, pero podían resultar un inconveniente. Si los lanistas atendían la queja y la muchacha recibía una indemnización, podrían volver a Roma sin problemas—. Una cuestión más, sin embargo. Ha quedado una muerte por resolver, relacionada con todo esto. A Pomponio lo mató el león y a éste, Rúmex. A su vez, Rúmex también murió y su asesino sigue sin ser descubierto. Tengo que preguntarte una cosa: ¿Has tenido tú alguna relación con este asunto?

Scilla me dirigió una mirada gélida. Me sentí como el maestro de música de una joven que, sin darse cuenta, falla una nota después de que ella hubiera completado sus escalas a la perfección.

—Si las circunstancias lo piden, sería capaz de matar a un hombre —respondió con calma—. Pero no lo he hecho nunca, te lo aseguro.

Claro que no. Scilla era hija de un caballero y era absolutamente respetable.

—Bien. —Me sentí ligeramente perplejo.

Era evidente que tendría que aceptar el trabajo. Concertamos, pues, diversos acuerdos sobre financiación, puntos de contacto, etcétera. A continuación, Scilla dijo que se disponía a hacer una ofrenda en un templo y Helena y yo nos despedimos de ella con toda educación. Pero tuve ocasión de ver que el templo al que se encaminaba era el más adecuado para una mujer con el corazón sediento de venganza, aunque fuera una venganza obtenida en los tribunales; era el dedicado a Hécate, la diosa de la noche y de los muertos.

—Se la identifica con Diana —comentó Helena. A ella tampoco se le había escapado a dónde se dirigía mi nueva clienta.

—¿La luna?

—Diosa de la caza más bien, es lo que estaba pensando.

Helena y yo nos quedamos junto al altar de Apolo; aquel refugio de cultura estaba más animado. Capté un leve aroma a carne asada que me estimuló el apetito.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

Una arruga surcó la ancha frente de Helena.

—Hay algo que no cuadra del todo.

—Me alegro de que lo digas. —Scilla me había producido una intensa sensación de desagrado. Estaba demasiado segura de sí misma.

—Quizá sea tanta franqueza —apuntó Helena con su habitual suavidad—. Scilla se quedó frustrada cuando intentó apelar a los vigiles y al emperador. Considera que cometió una injusticia, pero ¿qué remedio existe? La gente que pierde algo en una tragedia se enfurece mucho y se mueve de un sitio para otro buscando una manera de aliviar su impotencia.

—Me parece bien, si acude a mí y me contrata.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Sí, seguro.

Cuando Scilla se refería a la noche en que su amante quiso impresionarla con el espectáculo, yo le había recordado el león muerto y, más tarde, al gladiador muerto cuyo asesinato ni siquiera se había empezado a investigar. Aquello me había despertado sentimientos que había dejado atrás cuando salí de aquel interludio de descanso blanqueado por el sol. Dedicarme a Justino —a su alocada carrera en pos de una fortuna y a las tristes pruebas de su vida amorosa— me había alejado de los días invernales dedicados a auditar los establecimientos de fieras para el circo. Pero el problema no había dejado de perturbarme. Y ahora estábamos allí, en la antigua Cirene griega, enfrentados con las mismas oscuras corrientes ocultas.

—Así pues —comentó Helena, y me dedicó una extraña mirada—, ¿viajarás a Tripolitania?

—Sí. Pero no es necesario que me acompañes.

—¡Claro que te acompañaré! —dijo en tono bastante enérgico—. No he olvidado que la primera vez que nos vimos, Marco Didio, tenías fama de pasar el tiempo con ciertas acróbatas tripolitanas de notoria flexibilidad.

Solté una carcajada. No era la reacción adecuada.

¡Vaya con Helena Justina! Habían pasado tres años desde nuestro primer encuentro y en todo ese tiempo no había vuelto a pensar en la juncal bailarina con la que había salido antes de conocerla a ella. Ni siquiera recordaba cómo se llamaba la muchacha. Pero Helena, que no había llegado a conocer a la bailarina, todavía albergaba algunos recelos.

La besé. Tampoco era lo adecuado, pero cualquier otra cosa habría sido peor.

—Sí, será mejor que estés ahí para ahuyentarlas —respondí muy acaramelado. Helena alzó el mentón, desafiante, y yo le guiñé un ojo. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Era uno de esos descarados ritos de cortejo que se olvidan cuando uno se siente seguro de alguien.

Demasiado seguro, tal vez. Helena todavía podía producirme la sensación de

que mantenía abiertas sus opciones por si decidía que yo no era una buena baza.

Crucé con ella el recinto del templo hasta un punto espectacular donde el agua del manantial de Apolo había sido desviada del nivel superior a una fuente clásica. Sobre el plinto de un esbelto obelisco, inclinado en un ángulo bastante extraño, había un torso masculino desnudo, de pequeñas proporciones. El obelisco estaba instalado sobre un estanque escalonado del que fluía el agua del manantial formando láminas. Helena miró de reojo la columna solitaria, cuyo significado dio la impresión de que se lo tomaba con suspicacia.

—Algún escultor que representaba sus sueños —dijo en son de burla—. Apuesto a que hace reír a su novia.

Debajo del obelisco había un elegante podio semicircular, escoltado por dos magníficos leones de piedra. Las fieras, vueltas la una hacia la otra con sendas muecas amenazadoras y feroces, eran largas de cuerpo y bastante recias de tronco y de patas, con unas cabezas anchas, unos bigotes atractivos y unas melenas rizadas, esculpidas minuciosamente.

Me quedé allí un rato, contemplando a las fieras guardianas, mientras pensaba en Leónidas.

TERCERA PARTE

TRIPOLITANIA

Mayo del año 74 d. C.

L

Tripolitania.

De todas las provincias del imperio, la Tripolitania destacaba con mucho sobre las demás por su nobleza. Las tres ciudades de la región tenían una historia de lucha por la independencia que resultaba realmente asombrosa. En mi opinión, lo único que tenían a su favor, aunque fuese remotamente, era el hecho de que sus habitantes no eran griegos.

Tampoco habían sido nunca cartagineses de pura cepa. Esto explicaba su terca actitud; cuando Cartago fue derrotada, ellos prorrumpieron en llanto. Ciertamente, las ciudades fueron fundadas por los fenicios y es posible que fueran recolonizadas en varias ocasiones posteriores desde la propia Cartago; pero, a pesar de todo, las grandes ciudades costeras habían conservado casi intacto su estatus de independencia. Cuando Roma aplastó el poder de Cartago, los de Cirene estuvieron en condiciones de proclamar que habían sido autónomos de Cartago, evitar represalias y sufrir ser arrasadas sus ciudades como lo había sido Cartago. Cartago, en efecto, vio su población convertida en esclava, su religión prohibida, sus campos, sembrados de sal y su aristocracia, confinada al olvido; en cambio, las tres ciudades se declararon inocentes y pidieron inmunidad. La Tripolitania nunca llegó a rendirse formalmente. Nunca fue zona militar. No la había colonizado ningún veterano del ejército. Aunque recibía visitas periódicas de legisladores, carecía de una presencia administrativa regular por parte de la oficina del gobernador del África Proconsular, bajo cuya jurisdicción estaba, en teoría, aquella región.

La Tripolitania, de momento, era púnica y se iba haciendo romana poco a poco. Sus gentes se entregaban, con claros indicios de hacerlo sinceramente, a planificar la ciudad al modo romano, con inscripciones romanas y nombres de calles que pretendían ser romanos. A las tres ciudades las conocía todo el mundo como el conjunto de «los Emporios» y el término dejaba bien clara su definición: centros de comercio internacionales. De ello se deduce que estaban abarrotadas de millonarios de muchas etnias, prósperos y bien vestidos.

Mi grupo era pulcro y civilizado; pero, cuando arribamos a Sabrata, nos sentimos como mendigos harapientos que no pintábamos nada allí.

Debo mencionar dos hechos. El primero, que Sabrata es la única de las tres ciudades que no dispone de puerto. Por eso, cuando digo que «arribamos» me

refiero a que nuestra embarcación varó en la playa inesperadamente a bastante distancia y con gran violencia, con acompañamiento de un espantoso crujido de tablas y maderos. El capitán, que se había hecho muy amigo de mi cuñado Famia, no estaba sobrio ni un solo instante, según descubrimos después de la brusca maniobra.

El segundo hecho que quiero resaltar es que si bien tocamos tierra en Sabrata, yo había dado al capitán órdenes muy precisas de poner rumbo a otra parte.

Me pareció más que evidente que me correspondía a mí tomar las oportunas decisiones. El grupo estaba a mi cargo. Más aún, era yo quien había encontrado el barco en Apolonia, quien lo había armado y fletado y quien había negociado la carga de los espléndidos caballos libios que Famia, de algún modo, había conseguido adquirir para los Verdes. Dado que yo era partidario de los Azules, se trataba de un acto de evidente magnanimidad. Era cierto que Famia había pagado el transporte y que al final, en el capítulo crucial de conseguir la confianza del capitán, habían sido las ánforas de Famia las que habían inclinado la balanza a su favor. Una dura negociación sobre los caballos le permitieron disponer de suficientes fondos de los Verdes y adquirir un número discreto de ánforas.

Famia quería ir a Sabrata porque pensaba que las tribus nómadas llevaban caballos a esta ciudad desde los oasis del desierto.

Había vaciado la Cirenaica, pero seguía comprando. Los Verdes siempre se mostraron derrochadores y, cuantos más caballos compraba mi cuñado, más órdenes de pago transformaba en dinero en metálico, lo cual le dejaba bastante margen para vino.

La tribu más importante del interior era la de los garamantes, cuya derrota a manos del comandante romano Valerio Festo ya habíamos tratado Quinto y yo cuando creímos que nos habían capturado. En vista de lo recentísimo de esta derrota, era probable que hubieran dejado de comerciar, al menos temporalmente. Con todo, las caravanas todavía pasaban por el gran oasis de Cidame camino de Sabrata, cargadas de oro, rubies, marfil, paños, pieles, tintes, mármoles, maderas preciosas y esclavos, por no hablar de los animales exóticos. El emblema comercial de la ciudad era un elefante.

Yo iba detrás de unos hombres que comerciaban con animales salvajes, pero entre éstos no se contaban los elefantes, gracias a los dioses.

—Famia —le había dicho yo en Apolonia, hablándole despacio y apaciblemente, para no ofender ni confundir al bastardo borracho de mi cuñado—. Tengo que ir a Oea y a Leptis. Cualquiera de las dos me sirve, para empezar; aunque primero me gustaría tocar tierra en Leptis. Sabrata es el lugar que nos podemos saltar.

—Muy bien, Marco —había replicado Famia, sonriendo con esa mueca irritante que emplean los borrachos cuando van a olvidar todo lo que uno les ha

dicho. Tan pronto como le volví la espalda, el evasivo y descarriado comprador de caballos había empezado a confraternizar con el capitán, un cerdo que resultó ser tan despreciable como mi cuñado.

Cuando la embarcación varó en la arena de Sabrata y noté una fuerte sacudida, asomé la cabeza por la cubierta inferior; donde había permanecido hecho una piltrafa debido al mareo. Tuve que agarrarme las manos para reprimir el impulso de cerrarlas en torno al cuello de mi cuñado. Finalmente, pude saber por qué el viaje me había parecido interminable. La travesía tenía que haber terminado días antes.

Cualquier intento de protestar era absolutamente inútil. Para entonces ya me había dado cuenta de que Famia flotaba en un estado de ebriedad incurable y que nunca llegaba a estar totalmente sobrio. Su ingestión diaria lo impulsaba al desfrenado o a la depresión, pero nunca llegaba a estar del todo en el mundo real. Si yo le daba de beber hasta que perdiera el sentido, como deseaba hacer, cuando regresáramos a Roma Famia me acusaría ante mi hermana y Maya acabaría por aborrecerme.

Me sentí impotente. Además, también había perdido a algunos de mis partidarios naturales. Como él mismo había pedido, dejamos a Justino en Berenice y, cuando nos separamos, todo lo que había entre él y Claudia parecía estar a punto para la tragedia. Después, cuando descargó su reducido equipaje y se despidió del resto del grupo en el embarcadero, se dirigió a la muchacha.

—Será mejor que me digas adiós con un beso —oímos que le decía en voz baja. Claudia se lo pensó dos veces y, por fin, alcanzó con sus labios la mejilla de Justino y los apartó rápidamente.

Con su entrenamiento militar para reaccionar con premura, Camilo Justino aprovechó la ventaja que le daba el haberse puesto sobre aviso y pasó un brazo en torno a su talle.

—No, así no. Dame un buen beso, como es debido...

La firmeza en el tono de voz de Justino presionó tanto a Claudia que ésta se vio en la obligación de hacer lo que le decía. Esta vez, el joven prolongó el beso largo rato y retuvo a Claudia lo más cerca posible sin que pudieran acusarlo de comportamiento inadecuado. Tuvo la sensatez necesaria para contenerse hasta que ella dejó de resistirse y rompió en llanto. Quinto la consoló, y la dejó que llorara en su hombro; hizo ademanes de que se proponía conservarla a su lado y, con gestos, nos indicó que recogiéramos las pertenencias de Claudia. Después empezó a hablar con ella en voz baja:

—¡Por Júpiter, acabo de ver lo que sucede cuando Quinto tiene una charla con una chica que, secretamente, lo considera maravilloso!

Mientras se encaminaba a recoger el equipaje de Claudia, Helena hizo una pausa y me taladró con la mirada. No pude recordar si le había contado alguna vez a Helena lo de la desaparición de su hermano en la torre de los bosques

germanos con la profetisa que, más adelante, lo abandonaría y lo dejaría herido de amor. Yo lo vi bajar de la torre más tarde, visiblemente alterado. No era difícil adivinar la razón.

—Tal vez está disculpándose —apuntó Helena, cáustica y mordaz.

Lejos de mantenerse pasiva pese a que lloraba a moco tendido, Claudia interrumpió a Justino con una larga y enfurecida diatriba, cuyo tema central no llegué a determinar. Él le respondió y ella intentó desasirse de su abrazo lanzándole furiosos golpes al pecho con la palma de la mano hasta que Quinto se vio obligado a retroceder palmo a palmo hasta llegar al borde del muelle. Pero ella no se atrevería a empujarlo al agua y los dos lo sabían.

Quinto dejó que Claudia le gritara una y otra vez hasta que la muchacha quedó callada. Entonces hizo una pregunta. Ella asintió. Todavía en precario equilibrio al borde del embarcadero, se rodearon con los brazos. Advertí que ofrecía las facciones muy pálidas, como si supiera que estaba condenándose pero pensando, quizá, que era preferible el problema que ya conocía a cualquier otro que pudiera surgir.

Contuve una sonrisa al pensar en la fortuna que Justino acababa de conseguir. Gayo, mi sobrino, fingió un violento ataque de vómito en el muelle ante la turbulenta escena que acababa de presenciar. Helena fue a sentarse en la proa de la nave, sorprendida de ver que su hermano menor tenía su propia vida.

Los demás volvimos a bordo y zarpamos. Justino declaró una vez más que intentarían alcanzarnos antes de que dejáramos Leptis.

Yo seguía pensando que la pareja estaba destinada al fracaso, pero la gente había dicho lo mismo de Helena y de mí. Y aquello nos había dado una buena razón para seguir juntos. Los buenos presagios no se cumplen. Los malos le dan a uno motivos contra qué luchar.

—Sabrata parece una ciudad muy atractiva —dijo Helena intentando apaciguarme mientras asimilaba la confusión de Famia respecto a nuestro destino. Eso fue antes de que mi amada descubriera la existencia de un santuario dedicado a Tanit, lo cual le incitó a tener más cuidado en vigilar a la pequeña y a mi sobrino Gayo.

—Estoy seguro de que los rumores de sacrificios de niños —apunté— sólo van dirigidos a proporcionar a Tanit un halo de notoriedad y a incrementar su autoridad.

—Sí, claro —respondió Helena en tono burlón. Los rumores sobre ritos religiosos repugnantes pueden inquietar incluso a las chicas menos sensibles.

—Sin duda, la razón de que haya aquí tantos sarcófagos de pequeño tamaño es que quienes veneran a los dioses púnicos también aman profundamente a los niños.

—Y tienen la mala fortuna de perder a muchos de ellos a una edad muy temprana... ¡Qué le vamos a hacer, Marco!

Helena estaba perdiendo su presencia de ánimo. Los viajeros siempre pasan por momentos bajos. Soportar una larga travesía para, en el preciso momento en que uno cree que ha llegado, descubrir que está en realidad a doscientas millas de su destino (y que tiene que desandar el camino) puede provocar desesperación en el espíritu más animoso.

—Esperemos que a Scilla no le importe que me presente con una semana de retraso. —Scilla había insistido en viajar a Leptis Magna por su cuenta, otro claro ejemplo de su actitud caprichosa, que me hacía recelar de ella como clienta—. Podemos intentar convencer a Famia de que no saque a flote el barco, o de que lo deje aquí, pendiente de la dentadura de los caballos con la esperanza de que alguno de ellos le dé un buen mordisco, y fletar otra embarcación por nuestra cuenta. Y mientras estamos aquí, podríamos hacer un poco de turismo —propuse. Me correspondía a mí ofrecer a mi familia una perspectiva de la rica diversidad de experiencias culturales del imperio.

—¡Oh, no! ¡Otro apesadoso foro extranjero, no! —murmuró Gayo—. Y puedo pasarme sin visitar ningún curioso templo más, muchas gracias.

Como decente *paterfamilias*, presté oídos sordos a las protestas del chico. Sus padres cortaban las discusiones con él a bofetadas; yo quería representar para él un ejemplo de tolerancia y afabilidad. Gayo aún no parecía darse demasiada cuenta de ello, pero yo era un hombre paciente.

Como la mayoría de ciudades de la estrecha franja de tierra ocupada del norte de África, Sabrata tenía un emplazamiento soberbio junto a la orilla del mar, del que venía un intenso olor a pescado. Casas, tiendas y baños casi se fundían con el mar, azul y profundo. Los edificios de menos categoría estaban contruidos con piedra desnuda de la localidad; se trataba de una piedra caliza de color rojizo de la clase más porosa, salpicada de agujeros. Todo el centro de actividad urbana jugaba con las vistas del mar. El foro espacioso y abierto no sólo despedía ese aire extranjero, como temía Gayo, sino que su centro principal (dedicado a Liber Pater, una deidad púnica que no le inspiraba confianza) había quedado malparado tras un reciente terremoto y aún no había sido reconstruido. Procuramos no pensar en terremotos. Ya teníamos suficientes problemas.

Deambulamos por las calles como almas en pena. En un extremo del foro se alzaban la Curia, el Capitolio y el templo de Serapis.

—¡Oh, mira eso, Gayo! Otra curiosa capilla extranjera.

Nos encaramamos a la base y nos sentamos allí, cansados y desanimados.

Gayo se divirtió haciendo un ruido de mal gusto.

—Tío Marco, seguro que no estás dispuesto a tolerar que Famia, ese gordo fastidioso, te frustre los planes, ¿verdad?

—De ninguna manera —mentí, y me pregunté dónde podría encontrar un buen guiso de carne con especias y si la comida, en aquella nueva ciudad, me produciría algún nuevo dolor de estómago. Distinguí un puesto y compré

pastelillos de pescado para todos. Dimos buena cuenta de ellos como turistas despreocupados y la experiencia me dejó inequívocas señales de aceite por todas partes.

—Siempre consigues echarte por encima más comida que *Nix* —comentó Helena. Me limpié los labios con todo cuidado antes de besarla; era un acto de cortesía que siempre la hacía responder con una risilla. Se apoyó en mí con aire cansado—. Supongo que te has sentado aquí a esperar, por si aparece alguna acróbata escasa de ropas.

—Si te refieres a alguna de mis antiguas amigas tripolitanas, hoy tendrán casi cien años y andarán con muletas.

—Eso suena a una de esas viejas exageraciones tripolitanas... Pero hay una cosa que si podrías hacer por mí —apuntó Helena.

—¿Cuál? ¿Echar una ojeada a esta ciudad espléndida, impregnada de olor a sal, con sus animados comerciantes, fletadores y terratenientes, absolutamente desinteresados de mis problemas, y luego rajarme la garganta?

Helena me dio unas palmaditas en la rodilla.

—Hanno procede de Sabrata. Ya que estamos aquí, ¿por qué no averiguamos dónde vive?

—Hanno no forma parte de mi misión para la nueva clienta —respondí.

No obstante, todos nos pusimos en marcha e iniciamos las averiguaciones pertinentes.

LI

A diferencia de los estirados griegos de Cirene, los campechanos millonarios de Sabrata dependían del extremo occidental del Mar Interior para la obtención de sus ganancias, las cuales eran sin duda fabulosas. La gente de la ciudad mantenía un comercio totalmente moderno con Sicilia, Hispania, la Galia y, por supuesto, Italia; sus productos más apreciados eran no sólo los exóticos traídos del desierto en caravanas, sino también el aceite de oliva local, el pescado en salmuera y la alfarería. Las calles de la hermosa ciudad se habían convertido en vías para el comercio, abarrotadas de gentes de muchas nacionalidades. Estaba claro que la ciudad antigua junto al mar ya no satisfacía a los potentados; quienes no proyectaban la expansión hacia otra zona más espaciosa empezarían a pedir barrios más cuidados en un futuro cercano. Era una de esas ciudades que, en un par de generaciones, se haría irreconocible.

Sin embargo, de momento, quienes podían permitirse lo mejor vivían al este del foro. En Sabrata, lo mejor eran las residencias palaciegas. Hanno tenía una mansión ostentosa de planta helenística dotada de excelente decoración romana. Desde la puerta de la calle cruzamos un pequeño pasillo hasta un patio interior rodeado de columnas. Una gran sala se extendía al otro lado del patio, donde los enlucidores remodelaban, desde un andamio, un fresco descolorido de las Cuatro Estaciones y lo convertían en la Valerosa Cacería de Nuestro Amo: leones libios, panteras desproporcionadas y una serpiente moteada un tanto sorprendida (con un friso de tórtolas en una fuente y unos gazapillos que mordisqueaban unos arbustos). Unos cortinajes de colores subidos engalanaban las entradas a las habitaciones laterales. El buen gusto de Hanno para el mármol era extraordinario y la mesa baja donde los visitantes dejaban sus sombreros era una gran plancha de madera noble tan pulida que uno podía contemplar el deterioro que habían sufrido durante el día los granos del rostro mientras esperaba a que el esclavo informase de su llegada.

El esclavo no nos anunció a Hanno en persona; Hanno estaba ausente de la ciudad. De caza todavía, sin duda. La visita de personas notables como nosotros se le comunicó a su hermana. Y no cabía esperar que ésta hiciera acto de presencia. Sin embargo, se dignó recibirnos.

La hermana de Hanno era una mujer de tez oscura, aire majestuoso y gesto firme y seguro, de unos cuarenta y bastantes años, vestida con una túnica de

color turquesa. Su andar era lento y avanzaba con la cabeza muy erguida. Un collar de oro granulado que debía ser largo como un hipódromo reposaba sobre un escote formado por la naturaleza para hacer de plataforma donde exponer el contenido de un cofrecillo de joyas muy selectas. Una columna de brazaletes con incrustaciones de gemas cubría su brazo izquierdo; el derecho lo llevaba envuelto en un chal multicolor que hacía ondear al moverse. Nos recibió con una efusividad sorprendente, aunque no supimos qué decía porque, como su hermano, la mujer sólo hablaba en lengua púnica.

Más práctica y comprensiva que Hanno, tan pronto como se dio cuenta del problema nos dirigió una amplia sonrisa y mandó llamar a su intérprete. Este era un esclavo menudo, delgado, de color verde oliva y patillas prominentes; era, sin duda, de procedencia oriental, y vestía una túnica más bien blanchuzca; calzaba unas sandalias grandes como abarcas en unos pies de tamaño mediano. Las piernas firmes, unos ojos vivaces y acerados y unos modales algo refunfuñones completaban la descripción del hombre. Era evidente que se trataba de un esclavo de la familia, cuyos murmullos eran tolerados por su dueña con un gesto grácil de la mano.

Los criados trajeron un refrigerio. Mis acompañantes se lanzaron sobre él y pedí disculpas, sobre todo en nombre del joven Gayo. La hermana de Hanno, de nombre Mirra, hizo cosquillas a Gayo bajo la barbilla (algo que yo no me habría arriesgado a hacer nunca), soltó una carcajada y dijo que conocía bien a los chiquillos; ella también tenía un sobrino.

Bromeé sobre mi visita forzada a aquel lugar y aludí a que tenía asuntos pendientes en Leptis y en Oea. Todos nos reímos. El esclavo transmitió mis elogiosos comentarios sobre Hanno y mi pesar por no haberlo encontrado en casa. A continuación, el hombre nos tradujo varias corteses respuestas de Mirra a nuestras palabras. Todo resultó deliciosamente cortés y diplomático. Se me ocurrían mejores maneras de pasar la tarde.

Cuando se hizo un silencio bastante forzado, al cabo de un rato, Helena buscó mi mirada para decirme que debíamos marcharnos. La escultural Mirra se percató de ello, seguramente, puesto que se puso en pie al instante. Lejos de agradecer a los severos dioses de aquella tierra que la liberasen de un grupo de forasteros indeseables, nos comunicó que Hanno estaría en Leptis Magna por razones comerciales: algo acerca de los resultados de un peritaje de tierras. Ella, Mirra, se disponía a zarpar en su propio barco por la costa para reunirse con su hermano y estaría encantada de llevarnos.

Consulté con Helena. El intérprete, que parecía hacer lo que le venía en gana, pensó que no merecía la pena traducir aquellas palabras y, mientras nosotros murmurábamos en voz baja, se lanzó a lo que Gayo había dejado en la fuente del refrigerio. Mirra, que tenía el aspecto de ser partidaria de una disciplina estricta, lanzó una recriminación al esclavo, quien se limitó a devolverle la

mirada, desafiante.

En las profundidades de mi cerebro, agotado por el calor y por el viaje, se agitó un recuerdo. Tenía la sensación de que aquella mujer de gran porte y de espalda recta me resultaba familiar. De pronto, me acordé. La había visto anteriormente, en una ocasión en que la oí proclamar, con formidable energía, sus rotundas opiniones en una conversación. La mención a que poseía su propio medio de transporte marítimo también avivó mis recuerdos.

La última vez que la vi fue en Roma. Para ser exacto, en el patio de entrenamiento del establecimiento de Calíopo en la calle de los Portuenses. En aquella ocasión, también estaba en plena discusión con un atractivo muchacho que yo había tomado por su amante. Pero la hermana de Hanno debía de ser también la mujer que poco después pagó a Calíopo por la liberación de ese gladiador; el joven bestiaro de Sabrata al que Calíopo había acusado de la muerte de Leónidas.

Me volví hacia el esclavo.

—El sobrino de que Mirra habla... ¿cómo se llama?

—Idíbal —me respondió, mientras la mujer de la que en una ocasión me había negado a creer que fuese la tía de Idíbal seguía mirándome y sonreía.

—¿Y es hijo de Hanno?

—Sí, claro.

Comenté que, en vista de que su padre había tenido tantos detalles amables conmigo, me encantaría conocer en alguna ocasión al hijo de Hanno, y su tía respondió por su despreocupado intérprete que si navegábamos a Leptis con ella tendríamos ocasión de hacerlo, porque Idíbal ya se había encaminado hacia allí para reunirse con su padre.

LII

El barco de Mirra era una nave de transporte tan grande como antigua que, según nos enteramos, fue utilizada tiempo atrás para el traslado de animales salvajes a Roma. Igual que su hermano y, a veces, en sociedad con él, Mirra participaba en la exportación de animales para el anfiteatro... Pero, según ella misma, no era más que una tímida provinciana que nunca dejaba Sabrata. Debido a la barrera del idioma, las conversaciones entre nosotros eran escasas y, en una ocasión en que casualmente teníamos a mano al intérprete, le pregunté si el circo era una ocupación familiar y si su sobrino también ayudaba a Hanno en el negocio de los animales salvajes.

Su respuesta fue afirmativa. Idíbal tenía veintitantos años, era un gran cazador y trabajaba en el negocio familiar.

—Entonces, ¿no pensáis enviarlo a Roma para que se pula? —inquirí con una sonrisa.

Su tía Mirra mintió rotundamente y dijo que no; que Idíbal era un chico casero, a lo que todos sonreímos y comentamos lo maravilloso que resultaba que, en nuestros agitados días, un joven estuviera satisfecho con su herencia.

Todo resultaba sumamente amistoso, aunque temí que no durase mucho. Al llegar a Leptis, Mirra empezaría a hablar con Hanno e Idíbal, y todos descubrirían mi calidad de agente censal y caerían en la cuenta de que yo sabía que Idíbal había trabajado para Calíopo. La única explicación posible era que lo hubieran infiltrado de incógnito en el establecimiento de su rival... y que estuviera allí para causar problemas. Una vez que hubiera charlado con ellos, la poderosa familia comprendería que yo conocía más de lo que les gustaría a ellos haber revelado acerca de sus actividades comerciales secretas. Probablemente Mirra se enfurecería y Hanno, pensé, resultaría sumamente peligroso.

Decidí relajarme mientras navegábamos a bordo de la nave de Mirra. Cuando desembarcáramos, volvería a moverme libremente y por mi cuenta. Al zarpar de Sabrata obligué a Famia a que me prometiera que, tan pronto se cansara de comprar caballos, volvería a Leptis a recogernos. De todos modos, aunque no apareciese, una vez que yo hubiera resuelto el asunto que Scilla me había encargado, Helena y yo estaríamos en condiciones de pagarnos nuestro pasaje de vuelta a casa.

La resolución del encargo de Scilla había adquirido de pronto una nueva

dimensión. Era preciso tener en cuenta la influencia de Hanno (sobre todo si, como había dicho Calíopo, Idíbal estaba involucrado en lo que había sucedido a Leónidas), pero, en cualquier caso, me consideré capaz de manejar la situación.

Partí de la base de que Calíopo no supo en ningún momento que Idíbal era hijo de uno de sus rivales. De lo contrario, Idíbal no habría salido vivo del establecimiento del lanista. En vista de lo sucedido, empecé a sospechar que el joven quizás hubiera sido enviado a Roma por su familia con el objeto concreto de fomentar una guerra entre Calíopo y Saturnino. Un enfrentamiento público entre los dos les crearía una mala reputación y, cuando se invitara a presentar ofertas para abastecer el nuevo anfiteatro, Hanno tendría ocasión de quedarse con el grueso de las licitaciones. Aunque Pomponio Urtica hubiera seguido con vida y hubiera estado dispuesto a respaldar a Saturnino con su patrocinio especial, la guerra de artimañas lo habría disuadido. Pomponio no habría estado dispuesto a manchar su propia reputación relacionándose con tales sucesos.

Enviar a su hijo a causar provocaciones habría sido un buen plan por parte de Hanno, aunque para Idíbal en persona habría resultado arriesgado. Además de tener que participar en las cacerías bufas de las *venationes*, ser descubierto lo dejaría a merced de Calíopo. Y una vez firmado el contrato, estaba atado de pies y manos, atrapado de por vida a menos que alguien pagara su rescate. Tan pronto como hubiera provocado suficientes celos entre los dos rivales (suscitando incidentes como la fuga del leopardo o el envenenamiento del avestruz, si no algo peor) su padre querría sacarlo de allí lo antes posible. Pero, en teoría, tal cosa no tenía ni pies ni cabeza.

Idíbal habría podido escapar, sin más. Se habría podido arreglar, con ayuda del exterior. Anácrites y yo habíamos demostrado que su tía, en Roma, llevaba con ella dinero y un esclavo, por lo menos (el mismo que ahora le servía de intérprete, supuse), además de tener una embarcación rapidísima preparada en la costa. Pero dado que Idíbal se había hecho gladiador, también era un esclavo. Ésta era una situación legal a la que uno podía acceder; pero de la cual, después, no podía aspirar a salir. Solamente Calíopo podía liberarlo. Si huía, Idíbal sería un proscrito toda su vida.

Su tía debía de resultarle desconocida a Calíopo (ella misma me había dicho que no era amante de los viajes), mientras que a Hanno, sin duda, lo conocería perfectamente. Así pues, Mirra se había ofrecido para ir a Roma a ayudar al joven. La cuestión, sobre todo a la vista de que, sin duda, tendría que pagar un ojo de la cara por aquella liberación tan poco ortodoxa, era cuánto creía su familia que Idíbal había conseguido hasta el momento.

Yo no tenía la menor duda de que Hanno deseaba que los otros dos lanistas se hicieran trizas mutuamente mientras él observaba desde la barrera y terminaba apoderándose de sus restos. Así pues, contra todo lo que cabía esperar, mi viaje forzoso a Sabrata me había proporcionado una buena pista. Fuera lo que fuese lo

sucedido en Roma el invierno anterior, deduje que la maniobra de agitación de Hanno explicaba en parte cómo había estallado todo.

Aquello me decidió a interrogar al joven Idibal.

LIII

Por la seguridad de mi familia, decidí que debía esconder a Mirra y distanciarme de Hanno lo antes posible. La ocasión de hacerlo se presentó inesperadamente; una fuerte marejada nos obligó a buscar refugio en el puerto de Oea y a esperar allí medio día.

Aquel retraso me proporcionaba la posibilidad de ver a Calíopo. Me dirigí a toda prisa a la ciudad y, tras horas de búsqueda, encontré su casa, pero allí me dijeron que también andaba lejos. Los exportadores de fieras tripolitanos pasaban mucho tiempo de viaje, al parecer.

—Un romano llevó al amo bordeando la costa por motivo de un negocio — explicó un esclavo.

—¿Está la dueña? Se llama Artemisa, ¿verdad?

—Ha ido con él.

—¿Dónde han ido?

—A Leptis.

Magnífico. Scilla me pagaba para que le concertara citas con Calíopo y con Saturnino. Esperábamos tratar con cada uno por separado, pero Calíopo me facilitaba las cosas por propia iniciativa. Si estaba en Leptis, trataríamos con ambos a la vez. Ojalá todos los trabajos fueran tan fáciles. (Por otra parte, si Scilla se encontraba con ellos en Leptis antes de que yo llegara, lo más seguro es que me quedara sin cobrar).

—¿Quién es ese hombre con el que se ha marchado tu amo?

—No lo sé.

—Tendrá un nombre, digo yo.

—Romano.

De acuerdo. No había sacado nada más en claro, salvo sentirme más irritado.

—¿Qué dijo?

—El antiguo socio de mi amo tiene que responder de una acusación ante un tribunal; mi amo va a declarar.

Aquello resultaba sospechosamente parecido a lo que yo tenía que arreglar. Cruzó por mi mente la idea aventurada de que «Romano» podía ser la propia Scilla, disfrazada de hombre. Valor no le faltaba para ello, desde luego, pero también le gustaba declararse una mujer respetable.

—¿Cómo, Calíopo también está acusado?

—Sólo es testigo. —Claro que podía tratarse de una treta para conducirlo allí.

—¿De la acusación o de la defensa?

El esclavo torció el gesto malhumorado.

—¿De la acusación, claro! Se detestan mutuamente. De lo contrario, mi amo no habría ido bajo ningún pretexto.

«Qué maravilloso escenario», me dije. Si buscaba una manera de reunir a los dos hombres, aquella era la trama perfecta: decirle a Calíopo que podía ayudarlo a condenar en juicio a Saturnino. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

Entonces, ¿a quién? ¿Quién era aquel personaje misterioso de las citas y cuál era su interés, si tenía alguno?

Volví al pueblo. Ya había oscurecido. El viento que nos había empujado a la costa acariciaba mi rostro, fresco, pero ya empezaba a amainar. Necesitaba reflexionar sobre mi repentina sensación de incertidumbre. El puerto tenía un malecón largo y atractivo; di un paseo por él. En dirección contraria, acercándose a mí, apareció un hombre con evidente porte de romano. Igual que yo, paseaba pensativo y ocioso junto al mar con aire concentrado.

No había nadie más en las inmediaciones. Los dos estábamos en condiciones de saber que nuestros pensamientos privados no nos conducían a ninguna parte. Los dos nos detuvimos. Él me miró. Yo lo miré. Tenía un porte erguido, un leve exceso de carnes, un corte de pelo severo, un afeitado apurado y un aire de soldado, curtido en cien batallas aunque con demasiados años fuera de acción como para ser profesional de la milicia.

—Buenas tardes —me saludó.

Hablaba con inconfundible acento de la basílica Julia. Por el mero saludo comprendí que era un hombre libre, patricio, educado con tutores, con formación militar, protegido imperial y el porte de una estatua. La riqueza, los antepasados y la confianza en sí mismo propia de un senador se manifestaban en él claramente.

—Buenas tardes, señor. —Hice un discreto saludo legionario.

Éramos dos romanos lejos de nuestra ciudad; el protocolo nos permitía aprovechar aquella oportunidad de intercambiar noticias de casa.

Eran de rigor las presentaciones.

—Discúlpeme, señor. Parece usted el proverbial «uno de nosotros» ... ¿Su nombre no será Romano, por casualidad?

—Soy Rutilio Gálico. —Parecía alarmado. Debía tener cuidado; los títulos son una cuestión delicada. Acababa de acusar a un patricio de clase alta de ser una rata de alcantarilla con un único nombre. Con todo, el patricio había salido a pasear por un puerto sin sus escoltas o sus lacayos. Siempre podía alegar que él se lo había buscado.

—Yo, Didio Falco —respondí. Acto seguido, me apresuré a confirmarle que sabía reconocer en él a un hombre de alto rango—. ¿Está usted relacionado con

el gobernador provincial de algún modo, señor?

—Tengo el rango de enviado especial. Superviso los límites entre los territorios —añadió con una sonrisa, como si estuviera impaciente por deslumbrarme—. He oído hablar de ti. —El corazón me dio un vuelco—. Tengo un mensaje de Vespasiano. Se trata, evidentemente, de un asunto de gran importancia nacional; si te encontraba aquí, Didio Falco, debía darte instrucciones de regresar a Roma para una entrevista acerca de los gansos sagrados.

Cuando acabé de reírme, tuve que explicarle punto por punto para que entendiera el lío administrativo en que me había visto involucrado. Lo encajó bien. Era un administrador sensato, práctico, y eso debía de haber motivado que algún funcionario vengativo lo hubiese enviado allí con la ridícula misión de separar a los rebeldes terratenientes de Leptis y Oea.

—Acabo de estar en Oea para recibir a representantes de los dirigentes de la ciudad —bajó la voz—. Es inútil. Tengo que marcharme de aquí muy deprisa, mañana mismo, antes de que se den cuenta de que me inclino a favor de Leptis. Proyecto anunciar mi dictamen en Leptis, donde los ganadores, felices, se asegurarán de que no me sucede nada.

—¿Qué se discute?

—Las ciudades se alzaron en armas durante la guerra civil. Nada que ver con el ascenso al trono de Vespasiano; simplemente, aprovecharon el caos general para librar su batalla privada por el territorio. Oea pidió ayuda a los garamantes y Leptis sufrió un asedio. No hay duda de que Oea provocó el problema y, cuando trace las nuevas lindes oficiales, se llevará la peor parte.

—¿Leptis sacará provecho?

—Tiene que ser una ciudad o la otra y Leptis tiene el derecho moral.

—¡Es hora de huir de Oea! —asentí—. ¿Cómo lo hará, señor?

—Con mi barco —respondió Rutilio Gálico—. Si te diriges a Leptis, puedo llevarte.

Raramente uno encuentra un funcionario que sirve para algo. Algunos incluso colaboran sin tener que untarles la mano por anticipado.

Conseguí sacar a mi grupo, con el equipaje, del viejo barco de Mirra mientras ésta y su gente disfrutaba de una buena cena. Cuando todo estuvo dispuesto, le dije al intérprete que me había encontrado con un funcionario al que conocía y que me había detenido a charlar con él. Rutilio Gálico tenía un barco rápido que no tardaría en dejar atrás el casco pesado y abollado de la nave de Mirra. Y, para ponernos las cosas más fáciles, el intrépido capitán de ese barco izaría el ancla y zarparía durante la noche.

—Yo sé bien por qué escapo. ¿Qué prisa tienes tú, Falco? —me preguntó Rutilio con curiosidad. Le conté algunas cosas de la guerra que se llevaban entre manos los lanistas. Él captó el meollo del asunto inmediatamente—. Una lucha por la hegemonía. Todo esto sucede en paralelo a los problemas que he venido a

resolver... —Rutilio se disponía a dar una conferencia. Y no era que me molestara la idea. Me hallaba en el mar y me había concentrado en evitar el mareo. Por mí, podía hablar toda la noche, mientras me mantuviera distraído. Estábamos en cubierta, recibiendo el viento suave de la brisa marina inclinados sobre la borda—. Ninguna de las tres ciudades tiene acceso a una tierra fértil suficiente. Ocupan esta franja costera, con una montaña alta que las protege del desierto. El clima es bueno... en fin, mucho mejor que el del árido interior, pero se encuentran encajados entre las montañas y el mar, más las zonas que puedan irrigar en el interior.

—¿Y su economía, señor? Yo pensaba que se basaban en el comercio...

—Bien, tienen que producir comida, pero, además, Leptis y Oea pretenden fomentar una industria olivarera. Toda el África Proconsular es un gran cesto de grano, como sin duda sabrás. He oído que, según los cálculos, África provee de un tercio del trigo que necesitamos en Roma. Esta zona no es tan adecuada para la producción de cereales, pero los olivos se dan bien y requieren poco esfuerzo. Veo una época en que la Tripolitania superará a las mejores provincias tradicionales: Grecia, Italia, la Bética...

—¿Y dónde están esos olivos?

—En el interior muchos de ellos. Los naturales tienen un sistema de irrigación muy refinado y he calculado en un millar o más las fincas totalmente dedicadas a la producción de aceite; casi no hay viviendas, sólo enormes instalaciones de prensado. Pero, como digo, no hay suficiente tierra, incluso con la cuidadosa gestión de recursos. De ahí la guerra.

—Oea y Leptis se pelearon en su día y Oea recurrió a las tribus, dice... ¿Fue eso lo que llevó a Valerio Festo a perseguir a los garamantes hasta el desierto?

—Un movimiento muy útil. Así sabrán quién manda en el imperio. No queremos tener que instalar una presencia militar demasiado al sur, puramente para controlar a los nómadas de las dunas de arena. Inmoviliza demasiadas tropas. Es una pérdida de dinero y un esfuerzo inútil.

—Desde luego.

—Respecto a tus comerciantes de animales salvajes, su problema tiene que ver, probablemente, con la hambruna. Las familias que tienen poco terreno para producir lo que ambicionan se dedican a cazar animales para complementar sus ingresos.

—Creo que les gusta la caza y son muy hábiles en ella. Lo que los impulsa ahora mismo es la oportunidad de conseguir unos beneficios enormes cuando se abra el nuevo anfiteatro.

—Exacto —asintió Rutilio—. Pero es un asunto a largo plazo. El anfiteatro Flavio tiene un plazo de construcción de... ¿cuánto?, ¿diez años? He visto los planos y los dibujos. Si se acaba, será una maravilla, pero la preparación y colocación del empedrado de la vía Tiburtina llevará tiempo.

—Han tenido que construir toda una nueva carretera que resista el peso de los carromatos que traen el mármol.

—Ésta es la cuestión. Una de las nuevas maravillas del mundo no se construye de la noche a la mañana. Aunque los suministradores de fieras esperan hacer una fortuna, su negocio es muy caro de mantener y, dado que la arena del Estalio Tauro se incendió, ésta es una de las pocas perspectivas prometedoras. Capturar los animales, mantenerlos, embarcarlos... Todo es difícil y tremendamente caro. Quieren mantener en pleno funcionamiento sus organizaciones porque el año que se inaugure el nuevo anfiteatro se trabajará sin parar. Pero te aseguro que todos tus compañeros están empeñados hasta las cejas y no tienen la mínima esperanza de equilibrar su presupuesto en mucho tiempo.

—¡Pues no les va demasiado mal! —Rutilio ignoraba que yo había visto sus declaraciones de Hacienda—. ¿Sabe usted a qué hombres me refiero, señor?

—Creo que sí. Seguro que he conocido y saludado a toda la gente importante de la provincia.

—Por no hablar de todos los peces chicos que se creen grandes...

—Está claro que sabes cómo funciona el gobierno.

—Es un hecho conocido que Vespasiano me utiliza como diplomático eventual.

—Lo sé —respondió Rutilio tras una pausa. Así pues, lo habían puesto al corriente de quién era yo. Resultaba curioso.

—Y he trabajado en el censo —añadí.

Él fingió que tragaba saliva.

—¡Ah, eres ese Falco, entonces! —Yo estaba seguro de que ya lo sabía—. Espero que no estés aquí para investigarme...

—¿Por qué? —le respondí—. ¿Tiene algo en su conciencia, señor?

Rutilio dejó sin contestación una pregunta tan personal, dando a entender que era inocente.

—¿Es así cómo trabajabas, ofreciendo a la gente la oportunidad de quedar limpio, a cambio de un buen trato?

—En último término. Tuvimos que apretar las tuercas a unos cuantos sujetos pero, una vez corrió la voz, la mayoría prefirió negociar un acuerdo antes incluso de empezar. Estos importadores de animales tripolitanos formaron nuestro primer grupo de casos.

—¿A quién más te refieres con ese «nuestro»?

—Trabajaba con un socio.

No dije más y reflexioné sobre lo agradable que resultaba no tener que pensar en Anácrites.

Entonces, Rutilio, cuyos conocimientos ya me habían sorprendido, dijo algo aún más curioso:

—Alguien más me ha preguntado por los importadores de fieras,

recientemente.

—¿Quién?

—Supongo que lo conoces, ya que lo has mencionado.

—Me he perdido...

—La primera vez que hablamos, me preguntaste si me llamaba Romano.

—Alguien de Oea mencionó el nombre. ¿Ha conocido usted a esa persona?

—Una vez. Me pidió una entrevista.

—¿Quién es? ¿Qué aspecto tiene?

Rutilio frunció el entrecejo:

—En realidad no se explicó y no supe muy bien qué pensar de él.

—¿Y qué cuenta ese hombre?

—Bueno, ahí está lo más extraño. Cuando me fui, me di cuenta de que, en realidad, no llegó a exponerme de qué se trataba. Se presentó en mi despacho con un aire autoritario; y sólo quería saber qué podía decirle de un grupo de lanistas que despertaba interés.

—¿Interés por parte de quién?

—No llegó a decírmelo. Tuve la sensación de que el hombre era una especie de informador comercial.

—Entonces, ¿sus preguntas eran concretas?

—No. De hecho, no acabé de entender por qué me había tomado la molestia de hablar con él. Al final, le di un par de direcciones y me lo quité de encima.

—¿Qué direcciones fueron ésas?

—Dado que en ese momento estábamos en Leptis, una de ellas era la de tu colega, Saturnino.

Todo aquello sonaba sospechosamente a la actuación de algún agente de Hanno. Podía explicar perfectamente por qué Hanno había acudido a Leptis «por negocios», como había dicho Mirra. La mujer había mencionado la determinación de las lindes, pero Hanno quizá quería explorar a aquel nuevo provocador. Si suponía que Hanno había trazado el plan para atraer a Calíopo a Leptis mediante alguna excusa legal inventada, ¿lo hacía para intentar un arreglo de cuentas definitivo con ambos rivales?

Fuera cual fuese la verdad, el deseo de Scilla de reunirse a la vez con los dos hombres se cumpliría ahora... y el propio Hanno estaría también a mano. Ciertamente, parecía que Leptis iba a ser el centro de la acción.

—¿Y ha vuelto a ver a ese Romano? —pregunté a Rutilio.

—No. Aunque me gustaría, debido a la misión que traigo de Vespasiano. Cuando se marchó, uno de mis escribientes me dijo que el hombre había preguntado si sabían algo de ti.

LIV

Leptis Magna tenía un buen puerto. Cuando atracamos en él en nuestro viaje desde Oea, pasamos junto al promontorio que se levanta cerca del bello emplazamiento del centro cívico; después habíamos virado hacia un estadio que pudimos distinguir casi al borde del agua, para retroceder luego ligeramente hacia el puerto en una limpia maniobra. La bocana del puerto parecía un poco angosta; pero, una vez que maniobramos debidamente, nos encontramos en una laguna, en la desembocadura de un río estacional, protegida por diversas islas rocosas. Algún día, alguien con mucho dinero se decidiría a proveerlo de espigones protectores, muelles y, quizás, un faro, aunque sería un proyecto de gran envergadura y costará imaginar qué clase de chiflado influyente considerará que merece la pena embarcarse en tan ardua empresa.

Las cosas no podían presentarse mejor: quería entrevistar a Idíbal y, como éste esperaba la llegada de su padre, lo encontré en el embarcadero, donde se hallaba pendiente de las naves que arribaban. Me habían dicho que estaba en Leptis, aunque él no me esperaba. Bajé la escalerilla y conseguí llevarlo a una taberna sin darle tiempo siquiera a recordar quién era yo.

Rutilio Gálico llevaría a Helena y al resto de mi grupo a la magnífica casa en la que vivía. Aquélla era una de las grandes ventajas de tener una novia cuyo padre era senador; cada vez que conocíamos a otro senador fuera de Roma, éste se sentía obligado a mostrarse cortés por si Camilo Vero era un personaje con el que había que estar a bien. El padre de Helena, ciertamente, conocía a Vespasiano y hacer referencia a este detalle siempre resultaba útil si necesitábamos ayuda, sobre todo en una ciudad extraña en la que temía vernos involucrados en una situación peligrosa.

—En vista de tu relación con los gansos sagrados, me siento encantado de ofrecerte hospitalidad y protección.

Rutilio debía de estar de broma; sonreí como si supiera perfectamente a qué se refería con lo de las aves del Capitolio y, a continuación, le dejé que dispusiera el transporte de nuestro equipaje mientras yo trataba con el bestiaro.

Idíbal era tal como lo recordaba, fuerte, joven, bien proporcionado, aunque, por supuesto, no llevaba el torso descubierto ni los corrajes de gladiador; en su lugar lucía una túnica de mangas largas y colores brillantes, de estilo Africano, y un casquete redondo. Ahora que era un hombre libre, se había adornado con

brazales y otros adornos. Tenía aspecto de estar muy sano. Mostró una ligera inquietud ante nuestro nuevo encuentro, aunque no tanta como debería y mucha menos de la que iba a experimentar cuando lo abordara.

—Falco —le recordé cortésmente. Sabía que, a diferencia de su padre y de su tía, el muchacho entendía y hablaba latín; la siguiente generación, los hijos de Idíbal, ya viviría en Roma probablemente. Bien, lo harían a menos que el padre terminase con una sentencia a la pena capital como consecuencia de lo que íbamos a hablar a continuación—. He visto a tu padre un par de veces, desde que tú y yo nos vimos en Roma. Y a tu tía, también.

Sobre esta base, fingimos ser dos despreocupados conocidos de encuentros fortuitos. Lo invité a una copa, una sola; yo estaba metido en mi papel de informador. Tomamos asiento fuera y contemplamos el espectáculo del mar azul. Idíbal debía de haber percibido que estaba metido en problemas; dejó intacta su jarra y se limitó a hacerla girar sobre la mesa con gesto nervioso. Contuvo el impulso de preguntarme qué quería de él y lo dejé en la duda durante largo rato.

—Podemos hacer esto por las buenas —le dije de repente—, o puedo ordenar que te detengan.

Al joven le pasó por la cabeza levantarse de un salto e intentar la huida. Permanecí inmóvil. Idíbal sería sensato. No tenía dónde ir. Su padre estaba ausente, pues había tenido que quedarse en Leptis. Yo dudaba de que el joven conociera bien la ciudad. ¿Dónde iba a esconderse? Además, no tenía idea de cuál era la acusación que le hacía. Por lo que podía deducir, todo aquello era un error incomprensible y tenía que tomárselo a broma.

—¿Bajo qué acusación? —se decidió a gruñir.

—Rúmex fue asesinado la noche antes de que huyeras con la amable ayuda de tu tía.

Idíbal reaccionó al instante con una risita sofocada, casi para sí. Puso cara de alivio.

—¿Rúmex? Sí, he oído hablar mucho de él; era famoso. No llegué a conocerlo personalmente.

—Los dos trabajabais en el circo.

—Para diferentes lanistas... y en diferentes especialidades. Los cazadores de las *venationes* y los gladiadores no se relacionan entre ellos.

Me miró. Le devolví la mirada con una actitud serena en la que quería transmitir que tenía una mentalidad muy abierta.

—Calipo viene a Leptis, ¿lo sabías?

Para Idíbal era la primera noticia.

—¿Quién es Romano? —pregunté.

—No he oído hablar de él. —Parecía sincero. Si ese tal Romano trabajaba para su padre, Hanno debería de haberse reservado para sí los planes que hubiera

urdido.

—En esta ciudad no estás seguro —le advertí. Por excelente que fuera Idíbal con la lanza de caza, corría un grave riesgo de verse rodeado por sus enemigos en su propia tierra. Es de suponer que Saturnino tenía tan buenas razones como Caliope para volverse contra él—. Idíbal —le dije—, sé que estabas en Roma para provocar follones entre los rivales de tu padre. Imagino que ninguno de ellos se dio cuenta de lo que hacías. Apuesto a que ni siquiera saben que eres hijo de Hanno, o que éste está destruyéndolos silenciosamente mientras ellos luchan entre sí.

—¿Piensas informarles? —inquirió Idíbal con ademán desafiante.

—Sólo quiero averiguar lo sucedido. Tengo un cliente con un interés especial en el asunto, aunque tal vez no tanto en lo que tú hicieras. Así pues, dime hasta dónde llega tu participación.

—Hasta ninguna parte; yo no sé nada.

—Estúpido. —Apuré mi copa con ademán brusco y dejé la jarra dando un fuerte golpe sobre la mesa.

La brusquedad de mi actitud lo inquietó.

—¿Qué quieres saber?

El joven era duro, en ciertos aspectos, pero inexperto en pasar un interrogatorio. Los tipos con padres conocidos y muy ricos no tenían que soportar que la guardia local los detuviera y los registrase. En el Aventino no habría durado una hora. No había aprendido a echar faroles y mucho menos a mentir.

—¿Provocaste a Caliope a cometer varios actos de sabotaje? Supongo que a Saturnino no era preciso que lo adoctrinases; se limitaría a responder a la estupidez del otro. ¿Cuándo empezó todo?

—Tan pronto como firmé el contrato. Unos seis meses antes de que tú y yo nos conociéramos.

—¿Cómo lo hiciste?

—Cuando Caliope refunfuñaba contra Saturnino, lo cual hacía a menudo, le sugería la manera de devolverle las afrentas. Emborrachar a sus hombres justamente antes de los combates, por ejemplo, enviar regalos a sus gladiadores, presuntamente remitidos por mujeres... y luego informar de que los objetos habían sido robados. Los vigiles registraban los locales de Saturnino; después, nos retiramos y no quedaba nadie que mantuviera los cargos. La maniobra no producía ningún daño; sólo causaba inconvenientes.

—¡Sobre todo a los vigiles!

—¡Ah, eso! ¿Y a quién le importan los vigiles?

—A ti deberían importarte si eres un hombre honrado.

Mi comentario había sido excesivamente piadoso, pero causó la preocupación de Idíbal.

—¿Qué más? —le presioné.

—Cuando las cosas fueron a mayores, un grupo de nosotros un día nos acercamos a las jaulas de Saturnino y soltamos el leopardo...

—Y, en respuesta, envenenaron el avestruz, después de lo cual se produjo el asesinato de Rúmex. Un golpe para Saturnino, otro para Calíopo... Y si uno tiene presentes todos los demás incidentes —continuó—, el dedo de la sospecha te apunta también como autor de la muerte de Rúmex. Pero el verdadero problema empezó con la muerte del león. ¿Estás implicado en lo que sucedió con Leónidas?

—No.

—Calíopo siempre ha dicho que sí.

—No.

—Será mejor que me cuentes qué sucedió.

—Buxo le contó a Calíopo que Saturnino había intentado pedir prestado un león. Calíopo, por su parte, pensó en darle el cambiazo. A todos se nos indicó que nos retirásemos temprano y que no nos moviéramos de nuestras celdas.

—¡Apuesto a que todos echasteis un vistazo! ¿Qué sucedió esa noche, exactamente?

Idíbal, con una sonrisa, confesó:

—Buxo tenía que fingir que no había oído nada. Sobornado por Saturnino debía seguir acostado. Buxo y Calíopo se repartieron el dinero, según dicen. Saturnino, por su parte, envió a sus hombres, que sabían dónde encontrar la llave de acceso a la casa de fieras.

—¿Bajo el sombrero de Mercurio?

Idíbal enarcó las cejas.

—¿Cómo sabes eso?

—No importa. Los que venían a llevarse al león creyeron que tomaban prestado a Draco, la fiera salvaje, pero en su jaula se encontraron con Leónidas. Así, todo salió mal y el león resultó muerto. ¿Lo comprobaste después, cuando devolvieron el cuerpo muerto de la fiera?

—En absoluto. Lo oí cuando lo hacían, horas más tarde, cuando yo ya estaba en cama. De hecho, me despertaron. Los hombres de Saturnino eran torpes y hacían demasiado ruido. Si no hubiéramos sabido ya lo que sucedía, se habría dado la alarma. Al día siguiente, al saber que el león había muerto y que aquella gente se había dejado llevar por el pánico, entendimos su torpeza. En aquel momento, todos nos reímos en secreto de su ineptitud, dimos media vuelta y continuamos durmiendo.

—Supongo que Saturnino y su gente no tendrían mucho descanso —comenté.

—Calíopo pensó que Saturnino había matado a Leónidas deliberadamente, ¿verdad? —preguntó Idíbal.

—Casi seguro que no... Aunque supongo que no le importó mucho que los hechos sucedieran así. Su principal preocupación era qué le pasaría si corría la voz de que había preparado un espectáculo privado. Tenía que silenciar el asunto,

sobre todo en vistas de que un pretor había resultado herido. Y Pomponio estaba muy malherido. De hecho, ha muerto.

—Entonces, ¿estás aquí para investigar el asunto oficialmente? —preguntó Idíbal con gesto preocupado. Sin duda se daba cuenta de que la muerte del ex pretor no pasaría desapercibida.

—Personas cercanas al pretor han apelado al emperador. Quieren una compensación. Quien sea declarado responsable podría enfrentarse a una severa pena económica. —Esto hizo que Idíbal torciera el gesto—. ¿Por qué Calíopo siguió acusándote más tarde? —añadió.

—Era una trama —respondió con un encogimiento de hombros.

—¿Cómo?

—En parte, para dar la impresión de que era un asunto interno, cuando insistías en meter las narices en el tema.

—Prueba otra excusa... y que sea mejor.

—También, para explicar a los demás por qué había permitido que mi tía me manumitiera.

—¿Y por qué accedió a esto?

Idíbal se agitó, molesto. O era un actor extraordinario, o la reacción era auténtica.

—Mi tía pagó una suma elevadísima. ¿Por qué accedería, si no?

Indiqué a un camarero que nos trajera más vino. Idíbal estuvo de acuerdo en tomar el primer trago; era evidente que creía necesitarlo. Cuando el camarero desapareció, pregunté en voz baja:

—¿Por qué no me dices la verdad de una vez por todas? Que Calíopo quería aumentar la escalada de la guerra con Saturnino y que te pidió que mataras a Rúmex.

—Sí, me lo pidió.

Me asombró que lo reconociese.

—Continúa.

—Me negué. No estoy loco.

Me incliné a creerle. Si hubiera aceptado el trabajo y hubiera llevado a cabo el asesinato del gladiador, Idíbal no me habría confesado ni siquiera que se lo habían propuesto.

—Alguien lo hizo...

—Yo, no.

—Tendrás que demostrarlo, Idíbal.

—¿Cómo? No tenía idea de que Rúmex hubiera muerto hasta que tú me lo has referido hace un instante. ¿Dices que fue la noche antes de que yo me marchara de Roma? Estuve en el establecimiento toda la tarde, hasta que llegó mi tía con la manumisión; inmediatamente, me encaminé con apremio a Ostia, en compañía de Mirra. A toda prisa —explicó con tono insistente—, por si había alguna

reticencia por parte de Calíopo. Hasta que se presentó mi tía, y yo hacía allí cosas normales, nada que llamara la atención. Me verían allí otras personas, pero todas trabajaban para Calíopo. Si ahora empiezas a remover las cosas y mi ex amo se entera de que yo trabajaba para mi padre, se pondrá hecho una furia; por consiguiente, nadie de su personal me proporcionará una coartada.

El pánico lo atenazaba, pero, como era inteligente, Idíbal empezó al instante a elaborar una defensa.

—¿Puedes demostrar que fui yo? Claro que no. No pudo verme nadie porque no fui yo quien lo mató. ¿Puede haber alguna otra prueba? ¿Qué arma se utilizó?

—Un puñal.

—¿Un cuchillo de caza?

—Debo decir que no, realmente.

—¿No lo tienes?

—Cuando vi el cadáver, faltaba el puñal. —Era posible que Saturnino lo hubiera hecho desaparecer, aunque no había razón alguna patente para hacerlo. Anácrites y yo lo habíamos interrogado y Saturnino nos había asegurado que el arma no aparecería nunca. No vimos ninguna razón para no creerle—. La opinión general es que el asesino se llevó el puñal.

—¿Alguna prueba más? —Idíbal iba animándose.

—No.

—Entonces, estoy libre de sospechas.

—No. Sigues siendo sospechoso. Estabas trabajando de incógnito y reconoces que lo hacías con la intención de causar problemas. Abandonaste Roma a toda prisa después del asesinato. Acabas de contarme que Calíopo, en efecto, te pidió que mataras a Rúmex. Desde luego, todo eso es más que suficiente como para qué te entregue a un juez instructor.

Idíbal hizo una profunda inspiración.

—Esto tiene mal aspecto —murmuró. Me gustó su franqueza—. ¿Vas a detenerme?

—Todavía no.

—Quiero hablar con mi padre.

—Me han comentado que esperan su llegada. ¿Para qué viene?

—Para una reunión.

—¿Con quién?

—Con Saturnino, principalmente.

—¿Sobre qué tema?

—Un mero intercambio de comentarios. Charlan y ya esta.

—¿Lo hacen con regularidad?

—No muy a menudo.

—¿Saturnino es muy sociable?

—Le gusta tener en marcha un montón de tratos con un montón de gente.

—¿Es capaz de mantener buenas relaciones con sus rivales?

—Es capaz de vivir con cualquiera.

—¿A diferencia de Calíopo?

—Exacto. Calíopo prefiere quedarse en un rincón y darle vueltas a las cosas en la cabeza.

—¿Si descubre quién eres, sus cavilaciones no serán muy apacibles!

—Se supone que no debe descubrirlo.

—Si hubieras sabido que Calíopo vendría...

—... no estaría aquí.

—¿Y ahora, qué?

—Cuando llegue el barco de mi padre, subiré a bordo a escondidas y no me dejaré ver hasta que zarpe.

—¿De vuelta a Sabrata?

—Ahí es dónde vivimos.

—No te pases de listo conmigo. ¿Cuánto pagó tu tía para liberarte de la esclavitud?

—Desconozco la cantidad. Ella me dijo que había sido un precio muy alto y no la molesté pidiéndole explicaciones. Me sentía responsable.

—¿Por qué? ¿El plan había sido idea tuya?

—No. Todos estábamos en el ajo. Según el primer plan, yo debía asumir una identidad falsa, pero al final preferí que me compraran como es debido. Y no puedo ser un fugitivo, porque ello me convertiría en proscrito para el resto de mi vida.

—¿Por qué Calíopo te escogió a ti para matar a Rúmex?

—Fue una especie de soborno. Mi tía ya había acudido a verlo y Calíopo sabía que deseaba marcharme. Me dijo que, si mataba a Rúmex, quizá me concediera la manumisión. —Idíbal parecía algo apurado—. Tengo que reconocer que incluso mi tía opinaba que debía hacerlo. Está claro que eso le ahorraba un buen montón de dinero.

—¿Eso, dando por supuesto que no te cogieran! Mientras auditaba a Calíopo, una noche, os vi a ti y a Mirra en plena discusión. ¿Tenía algo que ver con lo de matar a Rúmex?

—Sí.

—Así pues, tu tía te pidió que hicieras lo que quería Calíopo y, según tu versión, te negaste a ello.

Idíbal intentó una protesta, pero al final se dio cuenta de que sólo estaba acosándolo como a una pieza de caza. Y la caza era una actividad que el joven conocía bien.

—Sí, me negué —reiteró con parsimonia, sin perder la frialdad.

—Luego, la encantadora tía Mirra accedió, a pesar de todo, a buscar el dinero y encontró tanto que Calíopo te liberó sin más. ¿Esta situación te ha creado

problemas con la familia desde que volviste a casa?

—No. Mi tía y mi padre se han portado muy bien en este aspecto. Somos una familia unida y feliz. —Idíbal bajó la vista. De pronto, se sentía cohibido—. Ojalá no me hubiera metido nunca en todo esto.

—En algún momento te parecería una aventura brillante.

—Es cierto.

—¿No te dabas cuenta de lo complicada y oscura que se haría una aventura de esa clase?

—Aciertas de nuevo.

El muchacho me caía muy bien. No sabía si podía fiarme de él pero no se le veía marrullero ni fingía indignación cuando le hacía preguntas directas. Y no había intentado escapar.

Por supuesto, salir huyendo no era el estilo de Idíbal. Habíamos determinado que prefería que pagasen su rescate. Sin duda, si alguna vez encontraba motivos y pruebas para conducirlo ante un magistrado, la familia unida y feliz se pondría en acción otra vez y lo sacaría del nuevo enredo, a base de dinero. Tuve la sensación implacable de que perdía el tiempo intentando seguir actuando contra aquellos tipos.

Le conté a Idíbal que me alojaba en casa del enviado especial que se encargaba de la medición de fincas. Aquello me envolvía en un acogedor halo de oficialidad. Dirigí una prolongada y severa mirada al joven y, a continuación, le hice la habitual advertencia maravillosa de que no abandonara la ciudad sin decírmelo.

Idíbal era lo bastante joven como para asegurarme de buena fe que no lo haría, por supuesto. Y era lo bastante inocente como para aparentar que lo decía en serio realmente.

LV

El aire era cálido y seco. Me dirigí a pie a la costa norte y subí al foro. Si en la Cirenaica los principales materiales de construcción tenían tonos rojizos, las ciudades de la Tripolitania las piedras eran doradas y grises. Leptis Magna estaba tan pegada a la costa que, cuando entré en el foro, aún podía oír a mi espalda el batir de las olas contra las dunas de arena, blancas y onduladas. El bullicio del foro debería sofocar el ruido del mar, pero el lugar estaba desierto.

El centro cívico dataría de los primerísimos tiempos del imperio, puesto que el templo principal estaba dedicado a Roma y a Augusto. El edificio se alzaba encajado entre los templos de Liber Pater y de Hércules, formando un conjunto anticuado y muy provinciano para ocupar un emplazamiento tan destacado. Aunque tal vez aquél no era el auténtico corazón de Leptis, el foro parecía haber sido ubicado en un lugar donde quienes conocieran la ciudad pudieran esquivarlo. Miré al otro lado de la plaza enlosada y contemplé la Basílica y la Curia. No pasaba nada. Para tratarse de uno de los mayores puertos comerciales del mundo, aquel lugar era un rincón soñoliento. A continuación, crucé el espacio abierto, bañado por el sol, y pregunté en la Basílica si tenía algún caso reciente en el que estuviese involucrado Saturnino. La respuesta fue que no. ¿Y Calipo, de Oea? Tampoco. ¿Conocían allí a un agente judicial llamado Romano? De nuevo, una negativa.

El templo principal, que quedaba enfrente según se sale del foro, me resultó tranquilizador y familiar a un tiempo, con unas columnas jónicas lisas, aunque les habían añadido unos extraños ramitos florales entre las volutas. Avancé hasta el edificio y pregunté si había algún mensaje para mí. La respuesta fue que no. Dejé dicho dónde me alojaba, por si aparecían Scilla o Justino. También quería dejar un mensaje para otra persona, pero no allí precisamente.

Volví sobre mis pasos por la silenciosa callejuela entre templos y edificios públicos y tomé el camino de la ciudad. Allí había más animación. Caminé entre sombras, por el lado izquierdo del camino que hacía una ligera subida desde la costa, y avancé acompañado de varias mulas cargadas hasta los topes y de unos chiquillos revoltosos que empujaban unas carretillas con mercancías muy voluminosas. Tiendas cerradas y viviendas modestas bordeaban las calles, que se extendían en una cuadrícula bastante proporcionada. Cuanto más caminaba, más actividad encontré por las calles. Finalmente llegué al teatro y, en sus

proximidades, la zona de mercado donde, por fin, reinaba el bullicio que había esperado encontrar en una de las grandes ciudades de los emporios.

El mercado central de abastos tenía dos elegantes pabellones llenos a rebosar, uno redondo, en forma de tambor con arcos, el otro octogonal con una columna corintia, construidos probablemente por diferentes benefactores con conceptos diferentes del urbanismo. Sin embargo, en una pedante inscripción, un tal Tapepio Rufo reclamaba la responsabilidad del edificio entero. Quizá se había peleado con su arquitecto, antes de acabar el trabajo.

Bajo los toldos de los quioscos se llevaba a cabo toda clase de ventas sobre mesas de piedra planas; el comercio principal era la venta de productos domésticos. Guisantes, lentejas y demás legumbres apilados en grandes montones; higos y dátiles expuestos en los puestos de fruta y en otros tenderetes, al alcance de la mano, tentadores, almendras y pasteles, pescado y cereales. No era época de uva, pero encontré hojas de parra; las había ya rellenas o solas, en salmuera, para llevar a casa y rellenarlas como uno quisiera. Los carniceros, que se anunciaban con toscos dibujos de vacas, cerdos, camellos y cabras, afilaban los cuchillos en un banco de patas de león en la esquina donde se levantaba el edificio de pesas y medidas, mientras los inspectores estiraban el cuello para seguir una disputada partida de damas que tenía lugar en el suelo.

A dos calles de distancia, otro millonario de Leptis había construido un recinto comercial dedicado a la Venus de Calcis, donde parecía que negociadores perversos, desdentados y de piel coriácea que no tenían tiempo para comer ni gusto por el afeitado, organizaban grandes contratos de exportación. Sin duda, aquella era la lonja de los grandes negocios: aceite de oliva, salazones de pescado, alfarería y animales salvajes, más los productos exóticos que llegaban de los nómadas: pesados fardos de marfiles, esclavos negros, gemas, aves y otros animales salvajes.

Encontré un banquero que aceptaba mi carta de presentación. Tan pronto tuve fondos en mis manos, un tipo al acecho intentó venderme un elefante.

A la vista de un hombre solitario de origen extranjero, varias personas me preguntaron con ademán servicial si precisaba de algún burdel. Con una sonrisa, dije que no. Al oírme, alguno de mis interlocutores llegó al extremo de recomendarme a su propia hermana como una chica limpia, bien dispuesta y accesible.

Volví al mercado central. Allí encontré un pilar con un espacio libre entre garabatos y escribí, rascando la piedra:

ROMANO: BUSCA A FALCO EN CASA DE RUTILIO

Cuando uno finge que conoce a alguien, a veces resulta creíble. Además, para entonces tenía la desconcertante sensación de que Romano sería, en realidad, un viejo conocido. De estar en lo cierto, era una mala noticia.

Acudí a una casa de baños para hacerme una idea de la atmósfera que reinaba en la ciudad. Dejé que me afeitaran, lo cual hicieron igual de mal que en cualquier otro lugar del imperio. El teatro era otra donación de Tapepio Rufo, de estilo elegante, erigido con vistas espléndidas a la costa y al mar. Eché un vistazo a la programación; no había gran cosa de interés. No importaba, ya que la gran atracción en Leptis eran los inminentes juegos del fin de la recolección, fuera de la ciudad. Los juegos anunciaban que el programa, tan apreciado por el pueblo, se concretaría «en fecha próxima», aunque me fijé en que los presidiría mi anfitrión, Rutilio Gálico, el dignatario romano que visitaba la ciudad. Me pregunté si ya se lo habría comunicado alguien al interesado.

Para ser mi primera exploración del lugar, ya era suficiente. Así que reanudaría el contacto con mi familia antes de que se hartara de mostrarse cortés con el enviado. Mientras, yo me entretenía fuera.

Seguí las indicaciones que me había dado Rutilio para llegar a la lujosa villa junto al mar que algún personaje local había puesto a su disposición (con la esperanza, sin duda, de ganar popularidad para Leptis mientras el inspector adjudicaba las tierras). La situación parecía asegurada. Se había adjudicado a Rutilio un destacamento de guardaespaldas legionarios, por si había problemas respecto al informe. El inspector tenía también su reducido grupo de criados domésticos. Lo único que necesitaba para completar su comodidad era un puñado de invitados políticamente neutrales con los que hablar, nosotros le servíamos para ese papel.

Le dije que tendría que ocuparse del pañuelo blanco en los juegos y él respondió refunfuñando.

Durante los días siguientes dediqué mis horas de trabajo a la búsqueda de los tres lanistas a los que estaba investigando. Saturnino resultó el más sencillo de localizar. Al fin y al cabo, él vivía allí. Rutilio me facilitó la dirección y vigilé la casa. El primer día que monté guardia frente a ella, apareció el propio Saturnino en persona. Para mí, fue todo un golpe el hecho de haber cruzado el Mediterráneo lleno de delfines para encontrarme tras los pasos de un sospechoso con el que ya me había topado meses antes en Roma.

Tenía el mismo aspecto de entonces, aunque esta vez llevaba ropas nómadas más holgadas y brillantes, en una muestra de elegancia y de estilo acorde con su provincia natal. Era un hombre de corta estatura, musculoso, nariz chata, medio calvo, confiado y educado. Adornado de anillos hasta el punto de que, como austero romano, me producía desconfianza. Sin embargo, siempre me había mantenido a distancia de su actitud emprendedora. No era mi tipo, pero eso no lo convertía necesariamente en criminal.

Pasó ante mí sin reparar en mi presencia. Yo estaba sentado en la acera con un sombrero caído sobre los ojos al lado de un pollino con albarda y arreos, del cual fingía estar a cargo. Había hecho cuanto podía por no dormirme, aunque el

sopor se adueñaba poco a poco de mí. Por lo menos, ahora que mi hombre había hecho su movimiento, me veía obligado a desperezarme y a seguirlo.

Saturnino fue de acá para allá. Estuvo en el foro (por poco tiempo), en el mercado (más rato), en los baños (más todavía) y en su establecimiento de gladiadores local (un tiempo interminable). Cada vez que entraba en un lugar público se relacionaba con personas importantes. Se mezclaba con ellos, reía y charlaba. Se agachaba a hablar con chiquillos que habían salido con sus padres. Jugaba a los dados y coqueteaba ásperamente con las camareras. Se sentaba en las tabernas a ver pasar a la gente, de modo que el mundo que discurría por la calle lo reconociese y lo saludase como un familiar que ha llegado con regalos para repartir.

Cabía presumir que en su establecimiento entrenara combatientes como había hecho en Roma, aunque a una escala más limitada. Los festivales locales no eran comparables con los grandes acontecimientos imperiales, pero sus hombres aparecerían en los siguientes juegos de Leptis y éstos quizá mereciesen la pena.

Más tiempo me llevó localizar a Calíopo. Fue Helena quien dio con él, después de oír un día que llamaban por su nombre a su mujer en los baños públicos. Artemisa no conocía a mi novia, así que mal podía saber quién era; Helena aprovechó que no se fijaba en ella para seguirla hasta la casa.

—Es muy joven, delgada y absolutamente hermosa.

—La descripción me recuerda a una de mis antiguas novias —murmuré. Fue un comentario de lo más estúpido.

Más tarde (de hecho, mucho más tarde, puesto que antes tuve que atender a ciertos menesteres domésticos) acudí a vigilar el apartamento de alquiler que Helena había identificado y vi salir del edificio a Calíopo, camino de sus abluciones vespertinas. Otro viejo rostro conocido: nariz ancha, orejas de soplillo, cabellos finos, ondulados y bien cuidados.

Su esposa y él llevaban una vida mucho más tranquila que la familia de Saturnino, probablemente porque no conocían a nadie en Leptis. Se sentaban a tomar el sol, salían a comer a las posadas locales e iban de compras con discreción. Era como si esperaran pacientemente algo o a alguien. Me dio la impresión de que Calíopo parecía preocupado, pero el hombre siempre había sido de esas personas altas y delgadas que se muerden las uñas por cosas que a otros no les alterarían un músculo siquiera.

La joven esposa era muy hermosa, aunque desesperadamente callada.

Había enviado a Goyo al puerto para vigilar la llegada de Hanno, así que cuando el barco echó el ancla junto al de su hermana, Mirra, entre el tráfago de buques mercantes de la laguna vio a Idíbal a bordo, por breve espacio de tiempo. Hanno y Mirra hacían esporádicas expediciones al mercado, al frente de un colorista cortejo de servidores. Los acompañaba el insubordinado intérprete que

había hablado en mi favor.

Hanno hacía muchos negocios en la Calcídica. Daba la impresión de que era duro en el regateo. En las negociaciones, a veces se cruzaban palabras ásperas, aunque normalmente todo terminaba de forma amigable y se cerraba el trato con unas palmadas en el hombro, por lo que supuse que Hanno no era popular.

Así pues, allí estaban todos. Y parecía que ninguno de los tres hombres hacía el menor intento por encontrarse con el resto.

Teníamos juntos a Saturnino y a Calíopo, como deseaba Scilla, y también podía ofrecer a mi clienta la presencia de Hanno, y por lo mismo la noticia de que sus maquinaciones habían atizado la rivalidad, causa de la muerte de Pomponio. Sólo quedaba un problema: que quien no aparecía era la propia Scilla. Había insistido en llegar a Leptis por su cuenta y a su paso. Tras mi largo desvío a Sabrata, gracias a Famia, suponía que mi clienta habría llegado antes que yo. Sería así, pero no encontré ni rastro de ella.

Era una situación delicada. No podía garantizar que ninguna de las partes siguiera allí mucho tiempo. Sospechaba que Hanno y Calíopo, en vista de su interés profesional, sólo estaban allí en razón de los juegos. Yo me resistía a establecer contacto con ninguno de ellos de parte de Scilla hasta que ella no apareciese. Desde luego, no iniciaría el proceso judicial del cual había hablado mi clienta, pues conocía suficientes procesos como para tener en cuenta que Scilla podía colocarme en una situación difícil y, a continuación, desaparecer sin dejar rastro. Y sin pagarme, por supuesto.

No se me había olvidado que, en mi calidad de auditor del censo, había obligado a Calíopo y a Saturnino a pagar cantidades muy elevadas como impuestos pendientes de liquidación. Sin duda, los dos me aborrecían. No estaba en absoluto interesado en meter las narices en su provincia natal; sólo esperaba que supieran de mi presencia, que recordaran el dolor financiero que les había causado y decidieran enviar a alguien a darme una paliza.

Famia no se había molestado en seguirmos hasta Leptis, como le había pedido. ¡Vaya sorpresa!

—Ya tengo suficiente con todo esto —le dije a Helena—. Si Scilla no se presenta antes de que acaben los juegos, hacemos el equipaje y nos volvemos a casa. Tú y yo tenemos que seguir nuestra vida...

—Además —añadió ella con una sonrisa—, te han llamado de Roma para declarar sobre esos dichosos gansos.

—Al carajo con los malditos pajarracos. Vespasiano ha accedido a pagarme una cantidad suculenta por el trabajo del censo y quiero empezar a disfrutar del dinero.

—Tendrás que vértelas con Anácrites.

—No hay problema. El también habrá sacado su buena tajada; no debería quejarse. En cualquier caso, ya estará recuperado; podrá volver a ocupar su

antiguo cargo.

—¡Ah, pero Anácritos está encantado de trabajar contigo, Marco! Hacerlo ha sido un punto culminante en su vida.

—Te burlas de mí —refunfuñé—. No quiero de ninguna manera seguir con él.

—¿De veras piensas dejar que mi hermano trabaje contigo, si vuelve a Roma?

—Será un privilegio. Quinto siempre me ha caído bien.

—Me alegro. Tengo una idea, Marco. La he comentado con Claudia mientras esperábamos a que regresara de la búsqueda del *silphium*, pero entonces las cosas estaban muy tensas entre ella y Quinto. Por eso no la he mencionado nunca...

Helena dejó la frase sin acabar, lo cual era impropio de ella.

—¿Qué idea es ésa? —pregunté con suspicacia.

—Si Quinto y Claudia se casan algún día, Claudia y yo deberíamos comprar una casa donde viviéramos todos juntos.

—Voy a tener suficiente dinero como para que tú y yo vivamos más cómodos —repliqué ceremoniosamente.

—Quinto, no.

—Es culpa suya.

Helena exhaló un suspiro.

—Compartir sólo lleva a discusiones —añadí.

—Yo pensaba —expuso Helena— en una casa lo bastante grande como para que diese la impresión de diferentes propiedades. Alas separadas, pero con zonas comunes donde Claudia y yo pudiéramos sentarnos a charlar cuando Quinto y tú no estuvierais.

—¡Si quieres quejarte de mí, querida, tendrás las estancias que necesites para hacerlo!

—Y bien, ¿qué te parece la idea?

—Me parece... —De golpe, me vino la inspiración—: Me parece que será mejor que no me comprometa a nada hasta que descubra a qué viene ese revuelo de gansos en el Capitolio.

—¡Pajarracos! —se mofó Helena.

La situación podría haberse vuelto muy embarazosa pero, en aquel mismo instante, uno de los esclavos de nuestro anfitrión anunció con nerviosismo —todos los esclavos se mostraban cohibidos ante nuestro grupo— que Helena tenía una visita. Nervioso, debido a las razones que he perfilado, pregunté con voz tensa de quién se trataba. El esclavo dio por sentado que yo era un severo cabeza de familia a quien le correspondía supervisar hasta el menor movimiento de su pobre esposa (¡qué risa!) y me dijo con gran timidez que era una mujer; una tal Eufrasia, esposa de Saturnino y figura importante en la vida social de Leptis.

Helena Justina apoyó los pies limpiamente en el rodapié de un taburete, cruzó los brazos a la altura de la cintura y me dirigió una mirada mansa e inquisitiva. Con gesto grave, le di permiso para que aceptara la visita. Helena agradeció mi benevolencia con voz suave, mientras sus enormes ojos pardos emitían un destello de auténtica perversidad.

Abandoné la estancia en la que Helena estaba sentada y me oculté donde pudiera oír la conversación sin que me vieran.

LVI

—¡Qué alegría, querida amiga!

—¡Vaya inesperado privilegio!

—¡Qué sorpresa verte por aquí!

—Y tú, ¿cómo has sabido de mi estancia en la ciudad?

—Mi marido vio un mensaje garabateado en el mercado. En él se leía que Falco se alojaba en esta casa. ¿Sabías que mi marido y yo vivimos en esta ciudad?

—Bueno, debería haberlo sabido... ¡Qué maravilla! Hemos tenido un viaje terrible. Falco me ha arrastrado de un lugar a otro de África.

—¿Asuntos oficiales?

—¡Oh, Eufrasia, y o no hago preguntas!

Carraspeé mientras Helena insistía en fingirse una esposa oprimida, cansada y excluida. Si Eufrasia recordaba la cena a la que habíamos asistido, no podía llevarse a engaño.

—¿Tiene que ver con su trabajo en el censo?

La mujer insistía en aquel punto, por mucho desinterés que mostrase Helena.

Miré a hurtadillas por una rendija. Helena estaba de espaldas a mí, lo cual era una suerte porque así evitábamos el riesgo de que a alguno de los dos se nos escapara la risa. Eufrasia, que estaba espléndida con un vestido de brillantes franjas escarlata y púrpura (un ejemplo portentoso de trabajo con los ricos tintes sacados del molusco múrice), ocupaba una gran silla de caña. Tenía un aspecto relajado, aunque en sus hermosos ojos había una mirada penetrante que dejaba traslucir una tensión interior que me intrigaba. Me pregunté si la habría enviado Saturnino o si el bueno de su marido ignoraba que se había presentado en mi casa.

Helena mandó servir un refrigerio. Después ordenó que trajeran a la niña. Julia Junila se dejó pasar de mano en mano, se dejó besar, pellizcar y hacer cosquillas y estuvo encantada de que le enderezaran la pequeña túnica y que le despeinaran los finos mechones de cabello. Luego, cuando la dejaron en una alfombra en el suelo, hizo una demostración de valentía y energía y se dedicó a gatear y a jugar con sus muñecas. En lugar de berrear de disgusto, se limitó a emitir unos hipidos graciosísimos. Mi hija era un encanto. Y no lo digo yo.

—¡Qué encanto! ¿Cuánto tiempo tiene? —preguntó entre curiosa y zalamera

Eufrasia.

—Todavía no ha cumplido un año. —Sólo faltaban diez días para el cumpleaños de Julia; otra razón para intentar volver a casa lo antes posible y aplacar a sus dos abuelas, a las cuales se les caía la baba con la pequeña.

—Es una muñeca... ¡Y tan inteligente...!

—En esto sale a su padre —dijo Helena, quien debía de saber que yo estaría escuchando. Casi esperaba que seguiría con unos cuantos insultos en broma, pero probablemente estaba ocupada en averiguar la razón de la visita de Eufrasia.

—¿Y qué tal está nuestro querido Falco?

—Los pocos momentos en que llego a verlo, parece estar como siempre: enfrascado en sus casos y en sus planes. ¡Como de costumbre, chica! —Incluso desde mi escondite me pareció ver que Eufrasia entrecerraba los ojos. Helena estaba lo bastante cerca como para que, más tarde, pudiera confirmarme este extremo—. ¿Y cómo estáis tu marido y tú, Eufrasia?

—¡Oh!, aquí, mucho más felices. Ya sabes que tuvimos que escapar de Roma. Tanta competencia y tanta doblez empezaban a atosigarnos. —Aquel comentario debía de referirse también, sin duda, a los efectos secundarios domésticos del lío de Eufrasia con Rúmex—. La atmósfera de las provincias es mucho más agradable; ahora podemos quedarnos aquí permanentemente...

Helena estaba sentada cómodamente en una silla parecida a la de su visitante. Distinguí uno de sus brazos desnudos, que colgaba relajado del reposabrazos. La visión de sus suaves curvas, que me resultaban tan familiares, me erizó el vello de la nuca mientras yo pensaba en recorrer su piel con la yema del dedo de aquella manera que la hacía estremecerse y...

—¿Y tu esposo puede ocuparse del negocio desde la Tripolitania?

—Sí, desde luego. Aunque, de todos modos, yo querría que se jubilara. —Las mujeres siempre dicen lo mismo, aunque no muchas están dispuestas a soportar limitaciones en el gobierno de la casa—. Ya ha hecho suficiente. Así pues, ¿qué trae a Falco a Leptis Magna?

Helena, finalmente, se apiadó de ella:

—Trabaja para un cliente privado.

—¿Alguien que yo conozca?

—Bah, no es nada emocionante. Un mero encargo de una mujer que necesita ayuda para presentar una querrela, creo.

—Pues habéis hecho un largo viaje para tan poca cosa.

—Ya estábamos aquí por razones familiares —replicó Helena con tono tranquilizador. Pero Eufrasia hizo caso omiso del comentario.

—Estoy fascinada... ¿Y cómo ha encontrado tu marido a esa clienta, en una provincia que no es la suya? ¿Acaso ha puesto anuncios?

—En absoluto. —Helena mantuvo una calma absoluta, en marcado contraste con la manifiesta inquietud de la otra mujer—. Estábamos de vacaciones y fue la

mujer quien nos encontró. Al parecer; había oído hablar de Falco durante una estancia en Roma.

Eufrasia no pudo soportar por más tiempo el suspense y formuló su pregunta sin ambages:

—No estará trabajando para esa mujer con la que se había liado Pomponio Urtica, ¿verdad?

—¿Te refieres a Scilla? —preguntó Helena con aire inocente.

—Sé de buena tinta que esa Scilla quiere causar problemas —respondió Eufrasia. Se echó ligeramente hacia atrás en el asiento y adoptó de nuevo una actitud un poco más relajada—. Ha estado acosando a mi marido y supongo que ha hecho otro tanto con Calíopo. Sabemos que éste se encuentra en Leptis —continuó, esta vez con un deje amargo en la voz—. Su esposa, tengo entendido, tiene mucho de qué responder.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Helena con perplejidad contenida. Hasta donde sabíamos, lo único que había hecho Artemisa era consentir en casarse con Calíopo, un hombre que consideraba que ser rico significaba poseer un lote completo de cada cosa, incluida una amante llamada Sacarina que vivía en la calle Boreal. El tono acusador de Eufrasia parecía fuera de lugar. Pero, claro, Helena y yo ya sabíamos que Artemisa era joven y hermosa, lo cual resulta imperdonable para muchas mujeres.

—¡Bah, no te preocupes por ella! —exclamó Eufrasia con un gesto despectivo—. Si Artemisa se atreve a cualquier cosa, mira lo que te digo: Calíopo la meterá en vereda a base de golpes, puedes estar segura... —Se inclinó hacia delante y añadió con gesto hosco—: La que intenta provocar problemas serios es Scilla. Ella es el mal bicho que se debe vigilar.

—Pues a mí me cayó muy bien —comentó Helena, resistiéndose a condenar a la novia del pretor muerto.

—Eres demasiado tolerante. Scilla pretende forzar una confrontación con mi marido y con Calíopo, y estamos seguros de que ha convencido a ese hombre tan desagradable de Hanno, para que la apoye.

—Pasó por una experiencia terrible cuando el león atacó a su amante —replicó Helena con calma—. Estoy segura de que no fue culpa de ella, ni creo que fuera idea suya el que se celebrara una sesión de circo privada en su honor. Parece que fue idea de su novio; ella estaba en contra. El hombre cometió un error de cálculo, un típico fallo masculino. Para Scilla resulta muy triste que Pomponio muriese de aquella manera.

—Parece que sabes mucho de ella, ¿no? —inquirió Eufrasia con suspicacia mal disimulada.

—Ella me abordó a mi primero. Falco estaba ausente, de viaje con mi hermano; así que, de algún modo, yo le hice el primer examen. Como digo, me compadecí de ella. Es justo que ahora tenga una compensación por su pérdida.

Se produjo un corto silencio. Luego, Eufrasia exclamó con voz ronca y tensa:

—¡Yo también estaba allí, por supuesto!

—¿Dónde, Eufrasia?

Helena no captó de pronto a qué se refería, pero advertí que mi novia no tardaba en recordar lo que Secundino me había dicho: que los cuatro comensales de la cena en la que iba a tener lugar el espectáculo privado habían sido Pomponio, Scilla, el propio lanista... y su esposa. Ya era hora de pedir a Eufrasia que nos ofreciera su versión de lo sucedido.

—En casa de Pomponio. Cuando el león se escapó.

—¿Viste lo que sucedió?—preguntó Helena como quien no quiere la cosa.

—Sí. Pero no debo decir nada más; mi marido se pondría hecho una furia. Nos comprometimos a no contar nada. Así lo quiso Pomponio.

—No lo entiendo.

—Para protegerla a ella, naturalmente. A Scilla, me refiero. Pomponio era leal, eso hay que reconocérselo. Cuando comprendió que estaba muriéndose, insistió más que nunca. ¡Scilla ya tenía suficiente fama en Roma sin que toda la ciudad supiera del incidente del león!

—Bueno, Pomponio ya ha muerto...

—¡El muy estúpido! —soltó Eufrasia—. No me preguntes más al respecto —repetió—. Pero Scilla podría contártelo. Antes de que empieces a sentir lástima por esa mujerzuela, Helena Justina, deberías hacerle reconocer la verdad. ¡Pregúntale quién realmente mató al león!

La mujer se puso de pie. Al hacerlo, sobresaltó a un pequeño bicho dorado que se alejó a toda prisa, a lo largo de un zócalo próximo, hacia donde la niña estaba sentada, en el suelo, examinándose sus piececitos rosados.

—¿Qué es eso? ¿Un ratón? —exclamó Helena.

—No; un escorpión.

Entré en la estancia como si fuera un marido que volvía a casa después de pasar una mañana en el muelle. Siguiendo con la pantomima, dejé que mi rostro expresase diversas emociones: sorpresa al ver a Eufrasia, alarma ante la palidez de las facciones de Helena y una rápida reacción a la emergencia.

Recogí del suelo a la pequeña y la puse en manos de su madre; después, aparté a mi mujer, pasé ante Eufrasia, cogí un jarrón y lo dejé caer sobre el alacrán. Helena, rígida del susto, había cerrado los ojos.

—En cierta ocasión Helena sufrió una picadura terrible de uno de esos bichos —expliqué secamente.

Conduje a las mujeres fuera de la estancia y volví dentro para enfrentarme a la escurridiza criatura. Cuando terminé de hacer pedazos al alacrán, tomándome la venganza por mi mano por lo que hizo otro congénere suyo a mi adorada compañera, me quedé en cuclillas un momento, a solas, recordando la ocasión en que Helena estuvo a punto de morir.

Sali en su busca. Mientras las abrazaba a ella y a la niña, acariciándolas y tranquilizándolas, yo temblaba como una hoja.

—Ya estoy bien, Marco.

—Nos vamos a casa.

—No, no; ya ha pasado.

Cuando nos tranquilizamos, caímos en la cuenta de que Eufrasia había aprovechado el momento de pánico para evitar preguntas embarazosas y se había marchado.

No pudimos preguntar a mi clienta a qué se había referido Eufrasia, porque Scilla seguía sin aparecer todavía.

Y entonces, al día siguiente, como caída del cielo, me llegó una nota de la escurridiza Scilla. La carta apareció por la mañana ante la puerta de la mansión, de modo que no había ningún mensajero a quien interrogar. Al parecer, Scilla se hallaba ahora en Leptis, aunque, como de costumbre, se mostró reacia a facilitar su dirección.

En la nota confesaba sin tapujos que a su llegada a la ciudad (de esto ya debía de hacer algún tiempo), como no me encontró por ninguna parte, contrató a otro. No se refería concretamente a Romano, pero supuse que se trataba de él. El nuevo intermediario se las había arreglado para contactar con los dos lanistas en nombre de la clienta y ya había algunos planes para establecer un acuerdo. Scilla me decía que podía enviar a la casa de Pomponio Urtica, en Roma, la minuta para cubrir los gastos que hubiese tenido hasta el momento. Mis servicios ya no eran necesarios.

Pagado y despedido, ¿eh?

Yo, no, Scilla. Mis clientes siempre andaban arrepintiéndose y echándose atrás de sus compromisos; eran los achaques de la profesión. El fango que removían solía sorprenderlos y hacía que se lo pensaran mejor. Y una vez que habían perdido el ímpetu inicial, no merecía la pena en insistir y presionarlos.

De igual modo, una vez que un caso atraía mi interés, nunca me permitía abandonarlo a medias. Dejaría de trabajar cuando yo quisiera. Es decir, cuando hubiera satisfecho mi curiosidad.

LVII

La noche antes de los juegos, Rutilio y yo dimos un tranquilo paseo hasta el anfiteatro.

Cruzamos el río por el puerto y luego recorrimos la playa, combinando la escalada del acantilado y el fatigoso avance por la arena blanda en la que se hundían los pies.

—Un terreno difícil —se quejó Rutilio mientras se daba masajes en los músculos de las pantorrillas—. Dispondré el transporte para mañana. ¿Helena querrá venir?

Recogí del suelo un fragmento de una pluma de sepia.

—Sí, señor. Dice que tiene miedo de que termine en la arena del circo, como luchador.

—¿Y cabe esa posibilidad? —preguntó Rutilio con perplejidad.

—No soy tan estúpido. —Jugar a gladiadores significaba un oprobio permanente; incluso estaba penado legalmente.

Se preveía que los tres lanistas asistieran a los juegos. Yo, por mi parte, esperaba un arreglo de cuentas de alguna clase. Helena Justina conocía mis expectativas. No tenía objeto intentar ocultárselas, pues era demasiado sensible como para no darse cuenta. Estaba preparado para cualquier emergencia. Y Helena, también.

—El trabajo en que estás ocupado, ¿puede ser peligroso? —preguntó Rutilio—. Si es así, ¿puedo preguntar qué puede esperarnos mañana?

—No lo sé, señor. Nada, quizá.

Quizá. Pero no era el único en sospechar que se preparaba una crisis; aquel paseo para reconocer la disposición del puerto había sido idea suya. Aparentaba tranquilidad pero supuse que Rutilio Gálico, enviado especial de Vespasiano, estaba tan tenso como yo.

Y tenía sus propias razones. Había establecido las lindes entre las tierras de Leptis y las de Oea y se disponía a anunciar los resultados.

—Sólo soy el último de una larga tradición de estúpidos —me dijo mientras nos acercábamos al estadio, que era el primer edificio con el que topamos—. Las fronteras han sido objeto de agrias disputas durante largo tiempo. Hubo un caso famoso en el que se enfrentaban Cartago y la Cirenaica. Se pactó que dos parejas de hermanos emprendieran simultáneamente sendas carreras desde

Leptis y desde Cirene. Allí donde se encontraran, se trazaría la nueva frontera; por desgracia, los griegos de Cirene acusaron a los dos hermanos de haber hecho trampas. Para demostrar su inocencia, éstos pidieron ser enterrados vivos.

—¡Por el Olimpo! ¿Eso sucedió de verdad?

—Sí. Hoy día todavía existe un viejo arco conmemorativo sobre la carretera. También yo, Falco, he sentido que ese mismo destino fatal me tendía una emboscada.

—Roma, señor, aplaudirá vuestro sacrificio.

—¡Ah, bien! Esto hará que merezca la pena...

Rutilio me caía bien. Los hombres que escogía Vespasiano para establecer orden en el imperio tenían un carácter serio, práctico y realista. Se dedicaban a su trabajo con justicia y rapidez y no se dejaban llevar por su incipiente impopularidad.

—Es una buena provincia —dijo—. No soy el primero que viaja al África Proconsular y se queda encantado de ella. Este lugar atrae una profunda lealtad.

—Es el Mediterráneo. Gente cálida, abierta y alegre. Una tierra exótica pero que, al mismo tiempo, evoca la propia.

—Necesita un buen gobierno —exclamó Rutilio.

—Helena está recopilando una serie de recomendaciones que desea presentar al emperador.

—¿De veras? ¿Él te pidió que lo hicieras? —De nuevo Rutilio se mostró sorprendido ante aquella sugerencia.

—No me lo pidió —respondí con una sonrisa forzada—. Pero eso no va a impedir a Helena Justina asegurar que sí lo hizo. Helena se dedica a inspeccionar la Cirenaica, donde hemos estado al principio. Lo ha catalogado todo, desde la restauración del anfiteatro de Apolonia hasta la reconstrucción del templo del foro de Sabrata que resultó afectado por un temblor de tierra. A Helena le gusta ser minuciosa. También ha seguido de cerca el negocio del circo y los luchadores. Helena considera que, cuando el nuevo anfiteatro Flavio abra las puertas, todo deberá quedar bajo el control del Estado: desde el entrenamiento de gladiadores hasta la importación de las fieras. Las legiones deberían supervisar la captura de los animales salvajes en la provincia, de cuyo control se ocuparían agentes imperiales.

Casualmente sabía que Helena había tenido la maravillosa idea de sugerir que sería conveniente nombrar a Anácrites para presentar los documentos en los que se planteara la nueva política. Sería un trabajo que le llevaría diez años y que, desde luego, lo mantendría alejado de mí.

—¿Es eso todo? —preguntó Rutilio, amable y respetuoso.

—No, señor. Para rematar el cuadro, recomienda que se admitan en el Senado a los jefes de África, como ya ha sucedido con los de otras provincias.

—¡Por los venerables dioses! Todo lo que dices está muy bien, ¿pero en serio

esperas que Vespasiano acepte la propuesta de una mujer?

—No, señor; yo firmaré ese informe y el emperador supondrá que es mío.

—Para un hombre como Rutilio, aquello no mejoraba un ápice el asunto. Yo formaba parte del populacho del Aventino, un material difícilmente homologable para el gabinete interior del emperador.

—¿Haces sugerencias de este tipo cada vez que viajas lejos de Roma?

—Cuando parece recomendable hacerlo.

—¿Y siempre se lleva a cabo lo que sugieres?

—¡Oh, no! —me eché a reír y lo tranquilicé bromeando que el mundo que conocía no se había vuelto del revés—. Ya sabe lo que sucede en el Palatino, señor: el rollo, sencillamente, se extravía. Pero tal vez dentro de veinte años alguno de los asuntos que Helena considera importantes aparecerá en cabeza de la agenda de algún secretariado escaso de trabajo.

Rutilio movió la cabeza con incredulidad.

Habíamos llegado al estadio. Se extendía paralelo a la costa, barrido por una fresca brisa marina, y ocupaba uno de los mejores emplazamientos deseables. Parecía una buena pista y, claramente, era muy utilizada.

Cruzamos la pista a paso lento. En aquel momento, el sol del atardecer y el rumor de las olas a nuestra espalda proporcionaban un aire tranquilizador al lugar, aunque cuando toda la ciudad acudía allí y llenaba las hileras de asientos, la atmósfera era completamente distinta.

—Mañana, en el anfiteatro, en ese espectáculo que debo supervisar... — Rutilio hizo una pausa.

—El espectáculo que se te ha adjudicado —apunté con una sonrisa irónica.

—¡Y que tendré el honor de presidir! —añadió él con un suspiro—. La cosa es que, bajo mis auspicios, se presenta un programa de gladiadores por parejas. Por lo que he podido ver, nada excepcional. El espectáculo irá precedido de la ejecución de un criminal, un blasfemo medio tonto que encontrará su merecido al ser arrojado a las fieras.

—¿Una pena capital? Algo así precisaría de la aprobación del gobernador, ¿no es así, señor?

—El caso provocó cierta crisis. Me encargaron la investigación y no es preciso comentar que ejerzo la representación del gobernador mientras me encuentre aquí. Todo ha estallado esta mañana y, junto a la determinación de las lindes, ha estado a punto de causar una revuelta. Ya tenemos demasiadas personas de ciudades rivales en nuestras calles en este momento y las cosas podrían ponerse feas mañana.

—¿Y cuál es el delito que se ha cometido?

—Algo totalmente inaceptable. Un tipo que estaba de paso se emborrachó hasta caer dormido y, al despertar en el foro, se puso a insultar a los dioses locales. Algo terriblemente embarazoso. Hubo intentos de acallarlo pero entonces

empezó a maldecir a Aníbal y a todos sus descendientes a voz en grito. Lo golpearon en la cabeza, fue rescatado de manos de la plebe y lo condujeron a rastras ante el agente de la autoridad más próximo... y así me he encontrado en ese desafortunado papel. Era una prueba, desde luego: se discutía la actitud de Roma frente al elemento púnico. Me dije que no tenía elección. Por eso, mañana habrá cena para los leones.

—¿Le han proporcionado ya algún animal?

—Casualmente Saturnino tiene uno —respondió Rutilio.

—Será mejor que prevenga a Helena.

—¿No te gusta? A mí, tampoco. Pídele a Helena que cierre los ojos y aguante, si quiere. Estará sentada entre mi gente, a vista de todo el público; las cosas tienen que hacerse como es debido. Dicen que, si el animal es feroz, el asunto es rápido.

Habíamos llegado a un pórtico cubierto que unía el estadio y el circo. Empezaba a oscurecer pero nos arriesgamos a cruzar a buen paso un pasadizo de altos arcos. Probablemente estaba pensado para uso exclusivo de peatones, aunque ofrecía posibilidades para acuerdos y arreglos comerciales utilizando intermediarios. El alcance y el emplazamiento de aquellas transacciones sugería que la gente de Leptis tenía un amor sofisticado por el espectáculo y que exigía un alto nivel en el mismo.

Cuando salimos al anfiteatro, una grácil elipse tallada en la ladera de la colina, encontramos obreros empeñados en su trabajo de consolidar y nivelar la arena blanca de la pista. Al día siguiente, los prístinos resultados de sus atentos cuidados serían violentamente borrados y empapados en sangre. Tras echar una mirada, consulté a Rutilio; luego, empezamos a subir las filas de asientos y desde lo alto de las gradas, alguien mencionó mi nombre:

—¿Quién es ése, Falco?

—¡Maravilloso! Es Camilo Justino, el hermano menor de Helena. Ha estado buscando el jardín de las Hespérides para impresionar a su amada... Esperaba que pudiera alcanzarnos a tiempo.

—He oído hablar de él —apuntó Rutilio con un resoplido, mientras apresurábamos la ascensión—. ¿No te había causado problemas su fuga con una joven?

—Quizá se le habría tolerado que raptara a la chica, señor, pero huyó con el dinero de ella, además. Y tenía mucho. Ahora, me lo llevo a Roma para que le den unos buenos azotes.

—Excelente.

Tras haber adoptado una actitud ceremoniosa propicia, el enviado de Roma me acompañó, muy amistoso, a recibir a Justino.

Encontramos un camino que nos devolvía a la ciudad a lo largo de la cresta de las dunas, para evitar la playa. Las primeras estrellas Áfricanas desconocidas

para mí titilaban sobre nuestras cabezas mientras avanzábamos, intercambiando noticias.

—¿Va todo bien con Claudia?

—¿Por qué iba a ser de otro modo?—Quinto tuvo la amabilidad de sonreír—. Hoy he visto en la laguna el transporte de caballos de Famia, pero ni rastro de él.

—Estará en alguna taberna. Bueno, parece que estamos todos a punto para zarpar rumbo a casa...

Acaricé por un instante la idea de olvidar los juegos, encontrar a Famia y largarnos inmediatamente. Estaba impaciente por ver Roma otra vez. El primer aniversario de Julia debía celebrarse en casa. Y, de todos modos, ¿por qué tenía que quedarnos? Ya no tenía ninguna cliente que me pagara.

La respuesta la proporcionó Justino:

—¿Habéis oído el rumor que corre de boca en boca? Se ha programado un combate a tres en los juegos de mañana. Saturnino, Calíopo y Hanno han convenido en celebrar un encuentro especial a tres bandas.

—¿Qué? ¿Y cómo es eso?

—Los preparativos son bastante misteriosos, pero he oído que cada uno presentará un gladiador para una lucha a muerte. Será el último número y es algo que hará que los grupos rivales de las diferentes ciudades se partan de risa.

El hormigueo que había sentido todo el día aumentó.

—¡Por el Hades! Parece como si eso pudiera degenerar en una de esas ocasiones en que el anfiteatro estalla.

—Pues no has oído lo mejor. La parte que te interesará, Marco, es que este combate a tres bandas ha de resolver una reclamación legal. Y existe una cláusula especial: el lanista propietario del último hombre que quede con vida se compromete a pagar una indemnización a una tal Scilla por una querrela que la mujer tiene planteada contra todos ellos.

—Por todos los... Eso significa que todos querrán perder, ¿no?

Justino soltó una carcajada.

—Se supone que los tres van a presentar a los más ineptos, de modo que el asunto se transformará en una comedia. Los combatientes no querrán morir, pero, por una vez, sus lanistas intentarán convencerlos para que se rindan.

—¡Oh, muy pintoresco!

—Por lo que he oído en el mercado, existe un curioso interés por los condenados a morir.

—¿Sabes cómo se llaman?—Rutilio se me adelantó con la pregunta.

—No he oído ningún nombre. Por la ciudad corren todo tipo de rumores; entre ellos, el favorito es el que habla de monstruos con dos cabezas cada uno. Fascinante, ¿no?

—Parece suficiente para despertar el interés—respondí.

—Lo despierta, y mucho—confirmó Justino—. Se cruzan grandes apuestas,

abiertamente.

—Entonces, ya está —asentí. No se lo dije a nadie en particular, aunque mis dos acompañantes debían de saber a qué me refería.

Esa noche, en algún lugar de Leptis, los cuidadores de las fieras para el circo tendrían en ayunas a un león.

En algún lugar de la ciudad, gladiadores de diversas categorías disfrutarían de la tradicional cena opípara de la víspera del combate. Era su privilegio... y podía ser su perdición. A menudo resultaba decisivo cuando amanecía el día siguiente; los futuros combatientes se sentían tentados de disfrutar todo lo que pudieran, puesto que podía ser su última oportunidad. Pero si se dejaban llevar por esa excusa, el efecto era contraproducente en el momento del combate.

De regreso a casa, mientras cruzábamos la ciudad, Justino y yo hicimos un débil intento de entrar en la escuela preparatoria local —la cantera de luchadores de Saturnino—, con vistas a inspeccionar a los hombres en plena fiesta. El público en general tenía prohibida la entrada. Consideramos que era más conveniente no protestar. En cualquier caso, era de imaginar que los combatientes especiales estarían encerrados aparte, en algún lugar especial.

Pasé la noche inquieto. Para ahorrarle preocupaciones a Helena, fingí que dormía perfectamente tranquilo. Pero en ningún momento cesaban de darme vueltas en la cabeza numerosas ideas. Estaba muy seguro de que, no importaba lo que hubiese sucedido, aquel número especial preparado por los tres lanistas no iba a ser limpio. Cada uno de ellos participaría con sus propios planes perversos.

Desde el palco de la presidencia sería imposible intervenir en ninguna emergencia. Justino y yo nos habíamos estrujado el cerebro tratando de encontrar el modo de salvar tal obstáculo. El único lugar desde el cual podíamos intervenir era desde la propia arena, pero yo le había prometido a Helena que bajo ninguna circunstancia saldría a combatir.

LVIII

Un sol cegador bañaba la arena del circo desde primera hora. Poco a poco, los asientos de piedra y la brillante arena blanca del terreno dedicado a los combates empezaron a calentarse. Cuando empezó a congregarse el público, dejó de oírse el rumor de las olas, aunque aún podíamos oler su proximidad en el aire salado que acariciaba nuestro rostro y dejaba mis cabellos lacios y rebeldes.

Justino y yo acudimos temprano. Rutilio llegaría más tarde y haría su entrada con mucha ceremonia. Creíamos que estaríamos solos, pero ya se nos habían adelantado algunos espectadores, aunque la atmósfera se mantenía relajada. Sin embargo, incluso en aquellos momentos, el ambiente festivo se veía quebrado por un elemento extra de tensión causado por la presencia de grupos procedentes de Oea y de Sabrata.

La entrada era gratuita, pero los taquilleros estaban en sus casetas, dispuestos a repartir las fichas que asignaban lugares en los diversos palcos y filas de asientos. Las almohadillas para los asientos de las primeras filas eran descargadas de una recua de mulas. En la playa se alzaban perezosas columnas de humo de las hogueras en las que los vendedores de comida preparaban sus viandas. También se habían descargado ánforas y odres de vino en grandes cantidades. Los vendedores de aperitivos esperaban tener un día lucrativo.

Los campesinos de la zona, atraídos por el espectáculo y por la posibilidad de vender sus productos comestibles y de artesanía, habían acudido a caballo — alguno incluso en camello— y habían colocado su puesto de venta en la playa. Algunos, incluso, habían montado sus grandes tiendas del desierto. Cuando llegamos, los curiosos de la ciudad ya deambulaban junto a la orilla del mar y recorrían otros caminos, buscando amigos a quienes saludar o apostadores con los que jugar. Aparecieron programas; conseguimos uno de ellos pero, aparte de los luchadores profesionales, de los cuales constaba el nombre y el estilo de combate, el número especial sólo venía descrito como « un combate entre tres novatos» .

Después de la llegada de los primeros espectadores, alguno de los cuales aún tenía el desayuno en la boca, la afluencia de gente aumentó alarmantemente y la atmósfera del recinto empezó a vibrar. Los ciudadanos de Leptis acudían ahora en gran número, algunos vestidos de blanco según el estilo formal de Roma (como nosotros) y otros envueltos en ropas de brillantes colores. Mujeres con sus

mejores atuendos, enjoyadas, peinadas con tocados vistosísimos, cubiertas con atractivos velos, lanzando miradas por debajo de sus parasoles, trasladadas hasta las puertas mismas en litera u obligadas a caminar por sus frugales maridos, llenaban las entradas. Los niños correteaban a su aire o permanecían pegados a sus padres tímidos y acobardados. Los hombres iban y venían por las gradas y realizaban contactos, en ocasiones con otros comerciantes a quienes conocían y, a veces, incluso con mujeres atrevidas que no tenían que ser accesibles. Por fin, aparecieron los acomodadores (demasiado tarde como para que su presencia se notara mucho, aunque a nadie parecía importarle).

Las filas de asientos se llenaron deprisa. Mejillas, frentes y cabezas calvas brillaban ya y empezaban a enrojecerse a los rayos del sol, y las bellezas de brazos desnudos parecían langostas. Un anciano fue retirado en una camilla, perdido el conocimiento, antes incluso de que empezara el espectáculo. Un perceptible olor a ungüentos, sudor, calamar frito y ajos asaltó con suavidad nuestro olfato.

El murmullo y el ruido subieron de tono; después, todo se acalló y reinó un silencio expectante. Rutilio Gálico efectuó su entrada.

Envuelto en su cándida toga y tocado con la corona a la que tenía derecho oficialmente, ocupó su asiento entre calurosos aplausos de recibimiento. Los ciudadanos de Leptis sabían perfectamente que aquel hombre les había concedido la preferencia territorial sobre Sabrata y, en especial, sobre Oea. Hubo unas cuantas manifestaciones de repulsa —motivadas por los visitantes, probablemente—, que fueron acalladas al instante por una nueva demostración de aprecio de los victoriosos leptianos.

Justino y yo nos deslizamos a nuestros asientos acompañados de Claudia y Helena. Disfrutábamos de la mejor vista del anfiteatro. Rutilio había tenido también el detalle, como invitados de su casa, de permitirnos compartir su palco. Aquello nos situó en una posición privilegiada (con almohadillas las tres primeras filas, ocupadas por miembros de la aristocracia, sacerdotes y dignatarios entronizados en sus amplios asientos de mármol). Detrás de nosotros, la multitud apretujada estiraba el cuello desde los bancos de piedra, que les producirían dolor de espalda y entumecimiento de glúteos al final de la jornada.

Distinguí a Eufrasia entre los consejeros de la ciudad elegantemente ataviados y sus esposas. La mujer lucía unos adornos riquísimos: un gran juego de piezas de oro y vestía ropas añil intenso. Para mi sorpresa, tenía a su izquierda a Artemisa, la joven y bella esposa de Calíopo, y a su derecha la opulenta figura de Mirra, la hermana de Hanno. Cualquier exhibición pública de íntima afinidad solía enmascarar una intención oculta, de modo que aquel hecho era una buena noticia. Presumiblemente los tres lanistas estarían preparando a sus gladiadores. Me pregunté dónde se encontraría Scilla. No podía creer que no estuviera observando la actividad del día; sobre todo, porque el combate era muy

importante para su reclamación de compensaciones.

Rutilio tuvo que abandonar su asiento otra vez. Un desfile de estatuas de dioses locales, toscamente disfrazados bajo el nombre de otras divinidades romanas, anunció unas cuantas formalidades religiosas que se cumplimentaron con rapidez. Rutilio participó con la debida seriedad y abrió el gallo para que los arúspices inspeccionaran las entrañas. A continuación, con porte sereno y suma eficacia, proclamó que los auspicios eran favorables y que los rituales se habían cumplido debidamente. Con esto, los juegos podían empezar.

Rápidamente se aceleraron los preparativos para la ejecución del individuo detenido el día anterior, cuando blasfemaba contra los dioses. Ahora, un velo envolvía discretamente las estatuas sincretistas de Júpiter Amón, de Astarté y de Sadrapa, antiguas deidades orientales que, al parecer, se hacían pasar por variantes púnicas de Hércules, de Liber Pater y de Baco. Un enorme coro de abucheos se levantó entre el público cuando apareció el criminal, arrastrado por unos guardias. Proclamaron delitos cometidos por aquel infeliz, aunque sin la dignidad de mencionar el nombre de quien los había cometido. Se daba por sentado que nadie se molestaría en averiguar quién era aquel forastero blasfemo. El hombre, muy sucio, tenía la cabeza afeitada. La última noche en prisión había recibido una paliza, sin duda alguna, pues se dejaba llevar a rastras en brazos de sus captores, inconsciente a consecuencia de la paliza o borracho todavía. Quizás ambas cosas a la vez.

—El tipo no se entera de lo que sucede. Es un alivio.

Sin apenas fijarme en la figura encogida sobre sí misma, me volví hacia Helena para decirle algo. Mi compañera estaba sentada con los labios apretados, las manos juntas en el regazo y la mirada baja. Escuché el ruido traqueteante de una plataforma con ruedas bajas que era empujada al interior de la pista. La víctima, desnuda, estaba siendo atada a una estaca situada en la plataforma, con una protección hasta la altura de la espinilla en forma de frontal de carro de caballos. Cada movimiento provocaba una nueva oleada de abucheos irritados por parte de la multitud. Con un gesto tranquilizador, posé una mano sobre los puños apretados de Helena.

—Pronto habrá pasado todo —murmuró Rutilio, tranquilizándola como un cirujano al tiempo que mantenía la sonrisa de cara a la multitud.

Los ayudantes empujaron la plataforma al centro de la pista mediante largas varas. Salido nadie sabe de dónde, apareció en la pista un león. La fiera no necesitó que la azuzaran para correr hacia el hombre de la estaca. Helena cerró los ojos. De pronto, dio la impresión de que el animal titubeaba. Ante el rugido de la multitud, el prisionero volvió en sí, se espabiló, levantó la cabeza, vio al león y dio un grito. La voz histérica captó mi atención. Me sonaba asombrosamente familiar.

Una ráfaga de viento levantó el velo que cubría una de las estatuas e hizo que

saliera volando. Los asistentes empujaron la carretilla más cerca del león y éste prestó más interés. Uno de los guardianes restalló el látigo. El preso alzó la vista a la estatua de Sadrapa y gritó en tono desafiante:

—¡Que os den por ahí, dioses cartagineses... y que le den también por ahí a ese jodido Aníbal, el Tuerto!

El león saltó sobre él.

Me puse de pie. Acababa de reconocer su voz, su entonación del Aventino, la forma de su cabeza, su estupidez, sus delirantes prejuicios, todo... sin poder hacer nada por él. No habría podido alcanzarlo a tiempo, de todos modos. Estaba demasiado lejos. No había forma de llegar hasta él. Una barrera de mármol de cuatro metros de altura, con las paredes lisas, impedía que los animales salvajes invadieran las gradas y que los espectadores pudieran saltar a la arena. Todo el público se puso de pie y prorrumpió en una cerrada ovación, proclamando a gritos su indignación contra el blasfemo y aprobando su condena. Segundos más tarde, el león despedazaba al infeliz mientras yo me hundía en mi asiento, con la cabeza entre las manos.

—¡Oh, santos dioses...! ¡Oh, no, no...!

—¿Falco?

—Es mi cuñado...

Famia acababa de morir.

LIX

Una sensación de culpabilidad y un temor invencible se adueñaron de mí inexorablemente mientras me abría paso hacia el espacio interior entre bastidores. Habían recuperado lo que quedaba del cadáver ensangrentado de Famia colgando todavía de la estaca, junto con la carretilla. El león, saciado de carne humana, había sido retirado con la eficacia habitual: mostrando las fauces rojas todavía, merodeando en su jaula, a punto para ser retirado a través del túnel. Después de una ejecución, las fieras eran retiradas de la vista del público a toda prisa. Oí que alguien se reía. El personal del anfiteatro estaba de buen humor.

Jadeante, presenté la petición familiar para hacerme cargo del cuerpo, aunque poco quedaría para su cremación en un funeral.

Rutilio me había advertido que fuera cuidadoso con lo que decía. Su cautela era innecesaria. El grito exacerbado de Famia todavía resonaba en mis oídos y haría lo que estaba obligado a hacer por los míos en casa, aunque era probable que nadie me lo agradeciera. No tenía ganas de agravar aún más el deshonor que ya había sufrido en aquel lugar.

¿Cómo podía explicar lo sucedido a Maya, mi hermana favorita, y a sus agradables y bien educados hijos: a Mario, que quería ser maestro de retórica; a Anco, el de las orejas grandes y la sonrisa tímida; a Rea, la niña divertida y bonita, y a la pequeña Cloelia, que nunca había visto a su padre tal como era y que le profesaba verdadera adoración? Ya sabía qué pensarían: lo mismo que yo. Que su padre había viajado hasta allí conmigo. Y que, sin mí, jamás habría dejado Roma. Aquello era culpa mía.

—Marco... —Camilo Justino estaba a mi lado en aquel momento—. ¿Puedo hacer algo?

—No mirar.

—Bien. —Sumamente sensible, como la mayor parte de su familia, Justino me asió del brazo y me alejó del lugar donde me había quedado clavado. Le oí hablar en voz baja con el encargado de aquel tinglado. Unas monedas cambiaron de mano. Helena o Claudia seguro que le habían dado una bolsa. Todo quedó arreglado. Los restos se enviarían a un encargado de pompas fúnebres y se haría lo que fuera preciso.

Lo que era preciso hacer se hubiera debido hacer mucho tiempo atrás.

Alguien tenía que haber llamado a Famia. Ni su esposa ni yo habíamos tenido tiempo ni ganas de hacerlo. Maya había dejado de intentarlo hacía mucho tiempo.

Ahora, aquella carga había dejado de existir, pero me quedaba la certeza de que la tragedia apenas acababa de empezar.

Quería marcharme.

Tenía que sacar de allí a Helena, pero abandonar los asientos de la presidencia era un gesto de descortesía. Dos de nosotros habíamos abandonado ya a Rutilio de forma ostensible. De conocer las circunstancias, el agrimensor oficial quizá no se sintiera demasiado disgustado, pero la plebe, sí. En Roma, mostrar desinterés por el costoso espectáculo sangriento de la arena provocaba la clase de impopularidad que incluso el emperador temía.

—Tenemos que volver, Marco. —Justino me habló con calma, sin alzar la voz, tal como se supone que hay que hacerlo a un hombre en pleno shock—. No es preciso que nos busquemos la crucifixión, si no es por cumplir nuestro deber diplomático...

—No necesito que me cuides.

—Ni me atrevería a sugerirlo. Pero le debemos a Rutilio cierto respeto por las apariencias.

—Rutilio lo condenó.

—Rutilio no tenía elección.

—Es verdad... —Yo sabía ser justo. Mi cuñado acababa de morir ante mis propios ojos, pero yo conocía las reglas del espectáculo: lanzar sonoros vítores y decir que él se lo había buscado. Aunque Rutilio hubiera sabido que el tipo estaba emparentado conmigo, insultar a Aníbal en su provincia natal era intolerable. Blasfemar contra los dioses como había hecho él le habría valido una condena a recibir latigazos incluso en Roma—. No te preocupes. Volveré con cara de circunstancias, como quien ha tenido que salir corriendo por una urgencia.

—Tacto —asintió Quinto, y me acompañó con brazo firme hasta mi asiento—. Un rasgo maravilloso de la vida civil. ¡Dioses amados, ahora no permitáis que nadie se muestre amistoso y nos ofrezca probar sus hieles con miel...!

Aunque nos disponíamos a hacer lo que debíamos, nuestra reincorporación a la feliz multitud se retrasó. Cuando pasamos el final del túnel más próximo al anfiteatro, nos dimos cuenta de que había empezado la siguiente fase de los juegos. Limpia la arena ensangrentada y alisadas las roderas que había dejado el carro al ser arrastrado fuera de escena, se abrieron las enormes puertas y el desfile de gladiadores efectuó su entrada en la arena. Pasaron por delante de nosotros y nos sentimos atraídos a seguirlos hasta la gran entrada a través de la cual marchaban todos jubilosos.

Como siempre, era un espectáculo que combinaba el esplendor y el mal gusto. Bien alimentados, preparados y en un estado de forma envidiable, el grupo

de hombretones que se dedicaban al combate como profesionales salió a escena y fue recibido con un tremendo rugido. Trompetas y cuernos llenaban con su estruendo el anfiteatro. Los combatientes llevaban la indumentaria ceremonial y todos lucían la capa militar griega, de color púrpura y bordados de oro. Embadurnados de aceite y luciendo los abultados músculos avanzaron según el orden del programa. Sus nombres fueron vitoreados por la multitud; ellos lo agradecían con arrogancia, levantando los brazos y volviéndose a un lado y a otro, animados por una efusión de júbilo.

Dieron una vuelta majestuosa para exhibirse ante todos los sectores del público. Los ayudaban sus lanistas, todos vestidos con túnicas blancas onduladas que lucían estrechas trenzas de colores en los hombros y empuñaban largos bastones. Entre ellos distinguí a Saturnino, que desfilaba entre los rugidos de los espectadores locales. Llegaron más ayudantes transportando bandejas en las que exhibían grandes bolsas con los jugosos premios en metálico. Los esclavos que barrían e igualaban la arena intentaron un desgarbado paso de la oca formando una fila mal compuesta, con sus herramientas al hombro como lanzas ceremoniales; otros guiaban los caballos que se emplearían en los combates montados, con las crines bien peinadas y los arneses relucientes con discos esmaltados. Finalmente, entró una figura espectral que representaba a Radamanto, el místico juez de los infiernos, ataviado con una ceñida túnica sombría, largas botas flexibles y una siniestra máscara de ave; a éste seguía su compañero de corazón duro, Hermes Psicopompo, el mensajero negro del caduceo serpenteante calentado al rojo, el hierro de marcar con el que azuzaba a los caídos para descubrir si estaban muertos de verdad, simplemente inconscientes o fingían.

Apelotonados en la entrada con un grupo de empleados del anfiteatro, Justino y yo vimos a Rutilio de pie, supervisando el sorteo de los grupos. Se enfrentaría a los combatientes de pareja experiencia, pero aún quedaba ajustar los enfrentamientos a cada nivel; era lo que se realizaba en aquel momento. Algún emparejamiento era muy popular y levantó vítores de entusiasmo; otros produjeron gruñidos ensordecedores. Finalmente, quedó establecido el programa y se presentaron al presidente las armas que se iban a utilizar formalmente. Rutilio se tomó su tiempo en inspeccionar las espadas. Esto mejoró aún más el ánimo de la multitud, pues era demostración de que el hombre sabía lo que se hacía. Rutilio, incluso, rechazó un par de ellas después de probar el filo.

Mientras se producían estas formalidades, los combatientes seguían exhibiéndose en la arena. Su calentamiento consistía en ejercicios musculares acompañados de numerosos gruñidos y flexiones de rodillas, junto a demostraciones de equilibrio y trucos de habilidad con jabalinas. Un par de ellos lanzaba el escudo a lo alto y lo recogía con gestos espectaculares. Todos hacían grandes aspavientos simulando fintas y contragolpes con armas de

entrenamiento, algunos sumidos en una concentración total y otros fingiéndose mutuos ataques, representando enemistades reales o imaginarias. Unos cuantos aficionados ególatras de entre la multitud saltaron a la arena y se unieron a ellos con el deseo de sentirse importantes.

Una vez aprobadas las armas, los ayudantes las bajaron del palco de la presidencia para ser distribuidas. El calentamiento terminó. Sonaron de nuevo las trompetas. La comitiva se formó otra vez y todos los que no participaban en la primera serie se retiraron. Los gladiadores dieron la vuelta a la elipse entera una vez más y, en esta ocasión, ensordecieron al presidente con el grito tradicional: « ¡Los que van a morir te saludan!» .

Rutilio los saludó. Parecía cansado.

La mayoría de los gladiadores volvió a salir por la gran entrada y nos apartamos del paso a toda prisa. Aquellos eran hombres recios, de brazos musculosos, con los que era preferible no tener conflictos. Detrás de ellos, alguien lanzó el grito de llamada formal a la primera pareja:

—¡Acercaos!

El murmullo se fue apagando. Un tracio y un mirmillón con un casco galo se pusieron a dar vueltas en torno al rival con gesto precavido. La larga jornada de carnicería entre profesionales había empezado.

Justino y yo nos volvimos, todavía con la intención de recuperar nuestros asientos. Después, vimos a un hombre joven que corría a toda prisa para salir del túnel.

—Es el hijo de Hanno. Idíbal.

Me puse en acción como movido por un resorte y fui el primero en abordarlo y preguntarle qué sucedía. Idíbal parecía histérico.

—¡Es la tía Mirra! La han atacado...

El corazón me dio un vuelco. Empezaban a suceder cosas desagradables.

—¡Enseñanos! —le ordené. Y Justino y yo lo agarramos cada uno de un brazo y lo arrastramos hasta el lugar donde había encontrado herida a su tía.

LX

Pedimos a gritos la presencia de un médico pero, tan pronto como la examinamos, nos dimos cuenta de que Mirra estaba herida de muerte. Justino cruzó la mirada conmigo y sacudió discretamente la cabeza. Con el pretexto de dejar espacio al equipo médico, apartamos a Idíbal a un lado del túnel.

—¿Qué hacía aquí tu tía?

No recordaba haber visto a Mirra abandonar su asiento. La última vez que me fijé en ella estaba con Eufrasia y ofrecía el aspecto de cualquier matrona de clase elevada que tuviera que pasar allí el día, con un paquete de dátiles en la mano repleta de anillos y un gran pañuelo blanco cubriéndole el cabello lleno de pasadores y de rizos.

Volví la cabeza hacia donde yacía Mirra e Idíbal se echó a temblar. Habíamos encontrado a la mujer apoyada contra la pared del túnel cerca de la otra boca, en el extremo del estadio. No había emitido el menor quejido desde que llegamos hasta ella. La sangre empapaba sus ropas y se desparramaba ahora por el suelo cubierto de arena. Alguien le había rajado la garganta; Mirra advertiría el ataque e intentaría esquivarlo, pues también tenía las manos y los brazos llenos de cortes. Incluso mostraba la marca de una cuchillada en la mejilla. A juzgar por el largo reguero de sangre, había avanzado tambaleándose desde el estadio hasta allí, envolviendo el cuello herido con la estola azul marino en un intento de detener la hemorragia.

La mujer se iba rápidamente, aunque Idíbal se negara a aceptarlo. Tuve la certeza de que Mirra no recuperaría nunca la conciencia.

—¿Por qué estaba aquí? —le pregunté por segunda vez.

—Nuestro luchador novel está siendo armado en el estadio.

—¿Por qué en el estadio?

—Para mantener el secreto.

Justino me tocó el brazo y fue a echar un vistazo.

—¿Cuál es tu luchador? —Ahora, el asustado muchacho se apoyaba en mí como un peso muerto—. ¿Cuál? ¿Idíbal?

—Es un simple esclavo.

—¿Un esclavo? ¿De quién?

—Uno de Mirra, al que ésta había cogido manía. Nadie, en realidad. Simplemente, nadie.

Ayudé a Idíbal a incorporarse más y lo empujé de espaldas contra la pared. Después, para parecer más amistoso, aflojé la presión con que lo sujetaba. Iba vestido informal, aún más colorista que la última vez que lo vi, con una larga túnica de tonos verdes y azafrán. Un cinturón ancho en torno a sí. Un par de anillos en los dedos y una cadena de oro era cuanto llevaba.

—Bonita cadena, Idíbal —comenté. La manufactura me resultó familiar—. ¿Tienes más en casa?

Sorprendido y preocupado, el joven respondió, pasmado:

—No es mi favorita. Mi favorita la perdí cuando empezó todo esto...

—¿Cuándo y cómo?

—En Roma.

—¿Dónde, Idíbal?

—Dejé mis mejores ropas en casa de mi tía cuando firmé el contrato con Caliopeo... —Idíbal estiraba el cuello para mirar más allá de mi posición, donde un médico se había agachado junto a su tía—. Después de la manumisión, descubrí que la cadena había desaparecido.

—¿Qué dijo tu tía?

—Tuvo que aceptar que alguien se la había robado. De hecho, el esclavo que presentamos hoy era el único sospechoso; así nos lo dijo tía Mirra a mi padre y a mí cuando, anoche, sugirió que hiciéramos ese número especial...

—Sí, el robo parece una buena razón para librarse de él. —Seguro que Mirra tenía otro motivo. Tuve una sensación horrible acerca del presunto robo y de lo que sabía Mirra de la cadena de su sobrino. Di un tirón a la que Idíbal llevaba en aquel momento—. Era del mismo estilo que ésta, ¿no? La que perdiste en Roma, me refiero.

—Parecida.

—Quizá la he visto una vez.

Al oír aquello, Idíbal reaccionó. Debía de haber interpretado correctamente mi tono ominoso.

—¿Quién la llevaba?

—Alguien se la dio a Rúmex la noche en que lo mataron.

—¿Cómo puede ser? —Idíbal puso cara de asombro.

El médico que asistía a Mirra se puso de pie.

—Ha muerto —proclamó. Idíbal me abandonó y corrió hacia el cadáver. El médico sostenía en la mano un objeto que había encontrado entre las ropas de Mirra y, como el sobrino estaba abrumado por la pena, me lo entregó a mí. Era un puñal pequeño, de mango de hueso y hoja recta como el que emplearía un esclavo doméstico para afilar los punzones de escribir.

—¿Has visto esto alguna vez, Idíbal?

—No lo sé. No me importa... ¡Por todos los dioses, Falco...! ¡Déjame en paz!

Justino regresó.

—Marco... —Se acercó a mí para decirme algo en privado—. Tienen una zona donde ocultan de la vista del público a su novato. He insistido en que me dejaran verlo y no es cosa del otro jueves. Lo encontré, sentado tranquilamente dentro de una pequeña tienda, con la coraza puesta.

—¿Solo?

—Sí. Pero Mirra entró hace poco para hablar con él. Los esclavos están fuera, jugando a los dados, y no han mostrado ninguna reacción; aparentemente, el hombre es esclavo de Mirra. Después vieron salir a la mujer, que se dirigía a toda prisa hacia el túnel con la cabeza cubierta, y no volvieron a pensar más en el asunto.

—¿Has dicho que Mirra estaba herida?

—No.

—¿Cómo se llama su gladiador?

—Fidel lo llaman.

—¡Imaginaba que sería él!

Idíbal levantó la vista. Bañado en lágrimas y demacrado, pero no aturdido, se incorporó de su posición arrodillada junto a la figura yacente de su tía.

—Ese puñal es suyo —me dijo tras observar el arma—. Fidel era su intérprete.

Mi voz debió de parecerle grave y cálida:

—Un hombre que utiliza ese nombre hace encargos como mensajero en Roma. Tengo la sospecha de que después tu tía lo utilizó para algo muy serio. Mira, Idíbal: esto no te va a gustar, pero tendrás que afrontarlo: no creo que Mirra pagara una sola moneda para conseguir que Calíopo te liberase.

—¿Qué?

—Cuando se enteró por ti de que Calíopo quería ver muerto a Rúmex, ella se ofreció a llevar a cabo el trabajo que tú habías rechazado. Creo que empleó a Fidel. Éste llevó tu cadena, la que perdiste, al establecimiento de Saturnino para ofrecerlo como supuesto regalo. Rúmex dejó que se acercara y, entonces, mientras se probaba el adorno, Fidel le rebanó el gáznate. A diferencia de Mirra, que debía de estar en guardia cuando sufrió el ataque, Rúmex fue sorprendido desprevenido. En esa ocasión el esclavo pudo llevar a cabo el asesinato con limpieza y llevarse el arma a casa.

—No me lo creo —dijo Idíbal. Siempre sucede así. Pero luego han de pensarse mejor las cosas.

—Mirra debía de pensar que Fidel sabía demasiado —Justino se sumó a la conversación con disimulo—. Así pues, proyectó hacerlo matar en la arena aquel mismo día, para callarlo.

—Quizás ese Fidel se volvió demasiado engreído —sugerí, recordando su actitud cuando lo conocimos en Sabrata.

—Por alguna razón estúpida, Mirra se permitió visitarlo. Quizá fue para disculparse. —Justino era un buen chico. Yo consideraba más probable que Mirra hubiese acudido a burlarse del esclavo condenado—. Fidel la apuñaló y ella se quedó tan sorprendida que fue incapaz de pedir...

—No podía hacerlo de ningún modo —apunté—. Ella había trazado el plan para que su esclavo matara a Rúmex y, por lo tanto, era tan culpable de asesinato como Fidel. Mirra precisaba guardar aquel secreto.

Así, con una herida mortal aunque sin darse cuenta, quizá, de la gravedad de su estado, Mirra se marchó orgulosamente hasta que se derrumbó en el suelo. Y ahora estaba muerta.

Yo estaba decidido a visitar a Fidel para interrogarlo, pero el muy desgraciado callaría. En realidad, no tenía nada que decirme; ahora estaba seguro de saber qué había hecho exactamente, y cómo se le haría pagar por los fieles servicios que había prestado a Mirra. Por la descripción que Justino hizo de él, daba la impresión de que el propio Fidel entendía que se había descubierto el pastel y que estaba resignado a su destino. Era un esclavo. Si moría en la arena, no haría sino adelantarse a la decisión de un juez, que lo mandaría allí de todos modos.

Me quedaba algo más en qué pensar. Alguien salió, vino hacia nosotros y se detuvo al ver el cadáver. Una voz femenina exclamó con tono de voz envalentonado y agresivo:

—¿Cómo? ¡Mirra, muerta? ¡Dioses santos, parece que vamos a tener una jornada sangrienta...! ¡Qué divertido!

Tras esto, Scilla, mi ex clienta, se dignó reconocermme.

—Querría hablar un momento contigo, Falco. ¿Qué le has hecho a mi agente?

—Estaba seguro de que lo era...

Scilla se encogió de hombros bajo un manto púrpura de cuerpo entero.

—Como no aparecías, encontré a otro que me hiciera el trabajo.

—¿Romano?

—Eso sólo es un alias.

—¡Ya me parecía a mí...! Entonces, ¿quién es?

Ella pestañeó y evitó decírmelo.

—El asunto es saber dónde está. Lo envié anoche a ver a Calíopo y luego se esfumo.

—Será mejor que le preguntes a Calíopo.

Scilla me dedicó una sonrisa, demasiado tímida y reservada para mi gusto:

—Quizá lo haga más tarde.

A continuación Scilla se volvió sobre los talones y se encaminó hacia el anfiteatro. Aquel día llevaba sus abundantes cabellos recogidos en una apretada trenza. El manto con el que se envolvía cubría el resto de su indumentaria, pero, cuando se alejó de nosotros, abrió la mano con la que lo apretaba en torno a sí y

dejó que el viento lo hinchara de forma espectacular. Cuando el manto se abrió y dejó ver lo que había debajo, observé que llevaba las piernas al aire y que calzaba botas.

LXI

Ordené a los esclavos de la arena que retiraran el cadáver de Mirra con la máxima discreción posible. Justino y yo regresamos despacio a nuestras localidades y llevamos a Idíbal con nosotros.

—Dime, Idíbal, ¿quién ha organizado ese misterioso combate especial que prepara tu padre con los otros dos para más tarde? ¿Ha sido Scilla?

—Sí. Se encontró con mi padre mientras estaba de cacería en la Cirenaica. Estaba interesada por su pleito con los otros lanistas.

—¡Apuesto a que sí! ¿Sabe Scilla que tu padre se ha dedicado activamente en Roma a provocar enemistades entre Saturnino y Calíopo?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Las maquinaciones de tu padre son muy discretas, pero Scilla tiene un agente informador que trabaja para ella.

—No, no sé quien es. —Bueno, eso era lo que debía decirse.

Scilla se llevaba algo entre manos y, planeaba un nuevo acto perverso. Idíbal pensaba lo mismo y como quizás estaba preocupado por la relación entre ella y su padre, decidió advertirme.

—Scilla ha convencido a Saturnino y a Calíopo de que este combate sirva para llegar a un acuerdo acerca de su demanda legal, pero mi padre está convencido de que es una excusa, un subterfugio. Espera aprovechar la oportunidad para atacarlos de una manera más espectacular.

Habíamos llegado de nuevo a la arena. En los últimos minutos, Saturnino y sus hombres habían montado una cerca. Como Hanno con Fidel en el estadio, había hecho poner unos biombos para que el público no pudiera ver a sus gladiadores. A su alrededor había un gran grupo de hombres suyos, todos de aspecto desagradable, algo normal ya que eran tipos zarrapastrosos. Vimos a Saturnino, que se escondía tras uno de los biombos, con Scilla a su lado.

—¡Caramba! —murmuré.

—¿Es ella? —preguntó Quinto, aunque tenía que haber reparado en sus botas unos minutos antes.

—Tiene fama de mujer fatal y de tener una conducta dudosa.

—¿Y nosotros acabamos de descubrir cuál es?

—Scilla es una chica que le gusta jugar a ser chico. ¿Tú que crees, Idíbal?

El joven se sentía profesionalmente ofendido.

—Hay mujeres a las que les gusta provocar a la sociedad asistiendo a una palestra de entreno. Si va a participar como uno de los gladiadores principiantes, eso es una forma muy mala de...

—Y hace que su pretensión de que este encuentro es un truco legal parezca un absurdo.

—¡Es una lucha a muerte! ¡Morirá!

Me pregunté quién pensaba Scilla que moriría con ella.

Una vez más, se abrieron las grandes puertas. Se oyeron los atronadores gritos de la multitud, luego avanzó hacia nosotros un caballo que tiraba del cuerpo de un hombre atado con una cuerda y un gancho. Radamanto escoltaba al gladiador muerto fuera de la arena; Hermes debía de haberlo tocado con el caduceo ardiente porque tenía una marca de color rojo intenso en el antebrazo.

El señor de los infiernos se despojó de su picuda máscara y soltó maldiciones en un latín que tenía un marcado acento púnico. Alguien le tendió una copita de vino. Hermes se rascó la pierna como si estuviese drogado. Cerca de ellos había un par de rústicos patanes. Por el aspecto y el olor que emanaba de ellos, debían ser mariscadores.

—Justo —dijo Hermes, al advertir nuestro interés. Hizo un ademán con la cabeza hacia el tracio muerto al que estaban desenganchando. Su pequeña rodela salió volando del cuadrilátero, seguida de una curvada cimitarra. De una patada, Radamanto la lanzó junto al escudo.

—Pobre desgraciado. —Uno de los esclavos que rastrillaban la arena decidió que necesitábamos un comentario. Siempre hay idiotas que quieren contarte lo que pasa por más que tú mismo lo veas—. No tenía clase. Sólo resistió un par de golpes. Una pérdida de tiempo para todo el mundo.

Tuve una idea. Me volví hacia el hombre que llevaba la máscara de pájaro.

—¿Quieres un descanso? ¿Relajarte y disfrutar de tu copa?

—Para el rey de los muertos no hay descanso —rió Radamanto.

—Podrías hacer entrar a un actor suplente. Ven conmigo al túnel y nos cambiamos de ropa. Déjame tu maza el resto de la mañana y te recompensaré.

—No te conviene este trabajo —me advirtió Radamanto, que, sinceramente, quería ahorrarme aquella aburrida experiencia. Blandió la maza con la que reclamaba a los muertos—. Nadie te quiere, nadie te da ánimos y, con este traje, te mueres de calor.

Justino pensó que yo era un estúpido y se acercó para intervenir.

—Helena ha dicho que no luches.

—¿Quién? ¿Yo? Yo no. Sólo seré ese alegre individuo que cuenta los muertos.

Tenía el presentimiento de que pronto habría muchos más.

—No me gusta lo que te propones, Marco.

—Pues ya te acostumbrarás. Falco y Asociado trabajamos metiéndonos en lios. A ver qué te parece esto, Radamanto. Imagina que tú y el poderoso Hermes

os sentáis con la botella en las manos durante un asalto concreto y dejáis que mi socio y yo os suplantemos.

—¿Y no habrá ningún problema?

—¿Por qué tendría que haberlo?

Primero volvimos a nuestros asientos, llevándonos a Idíbal. De ese modo evitaríamos que le contase a su padre lo que Fidel había hecho. El esclavo estaba condenado por un asesinato o por el otro. Quería ver lo que le tenían preparado en el cuadrilátero.

Tuvimos que sentarnos entre los luchadores profesionales que quedaban. Había más de los que yo pensaba, aunque no todos terminaban de manera fatal. Mi mente pensaba a toda marcha. No prestaba atención a las luchas. En Leptis Magna se libraban todas las especialidades, pero yo había perdido el poco entusiasmo que siempre me habían producido.

Con sus taparrabos rojos y sus anchos cinturones, los gladiadores entraban y salían del cuadrilátero. Los mirmillones llevaban cascos con un pez esculpido a modo de penacho y verdaderos ejércitos galos se enfrentaban a ejércitos tracios. Los secutores corrían con calzado ligero tras unos reciarios sin escudo ni casco, blandiendo sus tridentes de finas puntas, no más grandes que unas pinzas de cocina, pero capaces de infligir heridas terribles a un hombre cuya espada hubiera quedado enredada en una malla tendida. Los gladiadores luchaban con las dos manos a la vez, con una espada en cada una y los atacaban desde las cuádrigas, los atacaban jinetes a caballo armados con lanzas de caza, intentaban incluso inmovilizarlos con lazos. Un hoplómaco, el gladiador armado con todas las piezas, era abucheado porque permanecía demasiado estático y sus regulares manotazos aburrían al público. Los espectadores preferían las acciones rápidas, aunque los propios luchadores sabían que era mejor conservar la máxima fuerza posible. El calor y el cansancio podían vencerlos tanto como sus rivales. Como la sangre y el sudor los hacía resbalar o los cegaba, tenían que seguir luchando con la única esperanza de que su oponente fuera tan desafortunado como ellos y que fueran relevados de inmediato.

Casi todos sobrevivían. Eran demasiado caros para dejarlos morir. Los lanistas que mariposeaban a su alrededor y les daban gritos de aliento también vigilaban atentamente que nadie resultase innecesariamente herido. Aquellos movimientos propios de coreografía se convirtieron en una elaborada broma, en la que la multitud gritaba sarcásticamente, consciente de que estaba viendo el proverbial «amaño» de las peleas. Los únicos que podían perder con aquello eran los corredores de apuestas, que casi siempre sabían cómo evitar la bancarrota.

Finalmente, presenciamos la lucha bufa entre dos hombres que llevaban cascos totalmente cerrados. Este sería el último emparejamiento profesional. Mientras se atacaban a ciegas, dando manotazos ineficaces, Justino y yo nos

levantamos otra vez de nuestros asientos.

—¿Qué vas a hacer, cariño?

—Nada, amor mío.

Era Quinto, engañando a Claudia. Helena se limitó a mirarme furiosa. Era lo bastante lista para no preguntar.

Mientras esperaba que Justino se moviera primero, se me ocurrió mirar hacia donde estaba sentada Eufrosia con Artemisa, la atractiva y joven esposa de Calíopo. El contraste entre ambas era muy extraño. Eufrosia, vestida con una diáfana y centelleante túnica, daba la imagen de la mujer que tuviera un romance con un gladiador, en su caso con Rúmex. En cambio, la joven Artemisa iba tapada hasta el cuello y hasta llevaba velo, como si su marido quisiera esconderla. No había muchas chicas bonitas dispuestas a soportar esas cosas.

Me volví hacia Idíbal, que estaba sentado junto a Helena con los hombros encogidos y sin apenas fijarse en lo que ocurría a su alrededor.

—Idíbal, ¿por qué Calíopo estaba tan decidido a liquidar a Rúmex? Seguro que no era sólo por esa guerra sucia con el otro lanista.

—No, Calíopo odiaba a Rúmex, eso es todo —respondió el hombre, sacudiendo la cabeza.

Me pregunté si, en diciembre, mandaron a Artemisa a la villa de Sorrento sólo para que dejase de importunar a su marido porque tenía una amante, o si también fue como castigo. Helena me leyó el pensamiento. Ella también debía de recordar que Eufrosia le había contado que la mujer de Calíopo tenía muchas cosas de qué responder y seguramente éste la pegaba.

—Calíopo es un celoso desesperado, un depresivo, un manipulador, un tipo realmente implacable —dijo Helena en voz baja—. ¿Es posible que Artemisa fuera una de las mujeres que visitaban a Rúmex?

—Tenían un lío —confirmó Idíbal, tras encogerse levemente de hombros, como si aquello lo supiera todo el mundo—. Calíopo iba tras él por asuntos puramente personales. No tenía nada que ver con los negocios.

Helena y yo intercambiamos una mirada y ambos suspiramos: un crimen pasional, al fin y al cabo.

Miré de nuevo hacia donde Artemisa estaba sentada, tan callada y apagada como una romana maltratada por su marido. Tal vez por eso llevaba manga larga y el escote cerrado: para que no se vieran los morados. Su rostro y su figura eran impresionantes, pero en sus ojos había una expresión vacía. Me pregunté si siempre habría sido así o si le habrían matado el ánimo a base de golpes. Por más problemas que hubiera causado, en aquellos momentos Artemisa era, indudablemente, una de las víctimas.

Justino y yo fuimos de nuevo a la entrada principal del anfiteatro y esperamos que salieran nuestros compinches para realizar el intercambio de trajes.

En el cuadrilátero, los dos gladiadores con los cascos cerrados seguían describiendo lentos círculos. Totalmente protegidos por unas armaduras de cota de malla, los combatientes ciegos habían sido entrenados para moverse como pescadores de esponjas sumergiéndose en aguas muy profundas, y daban cada paso y hacían cada movimiento con sumo cuidado, al tiempo que prestaban atención a cualquier sonido que pudiera indicar la situación del rival. Sólo podían derrotarlo si lo atacaban por los orificios de la cota de malla, algo muy difícil de conseguir incluso con los ojos abiertos. Yo siempre esperaba que sobrevivieran sin heridas, pero casi siempre ganaba uno tras romper los trozos de metal de la cota, a lo que seguía cortar una extremidad al rival o perforarle un órgano.

Fue lo que ocurrió ese día. Los gladiadores ciegos habían sido elegidos por sus movimientos rápidos y su destreza, pero eran demasiado fuertes. El golpe resonó en toda la arena y se oyó incluso en los asientos más altos desde los que los gladiadores se veían como pequeños muñecos. Tan pronto como encontró su objetivo, siguió pegando una y otra vez. De ese modo, Radamanto tuvo que entrar enseguida en escena con su maza, y un nuevo cadáver salió despedido del coso.

En un abrir y cerrar de ojos, nos cambiamos la ropa con Radamanto y Hermes.

—Camina arrastrando los pies —le dije a Quinto—; si no, enseguida advertirán que somos unos impostores. —Pronto me hice cargo de la maza etrusca de largo mango y él cogió con solemnidad el caduceo, en el que se veía grabado un pequeño Eros que sostenía un brasero con el que calentaba una vara en forma de serpiente.

Una vaharada de calor procedente de la arena nos sacudió el rostro mientras esperábamos que los esclavos que la rastrillaban terminasen de hacerlo antes de nuestra aparición. Yo llevaba unas finas botas que apenas se pegaban al suelo. La máscara picuda me impedía la visión lateral y tuve que acostumbrarme a volver la cabeza por completo si quería mirar a la izquierda o a la derecha. Helena y Claudia nos veían enseguida. Hermes no llevaba máscara, por lo que, de inmediato, reconocerían a Quinto.

Antes del acontecimiento especial se produjo un breve intervalo. Quinto y yo caminamos nerviosos por el cuadrilátero, acostumbrándonos a aquel espacio y al ambiente. Nadie nos molestó ni reparó en nosotros.

Unas vigorosas trompetas anunciaron el número siguiente. Un heraldo proclamó los términos del combate:

—Tres, luchando individualmente y sin prórroga.

La multitud gritó exultante. No se mencionó que el lanista del vencedor tenía que pagar la demanda a Scilla, aunque todo el mundo lo sabía. Lo que tal vez nadie conocía era que la propia Scilla había decidido luchar, pero en un programa tan apretado y exótico como aquél, esa confrontación tenía un toque

especial. Como los tres lanistas eran originarios de tres ciudades distintas de la Tripolitania, se levantó un murmullo de expectación y el griterío atronaba el aire cargado de rivalidad.

Justino y yo nos hicimos a un lado mientras los combatientes desfilaron y, finalmente, se anunciaban sus nombres.

Primero, el contingente de Sabrata. En él no hubo sorpresas. Hanno presentó a Fidel. Se trataba del diminuto y repulsivo esclavo al que había visto en casa de Mirra, aunque iba vestido de reciarío. Para un hombre sin entrenamiento era un papel mortal y, por su expresión, vi que lo sabía. Llevaba el taparrabos rojo sujeto a su delgada cintura con un pesado cinturón. Iba totalmente desarmado a excepción de una manga de cuero reforzada con pequeñas placas de metal en el brazo izquierdo, terminada en unas altas y sólidas hombreras, cuyo peso amenazaba con doblarlo. Calzaba las mismas sandalias anchas que yo utilizaba siempre. Llevaba la red con aire desmañado, como si supiera que no le serviría de nada, y agarraba el tridente con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

El segundo grupo representaba a Oea. Calíopo, alto, delgado y encendido presentó a su hombre.

—¡Romano! —gritó el heraldo. Aquello produjo sorpresa.

Miré al individuo con atención. Edad indeterminada, estatura normal, piernas medianas, nada de pecho. Iba a luchar como secutor. Al menos llevaba algunas protecciones: una espinillera en la pierna izquierda, una manga de cuero y un largo escudo rectangular, decorado con toscos círculos y estrellas. Su arma era una espada corta, que sostenía como si tuviera muy bien aprendido qué hacer con ella y el casco tradicional en forma de cresta, con los orificios para los ojos y el resto de la cara misteriosamente oculta.

Scilla había dicho que había enviado a su agente a ver a Calíopo. ¿Habría apresado éste al hombre y lo habría obligado a luchar? Romano caminó despacio. Parecía con ganas de luchar. Si era un agente, ¿qué hacía allí en medio?

Finalmente Saturnino, el lanista local, un personaje obviamente famoso. Antes incluso del anuncio del heraldo, la multitud ahogó un grito. El campeón que presentaba sería considerado un ultraje: se trataba de una mujer.

—¡Scilla!

Al escoltarla, Saturnino hizo un gesto de burla de sí mismo, como si quisiera decir que ella lo había presionado para que le permitiera defender su causa por sí misma. Como respuesta, se oyeron carcajadas de cinismo. La multitud miraba con malicia, mientras los pequeños contingentes de Oea y Sabrata se burlaban del campeón de Leptis.

Por decoro, la mujer vestía una túnica corta y el cinto con la espada atado a la cintura. Botas. Dos espinilleras. Una hebilla redonda y una espada curva en forma de hoz. Desempeñaba el papel de tracio. Su casco, probablemente hecho a

medida, se veía ligero pero fuerte, con una rejilla que la mujer había abierto para que el público le viera la cara mientras desfilaba con orgullo.

Su gran momento había llegado. Era casi seguro que aquella era la primera vez que salía a la arena, aunque las luchas entre mujeres no eran raras. Fueron saludados con una mezcla de desdén y lascivia. En Roma, las mujeres que iban a un gimnasio para hacer ejercicio estaban mal vistas. No era de extrañar que, tras la muerte de Leónidas, Pomponio hubiese querido mantener en secreto cualquier indicio de conducta inadecuada por parte de su amante. Habría tenido que buscar formas de excusar la pasión de la chica por una afición descarriada, aun cuando había querido impresionarla organizando aquel espectáculo mortal en su propia casa. Al menos, empezaba a adquirir sentido uno de los aspectos de aquel brutal embrollo.

Cuando las mujeres luchaban en la arena, siempre lo hacían contra otras mujeres. Para la mentalidad romana, aquello ya estaba bastante mal. A nadie se le ocurría pensar en una mujer enfrentándose a hombres. Sin embargo, aquel día, uno de los oponentes de Scilla al menos era un esclavo y «Romano» debía de ser de orígenes muy humildes para ir a acabar en aquello. Pero la mujer se había condenado a sí misma: aun cuando sobreviviese a la lucha, socialmente sería una descastada. Y en cuanto al mundo de los gladiadores se refería, todos los hombres presentes sabían que Scilla no tenía ninguna opción.

De repente corrieron unos preocupantes flancos de ejércitos. No tuve tiempo de proseguir el pensamiento que tenía en la mente. La lucha estaba a punto de empezar.

—¡Adelante!

Los tres gladiadores ocuparon al principio los tres ángulos de un triángulo. Aquello era lucha individual, es decir, sin parejas predeterminadas. A menos que sus respectivos lanistas permitieran que dos de ellos se unieran para derrotar al tercero, eso solía significar que uno se mantenía apartado mientras los otros dos luchaban entre sí.

Aquel enfrentamiento estaba planteado de ese modo. Yo llevaba un rato paseando nervioso mientras los tres esperaban ser el tercero en discordia para ahorrar fuerzas. En cambio, la mujer eligió su objetivo y empezó enseguida. Cerró de golpe la visera de su casco y atacó a Fidel.

Él asumía siempre el papel de víctima y era probable que los otros dos cargaran en su contra desde el principio. Desarmado, no tenía otra alternativa que correr. Primero huyó al otro extremo de la arena. Scilla lo persiguió pero se frenó: estaba jugando con el esclavo. Condenado por Mirra, nadie le había dado ningún consejo. No sabía cómo utilizar el equipo de reciario. Le habían sido negadas cruelmente las peligrosas habilidades que hubieran convertido tal combate en una lucha igualada.

Sin embargo, no quería morir; pero, como debía hacerlo, decidió que fuese

con una floritura. Blandió la red ante Scilla y consiguió un golpe bueno. Pero había lanzado sobre uno de sus hombros, lamentablemente el incorrecto. En vez del brazo con la espada, le había trabado el costado izquierdo, enredándose en el escudo. Scilla lo dejó caer. La coraza tenía peso suficiente para poder desenganchar de ella la red. En una ocasión se le enganchó en el cinturón, pero ella dio una brusca sacudida y la soltó. Fidel perdió el control de la cuerda y la red se le cayó. Ella afrontó a Fidel sin escudo y el tridente del esclavo era más largo que su espada. Aun así, no demostraba ningún miedo. Scilla se deslizó rápidamente hacia atrás, riendo. Jugaba con él. La confianza que tenía en sí misma era asombrosa.

Él avanzó con una torpe y desmañada carrerilla. Scilla continuó su retirada, venía hacia nosotros. Sus pasos eran diestros, él era un desastre. Le lanzó el tridente y falló por una buena distancia. La mujer lo desvió con la espada, pero Fidel consiguió agarrarlo de nuevo. Ella siguió caminando hacia atrás unos cuantos pasos y se detuvo bruscamente. Corriendo, Fidel se había acercado demasiado. La punta del tridente rozó a Scilla sin dañarla. Con la mano izquierda, Scilla, intrépida, le clavó la espada de un certero golpe. El esclavo se desplomó al momento.

La mujer retrocedió con la hoja de su espada manchada de sangre.

Era obvio que Fidel aún estaba vivo. Hanno y Saturnino, que habían permanecido en las bandas, sin acercarse a animar a sus luchadores como solían hacer todos los lanistas, se acercaron a examinar la herida del esclavo. Fidel levantaba el brazo con un dedo alzado. Era la solicitud habitual de clemencia. En una lucha sin cuartel, aquello ni tenía que permitirse.

Parte del ruidoso público empezó a patear y a levantar el pulgar para pedir al presidente que permitiera al esclavo seguir viviendo.

Rutilio se puso de pie. Debió de pensar muy deprisa. Con una seña indicó que cedía la decisión a Hanno, ya que el hombre que estaba en el suelo le pertenecía. Con crueldad, Hanno movió el brazo hacia abajo indicando « muerte» .

Con una frialdad que dejó atónito al público, Scilla dio un paso al frente y le dio un golpe mortal en la base de la nuca. Fidel nunca había entrenado como los gladiadores de verdad, que aguantaban el dolor sin vacilaciones, pero no tuvo tiempo de compadecerse a sí mismo. Entre la multitud corrió un murmullo de auténtica conmoción.

Scilla y Saturnino intercambiaron una rápida mirada de pesar. Según el programa secreto de este combate, Fidel estaba predestinado a morir. Por su intimidad con la amante de Pomponio, Saturnino probablemente sabía que Scilla tenía preparación para luchar. Lo que no debía esperar era que la mujer fuera tan eficazo tan despiadada. ¿O sí lo esperaba?

« Pregunta a Scilla quién mató realmente a ese león» , le había dicho Eufrasia a Helena, ¡Por todos los dioses! Saturnino ya sabía lo que yo acababa de

descubrir, claro que sí.

La propia Scilla había dicho que Rúmex estaba caduco, que todos sus combates estaban amañados. Ese hombre no se hubiera atrevido a enfrentarse a una fiera cuando Leónidas se soltó. Mientras devoraba a su amante, Scilla le habría gritado a Rúmex que hiciera que el león soltase su presa. Entonces, y o ya no tenía ninguna duda de ello, la propia Scilla cogió una lanza, siguió al león hasta el jardín y se la clavó.

LXII

Un breve toque de trompetas anunció a los presentes que iban a comenzar los ritos de la muerte. Quinto y yo caminamos nerviosos por la arena junto al cuerpo del esclavo.

Fidel estaba muerto. Quinto lo tocó ligeramente con el caduceo, consciente de que esa pequeña quemadura era innecesaria. Yo le golpeé sonoramente con el martillo, pidiendo su alma para el Hades. Seguimos a los esclavos cuando los sacaron de la arena. Al parecer, como estos tres luchadores no eran profesionales, se les daba un trato más benigno que a los anteriores, a los que habían sacado a rastras. Sentí un secreto orgullo porque, bajo mis auspicios como juez de los infiernos, las cosas se hacían de una manera más civilizada.

Tan pronto como vimos desaparecer el cuerpo, volvimos la vista a la arena. Yo tenía un sabor amargo en la boca, intensificado por la conducta despiadada que Scilla había demostrado. Eso era más que una venganza; aquella mujer no tenía sentido de la medida ni de la vergüenza.

Con una seña, Justino indicó a los protagonistas que comenzaran de nuevo. Scilla ya estaba sufriendo un ataque. Mientras se estaba acicalando para el público, Romano, quienquiera que fuese, tuvo la inteligencia de interponerse para que no se acercara a recoger su escudo que todavía estaba enredado en la red. Vi que le daba una rápida patada para alejarlo aún más en dirección a la barrera. Estaba en guardia, bien situado, con la cabeza erguida, los ojos indudablemente alerta bajo la rejilla del casco, la punta de la espada a la altura correcta y la gran coraza cubriéndole el cuerpo. Una postura de libro de texto. O al menos intentándolo de veras.

Scilla encogió los hombros y se agachó. Esta nueva situación le planteaba un desafío mucho más grande del que había supuesto Fidel, pero se la veía impaciente y en absoluto asustada.

Como su campeón había muerto, Hanno se retiró ligeramente. Me pregunté qué estaría pensando. ¿Sabía ya lo que Scilla había planeado? Calíopo se había adelantado para animar a Romano, que hacía caso omiso del lanista.

Entre el público, el ambiente se caldeó poco a poco. Se oyeron cánticos de seguidores de uno y otro bando y mucha gente se puso de pie, enloquecida al ver el espectáculo de un hombre luchando contra una mujer. El muro de ruido era casi físico.

Los dos gladiadores intercambiaron unas cuantas fintas. Todo muy programado: parecían dos aprendices en su primera lección, practicando a las órdenes del entrenador. La espada de Scilla se movía rápida y llegó a golpear varias veces el escudo de su contrincante. Él paraba los golpes con eficacia, manteniendo su terreno. De repente, Scilla se abalanzó contra él y ejecutó un asombroso salto mortal. Con su peso de mujer y una armadura tan liviana podía hacer unas acrobacias que no solían verse entre los gladiadores. Tocó tierra más allá de Romano y recuperó su escudo, tirando de él con una mano para desengancharlo de la red en que Fidel lo había prendido.

Se volvió rápida como el rayo y persiguió a Romano con el clásico estilo tracio, sosteniendo horizontalmente el pequeño escudo a la altura de la barbilla, y la espada en forma de hoz al lado de la cadera. Avanzaba, se movía hacia adelante y hacia atrás. Intentaba desconcertar a su enemigo con las sacudidas de su coraza. Saturnino demostraba, de verdad o con fingimiento, un verdadero orgullo y entusiasmo por ser su lanista y gritaba excitado. La multitud voceaba enloquecida.

Romano se defendió con cierta habilidad, aunque yo no tenía muchas esperanzas puestas en él. La chica seguía un impulso fiero y no sólo estaba deseosa de vengar la muerte de Pomponio, sino que lo que quería era hacer una demostración de su valentía como mujer. No me parecía que hubiera quedado satisfecha con la muerte de Fidel, que era esclavo de otra persona. Me pregunté si en su enfrentamiento con Romano había también algún motivo personal.

¿Quién era ese tal Romano? ¿Lo conocía Scilla? Si era su agente, el que había atraído a Calipo hasta allí desde Oea, ¿cómo entender que hubiese terminado siendo el sacrificado de éste? ¿Se vengaba Calipo de él por el asunto de las citaciones judiciales para denunciar a Saturnino? ¿Había encarcelado al mensajero y había utilizado amenazas para que combatiese en la arena ese día?

Tuve la desagradable sensación de que sabía por qué «Romano» estaba allí luchando. Sentí incluso que debía encontrar una manera de sacarlo de ese apuro, pero no tenía ninguna.

El combate duraba mucho más de lo que yo había previsto. Scilla tenía una herida en la pantorrilla. Sangraba abundantemente. También debía de dolerle mucho, pero ella aparentaba no sentirlo. En esos instantes Romano se sentía crecido. No era posible ver su expresión, oculta tras la sólida protección del casco, pero se la veía moverse más deprisa. Scilla parecía tener una energía sin límites. Él llevaba más peso en los brazos y el calor debía afectarle mucho. En un momento determinado se separaron y Romano recuperó el aliento. Vi que sacudía la cabeza, como un nadador al que le hubiera entrado agua en las orejas. Si dentro del casco la frente se le llenaba de sudor, éste lo cegaría.

En él había algo que me parecía cada vez más familiar.

Reanudaron el combate, un duro y furioso intercambio de golpes. Romano

demostraba una gran fortaleza pero no se le veía capaz de mantenerla mucho rato. Scilla tenía más técnica y experiencia. El público calló, atenzado por el terror. De repente, Romano se tambaleó. Había resbalado y cayó de espaldas. Debió haberse torcido la pierna, ya que no podía incorporarse. Consiguió por fin apoyarse con una sola mano y el codo doblado. Scilla soltó un agudo grito de triunfo. Se acercó, le puso un pie encima y se volvió hacia la multitud con los brazos levantados y la espada preparada. Estaba a punto de asestar otro golpe mortal.

El público rugía. Caliope corrió hacia su hombre. Scilla tenía los ojos clavados en las gradas, donde una multitud enardecida gritaba a pleno pulmón. Con un golpe furioso, la mujer clavó la espada. Sin mirar dónde, o al menos eso pareció. Un hombre dio un grito y exhaló su espíritu, pero no era Romano, era Caliope.

Como cuando mató a Fidel, Scilla saltó hacia atrás, alzando la espada en señal de victoria. Le daba lo mismo haber matado a uno que a otro. Vi que Saturnino se movía. Sabía que él sería su próximo objetivo.

—¡Esto ha sido deliberado! —me dijo Justino, atónito.

Los gritos del público eran ensordecedores. Mientras la mujer se alejaba triunfante, Romano nos asombró a todos. En un abrir y cerrar de ojos, se puso de pie.

Había hecho un movimiento que yo conocía. Glauco lo llamaba « el engaño del entrenador ». Lo hizo una vez con un alumno engreído que estaba seguro de haberlo ganado en un combate de entrenamiento. Glauco esperó a que el discípulo se hubiera alejado y luego saltó sobre él, le pasó un brazo por el cuello y le puso la punta de la espada en la garganta.

Eso fue exactamente lo que hizo Romano. La única diferencia fue que éste no llevaba una espada de madera. Clavó la suya profundamente y casi le cortó el cuello.

LXIII

Romano la dejó en el suelo y luego retrocedió. Había sangre por todas partes.

Avancé por la arena a grandes pasos con Quinto pisándome los talones. Con frialdad médica, reclamamos a Calíopo para el Hades y luego repetimos el procedimiento con la chica.

Tenia que haber terminado todo. Con Scilla muerta, su petición de compensación dejaba de tener sentido; pero, pese al implacable espectáculo de muertes que se les había ofrecido, los asistentes querían más. Por un lado, las grandes apuestas del día debían estar todas a favor de los tres principiantes que habían muerto; por otro, la rivalidad entre aficionados de las tres ciudades se había convertido en gritos de insulto. El ruido era terrible y ensordecedor.

Saturnino, el ceñudo lanista profesional, no dudó ni un instante: levantó un brazo con la mano extendida. La multitud empezó a patear y a gritar al unísono. Saturnino cogió la larga estaca que había utilizado en su rol profesional, la blandió y luego la rompió. Después, se pasó por la cabeza la túnica blanca de uniforme que todos los lanistas llevaban en la arena. Luego hizo una seña a Romano como para decirle que no se moviese de donde estaba. Fue un gesto sencillo, iba a ponerse manos a la obra: Saturnino quería enfrentarse a Romano y ofrecer al público una última emoción.

Al oír un aplauso renovado y más entusiasta, Saturnino fue por las armas. De los tres lanistas, era el que tenía una experiencia más directa, era un ex gladiador profesional que había sobrevivido para ganarse la libertad. Allí, además, era el héroe local, el favorito de la mayor parte de espectadores. Romano no tenía ninguna opción.

El público volvió a sentarse en medio de un fuerte murmullo de aprobación. Mientras Saturnino cogía las armas, tenía que producirse un breve interludio no programado. Justino y yo nos dimos un paseo por la arena mientras se llevaban los últimos cadáveres.

—Limpiad el suelo —grité, llamando a los esclavos que rastrillaban la arena. Esto no era competencia del picudo Radamanto, pero, como siempre, una orden dada con autoridad obtuvo buenos resultados.

Los oficiales habían rodeado a Romano y le daban una cantimplora con agua.

Primero me acerqué a Hanno, seguido por Quinto. Hanno se encontraba alejado, ya que no se requería su presencia activa en el espectáculo, porque Fidel

había muerto, aunque formalmente todavía formaba parte de él.

—Soy Didio Falco. Me pareció que Hanno reconocía mi voz pese a la máscara de pájaro, aunque no se le alteró un músculo del rostro. Luego me dirigí a Quinto y le dije: Hazme de traductor, Hermes. Dile que sé que se confabuló con Scilla para amañar este combate. Si ahora Romano mata a Saturnino, los deseos de su corazón se verán cumplidos.

Mientras Quinto le hablaba, Hanno puso cara de preocupación; pero respondió y el chico me tradujo lo que decía:

—Lo único que he hecho ha sido poner en práctica una idea, aquí y allí.

—Sí, claro. Nada ilegal.

—Si otra gente hace el trabajo, allá cada uno con su conciencia.

—Te ha llegado la hora de aprender latín. De ahora en adelante irás a Roma con mucha más frecuencia.

—¿Por qué piensas eso?

—Cuando se inaugure el nuevo anfiteatro.

—Sí —convino Hanno con una sonrisa—. Es muy posible.

Me molestó su complacencia. Quinto seguía traduciendo puntualmente, pero yo cambié de táctica.

—¿Sabes por qué tu hermana quería ver muerto a Fidel?

—Porque me robó a mi hijo.

—No. Díselo, Quinto. Mirra hizo que Fidel matara a Rúmex. Lo que está muy claro es que antes de que lo trajeran aquí para matarlo, Fidel también se cargó a Mirra.

Quinto tradujo mis palabras al cartaginés y luego no fue necesario que tradujera la reacción de Hanno. Se había quedado verdaderamente atónito. Miró a Quinto como para saber si lo que había dicho era creíble y luego se marchó de la arena.

Sí, pensé. Cuando se inaugurara el nuevo anfiteatro, el comerciante de Sabrata todavía estaría limpio financieramente hablando, pero aquel día su carrera se había detenido un momento. Eso sólo podía ser beneficioso para él y su hijo.

Se oyó un murmullo de expectación. Saturnino debía estar regresando a la arena.

El tiempo se agotaba. Romano se encontraba solo y, cuando me acerqué, gritó con voz desesperada:

—Falco, soy yo. —Era una voz salida de mis pesadillas—. ¡Soy yo, Falco!

—Hijo de puta —respondí sin sorprenderme—. ¿Cómo conseguiste que Glauco te aceptara en el gimnasio? Si hay una persona a la que no quiero ver en mis baños es a ti, Anácrites.

El hombre que barría las últimas marcas de la arena se movió a nuestro alrededor. Tras los ojos de búho de su casco vi los ojos grises de Anácrites.

—¿No vas a preguntarme qué estoy haciendo aquí?

—Me lo imagino —respondí furioso—. Cuando me marché de Roma, decidiste que querías resolver mi caso, es decir, el caso que íbamos a abandonar. Scilla se puso en contacto contigo. Supongo que, de entrada, tú le dijiste que no y por eso vino a Cirene a contratarme a mí. Viniste a la Tripolitania por voluntad propia.

—Falco, tú y yo somos socios.

—A mí ya me había contratado esa mujer y tú intentaste competir conmigo —dije, asqueado—. Volviste a encontrarte con Scilla en Leptis, la ayudaste a traer aquí a Calíopo y ahora la has matado. Eso no ha sido nada sensato, no podrá pagarte la factura. Y aun así, has terminado luchando, imbécil.

—Calíopo me reconoció pese al disfraz. Me tendió una trampa y me encerró. Dijo que podía matarme directamente y tirarme a una alcantarilla o que podía luchar hoy y tener una última oportunidad. ¿Cómo voy a salir de ésta, Falco?

—Es demasiado tarde, idiota. Cuando te trajeron a la arena, tenías que haber apelado a Rutilio. Eres un hombre libre, arrojado al circo en contra de tu voluntad. ¿Por qué lo aceptaste?

—Scilla me había dicho que iba a luchar por Saturnino. Pensé que quería matarlo y que también quería cargarse a Calíopo. Creí que, si yo estaba aquí, tal vez podría intervenir, Falco —dijo Anácrites en tono quejumbroso—. Pensé que eso era lo que habrías hecho tu.

¡Por todos los dioses! Aquel demente quería ponerse en mi lugar.

La multitud ardía en ganas de ver el último combate. Yo no tenía manera de rescatar a Anácrites aunque quisiera.

—No puedo ayudarte —le dije—. Eres tú contra Saturnino y, si intentas retirarte, en Leptis Magna habrá un gran alboroto.

—Bueno. He disfrutado mucho trabajando como socio tuyo —replicó el hijo de puta con valentía.

—Tendrías que confiar en el viejo dicho: todos los combates están amañados —le dije en tono de guasa.

—Y el árbitro es ciego.

Empecé a alejarme de él. Quinto me siguió. Di dos pasos y luego me volví y le dije:

—Si te hieren, haz lo mismo que el perro amaestrado de Talía: quédate quieto y finge que estás muerto.

Quedé horrorizado al ver que Anácrites me tendía la mano. Al cabo de unos minutos lo matarían y yo no podía hacer nada para impedirlo. Le estreché la mano como si le deseara suerte, aunque sabía que no había ninguna suerte en el mundo capaz de ayudarlo.

Saturnino se había preparado con la eficiencia de un profesional. Sobre su taparrabos bordado llevaba un ancho cinturón de campeón. Lucía una espinillera,

un protector en el brazo y un cóncavo escudo rectangular. El casco era idéntico al que llevaba Anácrites. Su torso desnudo y sus piernas brillaban relucientes con la capa de aceite. Caminó a grandes pasos por la arena, visiblemente reanimado. Era un experto, era el ídolo local. Invencible.

Miré las caras del público. Más de veinticinco filas atestadas de gente. La multitud gritaba enfervorizada. De pronto calló.

Yo esperaba que fuese un combate corto y resultó tan corto que mucha gente se lo perdió. Saturnino levantó su guardia. Anácrites estaba frente a él, pero todavía no estaba concentrado. Con un sonoro grito, un fuerte paso al frente y un poderoso golpe con la espada, Saturnino hizo caer la de Anácrites, dejándolo desarmado.

Anácrites se abalanzó contra él. Hasta Saturnino debió de sorprenderse. Mi socio se precipitó hacia adelante y empujó a su oponente, escudo contra escudo. Un buen intento. Fue casi un movimiento de soldado bien curtido. Era probable que Saturnino no se lo esperase, pero alargó el brazo e intentó clavarle la espada. Anácrites se hizo a un lado para esquivar el arma, pero sin alejarse demasiado. Llevados por el impulso y todavía entrelazados, continuaron empujándose uno a otro describiendo un círculo enloquecido mientras Saturnino seguía dando golpes con la espada. Anácrites se había manchado de la sangre de Scilla, pero también tenía algunas heridas propias. Yo apenas podía mirar.

Anácrites cayó y levantó el dedo suplicando clemencia. Saturnino retrocedió con aire despectivo. Vi algunos pulgares alzados entre la multitud y muchos pañuelos blancos llenando el aire. No me atreví a mirar a Rutilio. Saturnino tomó su propia decisión: en un movimiento tradicional, se inclinó para alzar el casco de su oponente por la barbilla, dejando al descubierto su garganta. Estaba a punto de asestar el golpe mortal a Anácrites.

De repente, Saturnino retrocedió. Su espada cayó al suelo. Se había separado de Anácrites y se doblaba hacia adelante, con la mano en el estómago. Entre sus dedos corría la sangre. Yo no veía el arma pero reconocí la acción, conocida por todos los que habían visto una pelea en una taberna. Le había clavado un cuchillo en el vientre.

Anácrites era el jefe del Servicio Secreto. De él no podía esperarse que jugase limpio.

Saturnino hizo un esfuerzo desesperado. Se tambaleó hacia adelante, recuperó la espada y se lanzó sobre Anácrites. Pareció que el arma se clavaba, pero el cuchillo también encontró otro objetivo. Ambos quedaron tendidos en el suelo.

Los espectadores rugieron como un solo hombre, pero incluso el público ya había visto demasiado. Justino y yo caminamos hacia los cadáveres haciendo todo lo posible por mantenernos serenos. No había señales de vida. Encontré el cuchillo que había utilizado Anácrites y me lo metí en la manga para que nadie lo viera. Fingimos realizar una inspección formal, luego golpeé ambos cadáveres

con la maza e hice una seña a los porteadores. Saturnino tuvo el honor de ser llevado en camilla. «Romano» era un extranjero y se lo llevaron a rastras cogido por los pies, con la parte trasera del casco dejando marcas en la ensangrentada arena. De la única manera que podía salir de allí era como cadáver. De haber vencido a Saturnino, la multitud lo habría despedazado.

LXIV

Después de los saludos de rigor al presidente, me dirigí hacia la puerta principal, seguido de Quinto. Mientras salíamos, la multitud seguía gritando.

Examinamos la lamentable hilera de cuerpos ensangrentados. Me despojé de la máscara de pájaro y noté que las piernas me temblaban.

Quinto me miró con aire sombrío.

—Tu sociedad ha terminado de una manera muy desagradable, no ha podido ser peor.

—Él se lo ha buscado. Consulta siempre a tu socio, éste te disuadirá de cometer estupideces.

Me obligué a acercarme a la hilera de cadáveres. Gimiendo por el esfuerzo, me arrodillé. Con más ternura de la esperada, le quité el casco a Anácrites y lo deposité en el suelo. Su cara estaba tan pálida como cuando lo encontré con la cabeza partida, muy cerca de la muerte y, sin embargo, sobrevivió.

—Tendré que contarle todo esto a mi madre. Debemos asegurarnos de que esta vez ha muerto de verdad, Hermes. —Quinto dio un paso con el caduceo en la mano—. Exacto, dale un toque con ese caduceo ardiente.

Anácrites abrió unos ojos como platos. Mientras Quinto se arrodillaba para tocar el « cadáver », un espeluznante grito de horror se elevó en el cielo de la Tripolitania.

Sonreí con resignación. Anácrites aún estaba vivo.



LINDSEY DAVIS. Nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford. Después de escribir con seudónimo algunas novelas románticas, saltó a la fama como autora de originales novelas históricas en las que la fiel reproducción de la vida cotidiana en la Roma imperial se combinaba con un agudo sentido del humor y unas perfectas tramas detectivescas. Su más célebre creación, el investigador privado Marco Didio Falco, la ha convertido en la más popular, leída y admirada cultivadora de novela histórica, al tiempo que le ha granjeado el respeto de los lectores de novela negra. La veintena de títulos de la serie han convertido a Falco en un personaje entrañable para miles de lectores en todo el mundo y le han valido a la autora la *Ellis Peters Historical Dagger* 1998, el Premio *Author's Club First Novel Award* en 1989, el Premio *Sherlock* 1999 y el Premio de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2009, entre otros galardones.